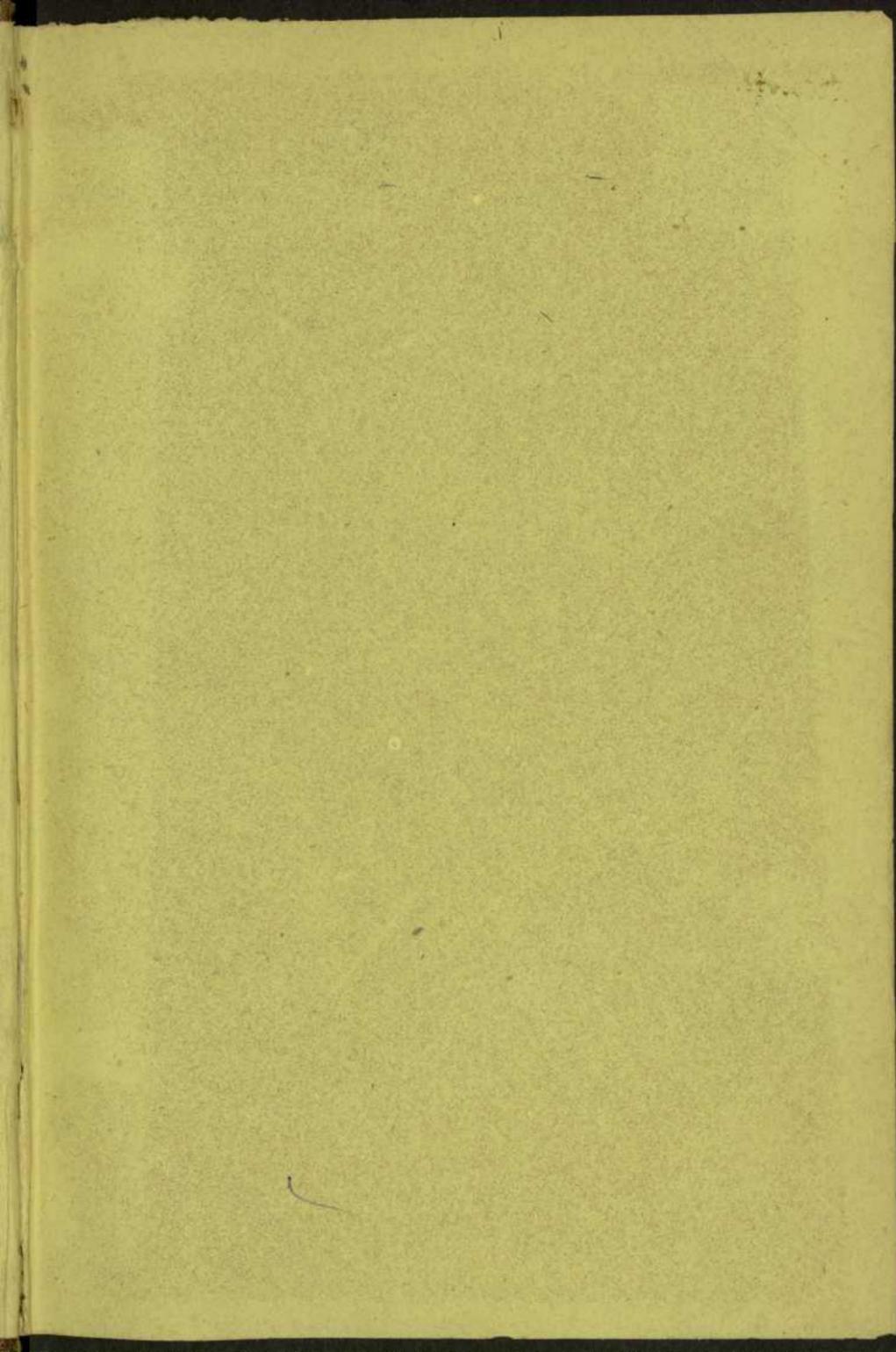




183

15.183
~~4.118~~

3-15-183



20

209

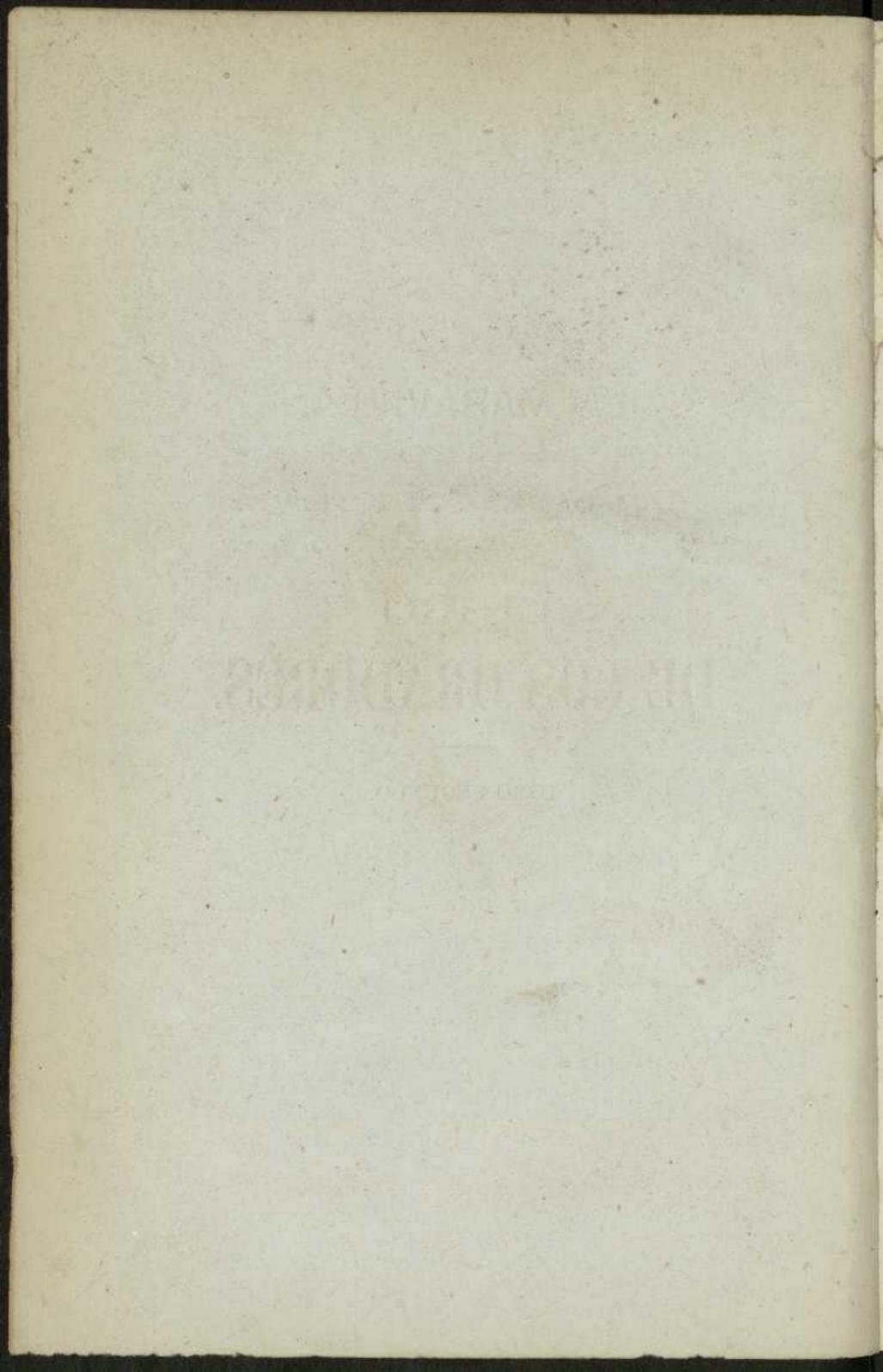
LA MARAVILLA.

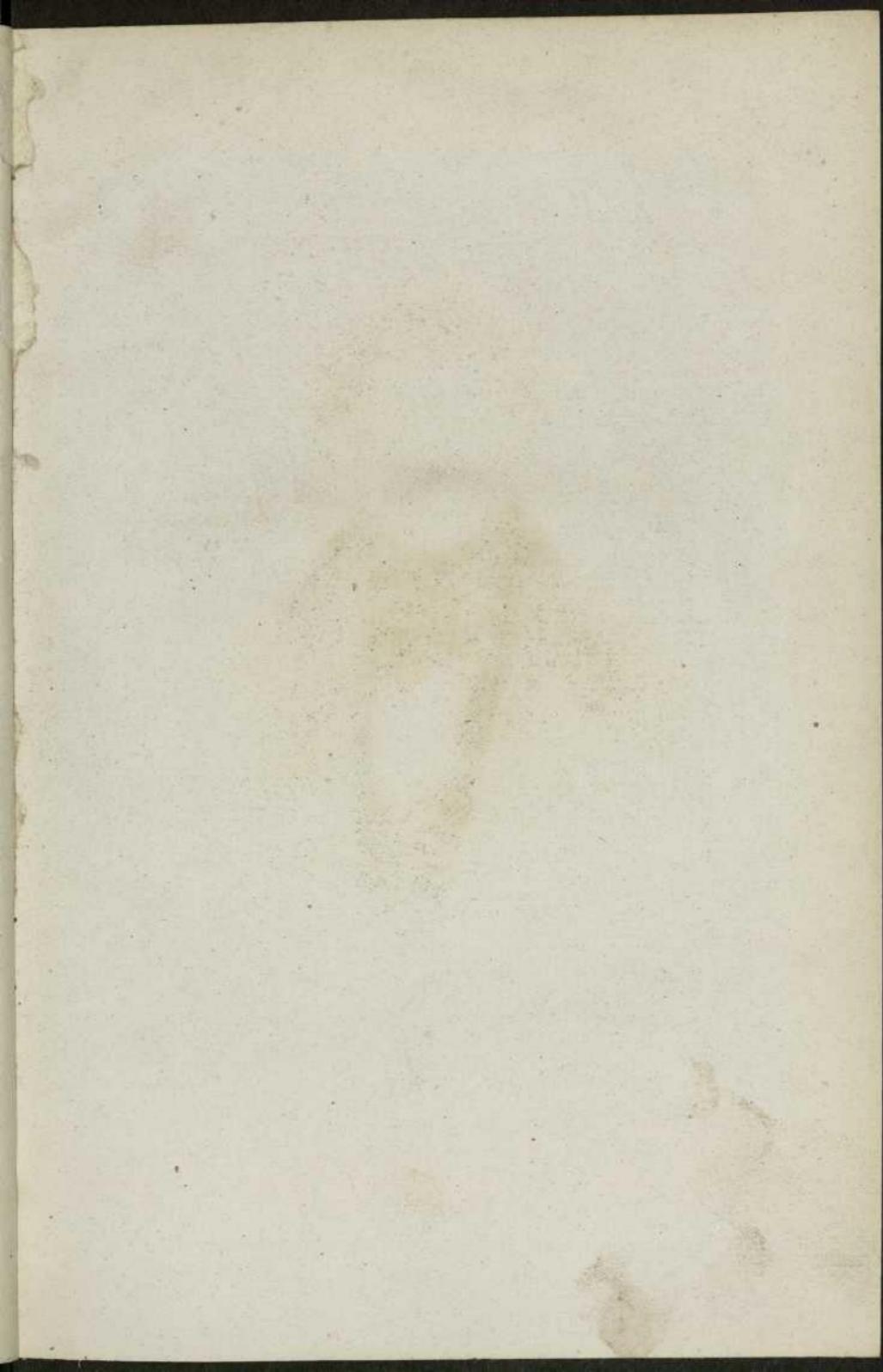
SEGUNDA SÉRIE.

SECCION INSTRUCTIVA.

LIBRO
DE LOS ORADORES.

TOMO SEGUNDO.







DANIEL O'CONNELL.

78
LIBRO

DE LOS

ORADORES,

POR TIMON,

TRADUCIDO

POR D. S. SAENZ ROMERO.

—
TOMO SEGUNDO,
—



MADRID:

D. ANTONIO DE SAN MARTIN, C. VICTORIA, 9. | D. EMILIO FONT, C. DELAYORES, 42 Y 44.

BARCELONA:

LIBRERÍA DE EL PLUS ULTRA, RAMBLA DEL CENTRO, 15.

1861.

LIBRO

DE LOS ORADORES.

TOMO SEGUNDO.

ROYER-COLLARD.

Royer-Collard es el venerable patriarca de los realistas constitucionales de la Restauracion.

En el dia se puede hablar de Royer-Collard con libre imparcialidad. Recientemente se sentaba todavia en la cámara de los diputados, pero ya no se mezclaba en sus discusiones. Pasaba por delante de nosotros como una sombra, solo para que se acordasen las gentes de que habia vivido, semejante á aquellas majestuosas cariátides de Osiris y de Isis, que los romanos, señores del Egipto, colocaban delante de los nuevos templos, para atestiguar que habia habido en aquellas playas otro templo y otras divinidades, otra fe y otros pontífices.

Sentado en el punto mas alto de la cámara, Royer-Collard ya no dirigia, observaba; ya no hablaba, meditaba; no pertenece ya, pues, á los tiempos presentes, y sobre él podemos pronunciar el fallo de los muertos.

Las cámaras de la Restauracion tuvieron diferentes escuelas políticas.

El general Foy representaba la escuela militar; Casimiro Périer la escuela hacendista; Serre la escuela gubernamental;

Benjamin Constant la escuela constitucional; Royer-Collard la escuela filosófica.

Tenia Royer-Collard menos brillantez que el general Foy; menos sutileza, dialéctica y flexibilidad que Benjamin Constant, menos impetuosidad y fuego que Casimiro Périer; menos ciencia legislativa y originalidad que Serre.

Pero era el primero de nuestros escritores parlamentarios.

Royer-Collard tenía un género de estilo grandioso y magnífico, un toque firme, artificios de lenguaje sábios y prodigiosamente trabajados, y algunas de aquellas expresiones felices que se graban en la memoria y son los triunfos del orador. Hay en sus discursos una virilidad á la manera de Mirabeau, algunos arranques oratorios, reprimidos casi al mismo tiempo que lanzados, como si hubiera temido su vehemencia; una alta razón en los asuntos religiosos y morales; siempre un método amplio sin rigidez, dogmático, severo.

Un solo axioma, una expresion fecundizada por la meditacion de aquella robusta cabeza, crecia, se agrandaba como la bellota que llega á ser encina, cuyas ramificaciones arrancan todas del mismo tronco, y que, animada de la misma vida, nutrida con los mismos jugos, no forma mas que un todo, á pesar de la variedad de su follaje, y de la infinita multiplicidad de sus ramas. Tales eran los discursos de Royer-Collard, admirables por los vigorosos renuevos del estilo, y por la belleza de la forma.

Véase en ellos la filosofía aplicada á la política con sus síntesis abstractas y algun tanto oscuras. Royer-Collard era, permítaseme la expresion, un ahondador de ideas: era un pensamiento que hablaba.

Sin embargo, á veces es algo mas hueca que llena aquella profundidad, y el brillo del discurso alucina encubriendo la inanicion de los principios.

Las arengas de Royer-Collard, difundidas con profusion por todos los periódicos de la oposicion liberal, agitaron profundamente á la clase media que, despertando de su modorra por la novedad de un gobierno representativo, leia entonces, y ya no lee.

Royer-Collard, mas que ningun otro, con la autoridad de su nombre y de su palabra, formó las costumbres llamadas constitucionales. Sin que tal fuese su voluntad, impulsó á las clases medias á derribar el trono; fué uno de los mas *intencionados* sin duda, pero de los mas activos demoleedores de aquel régimen.

La famosa protesta de los doscientos veintiuno (1) que leyó á Carlos X, fué el primer hachazo dado al antiguo edificio de la monarquía, la cual vaciló al golpe como un pino secular que se siente estremecer hasta las últimas hojas de sus elevadas ramas al hendir su tronco por el pié la cuña del leñador.

Así la Providencia se vale de todos los medios para castigar á los imperios. Perecen estos por obstinarse en sus falsas máximas, mucho mas aun que por la violencia de sus enemigos. Aun parecen sostenerse cuando ya están minados sus cimientos, y las manos que los sacuden y derriban son precisamente las que debian fortalecerlos y custodiarlos.

Como realista del estado llano, era Royer-Collard enemigo ardiente é inexorable de los privilegios y de la aristocracia, y persiguió á esta con habilidad valiéndose, ya de la ironía, ya de la argumentacion, ya de la elocuencia. Pero, fuerza es confesarlo, mal podia una carta emanada del trono, una monarquía de origen feudal, dejar de buscar el apoyo de un cuerpo intermedio, de una nobleza. Porque dicha carta no era un contrato nacional, no; era una dádiva graciosa del rey: y una monarquía de esa especie no podia renunciar á las condiciones de su existencia. Sucedió con el trono lo que con un peñon de monte que se desploma infaliblemente cuando socavan por su pié la tierra que le sostenia. Los liberales de entonces cometieron la prodigiosa inconsecuencia de atacar á la corona, y de repudiarse al mismo tiempo al pueblo.

(1) Royer-Collard, como presidente de la cámara, fué en efecto el que redactó y presentó al monarca aquella célebre protesta contestando al impopular é imprudente discurso de apertura que pusieron en boca de Carlos X sus fanáticos ministros. Nadie ignora que de resultas de esta protesta disolvió el rey la cámara y que la nueva convocatoria, á la cual respondieron los departamentos reeligiendo á los mismos 221 diputados que firmaron la protesta, fué una de las causas inmediatas de la revolucion de Julio.—N. del T.

Quince años se emplearon en organizar el antagonismo entre las cámaras y la corona. Tendia esta al despotismo; aspiraban aquellas á su omnipotencia. La Restauracion no fué mas que un combate perpétuo entre estas dos potencias, ansiosas de quitarse la una á la otra unas cuantas pulgadas de terreno; pero la teoría verdadera no reconoce sino á un solo soberano, la nacion, y nadie se curaba de ella entonces. Rey, presidente, cónsul, cámaras, ministros, no son sino meros delegados de la nacion. Confia esta á unos el poder legislativo, á otros el poder ejecutivo; pero no les dice: Haced la guerra, sino poneos de acuerdo, y caminad unidos. ¿Qué diria un hacendado á sus mozos de labranza si estos, en vez de emplear sus jornadas en la siembra y la cosecha, pasaran las estaciones dándose de golpes y ensangrentándose el rostro? Qué diria el fabricante á sus obreros si, en lugar de estar atentos al oficio y á la tarea, dejaran sus herramientas por pasar el dia disputando? Toda máquina, industrial ó política, ha menester de unidad y de armonía.

Las teorías de gobierno representativo que sedujeron á Royer-Collard son mas metafísicas que políticas, mas especulativas que experimentales. Conciértanse en la mente con gran regularidad y orden; pero al ponerlas en accion se desordenan é inutilizan. Las barnizó con los matices de su brillante lenguaje, pero no sufren la prueba del análisis; el mas leve empuje de la lógica las pulverizaria.

Por poco que se estrechara á Royer-Collard, pronto se le arrinconaria en la carta, y si se le preguntara qué quiere la carta, y sobre todo quién ha hecho la carta, ya sea esta ó la otra, no tendria que responder.

Sus distinciones sutiles, y por lo general nebulosas, entre las superioridades y los intereses, entre los partidos y las facciones, entre la soberanía del pueblo y la soberanía de la razon, son mas bien argucias de escuela que argumentos de tribuna. Su lenguaje era mas bien el de un catedrático de filosofía que el de un publicista.

La vida política de Royer-Collard no fué mas que un continuo vaiven entre el poder y la libertad. No daba un paso sin

ir custodiado por estos dos ángeles, los cuales, dándole fuertes tirones á derecha é izquierda, cambiaban frecuentemente de lugar. Iba así arrastrado de uno á otro partido, haciendo espaldas al que desfallecía, conteniendo al que se precipitaba, olvidando una cosa tan solo, esto es, definirlos.

El grande error del general Foy, de Royer-Collard y de los demás de su partido, fué haber dicho: «Siendo la carta la ley fundamental, la teoría no puede habérselas con ella.» Con perdon de dichos señores, la teoría que no es otra cosa mas que la facultad del libre exámen, tiene derecho para habérselas con todo y con todos; y de hecho, la teoría de la soberanía nacional, única verdadera, de tal modo se las hubo con la carta de 1814, que la redujo á polvo.

¡Qué espectáculo, qué leccion la de aquel vano é impotente debate de los mas grandes talentos contra el principio, mas grande todavía, de la soberanía del pueblo! envolvíalos este y los estrechaba como la corteza de aquellos árboles fabulosos que estrechaban entre sus impenetrables nudos á los héroes y semidioses!

«Para que exista el gobierno representativo, decia Royer-Collard, no basta la presencia de una cámara, ni la solemnidad de sus debates y la regularidad de sus deliberaciones, ni la lealtad, patriotismo y luces de los hombres que las componen: ni lo mas florido de la Francia, aun cuando fuera elegido con sobrenatural discernimiento, reunido en este recinto, podria siquiera *realizar* un gobierno representativo, á no ser enviado por la *nacion*.»

Falta ahora saber qué es la nacion; lo cual para Royer-Collard no deja de ser una cuestion peliaguda, aunque para nosotros la nacion es lisa y llanamente la nacion, y nos basta.

Decia en otra ocasion Royer-Collard con cierta candidez: «No hay cosa mas difícil que desembarazarse de la soberanía del pueblo. La mayor parte de los que la combaten la tienen metida en los sesos.»

Claro está, y debió añadir que se llega á meter de tal manera que no vuelve á salir de ellos.

El mismo Royer-Collard le tributa homenaje mal de su grado con las siguientes palabras:

«Díganme VV., señores ¿qué es lo que representan VV. aquí, las personas y las voluntades? Los que les envían no componen quizá la *quincuagésima* parte de la población *capaz de tener una voluntad*. Por mas extremada que sea la benevolencia, por mas grande que sea la consideración con que se les mire, no es posible reconocer en VV. mas que una *imperceptible oligarquía*, en *contravención flagrante* con la soberanía del pueblo.»

Ahora bien, si por confesión del rey actual, de los ministros actuales, y de las cámaras y conservadores actuales, la soberanía del pueblo es el principio fundamental de nuestro gobierno; si, según el mismo Royer-Collard, el gobierno se halla en plena contradicción con su principio, séame lícito preguntar, qué es lo que al gobierno le parece de semejante contravención, y qué deberá pensar el país de semejante gobierno.

Añade Royer-Collard que: «La voluntad popular de hoy destruye la de ayer, sin comprometer la de mañana.»

A lo cual se pudiera responder que los monarcas absolutos pueden también cambiar de voluntad á cada minuto.

Pero si, en una sociedad donde reina un solo hombre, no menudean tales cambios ¿por qué razón han de menudear en un país donde impera la ley sola? ¿Por qué razón ha de estar sujeto á menos cambios lo que se hace para provecho de uno solo ó de algunos, que lo que se hace para el bien de todos en general?

Dueño eres de tu vida: nadie puede estorbarte que te arrojes al río ó te levantes la tapa de los sesos; y sin embargo no te destruyes.

Puedes, si se te antoja, pegar fuego á tu casa ó demolerla; y á pesar de eso no tienes tal antojo.

Pues no se apoya Royer-Collard con mayor fundamento en lo que él llama derecho.

«No hay derecho ninguno contra el derecho; sin este no hay en la tierra mas que una vida sin dignidad, y una muerte sin esperanza.»

Perfectamente dicho; pero faltaba ahora definir el derecho

y demostrar dónde se halla, y eso es lo que no demuestra Royer-Collard, y eso era lo difícil; sin embargo, medítese bien, y se verá que en último resultado el derecho cede siempre á la ley del número, porque en definitiva el derecho resulta del número. Tan cierto es esto que el derecho, tal como se formula en legislacion, tal como se resuelve en las aplicaciones, esto es, en sí ó en no, siempre depende de la contingencia de un voto. Ciento y uno contra ciento constituye un derecho legal que obliga á la obediencia, y manda y rige á la sociedad entera.

Las leyes fundamentales de que habla Royer-Collard, no son ni pueden ser otras que las admitidas por la nación; leyes que ella misma se da, y que puede por consiguiente modificar. Los derechos nacionales, á los cuales Royer-Collard se refiere, no son ni pueden ser otros que los derechos de la nacion, y no es preciso remontarse mas.

Ninguna nacion puede ser eternamente gobernada por las leyes de sus abuelos, pues entonces no sería libre. Las naciones, compuestas de hombres que se mueven y cambian, no pueden permanecer inmóviles y estacionarias. Los muertos no tienen poder para encadenar mal de su grado á los vivos. Cada generacion se pertenece á sí propia, y lo mismo que las pasadas no la ligan, tampoco puede ella ligar á las venideras. Este es el hecho y el derecho, y contra el hecho y el derecho no hay nada que oponer, nada.

«Aflijase ó indignese quien quiera, exclamaba el mismo Royer-Collard, yo por mi parte doy gracias á la Providencia por haber hecho partícipes de los beneficios de la civilizacion á mayor número de sus criaturas!»

Pues bien, eso mismo que pedia Royer-Collard en beneficio de la clase media, lo pedimos nosotros en beneficio del pueblo. Queremos, anhelamos, como él, que los beneficios de la civilizacion se extiendan á mayor número aun de criaturas humanas. Sin querer y sin saberlo se puso Royer-Collard en la misma vertiente del sufragio universal; caminaba hácia él: nosotros llegamos ya.

Insiste Royer-Collard, y dice: «La soberanía del pueblo no

es mas que la soberanía de la fuerza, y la forma mas absoluta del mas absoluto poder.»

Pero si el poder que emana de todos constituye necesariamente el mas absoluto de los poderes ¿cómo es posible que la soberanía del pueblo, que es la forma de aquél poder, no sea la mas absoluta de todas las formas? Tal es la consecuencia inevitable del principio. Por otra parte, nada importa que sea ó no la forma mas absoluta, con tal que sea la mas verdadera y la mejor.

Royer-Collard se apresura á añadir, no sin cierta contradiccion, que :

«Con esa soberanía sin reglas y sin límites, sin deberes y sin conciencia, no puede haber constituciones, leyes, bien, mal, pasado, ni porvenir.»

Pero me parece que eso es pura declamacion, porque recusar la autoridad del mayor número, ó lo que es lo mismo de la mayoría, equivale necesariamente á colocar el poder en la minoría; por consiguiente, ó habrá de concederse que la soberanía de la minoría carece tambien de reglas y límites, de deber y de conciencia, y que con ella no puede haber constitucion, leyes, bien, mal, pasado, ni porvenir, ó será preciso confesar que la mayoría, ó sea el número mas considerable, reconoce deberes y reglas, límites y conciencia, lo mismo que la minoría, ó sea el número escaso.

No veo yo que en los Estados-Unidos, donde la ley del número es dogma y está en pleno ejercicio, haya menos estabilidad, menos arreglo, menos moralidad, menos conciencia que en las monarquías. Fuera de esto, gozan ellos de los verdaderos beneficios de la libertad, mientras las monarquías no conocen sino la sombra de ellos: y además tienen por su parte el derecho, y ¿cuántas son las monarquías que le tienen por la suya?

Desde los principios de la Restauracion entreveia Royer-Collard la revolucion de julio, que despuntaba ya por los confines, un tanto sombríos, del horizonte político. Clasificaba y definia á su manera á los dos únicos partidos que se mostraban con vida, y que se disputaban el mando.

«Hay una faccion, nacida de la revolucion, de sus malas doctrinas y de sus malas acciones, que aspira, vagamente quizá, pero con constancia, á una usurpacion, y eso mas por inclinacion que por necesidad. Hay otra faccion nacida del privilegio, á quien la igualdad indigna, y que por lo tanto quiere destruirle. No sé en verdad lo que estas facciones hacen, mas sé lo que quieren, y sobre todo sé lo que dicen. Reconozco á la una en su odio á toda autoridad legítima, política, moral, religiosa; á la otra en su desprecio instintivo á todos los derechos públicos y privados, y en la arrogante codicia con que ansía apoderarse de todo en la sociedad y en el gobierno. Las facciones de que hablo reducidas á sí mismas, son débiles en número, son odiosas á la nacion, y nunca echarán en ella raíces; pero son tambien ardientes, y mientras nosotros nos dividimos caminan ellas á su objeto. Si, continuando el gobierno en abandonarnos y en abandonarse él mismo, han de continuar ellas sus choques y trastornos; si nuestra desgraciada patria ha de seguir viéndose destrozada y ensangrentada por su causa, yo me pongo en salvo; declaro desde ahora á la faccion vencedora, sea lo que fuere, que detestaré su victoria, y desde hoy la pido que escriba mi nombre en sus listas de proscriccion.»

Lo que Royer-Collard llamaba, en su lenguaje doctrinario, lucha de dos facciones, no era mas que la lucha entre la aristocracia y la democracia, entre esas dos potencias indestructibles y rivales que la Providencia ha colocado en las entrañas de todas las sociedades, para que hasta la consumacion de los siglos les dure la agitacion de la vida.

Guizot, imitando á su maestro, ha adoptado para su uso la famosa distincion entre las *facciones* y los *partidos*, bien entendido que él y sus amigos son *partidarios*, esto es, hombres de corazon, de probidad y de genio, al paso que sus adversarios son todos *facciosos*, es decir, cobardes, malos é ignorantes.

Guizot, en general, ha sabido hacer su agostillo de los discursos de Royer-Collard, y cuando le toca perorar nos vende muchas veces por nuevo lo que en rigor no es sino rejuvenecido.

Por lo demás, Royer-Collard reconocia la primordialidad de un contrato entre la nacion y el soberano; y ¿no era esto reconocer implícitamente la soberanía del pueblo? Porque es evidente: ¿en virtud de qué derecho habria hecho el pueblo semejante contrato, á no ser en virtud de su derecho natural, anterior, independiente, universal? Y así como hizo ese contrato con una familia determinada ¿no podrá tambien celebrarlo con otra, ó no celebrarlo con ninguna? Es, pues, preciso reconocer que todo emana del pueblo, el derecho, la soberanía, el poder.

La elevada inteligencia de Royer-Collard, que se empeñaba en soluciones imposibles, dejaba continuamente desmentidos sus principios prestados. Seguramente no podemos contarle entre los nuestros, si atendemos á su fe política y á sus sentimientos conservadores; pero sí nos pertenece en cierto modo por su voluntad involuntaria (1) y por los espontáneos arranques de sus discursos.

Leed en prueba de ello lo siguiente: «Donde quiera que pueda prevalecer la minoría, la eleccion no es un derecho. Donde quiera que la eleccion no sea un derecho, no hay cuestion.»

Y esto: «El derecho electoral cuanto mas se ejerce mas se posee; y ¿dónde hay garantía mas sólida que la posesion? En materia de elecciones, cada año es lo mismo que cada dia.»

Y esta figura tan viva:

«El origen de la estirpe real no está oculto, como el origen del Nilo, en desiertos inaccesibles; no solo le descubrimos, sino que vemos todavía mas allá otras estirpes, y á la Francia con su derecho público, primordial é imprescriptible.»

No se puede mas explícitamente negar el derecho divino, y proclamar la soberanía del pueblo.

Las elecciones, los impuestos, la libertad de la prensa, el estado militar, las leyes sobre el sacrilegio, la organizacion

(1) Expresion paradójica de mucha fuerza que emplea el autor para significar que Royer-Collard, convencido, *mal de su grado como político*, de la verdad del principio de la soberanía popular, deseaba á veces como filósofo hacer manifestacion de dicho principio.—N. del T.

judicial, la instruccion pública, la responsabilidad ministerial, las instituciones municipales: todos los asuntos grandes, en fin, ejercitaron las meditaciones de aquella mente grave y elevada. Todos sus discursos están sembrados de hermosas sentencias. Veamos algunas:

—«Los crímenes de la revolucion no eran necesarios; fueron un obstáculo, y no un medio.»

—«El gobierno representativo es la justicia organizada, la razon viva, la moral armada.»

—«Lo bello se siente, y no se define; se halla en todas partes, en nosotros y fuera de nosotros, en las perfecciones de nuestra naturaleza y en las maravillas del mundo sensible, en la energía independiente del pensamiento solitario, en el órden público de las sociedades, en la virtud y en las pasiones, en el llanto y en el placer, en la vida y en la muerte.»

—«Los gobiernos representativos han sido condenados al trabajo; lo mismo que el labrador, viven con el sudor de su frente.»

—«Las constituciones no son tiendas armadas para el sueño.»

—«Las leyes excepcionales son empréstitos usurarios que arruinan al poder cuando mas se cree que le enriquecen.»

—«Hay repúblicas de todas especies:

Hay repúblicas aristocráticas, como la de Inglaterra;

Hay repúblicas de la clase media, como la nuestra;

Hay repúblicas democráticas, como la de los Estados-Unidos.»

—«La institucion de julio no es mas que una democracia real.»

—«Los ministros tienen dos clases de responsabilidad: la responsabilidad trágica, y la responsabilidad moral.

«¿Quereis, exclamaba combatiendo á una aristocracia oligárquica, quereis que la nacion os llame? Pues abrazad su causa; defended el derecho contra el privilegio. La confianza es el verdadero vínculo de las sociedades; estudiad lo que para esta nacion tiene atractivo, lo que la repugna, lo que la tranquiliza, lo que la alarma; en una palabra, identificaos con ella, sed populares!»

¡Vanas exhortaciones! la nobleza parlamentaria y provincial

se aferraba en sus preocupaciones, y al fin Royer-Collard lanzó contra ella estas contundentes palabras:

«Todos somos pares ó pueblo; si alguno pretende ser otra cosa, que lo diga!»

No se levantó de aquel golpe.

Dijo Royer-Collard en un acceso de fervor monárquico: «La Francia no quiere que el rey sea prisionero de las facciones; no quiere que el rey entregue su espada!» Pero debió haber añadido «no quiere que la entregue *sino á ella,*» y eso fué lo que se verificó en julio.

El rey entregó su espada. No se acordó de aquella profecía del fiel y concienzudo orador: «El peligro va creciendo de año en año, de ministerio en ministerio, de dia en dia.»

Contrario primero á la libertad de la prensa periódica, fué poco á poco Royer-Collard despojándose de las mantillas ministeriales, y, de sesion en sesion, fué creciendo para la libertad. Véase de qué manera defiende á la prensa!

«Los libros han pasado de las bibliotecas á las cabezas. De estas es de donde hay que proscribirlos. ¿Teneis para conseguirlo algun proyecto de ley? Pues mientras no llegemos á olvidar lo que hemos aprendido, siempre nos hallaremos mal dispuestos para la servidumbre y el embrutecimiento.»

¡Qué forma tan vigorosa, qué pensamiento tan elevado manifestó impugnando la ley del sacrilegio!

«Las sociedades humanas nacen, viven y mueren sobre la tierra; pero el hombre completo no se encierra en ellas. Quédale exclusivamente la mas noble parte de sí mismo, las sublimes facultades por medio de las cuales se encumbra hasta Dios, hasta la vida futura, hasta los bienes desconocidos de una vida invisible: son las creencias religiosas que son la verdadera grandeza del hombre, su bálsamo en su flaqueza é infortunio, su asilo inviolable contra las tiranías de este suelo.»

Y cómo se agranda su elocuencia á medida que se agranda su asunto!

«La religion subsiste en sí misma y por sí misma; es la verdad sobre la cual las leyes no deciden. La religion no tiene mas

humano que sus ministros, hombres débiles como nosotros, sujetos á nuestras mismas necesidades, á nuestras mismas pasiones, órganos mortales y corruptibles de la verdad incorruptible é inmortal.»

Y mas adelante:

«Segun el proyecto de los ministros, la fe religiosa lo hace todo. No solo su reino es de este mundo, sino que el mundo es su reino. El cetro ha pasado á sus manos, y el sacerdote es el rey. De modo que, al paso que en política se nos ciñe entre el poder absoluto y la sedicion revolucionaria, en religion se nos coloca y estrecha entre la teocracia y el ateismo.»

Cuán bello es estotro pasaje!

«Hemos atravesado épocas de crimen; no hemos buscado en la ley la regla de nuestras acciones, sino en nuestras conciencias. Hemos obedecido á Dios mas bien que á los hombres; somos aquellos mismos que fingieron salvo-conductos, y que quizás aparecieron como testigos falsos para salvar vidas inocentes. Dios nos juzgará con su justicia y misericordia.»

¿Dónde puede hallarse una pintura mas viva de la inmoralidad y del egoismo de nuestro siglo que en la recriminacion siguiente?

«El gobierno, en vez de excitar la energia colectiva, relega tristemente á cada uno en el fondo de su impotencia individual. Nuestros padres nunca conocieron esta profunda humillacion; no vieron jamás la corrupcion puesta en el derecho público, y ofrecida en espectáculo á la juventud asombrada, como leccion de la edad madura.»

Concluiremos con un admirable fragmento sobre la inmovilidad de los jueces.

«Cuando el poder encargado de instituir un juez en nombre de la sociedad, nombra á un ciudadano para este cargo eminente, le dice: Como órgano de la ley, sereis impasible como ella! Todas las pasiones os clamarán en torno; pero no deben jamás conturbar vuestro espíritu! Si mis propios errores, si las influencias que me cercan, y á las cuales no es nunca bien visto oponerse abiertamente, me obligan á dar órdenes injustas, desobedeced estas órdenes, repeled esas seduccio-

nes, resistid á mis amenazas. Cuando subais al tribunal no quede en el fondo de vuestro corazon temor ni esperanza. Sed impasible como la ley!

«Responde el ciudadano: Yo no soy mas que un hombre, y lo que me exigís es superior á las fuerzas de la humanidad. Sois muy fuerte y yo soy muy débil; en lucha tan desigual no puedo menos de sucumbir. Desconocéis los motivos de la resistencia que hoy me prescribís, y me castigareis por ella. No puedo hacerme superior á mí mismo, si no me protegeis al mismo tiempo contra mí y contra vos. Fortaleced, pues, mi flaqueza, libertadme del temor y de la esperanza; prometedme que no bajaré del tribunal á menos que me halle convencido de haber hecho traicion á los deberes que me imponeis.

«El poder vacila; porque es muy propio del poder ir poco á poco perdiendo su propia voluntad. Ilustrado finalmente por la experiencia sobre sus verdaderos intereses, subyugado por la fuerza siempre creciente de las cosas, dice al juez: Sereis inamovible!»

Todo en Royer-Collard revela al hombre de otros tiempos, al hombre singular: las materias que trataba, sus sentencias, sus pensamientos, su estilo. No abandonó un solo momento, entre las vicisitudes de los hombres y de las cosas, la idea del gobierno con que habia soñado; y todavía se complace en ella. Las continuas borrascas que combatieron su existencia han producido el cansancio en su polémica, pero le han arraigado mas en sus opiniones. Creyó reconocer en las repentinas revoluciones de nuestra patria las lecciones y la dura prueba de una Providencia que castiga á los pueblos y á los reyes. Juzgó que hay una ley moral que rige el mundo de las inteligencias, así como hay leyes físicas que rigen los fenómenos de la naturaleza. Royer-Collard fué un legitimista sincero, pero sistemático; para él, la legitimidad era, tanto por lo antiguo de su institucion como por lo venerando de sus recuerdos y por lo extenso y hondo de sus cimientos, la mas alta figura del órden social; pero queria tambien que este órden, cuyos excesos constituyen el despotismo, estuviese atemperado á las condiciones austeras de la libertad. Hacia de sus creencias dinásticas

una especie de religion imponente y razonada: coordinaba su régimen de gobierno del mismo modo que se coordina una proposicion filosófica: quimera que tiene mas bellas formas que esencia, puesto que las misteriosas y sólidas alianzas del pasado y del presente, de la libertad y del poder, bajo el cetro de una dinastía cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, no son de fácil comprension para el vulgo. Así que se trata de aplicarlas, todos sus extremos se descomponen; el equilibrio de semejante ficcion está incesantemente roto por la irregular corriente de los negocios humanos. Para que tales edificios pudieran sostenerse, seria preciso que no hubiese jamás nubes en el firmamento, ni viento en el aire; y són castillos de naipes que el mas leve soplo derriba.

Lo que mas honra á Royer-Collard y le distingue entre todas las celebridades parlamentarias, es haber sabido poner en perfecta concordancia sus máximas con su conducta. Grande y raro encomio para nuestros tiempos es haber sido sencillo de costumbres, modesto, desinteresado y probo!

Añadiremos que la virtud de Royer-Collard recibió realce, no solo de su propio brillo, mas tambien de la vil corrupcion de sus discípulos.

Al paso que aquellos grieguecillos de colegio que tanto encomiaban la pobreza de Diógenes y la sencillez de Platon el ateniense, se precipitaban sobre los empleos y dignidades, y llenaban de oro su bolsa, vimos á Royer-Collard, tan filósofo en sus acciones como en sus discursos, arrinconarse modestamente, huir de los honores del consejo de estado, de la pairfa y del ministerio, y oscurecerse en la observacion solitaria y profunda de los acontecimientos.

¿Qué mucho pues que en la aplicacion práctica de sus doctrinas le hayan abandonado sus discípulos, dejándole plantado en su canapé cara á cara con su filosofia? Royer-Collard, que aunque amante del orden no lleva su amor hasta tolerar que se trueque en despotismo, se volvió entonces hácia la libertad. Pero era ya algo tarde, porque la libertad habia pasado á mejor vida.

¿Por qué ha muerto la libertad? Sin duda porque el poder no ha tenido quien le refrenase al abandonarse á la impetuosa extravagancia de sus caprichos. Siempre le hemos visto cerca de los precipicios, y no porque le impeliesen hácia ellos, sino porque es de suyo locamente inclinado al peligro. La antigua monarquía, el Imperio, el Directorio, la Restauracion, todos fueron feneciendo á su vez por el exceso de su poder. En este país se quiere siempre gobernar demasiado, administrar demasiado, legislar demasiado, hacer demasiadas cosas. Intenta la libertad dirigir el rio por entre sus naturales diques; pero la corriente los rompe, se desborda, y pasa con tanta rapidez y por tantos poros que en breve cesa su rumor y desaparece su caudal.

Confesemos además que somos los franceses los hombres mas olvidadizos de la tierra. Los mismos á quienes rechazamos primero con indignacion, son recibidos por nosotros con frenéticos aplausos así que vuelven á buscarnos. Los partidos en Francia no se guardan el menor odio; así su enojo como su admiracion, son plantas de largo tallo sin raiz ninguna en su suelo: cualidad de nuestro carácter muy apreciable sin duda, pero tambien segura prueba de que, si bien somos aptos para todas las demás ciencias por la movilidad de nuestra inteligencia maravillosa, tenemos muy pocas disposiciones para la ciencia política, que requiere mayor aplicacion, mas constancia y mas firmeza.

Hoy nos disputamos y nos arrancamos unos á otros á Royer-Collard; y la verdad es que Royer-Collard no pertenece á nadie, porque para nuestros partidos tiene demasiada probidad política, y porque sigue con perseverancia un camino que no es el nuestro.

Royer-Collard cree ante todo en el dogma de la legitimidad. Pésale de ver removidos los antiguos cimientos de la monarquía. Ni sus consejos, ni su brazo, ni sus simpatías contribuyeron en nada para hacer la revolucion de los tres dias. Abogó por la pairía hereditaria; combatió la extension del privilegio electoral; derramó el llanto de su elocuencia sobre la tumba del gran Périer, del fatal hombre de julio. No

pertenece á la extrema izquierda, ni á la izquierda dinástica, ni tampoco al tercer partido. Votó los presupuestos, las leyes y las medidas de nuestros gobernantes pusilánimes y corrompidos, y fué preciso que la copa de iniquidad estuviese llena hasta los bordes antes que él les advirtiese que iba á deramarse. ¿Y podreis vosotros, diputados de la oposicion, olvidar esos antecedentes que nada tienen de comun con los nuestros, y llamar á Royer-Collard apóstol de la libertad? Sabed [que el mismo Royer-Collard repudia ese democrático apostolado; que no quiere que se le crea lo que nunca ha sido, ni parecer lo que no es. Dejémosle con su carácter propio, su fisonomía original, sus antecedentes, sus doctrinas, sus pesares, su vida enteramente legitimista: y aunque por nuestra parte concibamos el gobierno de nuestro país de otra manera, bastante hermosa es esta vida para que la dejemos terminar en su concienzuda y pura integridad.

REVOLUCION DE 1830.

Los oradores de la Restauracion que acabamos de retratar peleaban en el estrecho campo de la carta. Ejercitábanse, como dejamos dicho, en disertaciones metafísicas que se perdian de vista de puro encumbradas, y en mostrarse á cual mas diestro en el asalto. Ninguno aparecia como era en el fondo de su corazon; ni los legitimistas revelaban su desprecio á la carta por su amor á la dinastía, ni los liberales su desprecio á la dinastía por su amor á la carta. Luchaban y justaban con meras sutilezas, se atravesaban unos á otros con sofismas, se engañaban mutuamente y rivalizaban en ser perjuros con el corazon, con lágrimas y con juramentos. Las ordenanzas de julio fueron para algunos el verso final de aquella comedia que duró quince años, que no podia menos de concluir, y que ya, gracias al cielo, ha concluido; y el gobierno de julio el verso primero de estotra comedia que dura hace trece años y que se sigue todavía representando.

Así que se levantó el telon se precipitaron á la escena los actores del nuevo drama con el cabello erizado y los ojos chispeantes. Empezaron á ensartar las mas soberbias relaciones del mundo, en preguntas y respuestas, en pró del orden y de la libertad. Oh! aquello era verdaderamente magnífico! Yo aplaudia como un frenético; pero presto cesaron los rasgos dramáti-

cos, vaciáronse los palcos, y hasta los comediantes empezaron á dormirse. Es decir, que los debates y pugnanzas de importancia se acabaron, y los partidos transformados degeneraron en mezquinos compadrazgos. En vez de luchar por los principios se empezó á luchar por las carteras ministeriales; todos los alistamientos se hacian en pró ó en contra de Guizot, en pró ó en contra de Molé, en pró ó en contra de Thiers. Desde entonces no ha cesado la corrupcion de hacer los mas espantosos exterminios en el cuerpo electoral, en la prensa y en el parlamento. Y de tal modo se ha burlado nuestra nacion, que es la mas burlona de todas, de las cartas, de las constituciones, de los sistemas, de los reyes, de las leyes, de las religiones, de los gobiernos y hasta del pueblo, que ya no cree en nada, y que ya casi ha venido á ser doctrina corriente entre los hombres de bien que lo mejor es vivir para el presente, y admitir todos los hechos consumados prescindiendo de los principios.

Con todo, sin pasion no hay elocuencia, y hoy en dia no hay pasion en el bien como en el mal. Cada cual se mantiene en observacion en el punto céntrico de sus opiniones, sin tomarse el trabajo de ir á ver lo que pasa en los extremos. Y en rigor ya no hay tampoco extremidades, ni derecha, ni izquierda, ni centro explícito y compacto; todos los partidos se descomponen, se alteran, se desfloran, se destiñen y desaparecen.

Diríase que los diputados de treinta años escasos no tienen sangre en las venas. Preséntanse con ojos apagados y hundidos, y con muelle languidez hacen desmayados gestos desde lo alto de la tribuna. Tienen todos voz de falsete, como de convalecientes, y al oírles hablar casi se siente uno tentado á tomarles el pulso, y á aconsejarles un viajecito á las islas de Hyères. A no ser por sus barbas aliñadas y mezcladas de pelos rubios, podrian muy bien pasar por unos buenos vejetes de esos que aguantan granizadas y ventiscas. ¿Son jóvenes, ó son viejos nuestros diputados de treinta años? ¿qué son, hombres ó mujeres? ¿Cuál es su sexo parlamentario? Lo único que puedo asegurar es que en este año de gracia de mil ochocientos cua-

renta y cinco no hay nada que iguale en frialdad, en gravedad, en positivismo y en solidez de cálculo y raciocinio á los jóvenes *leones* de nuestra cámara de diputados. Táchanles, y con razon en mi juicio, de que para oradores quieren parecer demasiado filósofos, y para demócratas afectan hábitos demasiado aristocráticos. Si hay algunos entre ellos que tengan talento y sean de la oposicion, y en verdad que los hay que tienen talento y son de la oposicion, ¿creen VV. que se resolverán á atacar al poder? Qué disparate! no son tan menguados! Pues qué! ¿no tienen por ventura un porvenir en que pensar? y porque estén reñidos con los ministros, han de estarlo con el ministerio? Así es que jamás omiten declararlo así en sus interminables precauciones oratorias, y lo inculcan, y se lo repiten cien veces á todos y á cada uno de aquellos señores. En seguida se disponen para el ataque, que se reduce á escurrirse por detrás del banco de Guizot, y á clavar unos cuantos alfilerazos en las piernas al digno doctrinario. Vuélvese este entre risueño y enfadado, y por respuesta les dice: Silencio, botarales!

La sed ardiente de placeres, la codicia y la corrupcion han agotado la poca sangre y el poco calor que quedaban bajo la epidermis del cuerpo electoral. No saben los ministros todo lo que podrian intentar, ni hasta dónde podrian llevar las cosas con solo que quisieran. Yo por mi parte tengo la persuasion íntima de que si en las cámaras existen aun unos cuantos individuos de la oposicion, si dura aun en la prensa una sombra, una ligera sombra no mas de independendia, es porque los ministros están interesados en que no se desvanezcan completamente las formas y la apariencia del gobierno representativo. Es lo mas cómodo para embolsar cada año los mil quinientos millones: no puede darse mejor razon, en esto, de la moderacion y longanimidad de los ministros.

Voy á sorprender á muchos con una asercion: hay en Francia cien colegios electorales que tienen menos virtud, menos verdadera independendia, menos inteligencia (lo que por sabido se calla), y aun menos amor á nuestro establecimiento representativo que quién, por ejemplo? ¿Qué quién? Que Guizot.

Es pues una chanza muy pesada querernos hacer creer

que nuestros colegios electorales tienen buenas opiniones, y que gimen, se lamentan y se retuercen las manos al ver la marcha actual de los negocios. Digannos mas bien que gimen y se lamentan porque no los hartan á ellos y á sus mujeres, é hijos, y primos, y sobrinos, con exclusion de todas las demás personas, de lo que ellos con ansia apetecen, y ¡sabe Dios lo que no apetecen hombres de tanta ambicion! No tienen ellos que guarecerse contra la corrupcion: no; sino que la solicitan, la provocan descaradamente, por medios directos y por tercera persona. ¿Tendrán VV. por ventura el candor de creer que los señores Arago, Laffitte, Dupont de l'Eure, y mi pequeñez despues de ellos, y los demás que se sientan en nuestros bancos altos y bajos, ocupamos nuestros puestos á pesar de los ministros? Mucho se equivocarian VV.; solo los ocupamos porque ellos nos lo permiten. ¡Oh clementísimos é indulgentísimos ministros! permitid que en mi nombre y en el de mis favorecidos amigos, os tribute por ende mil y mil acciones de gracias!

Oigo que por todas partes resuenan estas palabras:—¿Será posible, Timon, que no nos haga V. ver nuevos retratos de su mano al abrirse la próxima exposicion?—¿Nuevos retratos? por mi parte con mucho gusto; pero ¿dónde están los originales? ¿dónde están esas fisonomías? voy buscando oradores y no encuentro mas que hombres de negocios.—Pues bien, píntenos V. esos hombres de negocios.—Bien; pero no en este lienzo.—¿Cree V., pues, se me dirá, que para ser orador ha de ser indispensable tener principios, buenos ó malos, verdaderos ó falsos, pero que al menos sean principios, ó les den ese nombre? ¿Cree V. que ha de ser tambien preciso pertenecer á un partido formal y decidido, á la oposicion de la derecha ó de la izquierda, ó á los bancos ministeriales? que se ha de tener passion, conviccion, fe, vehemencia, odio ó amor? que la charla de los abogadillos no se ha de confundir con la elocuencia? Que la remolacha, el carbon de piedra, el betun, el hierro en barras, el algodón en rama, la seda en capullos, el percal, las telas pintadas y engomadas, el añil, los ferrocarriles, los mariscos, el vapor y las dragas no contienen y resumen

en su parte pulposa y leñosa, en su humo, su mucosidad y su rodaje, todos los destinos futuros de la sociedad, y todas las grandezas morales del hombre?—No, yo no lo creo.—Entonces, ¿tampoco creerá V. en la duracion de nuestra máquina constitucional?—¡Yo! ¿por qué quieren VV. que les diga ahora cosas que no vendrian á pelo?—¿Qué es pues lo que va V. á decirnos?—Que voy á enseñarles á Garnier-Pagés, y que me lisonjeo de haberle sacado parecido.

Entren VV. en mi estudio, y les enseñaré despues los demás retratos.



GARNIER-PAGÉS.

¡Ah! ¡mucho he vivido ya! he visto morir á Manuel en el ingrato abandono de sus electores y de sus amigos; he visto morir á Lafayette que aun no habia llegado al cabo de su verde senectud; he visto caer á Carrel en la primavera de su edad: á Carrel, el brillante paladin de la democracia, la flor de nuestras esperanzas, la pluma y la espada del partido nacional; he visto fenecer á Garnier-Pagés que, si se hubiera arrancado antes de la atmósfera corrompida de la cámara y de las voraces agitaciones de nuestras estériles luchas, hubiera recobrado las fuerzas y la salud bajo el templado cielo del Mediodía, y en los encantos de la soledad.

Por tí, Garnier-Pagés, empezaré esta galería de nuestros oradores contemporáneos, homenaje que te debo porque ya no existes, ¡y se olvida tan pronto á los muertos! porque me amabas tambien, y así como yo nunca hubiera querido separarme de tí, tú no hubieras querido separarte de mí! porque no habia uno solo de tus pensamientos que no fuese tambien mio! Sí, yo desdeñaba, como tú, lo que tú desdeñabas, los honores y el poder; amaba, como tú, lo que tú amabas, el pueblo; esperaba, como tú, lo que tú esperabas, la reforma; y no necesitábamos comunicarnos lo que sentíamos ni hablarnos para entendernos. ¡Cuán ardientes y sinceros votos formábamos juntos por la union de todos los patriotas, por la grandeza de

nuestra querida Francia, por la mejora de la condicion de los pobres y por el triunfo definitivo de la democracia! Sí, tenias una grande inteligencia, Garnier-Pagés! Sí, eras un noble corazon! Comprendias la libertad, sabias cuánto se la debe amar; pero sabias, sabias como se la debe servir. Y ya no te veré mas, á tí á quien dejé tan lleno de vida! y cuando vuelva á la cámara no te encontrará al extremo de nuestro banco solitario.

Acometido yo tambien, léjos de tí, de un mal menos grave que el tuyo, no pude recoger tus últimos suspiros y pagarte el tributo de una fiel amistad; pero ¡ojalá estas líneas que te consagro, y que no ha dictado la lisonja, te hagan sobrevivir á esta corriente del tiempo que pasa y nos arrastra, y graben mas hondamente en nuestros corazones y en nuestra memoria el amor á tu persona y el sentimiento de tu dolorosa pérdida!

Garnier-Pagés tuvo la dicha de no pasar, como hombre parlamentario, por la prueba casi siempre fatal de la sucesion de varios gobiernos. Si hubiera sido diputado cuando estalló la revolucion de julio, ¿hubiera traspasado, como tantos otros, los límites de sus poderes? ¿hubiera abandonado el campo de batalla por ir á despojar á los muertos? ¿hubiera perdido al contacto del poder aquella virginidad política que conservó hasta el cabo con una continencia tan ejemplar? No lo creo.

Garnier-Pagés tenia el valor mas raro en un país donde todos tienen valor personal; tenia el valor de su conciencia. En caso de necesidad hubiera sacrificado mas que su vida: hubiera sacrificado su popularidad, y por este lado sobre todo le estimaba yo, porque ningun aprecio hago de los oradores ni de los publicistas que no saben, si es preciso, resistir á las preocupaciones y á los arrebatos de su propio partido. Es un deber decir la verdad á los amigos aun mas que á los enemigos, y el que solicita la popularidad á *todo trance* no es mas que un cobarde, un ambicioso, ó un necio.

Sencillo en sus hábitos, íntegro en su vida, y demócrata severo sin ser extravagante; fiel á sus antecedentes, sincero, de-

sinteresado, generoso, inofensivo, tal era el hombre moral y político.

Orador, descollaba por la prudente economía de su plan, por la flexibilidad de su dialéctica y la ingeniosa presteza de sus réplicas.

Tal vez le faltaba un poco de aquel elevado, abundante y pleno vigor que sostiene el discurso, y no deja á los adversarios retroceder ni respirar ante el empuje y bajo la impresion de su impetuosa corriente; de aquella emocion interior que se comunica á los demás, porque la experimenta uno mismo; de aquella imaginacion que da cuerpo al pensamiento, y que ha hecho la fortuna de todos los grandes maestros en el divino arte de la palabra; en fin, de aquella vehemencia, de aquella accion oratoria que depende de la fuerza de los pulmones y de la coloracion del rostro.

Pero en una asamblea formal, en un gobierno de negocios, el hombre verdaderamente elocuente no es el que tiene grandes vibraciones, pasion y lágrimas en la voz, sino el que mejor discute, y Garnier-Pagés era un hombre de discusion; era la razon misma, sazónada con una punta de ingenio.

Garnier-Pagés tenia un talento enteramente parlamentario. No decia mas que lo que queria decir, y como un hábil barquero conducia su palabra y sus ideas por entre los escollos de que está sembrado su rumbo, sin naufragar, sin rozarlos siquiera.

Los hombres reunidos, cámara ó pueblo, gustan de lo que los deslumbra, de lo que los conmueve, de lo que hiere y arrastra su fantasía: no se curan bastante de la claridad de los pensamientos, de la propiedad de los términos, de la lógica del discurso. Garnier-Pagés no seducia á los hombres insustanciales, pero agradaba á los hombres graves, porque era en sus oraciones mas sólido que brillante: no atendia tanto al movimiento de las ideas como á su ilacion, á la pompa de las palabras como á las cosas que expresan estas palabras. Su discusion era severa y sustanciosa: deducia rigurosamente sus proposiciones unas de otras empezando por las principales para llegar á las secundarias, y sus racionios se multiplicaban y

unian sin confundirse. No titubeo en decir, y en este punto me creo algo competente, que Garnier-Pagés era uno de los mejores dialécticos de la cámara.

Su conversacion familiar abundaba en rasgos delicados y epigramáticos sin ser sangrientos. En él la sal y el ingenio chispeaban.

La *immodestia* oratoria que, en los demás, degenera en soberbia, en él se parecia al candor. De vuelta en su banco, disminuía á veces con sus bromas el influjo que acababa de ganar en la tribuna con su alta razon; pero el ligero francés ¿puede por ventura no chancearse y reir, aun en lo mas recio del peligro, aun en la hora de la muerte?

Garnier-Pagés, como todos los hombres políticos, se exageraba la importancia de la atmósfera en que se agitaba: donde no habia mas que algunos raros individuos, Garnier-Pagés creia ver un partido: cual si la mirara con un lente, se abultaba la tenuidad microscópica de la extrema izquierda.

Por lo demás, habia conocido que una opinion, muda delante de opiniones que hablan, descubre su propia flaqueza, se pierde en la excentricidad y presenta su dimision: tambien habia conocido que el terreno de la política radical estaba circunvalado por las leyes de setiembre, por los murmullos interruptores del centro, y por las prohibiciones del llamamiento al órden.

Poco á gusto en un terreno estrecho y ruinoso, que por todas partes iba faltando, habia querido hacer ver que la impotencia de su posicion no era la impotencia del hombre, y se puso á estudiar, á elaborar con infatigable ardor las materias de hacienda y de economía política: así pasó los dias y las noches ahondando la vasta y árida cuestion de las rentas. Sus dos discursos formaron época: se puede decir que agotó la materia. Perfecta claridad de exposicion, gran seguridad de juicio, profundo conocimiento de pormenores, argumentacion vigorosa y clara, habilidad sostenida, mesura de ideas, circunspeccion de lenguaje, gracia para replicar superiores á todo elogio, tales son las dotes que por muchas horas cautivaron la atencion de la cámara mas distraida del mundo, y á sus

mismos adversarios se les oía decir al salir de la sesión: Es un joven orador de inmensas esperanzas! un futuro ministro de hacienda de la democracia!

Su penetración juntamente rápida y sólida no se dejaba alucinar por las falsas promesas, ni deslumbrar por la pompa de las grandezas. Al punto veía, en el fondo de los malos actos, las malas intenciones.

En la discusión de las comisiones, hablaba sobre todos los asuntos poco, pero bien, oportuna, clara, positivamente, sin frases y sin énfasis, sin cólera y sin injurias, y los ministros no tenían antagonista más listo, más duro, ni que más los apurase.

Garnier-Pagés y Guizot han sido, en nuestra época, los dos únicos diputados capaces de reunir, disciplinar y conducir un partido. Odilon Barrot es demasiado abstracto, Maignan demasiado ligero, Thiers demasiado negligente, Jaubert demasiado violento, Lamartine demasiado vago, Dupin demasiado voltario, y los demás no quieren ó no podrían. No digo que Garnier-Pagés y Guizot fueran intrigantes, pero sí que eran hábiles. Ambos siempre alerta y siempre prontos; ambos muy al cabo de la estadística personal de su hueste; ambos tácticos consumados; ambos atentos á proporcionarse inteligencias en el campo enemigo; ambos hábiles en decir á cada cual la razón que debe determinarle; ambos fecundos en estratagemas imprevistas; ambos en la cámara, en las comisiones, en las asociaciones, fuera de ellas, en todas partes, apremiados, poseídos por la necesidad de obrar, de sentar la cuestión, de fundir las disidencias, de coligar las voluntades, de organizar el negocio y dirigir su gente: ambos excelentes jefes de oposición, si Garnier-Pagés hubiera copiado un poco de la gravedad de Guizot, y si Guizot hubiera tomado un poco más de la destreza de Garnier-Pagés.

Pero, ¡cosa más fácil! Guizot conduce, con la disciplina levantada, su grey de obedientes escolares, al paso que la extrema izquierda es rebelde al freno, gruñona, díscola y casi indisciplinable. Como allí nadie se contenta con ser soldado raso, y todos quieren ser oficiales, cada cual tiene el placer de obede-

cerse y mandarse, con tal que consiga entenderse consigo mismo, lo que no siempre sucede. Y luego, la extrema izquierda ¿no blasona con orgullo de no depender de nadie y de no hacer una oposicion sistemática? ¡Oh rara habilidad! No hagais una oposicion sistemática contra los que os harán un ministerialismo sistemático, y podreis lisonjearos de obtener un triunfo magnífico! Aislaos, romped filas, tirotead á la ventura, mientras que los ministros apoyados en las negras masas del centro, vomitan sobre vosotros los fuegos de su batallon cuadrado. Eso se llama una oposicion bien disciplinada! Eso se llama una táctica brillante!

Mucho me engaño, ó, por la naturaleza de su talento, Garnier-Pagés habria sido un buen ministro, y no se crea que me hubiese sido grato facilitarle una candidatura, ni que me hubiese complacido en pintarle con una cartera debajo del brazo y con el cuello bordado de oro: digo solamente que hubiera tenido talento para ser ministro, y no la ambicion de serlo.

¡Sí! Garnier-Pagés tenia todas las capacidades de un ministro; una ojeada rápida que iba derecha al fondo de las cosas; un juicio que no se dejaba dominar por la imaginacion; una dialéctica viva, exacta y rigurosa; un ingenio fecundo en recursos, pronto en discurrir arbitrios, vasto en la organizacion, activo y perseverante en los medios.

Del mismo modo, en pocos años, Garnier-Pagés si hubiera querido, se habria puesto á la cabeza del foro, pues tenia las dotes de los abogados de nuestros dias, en tanto grado acaso como las de un orador; una penetracion laboriosa, una rara inteligencia del derecho, una maravillosa facilidad para argüir, una réplica natural y súbita, una lógica rigurosa, una gran solidez de juicio.

Lo que mas me sorprendia en él era su eminente aptitud para los negocios, aptitud tal que la del mismo Thiers no le hubiera aventajado. Porque si Thiers veia mas pronto y mas de léjos, Garnier-Pagés veia mas claro.

Menos admiraba yo, lo confieso, aquella ligera flexibilidad de elocucion y de ingenio, que consiste en revolotear al rede-

dor del banco de los ministros, y en cubrir y erizar su piel de picaduras y ronchas: sutilezas y primores que no siempre comprende un público mal iniciado en las mentiras y sinonimias de la germania parlamentaria.

Prefiero mas nervio y calor en el discurso, y creo que es preciso saber callarse cuando nada se tiene que decir; pero los partidos, en todos los partidos, son exigentes como los litigantes. Si uno no habla, dicen que ese los vende; si habla, dicen que los ha defendido mal: nunca se les ocurre que su causa es la mala, y no el abogado.

No nos cansemos de repetirlo; desde la revolucion de julio acá, nunca ha habido oposicion sistemática, jefes incontestablemente reconocidos, un combate en regla, sino solo soldados vestidos de desaparejadas armaduras, agregaciones fortuitas y escaramuzas de guerrilleros.

Añadiré, pues estoy en vena de ingenuidad, que el partido demócrata tiene sus inconsecuencias ni mas ni menos que los demás partidos, y si quisiera ahora emprender su autopsia, manifestaria las muchas dolencias que trabajan su pobre cuerpo.

Algunos se contentarian con cambiar otra vez de rey para probar si acaso iba así mejor la cosa; otros querrian luego la república. Estos la apetecerian igualmente, pero para mas adelante; aquellos desearian que se consultase al país que nunca, nunca jamás lo ha sido libre y completamente, y que se hiciese lo que decidiera la mayoría de los ciudadanos.

La verdad es que no hay en la cámara un solo diputado de ninguna opinion que sea consecuente consigo mismo.

Pregúntese á los ministeriales, á los hombres del tercer partido y á los dinásticos si creen representar sinceramente el país, y responderán que eso por supuesto, pues que el país no ha reclamado contra su carta ni contra sus leyes, y que *quien calla otorga*.

A lo cual responderé yo que tampoco los turcos reclaman contra los firmanes de su alleza el Sultan Mahomet; lo que no prueba, en manera alguna, que sean libres los turcos, ni que tengan la menor aficion al régimen de los latigazos y del palo. ¡Extraño dilema por cierto! si no reclamas, consentes; y si

reclamas, te encerrarán por primera providencia en la conserjería, y de allí saldrás entre una cáfila de ladrones, para pasar, entre otra cáfila de gendarmes, á la prision de Clairvaux, donde hospedado entre cuatro paredes, podrás, por poco que tengas gusto en ello, reclamar á todo tu sabor hasta hartarte. Cierto, cierto que son unos gobiernos muy honrados y unas representaciones muy veridicas los gobiernos y las representaciones del *quien calla otorga!*

Pregúnteseles ahora á los legitimistas, que toman el juramento en el sentido religioso, si están muy satisfechos de poner su mano juramentada en la mano de Luis Felipe, mientras que sus corazones están en Goritz (1), y responderán impávidos que se sientan en la cámara en virtud de la soberanía del pueblo.

A lo cual responderé yo tambien que, para invocar la soberanía del pueblo, seria preciso empezar por reconocerla; que no se puede servir á dos señores, adorar á dos dioses, decirse vasallo de dos reyes, y sostener al mismo tiempo dos principios contrarios: la legitimidad y la usurpacion. Estén VV. seguros de que todas las explicaciones posibles no darán á esta posicion forzosa la claridad y la lógica que la faltan.

En fin, pregúntese á los hombres de la extrema izquierda, si no se sienten un poco molestados por el juramento, y responderán que el juramento político no es mas que una mera formalidad; que no obliga á servir ni á amar á este ó al otro; que no liga con un vínculo mas fuerte con respecto al príncipe, á la carta ni á las leyes, á los diputados que le prestan contra su voluntad, que á los ciudadanos que no le prestan; y si V. insiste, y les pregunta por qué hacen, ellos á quienes no ha nombrado el país, leyes que sacan su dinero al país, responderán que esas leyes serian todavía peores si no las manipulasen ellos.

Y á esto responderé yo, cuando me llegue mi turno de hablar, que la excusa atenúa el hecho sin cambiar su esencia, y

(1) Residencia habitual de los Borbones proscriptos.—*N. del T.*

que la necesidad de sus consecuencias no cohoneste la infidelidad orgánica de la representación.

Esto explica por qué no hay un solo diputado, cualquiera que sea la opinión á que pertenezca, que no sea anti-lógico, y por qué esa cámara, que encierra individualmente tantos y tan grandes talentos, es tan descolorida, tan blanda de fibra, tan temblorosa en todos sus miembros, tan endeble, tan apocada y tan lánguida que ni siquiera tiene fuerza para abortar, ya que le falta para producir.

En efecto, todos los partidos, sin excepcion, faltan en ella al gran principio de la soberanía del pueblo, y luego cada partido falta tambien en ella á sus propios principios. Y sostengo que no hay nada mas falso en el mundo, ni mas ridículo que semejante situación.

¿Quién no ha visto á los puritanos y al mismo Garnier-Pagés el primero, tomarse un trabajo increíble, retorcerse los brazos en su pantomima, plegarse y replegarse en cien rodeos oratorios para decir á media voz que otro sistema seria mejor? ¿Pero para qué sirven esos esfuerzos de estilo, esas sinonimias, esas habilidades parlamentarias? ¿Esperan por ventura por esos medios seducir á los hombres que viven de los abusos? Esos hombres tienen las orejas largas y muy aguzadas, y las aguzan todavía mas á la menor expresion que las hace cosquillas y las pellizca: además, no se modifica el sistema de un gobierno con una alusion de tribuna. Que me den veinte líneas de un periódico, y diré mas sobre este tema que el mas brillante discurso que dure una hora.

¡No esperemos, pues, en las cámaras presentes ó futuras! Estas son y serán lo que siempre han sido, ministeriales, ministeriales á todo trance; siempre estarán llenas, desde el fondo hasta los bordes, de empleados asalariados; siempre serán estacionarias, si no retrógradas, juguetes de todos los temores, impotentes para hacer el bien, pródigas de nuestro dinero, dignas hijas, en una palabra, del monopolio electoral. Nada han hecho y nada harán para el progreso social; ni han dado ni darán la reforma; ni han abolido ni abolirán las leyes de setiembre; ni han organizado ni organizarán el trabajo: se irán

muriendo una despues de otra de impotencia y senectud, y siempre habrá que volver á empezar, hasta que todos los franceses sean llamados á los colegios electorales.

Algun dia, esa izquierda radical, ahora silenciosa y helada, sacudirá las ligaduras del monopolio que la sujetan: algun dia, de las fecundas fuentes del sufragio universal brotarán oradores libres cuya ardiente elocuencia esparcirá en derredor la llama y la vida; algun dia, el pueblo mismo sentará, por manos de sus verdaderos representantes, los anchos sillares del templo de la libertad.

Pero á la hora presente, sin ser tan grande como pudiera serlo, la tarea de la oposicion es todavía bastante hermosa. Es un derecho para ella reclamar todas las consecuencias del principio de la soberanía del pueblo; fuera, independenciam; dentro, libertad, igualdad, instruccion, economía, reforma. ¿Qué significa un diputado que se encastilla en una mustia y desesperada taciturnidad? ¿Qué significa un soldado que se esconde en su tienda, en vez de pelear á la luz del sol, á la cabeza del campamento? El deber de los hombres del derecho es esparcir la verdad delante de los hombres de abuso, aun á riesgo de que huellen bajo sus piés la semilla de aquella los hombres de abuso! Desprecio y murmuraciones, calumnias y ultrajes, todo lo deben sufrir por su país. Si el país no los comprende, no los apoya, no se acuerda de ellos, peor para el país y no para ellos!

No nos vengan, pues, á decir, como un publicista amigo mio, y gracias á mí muy conocido, que no sabe improvisar; que le falta memoria; que los murmullos del centro cubirian su voz; que no tendria eco; que los discursos escritos son frios, compasados, buenos para ser leidos, no para ser escuchados; que el amor propio del escritor se resentiria de la debilidad del orador; que el escritor resume y el orador desenvuelve; que el escritor es fastidioso si se repite, y que al orador no se le entiende si no se repite; que de esta suerte las dotes del publicista y del improvisador se excluyen, y otros pretextos (1).

(1) Alusion de Timon á Timon mismo.—*N. del T.*

Aquí no se trata, caballero, de saber si su amor propio se resentiría de que no dijese V. la verdad en hermoso lenguaje, sino de si está V. obligado á decirla en los términos que pueda, y de si debe curarse mas de su reputacion que del bien de su patria. Cierto, si nada bueno tiene V. que decir, cálese V.; pero si su conciencia le apremia, descárguela. Camine V. siempre adelante, vaya á la descubierta, y hienda con su proa las aguas desconocidas de otro mundo político. La verdad es parecida á la larga estela que deja en pos de sí el barco de vapor, cuyos círculos, ensanchándose, van á batir las dos orillas y acaban por llenar todo el rio. Bueno fuera que se imaginase V. que no será castigado por su silencio como por sus palabras, que no han señalado ya su casa con yeso los esbirros del poder, y que no pasará tarde ó temprano bajo las horcas de la proscripcion! Adelante, y regocijese V. si debe sufrir por la buena causa, y sepa, señor mio, que el campo de la libertad necesita por mucho tiempo todavía que le rieguen las lágrimas y la sangre de sus defensores!

No, los diputados de la extrema izquierda no pueden estarse con los brazos cruzados, cuando la sociedad, impelida por una fuerza misteriosa, camina hácia un porvenir inexplicable y mejor.

Sin embargo, apresurémonos á decirlo, uno es el deber del escritor que vive de lo absoluto, otro el deber del diputado que vive de lo relativo. El uno recibe su mision de sí mismo, el otro de su comitente; el uno elige su posicion, el otro la acepta; el uno es el hombre de lo que todavía no existe, el otro el hombre de lo que existe; el uno está siempre cara á cara con las teorías, el otro siempre cara á cara con las aplicaciones.

Garnier-Pagés, como verdadero político, habia comprendido que, en una cámara de monopolio, es preciso decir todo lo que es cierto, pero no pedir mas que lo que es posible; que un hábil labrador puede hacer germinar en el terreno mas ingrato las semillas del progreso; que un diputado no es dueño de rehusar una mejora ofrecida, por mas pequeña que sea; que es preciso transigir sin dificultad con las personas, sin comprometer los principios; que los frutos de la violencia son casi siempre

amargos y raquíuticos, y que se caen del árbol antes de madurar; en fin, que las armas de la dialéctica son mas seguras y victoriosas en un país libre que los disparos á metralla y las bayonetas.

Sí, la política no debe parecerse á esos azotes del cielo, á esos taladores de naciones que van sembrando delante de sus pisadas el espanto y la desesperacion, que derriban los templos sin reedificarlos, y las instituciones sin restablecerlas; que hacen en derredor suyo un desierto, y que solo se complacen en medio de las venganzas, de las ruinas y de las sepulturas. Si no siempre es permitido levantar un edificio regular, nuevo y completo, es preciso á lo menos cortar las piedras y llevarlas al terreno. Cada tiempo tiene su obra, cada siglo traza su surco. El legislador debe imitar á la naturaleza que nunca descansa, que se repara y se reproduce sin cesar, se rejuvenece y se decora con mieses y flores nuevas, y saca su vida hasta de la misma muerte. En el dia, el objeto de todos los hombres de estado que comprenden su santa mision, debe ser mejorar la suerte de la especie humana: todos los esfuerzos del legislador que no tiendan á esto serán antimorales, antireligiosos, antifilosóficos, estériles, impotentes, negativos, sin importancia y sin excusa.

Si no es posible organizar las grandes instituciones del gobierno, ni aun discutir las, todavía hay mucho bien que hacer en las cuestiones secundarias. La carta, aunque tan incompleta, no brotó, en una mañana de agosto, de las cabezas *camareras* de los legisladores Bérard y Dupin: no tengo noticia de que estos señores inventasen ellos solos el jurado, la libertad de cultos, la libertad de imprenta, la responsabilidad de los ministros, ni aun la igualdad del impuesto. Nosotros tambien somos conservadores de esto y de aquello y de todo lo que hay que conservar en la carta por este estilo, y desafiamos á los mas fogosos corredores de empleos, de honores, de sueldos, de privilegios y de prebendas á que tengan en mas adoracion que nosotros las cosas buenas de la carta; sin que esto impida que todavía pudiéramos decir mucho de esta excelente carta, sin que nadie tuviera cosa alguna que reparar

en ello, y sin causarle á ella misma la menor pesadumbre.

Los que á sí propios se llaman conservadores, los paniaguados del poder se han formado y dispuesto una carta para su uso particular, una carta de familia, una carta puramente personal y donde meten y encierran devotamente los favores del ministro, las bolsas (1) de sus hijos, los diplomas de sus juzgados, los galones de sus grados, todo ello mezclado con las leyes de setiembre, los procesos de tendencia y las bendiciones del cielo, y ante la cual rezan todas las mañanas sus oraciones. Hagamos nosotros otro tanto delante de la gran carta, de la carta de nuestras garantías y de nuestras libertades. Aunque embarazados sin duda, y muy embarazados, no nos está vedado sin embargo todo movimiento; no ajusta tan bien la mordaza en nuestras bocas que nos esté vedada toda palabra.

¿Qué importa además que en esa cámara mustia y desolada, la extrema izquierda hable ó deje de hablar? ¿Qué importa que se la escuche ó se la desdeñe? ¿Qué importa que muera Lafayette, que sucumba Carrel, que desaparezca Garnier-Pagés? Los hombres pasan, pero los principios quedan. De cincuenta años á esta parte y en toda Europa, vanamente el despotismo ha acribillado con su metralla y sus cañonazos las filas populares; los claros se llenan, los batallones se apiñan, la tierra de la democracia palpita en su fecundidad, las generaciones se levantan llenas de esperanza y de ardor, y el combate se renueva en todos los puntos, con el triunfo en perspectiva!

No, la soberanía del pueblo, del cual todo sale y en el que todo va á refundirse, no perecerá, á menos que las naciones exterminen á las naciones, y se haga de Europa una inmensa soledad. La soberanía del pueblo es el principio de la libertad fundada en la igualdad política, civil y religiosa: la soberanía del pueblo es el principio del orden fundado en el respeto á los derechos de todos y de cada cual: no es la mas bella de todas las teorías sino porque es la mas hermosa; no es la mas consoladora sino porque no deja ningun infortunio sin socorro, ninguna injusticia sin reparacion; no es la mas

(1) Es decir, las plazas gratuitas de los colegios reales.—N. del T.

sublime sino porque es la expresion de la voluntad general; no es la mas fecunda sino porque no hay una sola perfectibilidad que no emane de ella; no es la mas duradera sino porque, si siempre ha habido hombres reunidos en sociedad, no ha debido tener principio, y si siempre los hay en lo sucesivo, no tendrá fin; no es la mas natural sino porque no es mas que la ley de la mayoría que, sin que ellas lo sepan, gobierna á las sociedades libres; no es la mas noble sino porque es la única que corresponde á la dignidad de la naturaleza humana; no es la mas legítima sino porque es la única que explica la alianza del poder con la libertad, y hace que el uno sea respetable y la otra posible; no es la mas razonable sino porque es muy de presumir que muchos tienen mas razon que uno solo, y todos mas que muchos; no es la mas santa sino porque es la mas perfecta realizacion de la igualdad simbólica de todos los hombres; no es la mas filosófica sino porque destruye las preocupaciones de la aristocracia y del derecho divino; no es la mas lógica sino porque no hay una sola objecion seria que no pueda resolver, ni una sola forma de gobierno á la que no pueda doblarse sin alterar su principio; en fin, no es la mas magnífica sino porque del gigantesco tronco de la soberanía del pueblo brotan á la par todas las ramas del orden social, llenas de sávia, coronadas de sombras, y cargadas de frutos y flores.

CASIMIRO PÉRIER.

La nueva corte de las Tullerías, mal consolidada aun en el interior y en el exterior, caminaba á tientas en las sendas de su reciente establecimiento. Desembarazada en fin de Lafayette y de Laffitte, á quienes tanto habia querido, á quienes tantas veces habia estrechado contra su corazon, hallábase de nuevo entre los ambiciosos de la doctrina y los asustadizos de la clase media: en este conflicto puso los ojos en Casimiro Périer.

Su inmensa riqueza le daba la aparente independenciam que permite á un ministro hablar recio en cualquier momento al rey y á las cámaras, que hace á un hombre superior á las sospechas de la corrupcion, é impone siempre al vulgo. Casimiro Périer atraia á los legitimistas por la secreta predileccion de Carlos X hácia su persona, y no podia ser sospechoso á Luis Felipe por no haber servido nunca á otro amo. Su apasionada dialéctica le hacia maravillosamente apto para luchar con la oposicion, de hombre á hombre, de cólera á cólera. Era un personaje de accion y de viva réplica, dotado empero de mas resolucion parlamentaria que valor personal, siempre pronto á trepar al asalto de la tribuna y trepando á él: hasta su alta estatura, su porte imperioso y brusco, sus ojos escondidos bajo pobladas cejas, y siempre llenos de una roja y ardiente llama, completaban el conjunto de su superioridad circunstancial. Parecia nacido para el mando y para la presidencia del consejo, y nadie habia, ni aun el mismo mariscal Soult, que pensase en disputárselos. La corte, la clase

media meliculosa, los pares de la legitimidad, los agio-garduños de la bolsa, y la mayoría obediente é imitadora de la cámara se habian echado muchas veces á los piés de Casimiro Périer para suplicarle que empuñase el timon del estado y los condujese y los salvase.

Al llegar á este punto, debo á fuer de honrado suplicar á mis lectores que no examinen el retrato que voy á bosquejar sino con una especie de desconfianza, ó por lo menos de cautela. Soy sincero, pero no imparcial. Casimiro Périer burló mis esperanzas liberales; tambien atacó violentamente mi persona, y en esta situacion de mi ánimo, es posible que, al pintarle hace algunos años, se me fuese la mano y machacase demasiado negro en mi paleta; pero fuerza es tambien, por otra parte, para no mentir, que diga todo lo que ví. Además, no he pintado á mi hombre sino enfermo, presa de vivos é internos dolores, y de apuros de gobierno y de política capaces, lo confieso, de turbar las ideas y de extraviar el juicio.

En efecto, en sus últimos dias, Casimiro Périer tenia una energía tempestuosa que le minaba y le iba arrastrando sordamente á la sepultura: sin saberlo, sin querer tal vez, por efecto de una especie de simpatía convulsiva, removió y exaltó aquellas malas pasiones que dormitan siempre en algun pliegue de las almas aun las mas serenas. A su voz, los dos partidos se precipitaron uno sobre otro, y cualquiera hubiera tomado la cámara por una jaula de locos furiosos y desatados, mas bien que por una asamblea de graves legisladores.

Las sesiones de entonces se parecian bastante á las de la Convencion, salvo la grandeza teatral de los lances y el trágico fin de los actores. Los ministros y los centros se complacian en meterse mucho miedo á sí mismos y entre sí: cada uno se divertia á su modo. Las palabras suplían la accion, y tenía mos en el interior de la cámara el espectáculo de un terror en miniatura.

El miedo ha sido y será siempre el mas enérgico y acaso el mas hábil de todos los resortes parlamentarios: obra sobre las mujeres, sobre los niños, sobre los ancianos, y sobre los diputados canijos de entendimiento que, en un peligro real ó imagi-

nario, se arriman temblando unos á otros. Añádanse á los miedos verdaderos los miedos fingidos, porque hay en los bancos ministeriales una multitud de despavoridas palomas, siempre impacientes por posarse en el borde del altar, y guarecerse allí bajo el ala del dios que reina y gobierna.

Preciso es haber visto á Casimiro Périer en tales momentos, haberle visto cara á cara como le he visto yo, para pintarle fielmente. Su alta estatura estaba ya encorvada, su bella y majestuosa fisonomía se cargaba de sombra y de arrugas; sus mejillas se abrasaban, sus ojos brotaban un fuego mezclado con sangre; sus palabras quemaban como la calentura y estaba como enloquecido. Lo mismo maltrataba, agujoneaba y tiranizaba á la mayoría que á la minoría, y dejaba atónitos á los demás ministros. No se distinguían entonces tercer partido, ministeriales puros y doctrinarios. Casimiro Périer no dejaba á las fracciones de la mayoría tiempo para reconocerse y contactarse: las reunía, las comprimía fuertemente bajo sus crispados dedos, y enviaba en confuso tropel al combate á Dupin, á Thiers, á Guizot, á Barthe, á Jaubert, á Jacqueminot y á Kératry: él mismo se trababa en lucha de injurias y andaba á mogicones en la tribuna con el diputado Jousselein. Otras veces era preciso despacharle algun portero para decirle al oído que reparase por respeto á las señoras el desórden de su vestido (1): tan de lleno le absorbían los cuidados de la lucha política!

Y no se crea que la mayoría le obedecía por convicción, tenacidad ó sistema, no; no hacia mas que ceder maquinalmente á la voluntad, á la ira de aquel maniático: imitaba su apostura, sus ademanes, su voz, su cólera, brincaba, pataleaba, se retorcía, aullaba como él: pero, cuando despues de algunos actos de frenesí parlamentario, llegó Casimiro Périer al paroxismo del furor, perdió la cabeza, y cayó molido, quebrantado, exhalando el alma.

Despues de su muerte, sus arrebatos ininteligibles é insensatos pasaron por señales de entereza, y dos ó tres palabras, siempre las mismas, que le soplaban al oído, que le metían en

(1) En una ocasion, este ministro estuvo hablando en la cámara con la pretina del pantalón caída, sin advertirlo por de contado.—N. del T.

el pico y que él repelia sin comprenderlas, pasaron por genio. Los sacerdotes del justo medio ocultaron el secreto de sus tretas en el hueco de aquel ídolo, y le doraron de piés á cabeza á fin de que el vulgo se prosternase delante de él.

La verdad á los muertos, así en la alabanza como en la crítica.

Convengo en que Casimiro Périer era duro, irascible, imperioso; en que carecia de gusto, de estudios, de instruccion literaria, de entrañas para el pobre, y de filosofia; pero diré que tenia tambien tres grandes y principales dotes del hombre de estado: ardor y vivacidad en la concepcion, decision en el mando, fuerza y perseverancia en la voluntad.

Los amigos de la libertad que no son ingratos, harán siempre dos partes de su vida; la una gloriosa, su vida de tribuno; la otra fatal para la Francia tanto como para él mismo, su vida de ministro. La revolucion de julio le debe mucho en el primer concepto para no ensalzarle, pero despues recibió de él en el segundo muchos males para no vituperarle.

Aquel personaje fué el representante mas fogoso y acaso el mas sincero del rancio liberalismo. No le tenia él en los labios como tantos ministros que le han sucedido, sino en el corazon; pero, bien fuese ceguera, ó bien fuerza de la costumbre, no comprendia que media entre la legitimidad y la soberania del pueblo toda la profundidad de un abismo.

No veo que tengamos, en los bancos actuales de la oposicion, un orador del temple de Casimiro Périer: no veo uno solo cuya penetracion sea mas sagaz, ni cuya elocuencia sea tan sencilla, tan espontánea. Casimiro Périer se habia robustecido en las vivas y continuas luchas de la Restauracion: apenas veian sus perspicaces ojos á Villèle poner el dedo en el gatillo, cuando ya partia su propio disparo é iba á herir al hombre del poder. Como un toro furioso se precipitaba en medio de la peléa; iba derecho al ministro y le siliaba en su banco de dolor; le acosaba sin piedad, le molia á preguntas, le apostrofaba sin tregua, sin darle tiempo para reponerse y resollar; teniale obstinadamente clavado en su banquillo, y le interrogaba con autoridad, como si hubiera sido su juez. Los franceses somos

un pueblo disputador, mas atrevido para el ataque que sufrido para la defensa; el método agresivo nos agrada. Acaso seria infructuoso con otro este método que tan eficaz fué para Casimiro Périer! pero se avenia perfectamente con su carácter.

Mientras Royer-Collard elevaba sus recriminaciones á la altura filosófica de un axioma, Casimiro Périer formulaba en cifras sus argumentos. Reñía á los ordenadores, mondaba los presupuestos, anatomizaba las cuentas, rehacia las liquidaciones, sondeaba el fondo de las cajas, exigia la declaracion en quiebra, y recorria, con una hacha encendida en la mano, las cavernas de los delapidadores, y los laberintos mas tortuosos y sombríos del tesoro.

Con Laffitte y Casimiro Périer, esos anatomistas de los presupuestos, esos investigadores, buscones, escudriñadores, registradores, escrutadores y discutidores de los fondos secretos disfrazados, ya no es posible, como en aquellos tiempos llegó á suceder, que haya quien ingiera en un capítulo de gastos de la justicia criminal el dote de una hija querida y la cachemira de una esposa adorada; en la compra de tablados para la tropa el precio de un tocador ó de un divan de seda; en las reparaciones de una pared divisoria la decoracion de un comedor; en los sueldos de una oficina de rentas el capital de una casita de campo ó de un viajecito de distraccion; en el restablecimiento de los padres de la Trapa la gratificacion dada á un cocinero; y finalmente en las pensiones de las huérfanas de la Legion de Honor (1) la manutencion de una bailarina.

Casimiro Périer se entregó, bajo la Restauracion, á las mas vastas especulaciones, y no hay de un gran banquero á un grande administrador tanta distancia como vulgarmente se cree. Tenia para los ramos de hacienda una aptitud experimentada, y conocia á fondo sus teorías y su práctica. Comprendia la parte contenciosa mejor que los demás banqueros, casi tan bien como un abogado, y hubiera introducido en los

(1) Las hijas huérfanas de los caballeros de la Legion de Honor tienen derecho á ser mantenidas y educadas por el gobierno en el colegio de St. Denis, cerca de Paris.—N. del T.

negocios del estado el admirable órden que reinaba en los suyos propios. Con una sola ojeada abarcaba grande espacio, y habia en su carácter, en su genio, en sus hábitos, en toda su persona, esa especie de predominio, esa especie de resolución despótica que tal vez es necesaria á un ministro del interior para cortar las dudas é indecisiones de sus oficiales y prefectos, para escamar á los cortesanos y á los pretendientes de antesala, para salvar las dificultades de los pormenores, para desembarazar y limpiar de expedientes atrasados, para inaugurar y acabar grandes empresas, y para hacer marchar al país de una manera franca y resuelta.

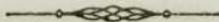
Hay en verdad sobrado fundamento para acusarle de haber hecho pesar sobre la revolucion de julio las violencias de una reaccion pasajera; pero yo creo que si hubiera continuado en vida, y ¡ojalá hubiese continuado viviendo y siendo ministro! habria por fin vuelto á la senda normal de la carta (1). No hubiera podido figurarse jamás que todo el objeto de la revolucion fuera embadurnar de nuevo la muestra de la tienda monárquico-representativa. No hubiera erigido la cámara de pares en tribunal prebostal, ni recomendado como los doctrinarios, que se enviase á los proscriptos á derretirse los sesos bajo el sol ardiente del ecuador (2). Hubiera roto á cañonazos las barreras de los Dardanelos, lanzado nuestras escuadras, precipitado nuestros ejércitos, vaciado el tesoro, antes que sufrir que afeara nuestra bandera la mancha de una injuria hecha á la Francia. Nacido gran personaje el mismo dia que nació la dinastía, sabia por experiencia cómo se hacen los reyes, y lo que valen. No era hombre que se dejara aleccionar

(1) La aparente contradiccion que resulta entre el sentimiento manifestado en este párrafo por el autor, de que Périer no hubiese continuado siendo ministro, y la asercion que deja sentada arriba, de haber sido dicho ministerio una especie de calamidad para la Francia, está salvada por una alusion tácita al partido doctrinario, en cuya comparacion juzga el autor al ministerio Périer infinitamente preferible. Casimiro Périer, en efecto, aunque de carácter violento y despótico, amaba en el fondo la libertad mucho mas sinceramente que los *doctrinarios puros*, los cuales le sirvieron al principio de instrumento, y fueron luego sus sucesores en el poder.

Nota comunicada por el autor.

(2) El ministerio Guizot solicitó en cierta ocasion que sus adversarios políticos fuesen enviados á hacer una expedicion de capricho por los desiertos de Salazia, en la isla de Borbon.--N. del T.

por las melosas intimaciones de una voz entre dos ventanas de palacio, ni que pusiera jamás su indomable voluntad á las plantas de un dueño. No se hubiera pues contentado con ser un presidente nominal, un servidor de camarilla, un testa ferro, un corredile de los factotum del guardaropa, un forro del manto responsable; y dejando á la corona reinar en medio de los esplendores de su oro y de su trono solitario, la hubiera obligado á detenerse en los límites del gobierno, y le hubiera dicho: ¡De aquí no pasarás!



EL DUQUE DE FITZ-JAMES.

La elocuencia aristocrática es un mixto de inteligencia, de gracia y de ingenio, que se produce con tono de persona que sabe lo que vale ó cree valer, y lo poco que valen los demás.

Francisco I, Enrique IV, Brissac, Crillon, el duque de la Rochefoucauld, el cardenal de Retz, el duque de San Simon y los Mortemart, fueron admirables en este género de elocuencia, si puede darse un nombre tan pomposo á una cosa tan sencilla, tan ligera y de tan buen gusto.

La córte de Luis XIV hubiera abundado en esos oradores-caballeros que miran con altanería las cuestiones y á los interpeladores de la cámara. Brillaban algunos en la asamblea constituyente, en los bancos de la nobleza; el conde de Mirabeau mostraba en sus réplicas una impertinencia deliciosa; el príncipe de Talleyrand se dignaba dejarlas salir por un lado de su entreabierta boca, y como arrojándolas á su espalda. Poseían de este género de elocuencia, el marqués de Chauvelin la malicia, el marqués de Castelbajac la petulancia, el marqués de Saint-Aulaire la urbanidad, el marqués de Semonville la sutileza, y el marqués de Lafayette la gracia y la honradez.

A la verdad, en nada se parece esa elocuencia á la sabia discusión que marcha en cuadro por los cuatro puntos del silogismo parlamentario. Es una especie de conversacion natural, viva, corriente, animada en lo mas sério, festiva y aun

burlona, en lo que requiere mas delencion y flemma; una conversacion que tiene, y perdónennos el estilo, las cejas arqueadas, los ojos hendidos y á medio abrir, y al rededor de los labios sonrisas de inexplicable desden; que asesta los tiros sin dejar ver el arco ni la aljaba; que no se aprende en la escuela, ni en los libros, ni en los bufetes, ni en las tiendas, ni sobre todo en las reuniones ciudadanas; que respira, que trasciende á la alta sociedad en que se ha vivido, que pinta con un solo rasgo, que mata con una sola palabra, que tiene sus maneras peculiares, un vestir elegante y descuidado, la mano blanca y el cútis terso, y que sin embargo se acerca mas al pueblo que á los magnates por sus salidas ingeniosas y por su graciosa sencillez.

Mas fácil es hablar el griego ó el hebreo, que ese lenguaje que no se aprende, que ya va desapareciendo, pero que nos es grato oír aunque nosotros, y sobre todo los abogados, no sepamos hablarle.

Aun hoy mismo, y aun en materia de negocios, el duque de Broglie no se expresará de la misma manera que Guizot: el marqués de Brezé y el vizconde de Chateaubriand hablarán de diversa manera que Berryer. Es un no sé qué que se dice, pero no se declama, que se deja ir natural y sencillamente sin disponer las frases en rigurosa alineacion, con las puntas de los piés hácia afuera y el cuello estirado. Para estos oradores de alto vuelo la tribuna no es mas que una poltrona, ni la asamblea mas que un salon, ni la discusion mas que una charla. Tratan á los ministros con toda la franqueza de iguales, y á diferencia de los magnates de nuevo cuño, tomarán en boca rara vez el nombre del rey. Se inclinarán respetuosamente ante la majestad, pero no hasta tocar con la frente el suelo, y no se verá jamás que ninguno de ellos se limpie la rodilla al levantarse.

Nuestras modernas asambleas están infestadas por la charlatanería burocrática, por el ceño de los magistrados, por la pedantería de los catedráticos y la brutalidad de los militares; no se ve en ellas el animado juego de las personas de buen tono. Tampoco tenemos nosotros la sencillez, la debilidad, la

habla enérgica de la elocuencia republicana; son dos razas de hombres ya extinguidas no sin grave daño para la oratoria.

El duque de Fitz-James ha sido el último de los oradores callejeros.

Era de aventajada estatura, y de fisonomía despejada y móvil. En la tribuna tenía toda la desenvoltura, la franqueza y el tono de un gran señor que habla con simples particulares. No gastaba con ellos cumplimientos; acomodábase, y entraba en conversacion como pudiera hacerlo en su gabinete. Tomaba de vez en cuando un polvo, se sonaba, escupía, estornudaba, iba y venía á sus anchas, paseándose de uno á otro extremo. Usaba de expresiones familiares á que siempre daba salida de una manera feliz y oportuna, con lo que divertía la atención de la cámara fastidiada de la pomposa etiqueta oratoria. Hablaba como si se dignase recibir al cuerpo legislativo á la hora de dejar la alcoba.

Su discurso iba entretejido de agudezas, y era algunas veces atrevido y violento. Había mas trabajo del que quería mostrar en el contraste de los diversos tonos que tomaba, cosa que nos guardamos muy bien de censurar, sobre todo siendo la monotonía el escollo de casi todos los discursos.

Era este orador sencillo á veces, hasta rayar en lo trivial, y metafórico hasta dar en la hinchazon, porque tenía mas talento natural que instruccion, y mas ingenio que buen gusto.

En Francia pasa por buen tono el decir: Ignoro un poco de todo, pero soy medianamente entendido en los negocios extranjeros; manía de rey, manía de grandes señores, y manía tambien de plebeyos. Carlos X la echaba de experimentado y hábil en el trato de embajadores, y Dios sabe cuántos autógrafos y garrapatos del Napoleon de la paz (1) andan hoy rodando por las callejuelas y antosalas de Europa. No hay duque ó baron, de alta ó baja cuna, que no tenga por afrenta ver á un hijo suyo humillarse haciéndose procurador ó notario; pero si aspira á señorito de embajada, oh! eso es muy distinto! una embajada! ¿Dónde hay cosa mas noble y de

(1) Alusion al rey Luis Felipe.—N. del T.

mejor gusto? Dupin, Manguin y Berryer, abogados los tres, sin hablar de otros muchos, no ambicionan mas que la cartera de negocios extranjeros, y además quien consigue dicha cartera suele lograr por añadidura la presidencia del consejo. La diplomacia sigue impávida su camino arrastrando en pos de sí á la Francia; y con esto, qué hermoso papel está haciendo la pobre Francia á los ojos de Europa!

El duque de Fitz-James debía por razon natural empezar en la cámara discutiendo las cuestiones de guerra y de negocios extranjeros. Hablar de otra cosa hubiera sido bueno para un pelafustan de golilla! Las relaciones exteriores, con la consabida apóstrofe á la Inglaterra, le pertenecian de derecho. Si mal no me acuerdo, yo tambien en mis verdes abriles solia desahogar mi cólera en prosa y verso, y lo que es peor en versos malos y de poco genio, aunque muy rotundos, contra la pérfida Albion. Hoy en verdad no me la figuro menos pérfida que entonces; pero ¿no será quizá mas pérfida todavía la vieja Santa-alianza? La Inglaterra amenaza á nuestro comercio, y el resto de la Europa amenaza á nuestra libertad; y tengo para mí que nuestro deber en este caso es defender á todo trance los intereses de la Francia, en todo y por todo, y contra todos, absteniéndonos de sistemáticas recriminaciones.

Dos cosas hay que los legitimistas no perdonarán nunca á la Inglaterra: la usurpacion de Guillermo y el protestantismo. ¿Podrá decirse que el duque de Fitz-James no ha sido en la tribuna mas que el eco de las pasiones de aquellos que se dejó llevar por añejos rencores de familia ó por el instinto de partido? Por otra parte ¿es sola la Inglaterra la que nos lleva á remolque? Cuál es la potencia á quien osemos mirar frente á frente, y que no nos cause miedo? ¿Hay algun baluarte que pueda estorbar al margrave de Baden que, si se le antoja, se apodere de Pantin? ¿No se ha despachado la noche última un propio al duque de Módena para rogarle que tenga la bondad de no enfadarse mucho? ¿A cuántas estamos con el gran Schah de Persia? El negocio no es muy claro: ¿ignoran VV. que seria muy posible que recibiéramos de él un ataque brusco? La alarma cunde ya desde Saint-Cloud á las Tu-

llerías: tal vez no les parezca á VV. inoportuno reunir el consejo de ministros para deliberar sobre tan grave asunto.

El duque de Fitz-James, como todos los caballeros de alto linaje, tenia las preocupaciones de su nacimiento, de su educacion, de su familia, de sus precedentes, además de las de sus afecciones. Amaba sin embargo la libertad, y la comprendia cuanto le es dado á un duque y par amarla y comprenderla.

Segun lo ardiente y caballeresco de sus maneras y lenguaje, debió de ser en su juventud valiente y decidido. Si hubiese salido de la plebe, su discurso hubiera tenido una especie de elocuencia brusca y constante, y su accion la audacia revolucionaria. Era su naturaleza robusta y felizmente organizada; faltáronle tan solo, primero las circunstancias, y luego la juventud.

Era por lo demás grande en sus sentimientos como en su lenguaje; rebosaban en él la honra que es la vida misma del caballero, y el desinterés que le hacia preferir la pobreza á cualquiera baja accion; era religioso, pero sin hipocresía; estaba orgulloso de su cuna, pero sabia al mismo tiempo los derechos y necesidades de la generacion nueva; era celoso de la dignidad de su país, y defensor incansable del renombre francés.

El duque de Fitz-James resistió las seducciones de Napoleon, y rehusó honores del imperio por conservar su antigua fidelidad á los Borbones, lo que parecia anunciar gran firmeza de principios. Sin embargo, despues, con notable inconsecuencia, prestó su juramento de par al rey de los franceses; porque, segun las ideas legitimistas, Luis Felipe, primo de los Borbones, es sin contradiccion mucho mas usurpador que Napoleon que nada tenia que ver con ellos. Es decir, que no es muy fácil explicar por qué razon el duque de Fitz-James admitió la pairía en 1830, y por qué la dejó en 1832.

La cosa es clara: al prestar su juramento salvó la mayor barrera que podia separar el barrio de San German de las Tullerías. Que la abolicion del derecho hereditario disgustase á todo pelote y á las gentes que llevan un nombre oscuro, ya se

comprende; pero al que lleva el nombre de Choiseul, Montmorency, La Rochefoucauld, Crillon, La Trémouille, Rohan, Uzès, Richelieu, Harcourt, Noailles, Dreux-Brézé, Fitz-James, qué se le importa de semejante derecho? Podrá una revolucion hacer que deje de ser par hereditario; pero no hay pueblo ni rey que tenga poder para arrancarle su nombre histórico.

Dejando esto á un lado, es preciso confesar que el duque de Fitz-James, ya fuese por arrepentimiento, ya por humorada ó por verdadera prevision, contribuyó por su parte poderosamente al progreso de la democracia. Aquel descendiente de los reyes de Inglaterra, el caballero cortesano, el cordon azul, el par de Francia, ha pisoteado su corona ducal y sus blasones llamando á las puertas de la cámara de diputados, pidiendo humildemente permiso para entrar en la primera corporacion del estado, en esa corporacion que mutila á los pares, que acusa á los ministros, que pulveriza á los reyes y que reina por medio de las contribuciones.

La entrada de este duque en la cámara de diputados ha sido el homenaje mas cumplido y ruidoso que se ha tributado á la soberanía del pueblo, el testimonio mas sincero del poder de la eleccion, el reconocimiento mas incontestable de la nobleza de la democracia, el acto mas desembozadamente revolucionario de los señores feudales del barrio de San German.

Se ha visto á los tiranos de Siracusa enseñar en Corinto las primeras letras á los niños: se ha visto á los príncipes de la casa de Francia convertirse en profesores de aritmética: se ha visto á grandes señores emigrados metidos á maestros de baile y de esgrima, á empresarios de teatros, á pintadores de muestras, á barberos de aldea, á cocheros, y hasta á cocineros; cada cual hacia lo que sabia, y ninguno de ellos podia pasar por otro punto.

Por el contrario, Fitz-James arrojó voluntariamente á su lacayo su soberbio manto de par y de duque con todos los demás desechos de su guardarropa, y hoy dia quizás aquel manto flordelisado va barriendo las calles colgado de la espalda de un ropavejero.

SAUZET.

Los oradores no se muestran de perfil como los escritores, sino de frente. Vistense, gesticulan, peroran en su escena, delante de espectadores que les contemplan de piés á cabeza con la misma curiosidad con que se mira á un mímico. A los escritores solo se les pide cuenta de sus pensamientos; á los oradores se les pide hasta de su figura.

Sauzet es en sus maneras un tanto muelle y abandonado: su cuerpo no es musculoso ni de articulaciones pronunciadas. Tiene la tez blanca y ligeramente sonrosada, prominente y despejada la frente; sus ojos azules y algo saltones revelan la blandura de su carácter; hay en él propiedades de hombre y de mujer.

Dócil y sencillo, así como carece de poblada barba, carece también de vigor para mostrar, cuando es preciso, una fuerte resistencia. Hombre de bien á carta cabal, que en su casa dejará llevar los calzones á su mujer, si es casado, y si es viudo á su criada.

No me cuesta en verdad poco trabajo, lector amigo, cumplirte la palabra que te dí de poner ante tus ojos su retrato en carne y hueso; tan difícil es poder fijar con el buril las facciones de este hombre mas inquieto é impaciente que un niño! Te aseguro que en algunos momentos me he creído precisado á esperar que el daguerreotipo perfeccionado me ayudase á apoderarme de Sauzet, y á encerrar su imágen en menos de un

minuto en el oculario de la cámara oscura. Pero el caso es que Sauzet hubiera querido ¡todos quieren lo mismo! que hiciese yo de él un Demóstenes, como si fuera culpa mía que el Demóstenes de la ciudad de los *Canutos* (1) tenga muy poca semejanza con el Demóstenes de la ciudad de Minerva (2).

Cuando el abogado leonés se presentó como novicio en la cámara, una vaga sonrisa vagaba por sus labios. Fuese por cálculo ó por afabilidad natural, su deseo era agradar á todos, y principalmente á los ministros. Iba acariciando con sus miradas uno por uno los rostros sombríos de ese banco de dolor, del cual con impaciencia y despecho se veía aun separado.

Sauzet reúne muchas de esas cualidades que hoy llamamos buenos medios: órgano sonoro, cabeza despejada, comprensión rápida, y una locucion flúida y pura.

Su voz es llena, é inunda á todo su auditorio; tiene sin embargo algunas cuerdas apagadas, y sus terminaciones caen á menudo fatigadas con el período.

Sauzet es dulce en su trato, afable, culto, moderado. Es pródigo de su propia benevolencia, y gusta de la ajena. Su fisonomía, sus sentimientos, su lenguaje respiran honradez, y tienen un atractivo que seduce y persuade. En lo florido de las imágenes y en lo cadencioso de sus frases, se acerca mucho á uno de los modernos semidioses de la poesía, si bien le supera en la ciencia del derecho y de los negocios. Sauzet es Lamartine hecho hombre.

La memoria es el agente principal de su elocuencia; á los diez años recitaba sin quitar punto ni coma un capítulo entero del Telémaco que no hubiese leído mas que una sola vez.

Mientras está hablando puede suprimir fragmentos enteros de su discurso y sustituirles trozos nuevos, acomodándolos

(1) *La ville des Canuts* es el nombre dado en el original á la ciudad de Lyon, de donde es natural Sauzet, actual presidente de la cámara de diputados. Llamen en Francia *Canuts* á los tejedores de las fabricas leonesas, á quienes el excesivo trabajo y la escasez de alimentos, hacen de naturaleza ruin y miserable. De ciento cincuenta mil habitantes que encierran Lyon y sus arrabales, los cien mil por lo menos se hallan comprendidos en la triste clase del *Canut*. Créese que la palabra *canut* se deriva de *canette*, que es la canilla ó hobina en que los tejedores devanan el hilo ó la seda; pero *adhuc sub judice lis est.*—N del T.

(2) Atenas.

al tejido de sus raciocinios con tanta habilidad como si los cosiese con alfileres.

Es de ingenio agudo, y está tan familiarizado con los equívocos al producirse; que cuando habla en la tribuna necesita sacudirse de ellos como de una mosca importuna que le estuviere zumbando en los oídos.

Sauzet es el tipo del orador de provincia. Su discurso es una verdadera pelota de viento; mas que lleno puede decirse que está hinchado. Halaga el oído, mas no llega al corazón.

El estilo de Sauzet está indudablemente contaminado por la costumbre de hablar en los tribunales criminales; prodiga á manos llenas las encendidas rosas del lenguaje, las vibraciones de armonía, los epítetos retumbantes, las metáforas de colegio; retórica gastada que ya no tiene prestigio ni valor en el comercio de la elocuencia política.

En una causa criminal, y ante un jurado, no seré yo ciertamente quien aconseje á Sauzet que no recurra á esos resortes patéticos para salvar á los acusados. La imágen de una hermosa anegada en llanto que se acoge á las aras de la misericordia y de la justicia; los gritos desgarradores del remordimiento, el espectáculo de un mancebo que en la flor de la vida va á entregar su cabeza al hacha del verdugo como el lirio de primavera tronchado por el arado; la inocencia que lucha con los terrores del suplicio, las tenebrosas incertidumbres de la acusacion, los vislumbres de la duda que se cruzan, brillan y se disipan; los suspiros entrecortados, los labios balbucientes, las quejas, las súplicas, la escena dolorosa y enternecedora de una familia joven que reclama á su padre y que va á perecer si aquel perece, ó de un anciano coronado de canas que se prosterna á las plantas del juez, ofreciéndose á expiar el crimen involuntario de un hijo descarriado; todo eso ha sido tomado de la naturaleza, todo eso ha sido bello en su tiempo, y aun hoy dia puede producir efecto en el ánimo dócil de algunos jurados inexpertos y sensibles, como todas las almas vírgenes, á los encantos de la palabra, y á las terribles peripecias que suministra la elocuencia.

Pero á los diputados glotones hartos de sutilezas intelectua-

les, á esos estómagos viciados, no se les debe presentar los manjares oratorios sino con nuevos excitantes y sainetes. Es preciso que los espectadores no vean muy de cerca el juego de la maquinaria para que no se desvanezca su ilusion; es menester que el discurso no adquiera demasiada pompa ni suene á relacion de teatro. Para un orador parlamentario el grande arte es saber disfrazar el arte.

Acusan á Sauzel de no tener principios, y pregunto yo: ¿quién es el abogado en ejercicio que tiene principios? Cuando por espacio de veinte años ha estudiado uno el modo de defender la verdad y la mentira, cuando ha pasado uno gran parte de su vida ocupado en remendar y zurzir en los sacos de los litigantes los agujeros por donde sale y rebosa el fraude y la malicia, ¿quieren VV. que se tengan principios?

Los hombres de la curia saben al dedillo las mas deslumbrantes frases para sostener lo que ellos llaman su libre albedrío en materia de pleitos.

Ahora bien: ¿saben VV. á qué se reduce el libre albedrío de los abogados de pleitos? Yo se lo diré. Pedro mueve pleito á Pablo; al momento toma un cabriolé, y se apea en casa del abogado mas acreditado de la ciudad, el cual le dice: «Su causa de V. es incomparablemente mejor que la de Pablo.» Pablo se dirige á casa del mismo abogado, pero por ir en coche simon tiene la desgracia de llegar diez minutos despues, y dícele aquel: «Su causa de V. es incomparablemente mejor que la de Pedro; pero, amigo mio, ¿qué quiere V. que yo le haga? V. se ha descuidado, y ya estoy comprometido con él.» No pretendo ciertamente que los abogados estén siempre á la disposicion del primero que se les presenta, pero lo están casi siempre.

Sabido es que estos señores suelen llevar ocupados los dos bolsillos de la toga, el uno con las razones en pró, y el otro con las razones en contra; pero sucédeles frecuentemente que mientras están hablando se equivocan de bolsillo, lo cual explica de una manera bastante satisfactoria que sus conclusiones no estén siempre en perfecta armonía con sus exordios. La decision que han de tomar es siempre problemática, nunca

están bastante seguros de sí mismos. Nada mas fácil que tenerlos en jaque durante sus solemnes argumentaciones con la mas insignificante objecion.

Todo les hace sombra, todo les sirve de obstáculo. Un grano de arena arrojado bajo su rueda, basta para detenerles; en vez de seguir su marcha se pararán á contemplarlo.

Viendo el sol negarán que sea de dia, y si advierten que te ries no pararán hasta probártelo.

¡Cosa extraña! Esos hombres que en toda su vida no han estudiado mas que el derecho, están perpétuamente dudando del derecho.

La ley tiene casi siempre para ellos dos sentidos, dos acepciones, doble lenguaje y doble aspecto.

En lugar de ver las causas, el espíritu, el derecho, el principio y el plan, solo ven los efectos, la letra, el hecho, la aplicacion y los pormenores.

Todo gobierno que trata de establecerse sólidamente, ya sea monárquico, aristocrático ó republicano, debe procurar ganarse el ejército por medio de los honores, el comercio por medio de la seguridad, y el pueblo con la justicia; poco importa que no se cure de los abogados, porque está casi seguro de tenerles por amigos.

Los abogados poseen el arte de sostener una revolucion con las prolongaciones de la palabra; pero nunca son ellos los que la empiezan ni los que la acaban.

No hay verdad, por mas clara que sea, que ellos no empañen á puro dilucidarla; no hay oido sufrido que no cansen con el zumbante torbellino de sus perifrasis; ni raciocinio, por mas robusto que sea, que no pierda en sus manos, á fuerza de estirarlo y retorcerlo, toda su elasticidad y vigor.

Porque V. les haya dado licencia para hablar no se haga V. la ilusion de que van en seguida á entrar en materia; antes de eso es preciso que se estiren las mangas, que echen mano una ó dos veces al birrete, que desvien con gracia los pliegues flozantes de su toga, que losan, que gargajeen y que estornuden. Hecho esto, comienzan sus preludios como los músicos que templan sus violines, ó como las bailarinas que ensayan sus ca-

briolas entre basidores, ó como los volatinés que prueban su balancin. Dóblanse y descoyúntanse haciendo venias, y es preciso que trascurra á lo menos un cuarto de hora de precauciones oratorias, frases, perífrasis y circunloquios, idas y venidas, antes de que se determinen á decir: Pues, señores, hé aquí el asunto de que se trata.

No se me pregunte si las tengo todas conmigo despues de concitar en contra mia á todo ese ejército de togas y birretes; mi temeridad es solo aparente y tiene fácil explicacion. Todos VV. saben lo mismo que yo, que por mala que sea mi causa contra los abogados, nunca me fallarán otros abogados que la defiendan; y además ¿por qué no han de creer VV. que yo me basto y sobro para defenderme (1)?

(1) ¡Qué lástima que no quepan en mi plan estos abogados, y que no pueda yo retratarlos en sus varios aspectos, tales como ellos son y como yo los veo! Ergasto (a), por ejemplo, merecia ser retratado de cuerpo entero; pero en vano he tratado de descubrir su color y su bandera. ¿En qué memorable drama parlamentario le hemos visto representar? Si se trata de una cuestion material, Ergasto habla y la dilucida con su clara razon; si se trata de una cuestion política vasta, extensa, y que reclama una decision enérgica y radical, al punto se oscurece en la inmovilidad del silencio. Diríase que hay en él dos elementos opuestos: por su carácter es conciliador, por su talento es agresor y provocativo.

Pero no importa, su fisonomía es grata á mis pinceles. El fuego del mediodía brilla en sus ojos, ondea su cabello, su produccion articulada vibra en mis oídos. Ergasto tiene las maneras, el continente, la mirada, la animacion y los movimientos rápidos y apasionados del verdadero orador. No vacila en sus exordios, se agarra con su asunto á brazo partido, y lucha con él vigorosamente. Su elocuencia tiene estremecimientos, y parece que en sus discursos hay músculos y vida. Ergasto nació orador, pero no ha querido pasar de abogado; pues bien, hable como en el foro en la tribuna y en el banco de ministros, y muera abogado!

Aquel otro es Cleofonte (b), ingenioso sin pretensiones, que dice una agudeza con la misma naturalidad con que otro diría una necedad. En la época de su noviciado, este abogado normando sacaba del fondo de su torax una voz hueca que iba poco á poco inflando hasta que la hacia reventar. Acostumbraba á despedirla y á echarla á vuelo con toda la fuerza que hubiera podido emplear en la campana de la catedral de Rouen, que es la mayor de Francia. Hacia estremecer el antiguo salon del palacio Borbon, que por señas no gozaba de la mayor solidez, y los colegas de Cleofonte alzaban los ojos, mientras él hablaba, hacia las temblorosas vidrieras de la cúpula que amenazaba desplomarse.

Ferinto tiene la fisonomía sagaz y despejada: su elocuencia es un verdadero manantial; pero sus actitudes revelan demasiado estudio, demasiada pretension. Aplícase con harta frecuencia ambas manos á la cabeza, conserva el remusguillo de

(a) Teste, antiguo ministro de justicia y de obras públicas, hoy par de Francia, diputado entonces y abogado distinguido.—Nota comunicada por el autor.

(b) Thil, abogado de Rouen, hoy consejero en el tribunal de Casacion, y diputado por el departamento de Calvados.—Id.

Confieso que un gobierno de agio-garduños sería un gobierno sin moralidad y sin economía; un gobierno de furrieles sería un gobierno sin moderación y sin justicia; pero un gobierno de abogados pleitistas sería un gobierno sin convicción, sin ideas, sin principios, y lo que es quizá peor, sin acción.

Desgraciadamente para él, Sauzet no se ha despojado aun de su antigua toga, de su toga de abogado defensor. Buenos ó malos, emplea sin escrúpulo cuantos medios encuentra en su talego. No sabe contener lo suficiente la intemperancia de su

los tribunales criminales, y habla ante los diputados como si estuviera ante un jurado. Pero los jurados son una especie de hombres naturales, sencillos y candorosos, que en su credulidad salen, por decirlo así, al encuentro de las emociones, las dan abrigo, y se entregan abiertamente á ellas; al paso que los diputados son una especie de hombres artificiales, frios, burlescos, desconfiados, estragados, que resisten á las emociones por una especie de endurecimiento de la linfa política, mas bien que por prudencia. A ellos no les late el pulso, y para abrirles la vena es preciso obrar con muchísima destreza. Nada pueden con ellos golpes teatrales, ni galas oratorias, ni la elocuencia de pomposos ramajes. Apoderarse de la atención de los oyentes en una asamblea deliberante, sostenerla, sunderla, para precipitar y arreba'ar luego el ánimo á pesar suyo, es un arte muy dificultoso. Es el arte de los oradores consumados, y Ferinto (a) principia ahora.

En cuanto á Orontes (b), sabido es que estropea sus exordios con la fastidiosa superabundancia de sus precauciones oratorias. Cualquiera diría que tiene siempre los bolsillos llenos de frascos de esencias perfumadas, por temor de ofender el olfato de sus oyentes cuando se dirige á ellos, y que no quiere exponerse á tocarles la mano sino con guantes de la piel mas fina. Voto á san! apríeteme V. bien con manoplas de hierro á esos hombres que viven de abusos, hasta que pidan perdón de rodillas! ¿Por ventura son ellos mas generosos con el pueblo cuando llegan á agarrarle del pescuezo y le arrancan lo mas puro de su sustancia?

Isoeles (c) es un hombre rígido, probo, concienzudo, nadie lo niega; pero, por un doloroso contraste, sus pensamientos son muy á menudo triviales, y sus expresiones ampulosas, cuando sus ideas debieran ser elevadas y su lenguaje sencillo. Isoeles ha trasportado á la tribuna las fórmulas viciosas del foro y los gestos exagerados de las salas del crimen. Toma la solemne entonación de un héroe de melodrama para referir el mas insignificante hecho. Despliega todo el ímpetu de su pasión en una cuestión de bancarrota, y se desmaya al exponer los infortunios de una hipoteca convencional.

El foro está muy léjos de ser una buena escuela de política; el estilo de los procedimientos sofoca la originalidad de las ideas. Los abogados de profesion son por lo general jueces sin decision, y ministros sin miras elevadas, difusos, sofistas, redundantes y declamadores. No tienen ninguna inteligencia en los negocios de estado. Para animarse necesitan estar haciendo mas de una hora de ejercicio, y solo entonces sienten subirles los colores al rostro y la fe penetrar sus corazones. Pero ni aun entonces se sienten de todo punto determinados á concluir, y de grado tributarian mil acciones de gracias á la asamblea que les permitiese quedar suspendidos entre el pró y el contra por la coronilla y las puntas de los pies.

(a) Chaix d'Estanges, abogado célebre, decano del colegio.—Nota comunicada por el autor.

(b) Laurence, abogado, consejero de estado, director de los negocios de Africa.—Id.

(c) Hennequin, célebre abogado, diputado cartista ya difunto; fué tambien decano ó prior del colegio de abogados.—Id.

argumentacion; no escoge, no sondea bastante sus causas políticas; las defiende todas, exceptuando sin embargo, enténdámonos bien, aquellas que pudieran comprometerle algo con la mayoría.

Sauzet no sabe escribir. Su estilo es el que usan los retóricos de escuela, desabrido y ampuloso; su lógica carece de exactitud, y no observa proporcion entre el principio y sus consecuencias.

Cuando en cierta discusion sobre el modo de indemnizar la ruina de unos cuantos paredones (1), Sauzet ceñía con sus suplicantes brazos las estátuas de la justicia; cuando se golpeaba el pecho y con voz desesperada hacia valer los vínculos de su cuna y las recomendaciones de su patria ausente; cuando evocaba los manes de sus antepasados y esparcía á los ojos de la cámara las humeantes cenizas de Lyon ¿quién hubiera dicho que abogaba por unos cuantos vidrios rotos?

Sí, es una sensibilidad falsa y estéril la que se enardece y se lamenta por unos cascoles de tapias desconchadas á balazos, al paso que permanece fria é impassible ante los degüellos de ancianos y débiles mujeres! No parece sino que se estaba en el caso de economizar tapias viejas y carcomidas cuando el pueblo hambriento rugía entre la lluvia de balas de la insurreccion y de la fuerza armada, y mientras con alaridos buscaban en vano unos á sus padres, otros á sus hijos y esposas.

Esos oradores que se lanzan á la carrera con el freno tirante, esas detonaciones de una voz solemne, esos tropos acentuados amontonados unos sobre otros, esa abundante diction que va acarreando por su turno, luces y sombras, todo eso produce cierta ilusion en los oyentes de las tribunas, gente de poco gusto. Los mismos hombres de ingenio, académicos y cortesanos, se dejan á veces prender en esas redes. Recuerdo que cuando Sauzet, despues de su primera y brillante salida, atravesaba el peristilo jadeante, rendido, y con la melena lacia y bañada de sudor como un caballo que sale del hipódromo, el bueno y candoroso Laborde exclamaba lleno de premura: Ea,

(1) Proyecto de ley para la ciudad de Lyon.

señores, paso, paso al mayor orador de la cámara que se va á mudar camisa (1).

Preténdese que Sauzet, en el famoso proceso del Luxemburgo (2), llegó á mover y enternecer al insensible tribunal de pares. Su fraseología era cosa nueva para aquellos graves senadores! pero me atrevo á asegurar que la cámara de pares no se dejaria sorprender segunda vez por esas vulgares triquiñuelas de las salas del crimen.

Sea por inclinacion natural, sea por imitacion ó por cálculo, Sauzet pertenece á la escuela de Martignac, y aunque menos templado, menos gracioso, menos elegante y menos sagaz que su maestro, es sin embargo mas flúido, mas vehemente, mas patético y mas animado. Sabe como Martignac parar los golpes con destreza y esquivar las lanzadas; no se le saca fácilmente de sus borrenes, y cuando es preciso quedar apeado déjase deslizar en vez de caer á tierra. Presta todavía su adoracion, como Martignac, á esas formas representativas y á ese constitucionalismo huero y metafísico que llaman gobierno equilibrado de los tres poderes. Y como último rasgo de semejanza, sabe Sauzet, lo mismo que Martignac, resumir admirablemente las opiniones de los demás y eludir las discusiones mas tortuosas con una sagacidad, una delicadeza y un arte nunca bien ponderados hasta ahora.

¡Qué ciencia tan profunda, qué exactitud de razon, cuánta destreza dialéctica desplegó en el debate que dirigió sobre la ley de minas! Su elocuencia es tan pomposa, tan excesivamente pomposa cuando perora, como sencilla, elegante y bella cuando discute. No olvida ninguna objecion importante, y contesta á ella sin la menor divagacion; y no teme nunca hundirse, porque sabe donde fija el pié. Nunca se le ha visto propasarse á injuriosas personalidades, ni sustituir epigramas á los racionios, ni hipótesis á las realidades de la cuestion. Su mente conserva toda su solidez y entereza, y su marcha es siempre progresiva, lógica y segura. Sauzet puede consolarse de sus

(1) Histórico.

(2) Alude al proceso de los ministros de Carlos X, en que Sauzet fué defensor del ministro de justicia.—N. del T.

caidas oratorias, porque será siempre que quiera el primer controversista de los negocios de la cámara, gloria superior á todas las glorias.

No me admira que haya presidido el consejo de estado con tan notable superioridad. ¿Por qué no se le dejó á la cabeza de aquel gran cuerpo de magistratura administrativa? Aquel era su talento, aquel su puesto, puesto brillante en verdad!

No creo haber oido nunca, despues de Martignac, un relator mas inteligente y fecundo que Sauzet, ventaja que debe á la reunion de las tres dotes que constituyen á los relatores eminentes, á saber: la claridad, la memoria y la imparcialidad.

Paréceme que acabo de pesar con bastante fidelidad los defectos y las buenas cualidades de Sauzet, como orador, como presidente y como relator, y sin duda el lector estará de acuerdo conmigo en que no le trato muy mal; pero no me seria tan fácil seguirle y disculparle en sus variaciones políticas.

«No, decia yo (y lo decia antes de las tristes leyes de setiembre) no, no podemos creerlo, no, no lo creemos, Sauzet no es hombre para abjurar su vida y nuestras esperanzas, para falsear las generosas tendencias de su naturaleza, para prostituirse al poder, para corromper, para ajar en el comercio del sofisma las puras y brillantes inspiraciones de su juventud y de su talento! Sea mas decidido, mas firme en sus opiniones! tenga el valor y la virtud propios de ellas! no procure conciliar imposibilidades y sanar á los contrarios por medio de los contrarios! no se diga de él que no reñirá con nadie porque no está con nadie, ni que abandona los principios porque no tiene ninguno; no se mantenga en el linde de lo bueno y de lo malo, de lo verdadero y de lo falso, y no quiera andar por una estrecha viga suspendida entre dos abismos; sepamos lo que es, lo que quiere y á dónde tiende. Porque la elocuencia no es mas que una forma. El fondo del orador político es la verdad de sus principios, es la bondad de su causa, y es de advertir que no hay mas principio verdadero que el de la soberanía del pueblo; no hay mas causa buena que la de la libertad!»

¡Vanas palabras! Sauzet no supo aferrarse á la orilla; dejóse

deslizar por las aguas, y le arrastró el torrente doctrinario que luego le arrojó como una espuma.

Entonces, mitad por despecho, mitad por arrepentimiento, Sauzet se quedó un instante entre lo blanco y lo negro, y yo escribo:

«Sauzet no es decididamente legitimista, ni del tercer-partido, ni dinástico, ni republicano, pero es al mismo tiempo un poco de cada cosa de estas. Se sentará al lado de Berryer; caminará gustoso con Dupin; sostendrá al ministerio de Odilon-Barrot, y no renegará completamente de Garnier Pagés: es una de esas buenas, felices y flexibles naturalezas que el cielo, en los tesoros de su misericordia, había reservado á los devorantes experimentos de nuestro muy amado monarca.»

Y en efecto, no tardó Sauzet en ser devorado del modo que yo había predicho. Vistióse la toga de ceremonia y se arrepantigó lo mejor que pudo en la poltrona de Agnesseau.

Obligado despues á despojarse de su borla de oro y de su armiño, sentó plaza en la escolta de Thiers, convertido en bisoño, haciendo disparos á diestro y siniestro, sin llamar gran cosa la atención.

VV. verán, decía yo, cómo le echan á cantar en coros cuando podría ser uno de los primeros tenores de la compañía; y cómo, en vez de tener un valor propio y de significar algo de por sí, no será Sauzet dentro de poco mas que una utilidad secundaria, capaz todo lo mas de servir de guarda-sellos!

Y, no sabiendo de seguro donde hallarle, añadía: «¿Qué lugar ocupa hoy Sauzet? ¿en qué bancos se sienta, y con quiénes? ¿cuáles son sus doctrinas? ¿cuáles sus amigos? ¿á quién sigue? ¿á quién dirige? ¿Es una verdadera posición la que ocupa? ¿es un verdadero carácter el que sostiene? Empezar pidiendo la amnistía, y acabar votando la confiscación de la prensa y las deportaciones á la abrasada Salazia! vaya un fin digno de su principio! ¿Quién recordará ya que Sauzet ha sido ministro? ¿y qué vale ser ministro de ese modo, ministro de reata, ripio de gabinete, humilde siervo de camarilla, monago de sacristía, amigo de todos, sin voluntad y sin sistema? ¿Y quién, por el contrario, no recordará que Sauzet fué el que dió

cuenta de las leyes de setiembre? ¡Recuerdo cruel y ponzoñoso que debe desesperarle por todos los dias de su vida! Los doctrinarios, acabado de representar su papel, le han vuelto las espaldas y le han dejado plantado! hacen un gesto de desden al pasar al pié de la tribuna, cuando él lleno de fuego está tocando el tamboron en ella, y para que cause mayor compasion ni siquiera le honran con la insolencia de sus murmullos. ¡Vayan VV. ahora á hacer el coco en provecho de esos señores! ¡Véndanse VV. á esos diablos y entréguenles VV. cuerpo y alma! ¿Ha recibido Sauzet bastante castigo? ¡Ahí está oscurecido y arrinconado ese pobre rey de teatro haciendo contorsiones con los brazos y la cara, barriendo el tabladillo con su gran manto de púrpura, sin un curioso que le mire, y sin un ochavo en la bandeja!»

Pero de entonces acá ha vuelto á cambiar de rumbo su fortuna; y han afluído á él el dinero y los espectadores, pues héle ahí colocado en el primer puesto del Estado despues del trono. Preside la cámara y por consiguiente la representa segun él cree, del mismo modo que la cámara representa al país, como él tambien se figura; ¡qué cosa tan envidiable si fuera cierto!

Mas como la representacion de la Francia en la personalidad de la cámara no es mas que una ficcion, pudiera tambien suceder que la representacion de la cámara en la personalidad de su presidente fuese otra ficcion.

Es además asunto bastante peliagudo decir cuáles eran ayer, cuáles son hoy, y cuáles serán mañana los principios de la cámara. Decir en el momento en que esto escribimos cuáles son los principios de Sauzet, seria asunto mas dificultoso todavía; pero ni la cámara, ni el mismo Sauzet, ni yo creemos que valga la pena averiguarlo.

Lo que mas comprenden todos los presidentes de la cámara en materia de principios, sin hacer aquí alusiones personales, es que dicha cámara les da con toda exactitud, y ellos con toda exactitud la toman, la cantidad nada indiferente de cien mil francos solo por agitar la campanilla, por golpear mucho la mesa con el mango de su plegadera de ébano, y por repetir veinte, treinta ó cuarenta veces en una misma sesion las si-

guientes palabras sacramentales: «Levántense los señores que opinan por la aprobacion del artículo, y levántense tambien los señores que opinan lo contrario.»

Y ¿no te parece, lector amigo, que un cargo de tanta importancia merece muy bien ser retribuido con cien mil francos, además de la casa, tren y lacayos? por mi parte no lo encuentro excesivamente costoso.

A mí, Timon, mientras Giton y Thersites, estas dos pestes de la elocuencia humana, empiezan á arengar al Areópago, nadie me quita que dé un dracma ó dos al portero de dia para que me deje la puerta franca, y de una zancada me planto en la calle.

Pero tener uno que permanecer oficialmente clavado en su poltrona, verse precisado á estar oyendo á Giton y á Thersites desde mediodía hasta despues de puesto el sol, sin poder huir ni ocultarse de ellos, ¡oh! por tan maldito oficio no es mucho cien mil francos, y puedo muy bien decir que yo no querria ganarlos á tanta costa.



EL GENERAL LAFAYETTE.

La opinion tiene sus preocupaciones lo mismo que los partidos; por eso se ha dicho de tres personajes ilustres, Laffitte, Dupont de l'Eure y Lafayette, que el primero no hacia por sí mismo sus discursos, que Dupont de l'Eure era meramente un hombre de bien, y que Lafayette no era mas que un simple.

Pues bien, Laffitte era para los negocios de hacienda el hombre de miras mas grandes y de talento mas lucido de nuestra época; Dupont de l'Eure, con su sólida razon, seria si quisiera, lo mismo que Focion, el hacha de mas de un discurso; y en cuanto al simple de Lafayette, ¡oh! ¡bien simple por cierto! ¿no fué á creer, como otros muchos entre nosotros tan simples como él, en las promesas de la *gubernocracia* de julio?

Se figuró: ¡qué simpleza! que podria haber reyes que no se pareciesen á los demás reyes; que se amaria la libertad, porque se talarearia fuertemente alguna cancion enérgica en alabanza suya; que nos hallábamos otra vez en el siglo de oro; que se podria dejar marchar al poder con la rienda suelta sobre el lomo, y que él tambien sabria refrenarse cuando fuera menester. Despues cuando vió que se seguia cada dia representando la misma farsa en el gran teatro, y que todo el cambio de decoracion se habia limitado á poner un gallo en vez de una flor de lis, le entró el arrepentimiento, lloró amargamente, se dió golpes de pecho y exclamó: «Perdonadme, Dios mio; perdonadme, amados compañeros, se han burlado de mí, no he sido yo el burlador.»

Seguramente no fué él el burlador; pero harto pecó Lafayette con haberse dejado burlar!

Pocos son los hombres á quienes la Providencia ha colocado en circunstancias propicias y con los medios necesarios para regenerar su patria y fundar la libertad en ella. Dejar pasar tales circunstancias es hacerse culpable para con la nacion.

Lafayette cometió dos grandes yerros de los cuales nunca le absolverá la posteridad.

Haciendo á Napoleon despues de la batalla de Waterloo la oposicion que le hizo en la tribuna y en el gabinete, dividió nuestras fuerzas, y contribuyó sin querer al desmembramiento de la Francia. No comprendió, como el gran Carnot, que solo Napoleon podia entonces salvar la patria. Sí, la independencia nacional debe cautivar de tal modo el corazon del ciudadano, que (si es licito comparar las cosas pequeñas con las grandes) no vacilaria yo mismo á pesar de mis repugnancias, hablando al estilo de Mánuel, en alistarme bajo la bandera de Luis Felipe, siempre que se me demostrara que en una circunstancia dada solo Luis Felipe podia impedir la division y la esclavitud de la Francia. Porque antes que todo, antes que la libertad, antes que la forma de gobierno, antes que la organizacion social y política, antes que el poder interior, es la salvacion del territorio!

El segundo error de Lafayette fué el cometido en julio.

El imperio se hallaba vacante. Al dia tercero Lafayette reinaba soberanamente en Paris, y Paris reinaba en toda la Francia. Tres partidos, que no necesito nombrar, estaban deliberando: sabido es lo que esperaban el ejército, la juventud y el pueblo; pero Lafayette se dejó manosear demasiado por los orleanistas. Hicieron reverberar á los ojos del anciano los reflejos de la bandera tricolor; asiéronle las manos y se las llenaron de besos; aturdiéronle con las palabras retumbantes de 1789, de Jemmapes, de Valmy, de Fleurus, de América, de libertad, de guardia nacional, de monarquía republicana, ciudadana, trasatlántica, y qué sé yo qué mas? En fin, lleváronle á la plaza de Gréve, y en presencia del pueblo le metieron bajo el cubilete y le hicieron desaparecer.

Lafayette, en su candor infantil, no echó de ver que tenia que habérselas con truanes mas truanes todavía que los de la regencia. Cuando los patriotas le confiaban sus temores, Lafayette se ponía la mano en el corazon, y con su fidelidad á la libertad respondia de la fidelidad de los demás. En su deplorable ceguedad, dejó á la mayoría de la cámara de 1830, que nada habia hecho, que lo hiciese todo, y no dejó hacer nada al pueblo que todo lo acababa de hacer. Si los patriotas no hubiesen creído en la palabra de Lafayette que repetia candorosamente lo que le decian, las cosas se hubieran arreglado de una manera muy distinta, y no me estaria á mí hoy prohibido por las leyes de setiembre referir la historia de aquella otra jornada de *Inocentes*, que por cierto nadie podria escribir con mas verdad que yo, puesto que me hallaba entre bastidores en la misma escena donde se representaba la comedia, y era el único de los que estaban allí que la veia representar sin hacer papel en ella.

«Oh farsantes! farsantes! exclamó Lafayette cuando le echaron del escenario y le plantaron en la puerta; farsantes, vosotros enmascarais á la libertad! no es esa la que yo ví en mis sueños y á la que yo serví, no es esa, yo no la conozco!»

Los comediantes de julio se mofaban de sus lamentos. Habíanse calzado el coturno, barrían el escenario con su epitoga de seda y de púrpura: en vez del puñal del carbonarismo, no se veían relucir en sus manos mas que anillos de oro. Con la frente coronada, recitaban pomposas relaciones contra el mónstruo de la anarquía, y arrancaban aplausos del vulgo imbecil.

En este momento fatal y decisivo se mostró Lafayette falto de carácter y de genio, y quizás para él y para nosotros hubiera sido mejor que ya no existiera. De todos modos, su ilusion no duró mas que un dia, nadie vió mas pronto ni con mas extension que él el destino que nos estaba reservado, y es justo decir que no presenta la historia ejemplo de un engaño mas cauteloso ni de una traicion mas ingrata cometidos contra un anciano mas respetable.

Si se entiende por oracion esa palabrería enfática y sonora

que aturde á los oyentes sin dejar mas que viento en sus oidos, será preciso decir que Lafayette no era orador. Su estilo era una especie de conversacion seria y familiar, gramaticalmente incorrecta si se quiere, y un tanto superabundante, pero cortada y animada con los mas felices giros. Nada de figuras ni de imágenes vivas, sino palabras propias, voces exactas que expresaban ideas exactas; nada de movimientos de pasion exaltada, sino una expresion veraz cuyas inflexiones retrataban los acentos de la conviccion; nada de lógica pensada, apremiante y elaborada, sino racionios espontáneamente seguidos y encadenados sin el menor esfuerzo, que emanaban naturalmente de la exposicion de los hechos.

En los hábitos de su persona y en su semblante habia cierta mezcla de gracia francesa, de flemma americana y de jovialidad romana.

Cuando subia á la tribuna y decia: «Soy republicano,» á nadie se le ocurría preguntarle: «Qué es lo que está V. diciendo? porqué dice V. eso, Lafayette?» porque todos conocian que el amigo de Washington no podia menos de ser republicano.

Hablaba sin el menor rebozo de los reyes de Europa, á los cuales trataba con poco cumplimiento de déspotas, y como de potencia á potencia. Con su vasta propaganda, ponía contra ellos en combustion todos los focos de la insurreccion popular. Su casa, su bolsa y su corazon estaban abiertos á los perseguidos de todas las naciones.

Era de ver cuando se encrespaba en la tribuna contra el cobarde abandono en que teníamos á los griegos y á los polacos. Entonces su imaginacion desbordada se derramaba á torrentes; su virtud le servía de elocuencia, y su expresion, ordinariamente jovial, se armaba de truenos y rayos.

Lafayette tenia mas que ideas; tenia principios, principios fundamentales á los cuales estaba adherido con un teson invencible. Quería la soberanía del pueblo así en práctica como en teoría, y en efecto, todo estriba en ella.

Lo mismo odiaba la tiranía de muchos que la de uno solo; la esencia era para él antes que la forma, la justicia antes que

las leyes, los principios antes que los gobiernos, el género humano antes que las naciones. Quería minorías libres bajo una mayoría dominante.

Cuando los caracteres mas enérgicos cedieron, cuando los genios mas privilegiados pasaron unos despues de otros bajo las horcas triunfales de Napoleon, y la nacion, embriagada con sus glorias y conquistas, corria precediendo su carro, Lafayette supo resistir al ímpetu de la fortuna y de los hombres, sin violencia para los demás y sin duda consigo mismo, solo por la firmeza de sus convicciones, como una roca que permanece en pié en medio de la agitacion inconstante de las olas.

La sed de oro que avasalla á los mismos reyes, no atormentó jamás su grande alma. La vulgar ambicion de un trono era muy inferior á él, y lo mas que hubiera podido desear, á no ser Lafayette, seria ser un Washington.

Lafayette experimentaba, aun en su misma vejez, la necesidad de ser amado de todos que sienten los corazones afectuosos. Pero esta noble inclinacion, á la cual es tan grato entregarse en la vida privada, es casi siempre peligrosa en la vida política. Un verdadero hombre de estado debe saber sacrificar al interés de su país sus amistades y su misma popularidad.

Mientras fue jefe de la guardia nacional del reino, y siendo casi igual á Luis Felipe, los camarilleros cubrieron con su reputacion el miedo de que estaban poseidos, y recogieron sus palabras con silencio respetuoso.

Pero cuando, despues de haberse servido de él y de haberle sacado el jugo, le despidió la corte con Dupont de l'Eure, Lafitte y Odilon Barrot, los diputados doctrinarios dejaron á un lado sus consideraciones, y pasaron en breve de los susurros de la indiferencia á las murmuraciones.

La oposicion, cuya memoria nunca es tan ingrata como la de los cortesanos, le conservó siempre su veneracion, y cuando el augusto anciano se presentaba en sus asambleas, todos los diputados de la izquierda se levantaban espontáneamente para tributarle homenaje (1).

(1) Histórico.

La revolucion de julio tuvo por autores á la juventud de las escuelas, á la gente acaudalada y al pueblo, dirigidos por dos ancianos, Laffite y Lafayette. Laffite la comenzó con la palanca de su popularidad y de su crédito, y Lafayette la acabó con la bandera tricolor y las bayonetas de la guardia nacional.

¡Sorprendentes invenciones del genio moderno! El telescopio pobló el cielo de mundos y de estrellas: la brújula descubrió la América: la pólvora cambió el sistema de la guerra: el papel-monedas aniquiló el feudalismo substituyendo á la riqueza y á la superioridad agrícola la riqueza moviliaria, comercial é industrial: la imprenta ha abierto mil nuevas embocaduras en la trompa de la fama: el vapor ha economizado en mares y tierras la fuerza motriz de los animales, del agua y del viento: finalmente, la guardia nacional arrancó el gobierno de las manos absolutas del príncipe, para ponerlo en manos del país. En efecto, cada aldea, cada pueblo, cada ciudad reconoce por soberana á su guardia nacional respectiva, y la guardia nacional reunida de todas las ciudades, de todos los pueblos y de todas las aldeas, es la soberana de la Francia. Lo mismo que digo de la Francia es aplicable á la Europa entera, porque puede asegurarse con verdad que en todo el resto de la Europa al primer toque de alarma universal no habria fusil, ni matriz, ni bandera que no se hallase dispuesta, no quedando mas que hacer en cierto modo sino publicar un bando y nombrar oficiales. Y como si hubiera en ello algun designio providencial oculto, vemos que la mas revolucionaria de las instituciones se inventó y puso en práctica por el mas revolucionario de los hombres.

Sí, Lafayette ha sido el hombre mas franca y resueltamente revolucionario de nuestra época. Entraba con ardor é ímpetu en todas las conspiraciones que se proponian derrocar algun despotismo, y para él la vida era cosa de poca importancia. Mártir de su fe política, hubiera subido al cadalso y presentado la cabeza al verdugo con la serenidad de una doncella que, ceñida la frente de rosas, se duerme al fin de un banquete.

Asegúrase que, terminada la ovacion fúnebre del general

Lamarque, apoderóse de los conspiradores el horroroso designio de matar á Lafayette dentro del carruaje en que le llevaban en triunfo, y exponer á la manera de Antonio su ensangrentado cadáver ante el pueblo, para sublevarle; enterado de lo cual, Lafayette se sonrió, como si lo hubiese encontrado muy natural, y muy ingeniosa la estratagema!

Tengo para mí, sin afirmarlo, pues ¿quién pudiera afirmarlo ó contradecirlo? que Lafayette moribundo se lisonjeaba en los últimos lampos de su pensamiento de que al paso de sus restos mortales podria muy bien estallar una insurreccion popular, reanimar la libertad é ilustrar sus funerales!

Hay amantes ardientes de la democracia, que serian lo mas aristócratas del mundo si nacido hubiesen entre aristócratas. Dificil es discernir si esos liberales lo son por despecho ó conviccion: su amor á la igualdad suele ser la concupiscencia orgullosa de los privilegios que no tienen. Cuando los grandes señores se vuelven demócratas, el pueblo les dispensa su confianza, porque le han honrado con su abjuracion.

Tal fué Lafayette.

Solo habia conservado de la antigua aristocracia la ingeniosa y fina franqueza que da gracia al discurso, y la elegante sencillez de maneras, ya perdida, y que no se recobrará. Su alma empero era del todo plebeya. Amaba entrañablemente al pueblo, como un padre á sus hijos: á todas horas, de dia ó de noche, estaba dispuesto á levantarse, marchar, combatir, sufrir, vencer ó ser vencido, sacrificarse, darse por él enteramente con su fama, su fortuna, su libertad, su sangre y su vida.

¡Ilustre ciudadano! Contemporáneo de nuestros padres al par que de nuestros hijos, colocado, como para abrirlo y cerrarlo, á los dos extremos de este heróico medio siglo, habias visto perecer la revolucion de 1789 bajo el sable de un soldado, y la revolucion de 1830 bajo el martillo de los doctrinarios; y á pesar de su doble desvanecimiento no te arrepentiste de lo que por ellas habias hecho, pues sabias que cada cosa viene en su tiempo y que, para germinar y florecer mas ó menos tarde, no se pierde ningun grano sembrado en los campos de

la democracia! Sabias que todas las naciones, unas por atajos y otras por ambajes, caminan á su emancipacion, con el irresistible empuje de la corriente que lleva al mar las aguas de todos los rios, y con la cabeza levantada y la esperanza en el corazon, seguiste la senda de la verdad! Doile las gracias, generoso anciano, por no haber dudado de la eterna soberanía de las naciones, y por haber dado siempre la preferencia á los proscritos sobre sus opresores y al pueblo sobre sus tiranos! Cuando cayó de tus ojos el velo de una patriótica, si bien deplorable ilusion, y viste á la generacion actual con sus carnes gangrenadas y su profunda postracion, volviste consolado la vista á la vitalidad, moralidad y grandeza de las futuras generaciones; no te dejaste abrumar, como Benjamin Constant, por la invencible melancolía del tedio, y fuiste digno de la libertad, porque nunca desesperaste de ella!



MAUGUIN.

Empezaba la revolucion de julio. La Europa no participaba aun muy decididamente de la franca admiracion de Talleyrand por el Napoleon de la Paz. Los cortesanos, que tienen por costumbre no saber nunca de positivo el santo que han de adorar, estaban vacilantes entre la alianza de los reyes y la alianza de los pueblos.

Mauguin no vaciló por su parte; sintióse de repente acometido de la misma fiebre belicosa que el general Lamarque. ¡Con qué varonil denuedo, imitando al difunto Mambrú, se fueron ambos á la guerra! ¡Hélos ya caminando! Los batallones del grande ejército se despliegan y se precipitan en pos de ellos. A su voz Tolon vomita sus flotas para bloquear á Ancona é insurreccionar el Adriático, mientras una expedicion de nuestras mejores tropas, costeano el litoral de Argel, Tunez y Tripoli, se dispone á reproducir en las riberas del Nilo los prodigios de Bonaparte. El Rhin se emancipa, la Bélgica se levanta, Viena capitula, Cracovia abre sus puertas, y la propaganda victoriosa, engrosada con las falanges de la Curlandia y de la Besarabia, se abre ancho camino hasta el Tanais. Pero ni en el Tanais queria Mauguin tomar descanso, y como yo no soy tan buen geógrafo ni tan hábil estratégico como él, ceso de enumerar, por no estropear sus nombres, la infinidad de provincias prusianas, rusas, valacas y morlacas, cuya invasion iba él emprendiendo. A medida que marchaban iban Lamarque y él organizando revoluciones y arruinando imperios.

Fundaban estados, improvisaban y dirigian tratados de alianza y de comercio, paseaban la bandera tricolor precedida de sus trompetas, convocaban á la libertad á los calmuco, kirguisias y kurdos, y no recuerdo bien si confeccionaban además libritos de constituciones para el uso de todos aquellos excelentes bárbaros, alegres de verse vencidos.

Las damas aficionadas de las tribunas que, como es sabido, son siempre sensibles á la gloria, exclamaban: ¡Bravo, Lamarque! ¡bravo, Mauguin! dejando discretamente caer de las puntas de sus pañuelos perfumados, versitos, laureles y flores (1).

Yo mismo, que de nada me maravillo, estaba sorprendido, atónito, al ver que en tan corto tiempo, y con tan escasos medios, pudieran hacerse conquistas tan rápidas y prodigiosas. No me hallaba en verdad libre de todo temor por la pobre Rusia, por la Prusia y por el Austria; y no pasaba dia en que no esperase leer en el parte oficial del *Monitor* la noticia de que Lamarque y Mauguin se habian dignado recibir en audiencia particular á las diputaciones de los pueblos libertados por el poder de sus armas, y que dichos señores les habian contestado á la manera de los conquistadores: «Recibimos siempre con nuevo placer la manifestacion de vuestra lealtad;» cuando el maldito cólera vino de repente á interrumpir el curso de aquellas ovaciones triunfales, hiriendo con poca gloria al uno de nuestros dos Alejandro, que, á haber sido mas justa la fortuna, solo debió morir en la tribuna en la explosion de su victoria (2)!

Con su compañero el general Lamarque, perdió el abogado Mauguin su empleo de jefe de estado mayor del nuevo grande ejército, y debo decir en su elogio que tuvo en aquel duro trance bastante desinterés y modestia para no reclamar, á pesar de sus brillantes acciones de guerra, su media paga de retiro.

Pronto pasó Mauguin, con el objeto de continuar sus expediciones geográficas, del servicio de la guerra al servicio de las colonias; y el que antes queria la emancipacion de los morlacos, no quiso entonces emancipar á los pobres negros, que

(1) Histórico.

(2) El general Lamarque murió del cólera en 1832.

valen poco mas ó menos tanto como aquellos. ¡Vengan luego á decirnos que los abogados no tienen lógica!

Tambien tiene Mauguin la pretension, y bien fundada, de ser un hábil diplomático, y aun el mas hábil de todos. En este ramo no crean ustedes poderle enseñar cosa que no tenga él aprendida. Sabe de memoria á Grocio y Puffendorf; ha registrado los manuscritos de los archivos de Versalles; ha visto y sabe desentrañar los tratados públicos patentes, y las cláusulas secretas y adicionales. No hay marchas ni contramarchas de ejércitos cuyo secreto no penetre; preve el destino de las flotas, y es capaz de decir hácia qué punto del globo llevarán su rumbo, aun antes que su mismo almirante entre á bordo y abra sus despachos. El telégrafo, por mas que multiplique y cruce de cien maneras diversas sus largos brazos, nada puede ocultarle. Todas las comunicaciones que recibe, créanle ustedes, son fidedignas y seguras; tiene apostados numerosos espías en toda la longitud de las fronteras, tiene establecidos sus periódicos, sus correspondencias secretas, sus inteligencias, sus carteos en cifra, y casi iba á decir sus embajadores. No le falta mas que disponer de los fondos secretos para ser enteramente ministro de negocios extranjeros. Ni es otro el puesto á que aspira; pues aunque le ven ustedes legista, no se le hable de ser guarda sellos; guardasellos! quita allá! no ha nacido él para ese oficio.

Pero ya lo he dicho; los negocios extranjeros son el sueño de nuestros abogados y de nuestros reyezuelos del dia. Todos estos, reyes y abogados, abogados y reyes, tienen, pero los abogados sobre todo, la pretension de saber perfectamente todo cuanto pasa entre los extraños, aun mejor que los extraños mismos. Algo mejor harian en tenernos al corriente todos esos reyes y abogados de lo que pasa entre nosotros.

Fuerte cosa es que ha de haber en todas nuestras organizaciones francesas un flaco de aristocracia que se descubre siempre por algun lado! No están poco envanecidos nuestros abogados desencapilla dos porque tratan de igual á igual á los que llevan corona! Imagínanse candorosamente que la Europa los contempla, y que les tributa la mas distinguida consideracion; que

la ponen miedo ó la causan alegría; y que es infinitamente mas noble y mas elevado, sin comparacion alguna, apretar la mano de un embajador de Bohemia que la de un juez de Meaux ó de Perona.

Mauguin tiene otra manía además de la de las conquistas de la diplomacia y de la esclavitud; se empeña en que ha de pasar, permítasenos el neologismo, por un hombre *gubernamental*. Cree, con la mejor fe del mundo, que la mayor parte de sus colegas de la oposicion no entienden nada, ó casi nada, en materias de estado; que no aprecian, que no respetan suficientemente la centralizacion; que se ocupan demasiado en pequeñas controversias; que se engolfan con exceso en los detalles, y que no serian capaces como él de organizar un plan de administracion, y de llevar á cima vastos proyectos.

Thiers (ministro á la sazón de no sé qué ramo) tenia buen cuidado, para anular la oposicion incómoda é indigesta de Mauguin, de fomentar en él esas mismas ideas. Semejante al reptil tentador, acercábase á él arrastrando, le rodeaba, se enroscaba á su cuerpo, y deslizándose hácia su oído le soplabá con halagüeño silbido estas palabras: «¿Cómo es posible, Mauguin, que un hombre como V. pueda vivir con personas como las que combatimos, de tan obtuso entendimiento? ¡No ve V. que entre todos ellos es V. el único que comprende lo que es gobierno, y que V. mismo, Mauguin, obrará lo mismo que nosotros cuando le toque entrar en nuestro lugar, y ocupar este banco de angustia y de dolor! Ayúdenos V., pues, porque trabajando por nosotros, que no hacemos mas que allanarle el camino, trabaja V. por sí mismo.»

Harto cedió Mauguin á la insinuante superchería de esas lisonjas, y no advirtió que por lograr una sonrisa de Thiers, se enajenaba la amistad austera, pero leal, de la oposicion.

Decíase tambien que por ser de carácter ligero y de estado indeciso, tenia mas fe en la fatalidad de las circunstancias que en la verdad de los principios; que como miembro, y miembro influyente del gobierno provisional, la historia le haria cargo de haber falseado la soberanía del pueblo; de haber enfrenado la revolucion, y soltado las riendas á la monarquía; de ha-

ber cedido á los caprichos usurpadores de una asamblea sin poderes; de haber tenido miedo de todo cuando era preciso no tener miedo de nada; de no haber comprendido al pueblo que representaba, ni las garantías que podia exigir, ni las altas resoluciones que debió intentar; y de no haber consultado las necesidades de la Francia, ni su índole, ni su voluntad, ni su fortuna. Creíase que si hubiese sido ministro en las épocas tormentosas que hemos venido atravesando, se hubiera mostrado excesivamente preocupado por la idea de lo que él llama un gobierno fuerte, y poco atento á las amonestaciones de la opinion; que seducido por lo brillante hubiera sido fastoso, y aun pródigo, en su manera de gastar la hacienda, y que al fin no hubiéramos hallado en él al economista ni al repúblico.

Añadíase, examinando de cerca su conducta parlamentaria, que no habia bastante correspondencia en sus ideas; que urdia demasiada oposicion individual, y poca oposicion colectiva; que desconcertaba y hacia abortar con sus salidas bruscas, combinaciones que no se tomaba el trabajo de analizar; que no llevaba las cosas hasta donde debia, y que algunas veces las llevaba mas allá de lo debido; que no desplegaba los labios cuando le cumplia hablar, y que hablaba cuando debia permanecer en silencio; que sostenia proposiciones extraordinarias, cuando no de todo punto falsas; que hacia la guerra á la ventura, mas como soldado que como capitán; que no sabia dar la voz de mando ni obedecerla, y que, sin estar dentro ni fuera de la oposicion, la ponía en la imposibilidad de secundarle y contradecirle: situacion falsa que mantenía los ánimos en desconfianza, despertaba contra él sospechas de ambicion, y hacia dudar de su virtud política.

En este juicio se traslucía indudablemente el matiz del despecho y del encono; yo por mi parte creía, y aun creo, que Mauguin tiene mas vanidad que ambicion. Mientras fue miembro del gobierno provisional que ponía y quitaba ministros, hubiera podido muy bien tomar una cartera, y no quiso hacerlo. Si Carlos X hubiera salido victorioso, habriase él visto proscripto, y bien mostró en el Hôtel de Grève que era capaz

de valor cívico. Su vida política ha sido enteramente parlamentaria; no hay en ella cosa que no sea pura, ni acción alguna que tenga que echarse en cara. Que defienda la igualdad por desinterés ó por orgullo, poco importa; el caso es que la defiende. Tampoco censuraremos en él, y mucho menos nosotros, que defienda la centralización; todos los estadistas reconocen la necesidad de un poder fuerte en un país donde la imaginación, que parece ser la facultad dominante, arrebató los ánimos de uno en otro sistema con tan portentosa facilidad para olvidar. Mauguin lleva hasta un exceso patriótico su amor á la independencia de nuestra nación, prefiriéndola á la misma libertad. Cree que este pueblo tan mudable y tan vivo, tan caballeresco y tan ligero, debe estar siempre ocupado y fascinado con el espectáculo de las cosas grandes, y penetrado de que hay quien le gobierna. Por ninguna especie de dinastía abraza preocupaciones ni paternal ternura; aun en el fondo de sus concesiones monárquicas hay ciertos instintos revolucionarios, y creo firmemente que transigiría con la república de tan buena gana como con la monarquía, siempre que la república le prometiese unidad, poder y grandeza.

¡Cosa extraña! despues de diez años de ejercicios parlamentarios todavía vemos á Dupin, á Sauzet y á Mauguin marchar enteramente solos. Ahora bien, no ser de ningún partido hallándose envuelto en ellos, no saber guiarlos teniendo el talento suficiente para hacerlo, es no tener opinión, plan, sistema, principios, carácter, ni política grande ó pequeña. Un hombre de esta pasta podrá ser excelente ciudadano, ministro, presidente, fiscal, orador, abogado, un hombre amable, pero nunca un verdadero estadista. Y esta es precisamente la idea fija de todos ellos: ser estadista! todos lo ambicionan, y Mauguin mas que ninguno.

Llevado de su afición á la paradoja y de su inclinación á tesis extrañas, Mauguin se ha lanzado, al hablarse de alcohol y vino, por las sendas menos usadas del comunismo; tal es su prurito de agitar todas las cuestiones sociales y de no resolver ninguna.

Por lo demás, siempre se halla perfectamente al corriente

de las cosas exteriores por medio de los agentes y encargados de negocios que mantiene en las naciones extrañas, á tal punto que cuando ese gran diplomático sube á la tribuna para decirnos que todo lo sabe, y aun mas de lo que los ministros se imaginan y quisieran; que en rigor solo dependeria de él dejar traspirar un secreto de estado, pero que ya podemos comprender que en su posicion no le es permitido mostrarse mas explícito, la cámara vuelve á mí sus miradas sonriéndose, y parece decirme: vive Dios, Timon, ¡qué parecido le has sacado!

Figurábame yo ¡cuán poco conozco á los hombres! que con los años Mauguin se alegraria de llevar una vida algo mas sedentaria; pero ¿qué quieren VV.? la comezon de los combates y de las excursiones caucasicas ha vuelto á acometerle, y héle ya otra vez en el campamento, si contra los cosacos antes, ahora en favor de los cosacos; ¿y contra quién? contra la Inglaterra. Pobre Inglaterra ¡cómo te compadezco!

Decididamente Mauguin es el orador y el poeta de la política descriptiva. En el parlamento francés se ha declarado protector de la confederacion rusa. Héle ya dividiendo en dos la península de Sumatra, tomando de costado el Indo, arrojando al mar las factorías de la opulenta Calcuta, é internando sus batallones galo-esclavones en las gargantas y profundidades del país de Sikes! Por mi parte, no dudó en manera alguna que todo ese ruido de estrategia caminera cause grande espanto á la Inglaterra, y no sé en verdad cómo saldrá de su apuro; pero quisiera tan solo que si es posible no matara Mauguin á la Inglaterra de un solo golpe, lo cual le pido y le suplico de todas veras en nombre de nuestro jóven y valiente ejército, que, una vez destruida la Inglaterra y arrasada como un ponton por Mauguin, ya no tendria donde disparar un solo tiro para entretener el ocio. Seria de veras una lástima dejar absolutamente sin empleo el valor de nuestros hijos; pero ya se ve! no tenemos entrañas, juicio, ni prudencia para no abusar de nuestras ventajas! En la cuestion de Oriente hemos hecho ya un pan como unas hostias. Vamos por do quiera triunfando de la Inglaterra, desde los mares de la China hasta el estre-

cho de Gibraltar, y tan duchos nos mostramos en las confederaciones rusas como en las colonizaciones africanas y en los bombardeos siriacos. ¿No les parece á VV. que podríamos ya descansar de tantas fatigas? Al abrirse las próximas sesiones volveríamos á empezar otra campaña, no menos gloriosa, que llevaríamos á tambor batiente, tomando parte en ella todos desde el ujier que grita detrás de la poltrona del presidente Sauzel: Silencio, señores! hasta el portero que está de planton junto al banco de los ministros para llevar sus billetes amorosos y sus esquelas de convite.

Si Mauguin no fuera tan gran conquistador, bien podría en verdad hallarse harto de tanta gloria, y creo que despues de haber ratificado y sellado con el sello de lacre verde el tratado de alianza entre la Francia y Nicolás I, emperador de todas las Rusias, no haria mal en dirigir su augusta solicitud hácia el interior, donde seguramente no hay menos tuertos que enderezar y abusos que extirpar de raiz que en los desiertos de Novogorod.

¿Habremos disparatado ya lo suficiente todos los habitantes de esta buena tierra de Francia, por espacio de tres meses y aun mas, sobre la insurreccion de los drusos, los favores de la sultana Validé, el emir Beschir, la fidelidad y cariño inalterable de Ibrahim y de su padre Mehemet, y por último sobre aquellos honrados y campechanos salteadores de Damasco y del Líbano? Lo mismo formábamos nosotros en batalla los escuadrones de Soliman-Bajá que si los hubiéramos tenido reunidos en el patio de las Tullerías en una revista. Contábamos todas las baterías de S. Juan de Acre de frente y de costado, como podremos contar en breve los cañones de nuestras amables bastillas apuntando hácia nuestros amables arrabales. Repetíamos, palabra por palabra, todo cuanto decian ó dejaban de decir Mehemet, Kosrew, Reschid, Abdul, la Sultana, Napier, Stopford, Beschir, Ponsomby, el eunuco negro, el seraskier (1), el internuncio, el muftí y el capitán, todo lo repetíamos, excepto lo que hubiera debido decir nuestro caro y leal

(1) Oficial turco, encargado del mando en jefe de un ejército para una determinada campaña.—N. del T.

embajador el señor conde Alejo Pontois, que no dijo una palabra, y eso como si hubiéramos sido admitidos á intervenir en la plática íntima de todos aquellos ilustres personajes! Y cuando nos echaron fuera sin que precediese la menor advertencia, despues que nos hubieron lindamente escarnecido sin permitirnos la menor réplica, y sacudido el polvo sin admitirnos el menor combate, un ministro de entonces, no sé yo cuál porque hay ministros nuevos cada quince dias, vino á decirme al oido en un acceso de júbilo que el gobierno de S. M. Cristianísima el rey de los franceses (todavía me causa risa) no sabia una jota de cuanto estaba pasando por aquellas tierras. Y hé aquí cabalmente por qué damos cien mil francos á los embajadores que tan cumplidamente nos representan cerca del gran turco, y por qué, gracias al viaje de Mauguin á Rusia, á su tratado de alianza sellado con lacre verde, á los informes fidedignos que hemos recibido del Oriente, y á las grandes batallas de lengua y de pluma que hemos ganado, hemos llegado á ser por mar y tierra tan temidos de la Gran Bretaña!

Va pues la cosa perfectamente, y todavía irá mejor cuando Mauguin sea ministro de negocios extranjeros, porque verán VV. que todas las togas y birretes de la cámara van á pernoctar en el palacio de las capuchinas (1)! La judicatura atenta á la cartera de negocios extranjeros, y su conjuracion es flagrante! Los abogados sin dejar sus hopalandas, disparan el cañon, lanzan flotas á la vela, borrajean credenciales, despachan correos, firman tratados (distintos de la cuádruple alianza), y llaman ante sí á juicio á generales de ejército, embajadores y reyes. El abogado habla, negocia, guerrea, reina, gobierna; el abogado lo hace todo, y por eso no se hace nada.

Nada se hace, repito, de lo que debiera hacerse, y lo pruebo. Supongamos que la confederacion Mauguin y compañía nos permita establecer unas cuantas barracas de paja de arroz en la longitud de las costas despobladas de Coromandel; damos que, de resultas de nuestra alianza con la Rusia, ganemos el reino de Cachemira con una ó dos colecciones de cabras del

(1) El ministerio de negocios extranjeros está situado en el *boulevard de las Capuchinas*.—N. del T.

Tibet para nuestro jardin de plantas (1), y el vireinato del Cabul para Mauguin ¿qué adelantaremos con eso? Lo que á mí mas me preocupa, y en lo que no piensan en manera alguna nuestros sublimes oradores, es la condicion mísera y precaria de nuestros trabajadores del centro de la Francia, y de nuestros artesanos de París, de Lyon y de Nantes; es la esclavitud corporal é intelectual, la crasa ignorancia, el embrutecimiento moral de tantos seres humanos nacidos en el mismo suelo y en el mismo foco de civilizacion que nosotros; es la corrupcion de los abusos que con tanta abundancia mana, la confiscacion de nuestra hacienda por el exceso de contribuciones.

No quiero proseguir, pues así como así estoy ya viendo la sonrisa de lástima que suelta Mauguin al contemplar lo rastrero de nuestro vuelo; ¡y qué mucho, si estamos formados de una masa tan ordinaria, si carecemos de alientos, de alas y de fuego, si no entendemos una sola palabra de las sutilezas de la política en grande, de la alianza combinada entre la Prusia, el Austria y la Rusia con Mauguin, de sus peregrinaciones al Mogol, de sus excursiones geográficas, de sus vuelos, de sus andanadas, de sus ataques atravesando los océanos y los desiertos ignorados del mapa-mundi, de sus rebatos y destrozos en las posesiones inglesas de la India, y por último de su vireinato del Cabul!

Y si en vez de aspirar á virey del Cabul se empeñara Mauguin en querer soplarse bajo el brazo la cartera de tafilete de las relaciones exteriores ¿por qué no se le habia de permitir ese inocente capricho? Yo por mi parte así lo propongo formalmente al consejo de ministros, y hé aquí los méritos que alego en apoyo de esta candidatura.

Mauguin posee en el mas alto grado el sentimiento de la nacionalidad, un conocimiento claro y pronto de los intereses comerciales de la Francia, una aptitud laboriosa y experta en el manejo de los negocios, una conversacion animada é ingeniosa, y las buenas maneras de cortesano. ¿Qué importa que le falten pergaminos? el nombre llano, pero ya ilustre de Mauguin,

(1) En el jardin de plantas ó botánico de París está la casa de fieras.—N. del T.

no es en nada inferior al de tantos duques y pares que arrastran el justo renombre de sus abuelos en el polvo y en el olvido. Vale por lo menos tanto como el de Guizot, que vale tanto como el de Thiers; este valia tanto como el de Soult, y este como el de Maison, y este como el de Mortier, y este como el de Broglie, y este como el de Sebastiani, y este como el de Polignac. Y sé decir de mí que si pudiera hacer dar una vuelta á la rueda de su fortuna, lo haria de muy buen grado. Mauguin es todavía un hombre de julio que la corte, ya lo verán VV., empleará en su servicio en caso desesperado. Pero no se me cuece el pan mientras no vea poniendo manos á la obra por su turno á todos esos Carlomagnos de la curia, á todos esos remendadores de cartas, confeccionadores de reyes, augustos fabricantes de dinastías. Veremos cómo se portan, y si lo hacen mal, no habrá mas remedio que reconocer que se han hecho todos los experimentos, que existen entre ciertas cosas ciertas incompatibilidades, y que es preciso mudar de sistema.

Hemos visto el lado político del hombre; pasemos á retratar al orador.

Pintemos pues al orador! esto es, con la pluma, no con el pincel, porque parece ser que los oradores interesantes tienen los mismos caprichos que las mujeres bonitas (1). Por eso, si hemos de creer á mi editor, Mauguin solo queria al principio dejarse retratar de perfil, y un momento despues no quiso dejarse retratar mas que de frente, y luego no quiso dejarse retratar de modo ninguno, y luego volvió á querer, y luego dejó la silla diciendo que se iba á viajar; y como ya saben VV. que Mauguin tiene la costumbre de hacer viajes muy largos, y de irse abocando de camino con todas las cancellerías de Europa, para firmar toda clase de alianzas con toda clase de reyes, granduques y margraves, fácil les es á VV. comprender que no podia mi editor irle á los alcances é incomodarle estando en tan

(1) Parece en efecto que Mauguin consintió al principio en dejarse retratar por el grabador; despues se arrepintió, despues dijo que no tenia inconveniente, y por último dijo que no queria, y le volvió las espaldas con tanto hocico como una niña bonita enfadada.

distinguida compaña, para que se dejase sacar la silueta (1) con objeto de grabarla despues en bruñido acero.

Por lo cual me encarga Pagnerre que suplique á VV. encarecidamente, amados lectores, que no se enfaden con él, y que les diga que mas de veinte veces ha enviado inútilmente pintores, dibujantes y grabadores á casa de Mauguin, y que nunca se ha visto desairado de esa manera ni aun por los mismos oradores que mas malparados salieron de las manos de Timon; que por consiguiente no es culpa suya si no puede ofrecer á VV. un retrato de Mauguin mas semejante, y si no se lo representa con su grande uniforme de virey del Cabul; á lo que añade otras mil disculpas propias de un editor aburrido, á las que VV. darán su justo valor.

Yo, lectores míos, en lugar de VV. bien sé lo que haria; me daria el gustazo de ir á la cámara de diputados, y allí podría ver y oír á mi sabor, de vuelta de sus negociaciones, á ese amable y caprichoso viajero.

Fácilmente le reconocerán VV. Se sienta al extremo de los bancos de la derecha, tiene una fisonomía expansiva, los ojos penetrantes y vivos, una voz clara y segura, maneras nobles, y la declamacion un tanto enfática.

Acaban VV. de conocerle y de oírle hablar. ¿No es verdad que Mauguin es uno de los tres peroradores mas agudos de la cámara? Thiers deslumbra con el iris de sus facetas, Dupin con sus penetrantes punzadas, y Mauguin con los repentinos vislumbres de sus réplicas.

¿Qué perfectamente plática; VV. son de mi misma opinion, estoy seguro. Platica tan bien como perora. Le gusta justar con el primer interlocutor que se presenta; en el salon de conferencias siempre es el centro de los diputados que bullen y alzan murmullo; los aplausos en los corredores le lisonjean tanto como los aplausos en la tribuna.

¿No les parece á VV. además de sumo agrado su persona, y que en sus maneras hay cortés halago y atractivo? Mauguin

(1) Silueta:—retrato de perfil sacado por el contorno de la sombra; es voz alemana que ha pasado ya las fronteras de todas las naciones de Europa: nosotros la introducimos de contrabando.—N. del T.

cautiva y seduce con su trato; yo le estimo, aunque él diga lo contrario, tal vez porque crea que nunca se alaba demasiado á una persona cuando verdaderamente se la quiere. Pero eso es adular, y no querer, y yo profeso á Mauguin una estimacion muy sincera para decir de él cuanto me viene á las mientes, bueno y malo, y por lo general menos malo que bueno; y continúo:

No es Mauguin tan prolijo, tan difuso, ni tan abogado como los demás abogados. Cierto es que algunas veces echa á perder su diction por limarla demasiado; pero su fraseología es mas declamatoria por el tono que por las palabras que emplea, mas por la acentuacion que por las ideas. Puede sobre todo tachársele de preparar de antemano sus efectos oratorios, de dejar trasparente la trama de su discurso, y de no entregarse bastante á la naturaleza. Por lo demás es sobrio y ajustado en sus exordios, plantea bien las diversas proposiciones de su asunto, no las abandona, las impele con vigor en todas sus direcciones, y su estilo es trabajado y profundo. Lo que mas le caracteriza es la destreza.

Mauguin, por su larga práctica en los tribunales, por sus estudios especiales y por el temple de su talento flexible y brillante, es muy apto para ilustrar todas las cuestiones de derecho civil y criminal, de comercio, de aduanas y de hacienda, y será cuando quiera uno de los diputados mas útiles para la cámara, como es ya uno de los mas facundos.

Muy bella es la siguiente comparacion de Mauguin: «Las luces son como los flúidos que gravitan sobre su límite; su naturaleza las inclina siempre á extenderse.»

Algunas veces, cuando se anima, cuando el natural se sobrepone en él al arte, deja de ser retórico y se hace orador, y se remonta á la mas sublime elocuencia. Entonces obliga á su auditorio á estremecerse, á palidecer y á llorar sobre el desquiciamiento de Polonia moribunda; y entonces exclama desde lo íntimo de su corazon, y suspira, y se angustia y conmueve; pero estas efusiones del alma no son frecuentes en Mauguin, y solo son propias de oradores mas sinceros que él, mas fogosos y mas irregulares. Mauguin se domina demasiado para poder

usar un estilo patético, que solo se encuentra cuando no se le busca, pero maneja con decididas ventajas el sarcasmo punzante y acerada la ironía.

Mauguin es un interpelador brusco y temible; es fecundo, ingenioso, osado, apremiador. No se deja intimidar por las risas ni por los murmullos; se serena con la cólera de sus adversarios.

Digno era de ser admirado cuando luchaba desde la tribuna con Casimiro Périer, su implacable enemigo! El ministro, rendido y sin aliento, le lanzaba rayos con su mirada de fuego; saltaba sobre su banco, y quebraba entre dientes exclamaciones mezcladas con amenazas. Mauguin, por el ángulo de su labio risueño le disparaba dardos, de esos que sin hacer correr la sangre se van lentamente internando y removiendo la epidermis; revoloteaba en torno del ministro, y se le clavaba, por decirlo así, en la frente, á la manera del tábano que martiriza al toro mugidor; se metía por sus narices, y Casimiro Périer echaba espumarajos, escarbaba con el pié la arena, reluchaba debajo de él y le pedia misericordia.

Resumamos al hombre.

Mal político, mas bien por negligencia de convicción que por debilidad de carácter; pero excelente orador, á veces al par de los mas grandes: elocuente por intervalos: siempre abundante, lúcido, conciso, enérgico, incisivo: ingenio fecundo en recursos, vasto, penetrante, flexible: sereno en las tormentas, dueño de sus pasiones, menos para reprimirlas que para dirigirlas con acierto; cuando da tregua á su impaciencia es solo para afilar bien los dardos que le arrojan, y volverlos á despedir con mayor fuerza contra el que se los dispara: hombre dotado de gracia y seducción, algo presuntuoso, ávido de emociones, á quien, para decirlo todo de una vez, no es posible aborrecer ni querer mucho.

LAFFITTE.

¿Hay algun ciudadano superior á Laffitte? ¿Hay algun ministro que haya entrado al manejo de los negocios con mas lealtad y sinceridad que él, y que los haya dejado con un corazon mas francés y con manos mas puras? ¿Cuántos reyes y particulares no han abusado de la docilidad de su bello y amable carácter? ¿Qué voz tan agradable la suya! ¡qué conversacion tan interesante! ¡qué fluidez tan variada, tan abundante, tan límpida, tan ingeniosa! ¡Qué entusiasmo tan candoroso y juvenil por todo lo bueno y bello, por todo lo justo y verdadero! ¡Con cuánto tino sabe acomodar á las gracias cortesanas (cuando la corte tenia gracias), la sencillez y honradez del negociante! ¿no es cien veces mas agradable oír hablar á Laffitte y á Dupont, tan sustanciosos, tan lucidos y llenos en sus discursos, que á tantos peroradores charlatanes y á tantos abogados de provincia que ponen su reló para estar discurrendo á hora fija, y que se olvidan de que el don de la palabra no fué concedido al hombre para fabricar meros sonidos, sino para expresar ideas?

La vida privada de Laffitte seria un curso de moral en accion. Su vida pública seria un curso de política para el uso de los pueblos que, pudiendo conducirse por sí mismos, se enganchan ensangrentándose la espalda al pesado carro de un rey.

Laffitte posee el genio de los negocios de hacienda, mas raro aun que el genio oratorio; él resolvió los problemas de la con-

versión de rentas, de los bancos y de la amortización, con una propiedad de lenguaje que sin ocultar la ciencia la sirve de hermoso atavío. Sus discursos sobre los presupuestos en general son verdaderos modelos de exposición teórica, y sus discusiones lo son del estilo deliberativo aplicado á las operaciones numéricas. Fundó bajo la Restauración el crédito público, y hoy pone los cimientos al crédito privado, no queriendo que pase un solo día de su preciosa existencia perdido para su país.

El fondo del carácter de Laffitte es republicano, no porque crea en la posibilidad actual de esta forma de gobierno, sino porque lo mismo que Lafayette, Arago y Dupont de l' Eure, cree que la Europa tiende hácia ella, y que dicha forma llegará á ser un día la expresión mas fiel de la mas adelantada civilización.

Ese carácter tan benigno y que á veces podría parecer débil, sabe resistirse y fortificarse en las ocasiones urgentes y peligrosas. Entonces Laffitte lucha valerosamente contra los amagos, los combate con energía, y los vence con su decisión.

La ingratitude, de donde quiera que proceda, suscita su noble repugnancia, y la opresión de la libertad, sea cual fuere la capa con que se encubra, enciende su indignación. En tales casos, las palabras que pronuncia en la tribuna son de aquellas que solo parece poder usar atrevida é impunemente un hombre que como él reparte coronas y funda dinastías; y el ministro interpelado que las oye y tiene que responder á ellas, no acierta mas que á sonrojarse y bajar los ojos.

Laffitte ha soportado los desaires de la fortuna con la misma serenidad que sus favores, y le ha sido dado hacer ingratos así en los puestos bajos como en los mas encumbrados. Ninguno ha sido mas espléndido que él en nuestra época; porque despues de haber abierto su casa á todos los proscritos y su bolsa á todos los desgraciados, ha acabado concediendo un cetro. ¿Quién presidia la cámara de diputados el 29 de julio? ¿Quién sino él era el alma, el caudillo, el guia del partido de Orleans? ¿Quién inflamó y decidió á Lafayette? ¿Quién supo juntar el palacio Borbon con el Hôtel de Ville? ¿Quién en suma

condujo y terminó todo el negocio sino Laffitte? Sí, Laffitte fué quien recogió la corona de Francia arrojada al arroyo, y quien la colocó en las sienes de Luis Felipe.

Yo, Timon, que, á diferencia de mis robustos compañeros, nunca me he reconocido con la suficiente potencia para engendrar un rey, asistí como aficionado mas bien que como legislador á la sesion secreta de 29 de julio, donde, segun costumbre, los destinos de la Francia quedaron decididos en tres minutos. Yo por mi parte tenia la cabeza serena, y no estaba ocupado como los treinta y seis padres que me rodeaban en la obra del alumbramiento; por lo cual mucho mejor que ellos, y aun mejor que el mismo Laffitte que nos presidia, sé lo que hacia este y lo que pudo hacer, y aseguro que en aquel crítico instante ví á la monarquía, antes de fijarse, oscilar en la punta de una aguja.

Ah! si me fuera permitido discutir sobre cierto hombre así como me permiten discutir sobre Dios! Si me hallara yo en un país donde verdaderamente existiera la libertad de imprenta! Pero las leyes de setiembre me detienen en el momento de ir á pintar..... Ya vendrá el dia en que pueda acabar el retrato de Laffitte.

Entretanto, ilustre ciudadano, espero obligarte poniendo á tu lado, y encerrando en tu mismo marco, el retrato de un hombre que fué colega tuyo en el ministerio por algunos dias, y tu amigo constante: de un hombre á quien estimo tanto como venero, que será respetado por todos los hombres de bien mientras la probidad no sea postergada á la astucia, y la virtud al charlatanismo (1).

Especie de romano, pero de los mejores tiempos de la antigua Roma: honrado sin ostentacion ni hipocresía: republicano por sus principios, por sus costumbres, por su carácter y por sus virtudes: nuevo labriego del Danubio, sencillo, franco, brusco hasta rayar en incivil, importuno á todo adulator, defensor de la igualdad y de la economía, ante un tribunal y un senado de corrupcion. Juicio recto que no consiente le deten-

(1) Dupont de l'Eure.

gan en su marcha con bellas frases, con el sofisma de las manifestaciones, ni con la hipocresía de las protestas; ingenio que con la mera virtud de su buen seso sabe brillar tanto como otros con el prestigio y gala de su elocuencia. Personaje raro en todos tiempos, pero especialmente en los nuestros en que los apóstatas del honor y de la libertad se acomodan descaradamente con el menosprecio, y se ciñen á sí propios coronas de oro. Por último, hombre excepcional á quien, para que su virtud apareciese mas perfecta y acrisolada, solo faltaria en cierto modo un poco de proscricion, que sin embargo no le deseo.



ODILON-BARROT.

Odilon-Barrot no presenta, como Mauguin, una de esas figuras sagaces y movedizas que giran incesantemente sobre sí mismas, y que reflejando la luz y las sombras, la fuerza y la gracia, agradan cuando están pintadas por la variedad del adorno, y por la osada vivacidad de las facciones y del color.

Odilon-Barrot ofrece mas bien la cordura imponente y decorosa del filósofo, que los caprichos y los brillantes arrebatos del improvisador.

Su razon, á la manera de un fruto precoz, pero sano, maduró antes de tiempo; á los veinticuatro años era ya abogado de los consejos y del tribunal de Casacion. Nicod era allí el dialéctico, y Odilon-Barrot el orador.

Mitad palaciego, mitad político, ya en tiempo de la Restauracion consiguió Odilon-Barrot ver colocado su nombre al lado de los nombres célebres de la oposicion, y la libertad le contaba con orgullo entre sus defensores.

Mas que estudiar y leer, Odilon-Barrot medita; su mente solo tiene actividad y solo vive en las altas regiones del pensamiento. Si fuera ministro se haria indolente y se dejaria vencer en las aplicaciones: mostraria mas aptitud para dirigir que para ejecutar, y sobresaldria menos en la accion que en el consejo: descuidaria los pormenores y el cursó de los negocios, no por falta de capacidad para ellos, sino por falta de aplicacion.

Puede decirse que mas bien que ilustrar un asunto derrama sobre él la fecundacion con sus ideas; solo saca la flor de las cuestiones, no las toca mas que en la superficie; reflexiona mas que observa.

Lo que desde luego llama mas su atencion en un asunto es el conjunto, y este modo de considerar las cosas nace en él de la aptitud particular de su mente, del ejercicio parlamentario, y de las prácticas de su antigua profesion de abogado en el tribunal de casacion. Nadie sabe mejor que él abstraer y resumir una teoría, y considero á Odilon-Barrot como el primer generalizador de la cámara. Posee esta facultad en mas alto grado aun que Guizot, que solo se vale de ella en ciertos puntos de filosofía ó de política, al paso que Odilon-Barrot improvisa sus generalizaciones con una facilidad sorprendente sobre la primera cuestion que se presenta. Ambos á dos son dogmáticos como todo hombre de teorías; ambos afirmativos, pero mas Guizot, porque Guizot duda menos que Odilon-Barrot. Abraza mas fácilmente un partido, y dirige una resolucion derechamente á su objeto con la viveza é inflexibilidad de su carácter.

Odilon-Barrot és un hombre probo, cualidad que casi me avergüenzo de alabar, y que sin embargo tengo que alabar por fuerza considerando cuán rara se ha hecho. No es mandon, no es intrigante, no es ambicioso; su reputacion política es hermosa y sin manchilla, y su voz está siempre dispuesta á abogar por los oprimidos y por todas las causas generosas.

Odilon-Barrot goza de popularidad electoral, mas no de popularidad popular; sin embargo, me parece muy difícil que Odilon-Barrot no sea en su interior radical por sentimiento de igualdad, por su experiencia de la monarquía, por convencimiento de su dignidad de hombre, por prevision de lo futuro. ¿Cómo es pues que aun en la tribuna hace profesiones de fe dinásticas tan inútiles? Pretenden algunos explicarlo diciendo que Odilon-Barrot siente hácia la persona de Luis Felipe una especie de inclinacion indefinible que le cautiva y retiene; pero estoy bien seguro de que Odilon-Barrot no quiere á Luis Felipe á toda costa, como pueden quererle sus servidores en-

vuellos en seda y oro, y que no vacilaría un solo momento si llegara el caso de optar entre la patria y las ordenanzas de un segundo Julio.

La fisonomía de Odilon-Barrot es hermosa y reflexiva: su frente ancha y desarrollada anuncia el poder de su inteligencia. Su voz es llena y sonora, y su dición es singularmente grave. Hay en su modo de vestir un si es no es de afectación que por cierto no le sienta mal: su continente es digno sin ser teatral, y su acción llena de noble sencillez.

Cuando habla, anima, acentúa, enardece, colora su expresión, que es floja y fría cuando escribe. Su discusión es sólida y sabia, rica de medios, suficientemente exornada y dominada siempre por su clara razón. En las causas que agita se detiene mas gustoso en el derecho que en el hecho; apodérase de él, le sondea, le taladra, le agota sacando de él cuantas consideraciones nuevas, cuantas reflexiones trascendentales y de importancia puede encerrar.

Su método, sin embargo, no carece de algun defecto. Suele frecuentemente embarazarse entre las prolijidades de sus exordios; se pierde á veces en el vuelo de sus pensamientos, y una vez roto su hilo le cuesta trabajo anudarlo. Tampoco lleva sus arengas con la precisa rapidez á su fin; lo cual quizás me choca á mí mas que á otro alguno por lo mucho que me agradan los discursos sustanciosos, concluyentes y lacónicos. Con todo, no puedo menos de reconocer que Odilon-Barrot es mas abundante que difuso, y que se experimenta gran placer en ir con él á caza de ideas, mientras los peroradores vulgares solo persiguen y cazan frases.

Odilon-Barrot es mas razonador que espontáneo, mas desdenoso que acibarado, mas templado que vehemente. Su mirada no despide bastante fuego: no se advierte bastante anhelo en su respiración, ni en su corazón palpitaciones bastante fuertes contra la opresión de la arbitrariedad. Con harta frecuencia su vigor languidece y decae, y se le hace pesada el arma antes de acabar el combate.

Dueño de sus pasiones y de su palabra, sabe aplacar en sí mismo y á su alrededor la cólera de los centros y los borrasco-

esos pronunciamientos de la izquierda. Dispone y cubre la retirada en los pasos árduos con la habilidad de un estratégico consumado; es el Fabio Cunctator de la oposicion.

Desgraciadamente esta táctica de contemporizacion, cuando se repite demasiado, debilita los ánimos parlamentarios, que son ya de suyo poco osados. El papel de la oposicion no es esconderse detrás de los bagajes de la compañía, sino ocupar con ardor el frente en la batalla. Cuando el pueblo no ve á sus defensores subir á la brecha y hacer fuego, pronto se entibia, bosteza, vuelve las espaldas y se va á otra parte.

Los oradores tienen para sí los mimos de la prensa, y como los niños mimados abofetean á sus nodrizas, así ellos en las tribunas sacuden el polvo á la prensa. En parte no deja de tener ella la culpa, sea ministerial ú opositora, porque á cada palabra que sale de la boca de sus héroes parlamentarios levanta sus exclamaciones á las estrellas, y despues las deposita entre sus mas delicados lienzos como otras tantas sagradas y venerables reliquias. Quizás no háy uno solo, entre nuestros oradores dinásticos, á quien no le hayan llamado cien veces bello, sublime, admirable, y que por verse impregnado y cebado de elogios no se crea en efecto una maravilla de la elocuencia en abreviatura, digno de emparejar con Demóstenes. Y ¿qué mucho que á estos señores la vanidad les cause vértigos y que les baile el seso al perfumado soplo del aura de las adoraciones? Yo mismo, á pesar de la misantropía algo negra que me echan en cara, he caído, y caigo aun en el momento en que esto escribo, en esa aberracion de la prensa, y eso que he moderado bastante la ligereza y el fuego de mis pinceles. Ensaltar el mérito oratorio de nuestros peroradores no seria por cierto un mal muy grande; seria á lo mas una falta de gusto; pero de esa especie de fanatismo resulta una circunstancia mucho mas grave, porque, en efecto, hemos presenciado ya tan milagrosas conversiones, que nunca debe uno creerse bastante precavido contra la probidad política de nuestros mas ilustres parlamentarios. Es justo temer siempre que lleguen algun dia á hacer las paces con el cielo (1), y que, imitando el ejemplo de Thiers,

(1) Frase de Molière.—N. del T.

nos proporcionen la edificación de verlos implorar de rodillas á la divina Providencia (1). Es preciso pues ponerles brida y cabazon, y no economizar con ellos la espuela cuando se plantan ó aflojan el trote en camino llano, ni el látigo cuando disparan coces á la libertad.

Es una desgracia para Odilon-Barrot no tener á su lado un solo amigo, esto es, un hombre que le diga la verdad. Nos le echarán á perder á fuerza de reverenciar su elocuencia y sus virtudes; tanto le repiten las lisonjas que acabarán por inflarle y hacerle reventar. Llegarán hasta á hacerle creer que las consecuencias que exige están siempre en perfecta armonía con los principios que no tiene, que sus vagas teorías no se evaporan en nubes, y que su moderacion no cae jamás en la languidez de la impotencia.

¿Quién no recuerda la oposicion de los quince años? Escasa en verdad, pero compacta y armada, vigilaba, marchaba, combatía, no descansaba de dia ni de noche. No esperaba que el peligro le saliese al encuentro, sino que se hallaba siempre alerta y prevenida. Apenas un ministro acababa de violar la morada del ciudadano mas oscuro, ya se veia sorprendido, cogido infragante é interpelado; no bien se veia amenazada la mas pequeña libertad, al punto era defendida; no bien intentaba el poder un acto cualquiera arbitrario, ya era denunciado por la oposicion; y apenas se dejaba traslucir cualquier rasgo verdaderamente patriótico, cualquier sacrificio verdaderamente generoso y liberal, al punto recibia su popular corona. Todos los diputados de la izquierda estaban unidos en ideas, en doctrinas, en votos y en accion. Era aquel el tiempo feliz para el partido, el tiempo de su juventud y de sus esperanzas!

Pero desde la revolucion de julio, y desde las primeras legislaturas, la oposicion dinástica caminó dividida bajo caudillos desavenidos. Ignoraba lo que queria, y á donde tendia; tenia mas bien tedio y desaliento que esperanzas, y repug-

(2) Alude á que Thiers, que es por cierto hombre de muy poca fe, tuvo cuando su primer ministerio la idea repentina de hacerse el piadoso y el devoto.—*No se comunicada por el autor.*

nancias mas bien que principios; veíase amilanada por la oposicion extraparlamentaria, cuya brillante estrella despuntó en medio de las tinieblas de la noche y dirigirá en breve á las nuevas generaciones hácia nuevas riberas. Circunscrita á su mezquina esfera, ya no se reanimaba, ya no se templaba en los copiosos manantiales de la inspiracion popular; dijérase que llevaba en la frente la mancilla de su pecado original, de aquella grande usurpacion cometida en 1830 contra la soberanía del pueblo, y que, desesperada, arrepentida, cansada de todos y de sí misma, queria ocultar á las miradas fijas en ella y devorar en su soledad sus remordimientos y su dolor.

Ni siquiera sabia hasta dónde se internaba en los centros cuyo paso le cortaba el tercer partido, ni hácia qué punto de la extrema izquierda iba á hacer alto. No podia, no sabia definirse á sí misma, ni contar sus fuerzas, ni conducirse ni dejarse conducir, ni dónde plantaria su bandera, ni bajo qué tienda haria noche, ni cuál era su santo y seña, ni qué dia se daria la batalla, ni por qué causa, ni quién mandaria. ¿Quiénes eran sus jefes? eran dos ó uno? ¿Era Mauguin? era Odilon-Barrot? Si Odilon-Barrot queria tomar el mando, Mauguin ofendido ponía hocico, y encerrado en su tienda, cual otro hijo de Peleo, dejaba á los griegos abandonados á los flechazos de Hector y á la cólera de los dioses. Ninguna reunion, ninguna combinacion, ningun plan, ningun sistema era posible. Odilon-Barrot estaba demasiado embebido en sus nebulosos sueños políticos para poder introducir la disciplina en sus tropas; Mauguin era demasiado aventurero para confiarlas al capricho de sus destinos. El uno era demasiado abstracto, el otro demasiado ligero; ni uno ni otro querian ser soldados, pero tampoco sabian ser jefes.

La oposicion dinástica procedia con una lentitud de movimientos, con una circunspeccion de perifrasis, y con una superabundancia de precauciones atadémicas, que no sientan al carácter francés. Continuamente se sentia uno tentado á gritar á sus oradores: Al grano, señores, al grano!

Léjos de atacar, aquella oposicion se mantenía en la defensiva; disertaba, pero no argüía; cumplimentaba al ministerio

por sus rectas intenciones, mientras este pecaba mas aun por la intencion que por los hechos; empezaba trinando de cólera y acababa suspirando de cansancio y fastidio; temerosa del principio, se paraba en el camino de las consecuencias; no decia nunca de una institucion absurda que fuese errónea, sino que estaba mal aplicada; queria una monarquía sin las condiciones de la monarquía, y pedia lo que solo la república puede dar, pero absteniéndose de querer la república. Los de ánimo fuerte se disgustaban de su falta de energía; los mismos débiles temian, al apoyarse en ella, que doblase la rodilla y los derribase. Su espíritu conciliador era pura inercia, y su moderacion puro miedo.

Como ella misma no sabia lo que queria, los patriotas de afuera tampoco acertaban con lo que habian de desear. Todas las sesiones se pasaban en oír discursos muy bellos, muy poco concluyentes, y sepultados de allí á tres semanas en el olvido. ¿Quién se acuerda ya de lo que en ellos se decia?

¿Has reparado alguna vez, lector amigo, en la naturaleza de esas yerbas áridas que brotan en las junturas de las tapias? Es tal, que sus filamentos solo adquieren firmeza cuando las mueve con frecuencia un aire blando. Pues lo mismo es un ministerio; cuando los ataques de la oposicion son flojos y de mas ruido que violencia, en vez de debilitarse echa raices y se asegura.

Otro cargo que haré á la oposicion dinástica, y este es todavía mas grave, es el de tener abandonada la instruccion y la moralizacion del pueblo. No escatimará por cierto en la cámara la fraseología constitucional; pero fuera de ella no empleará en aquellos objetos ni un óbolo, ni un minuto de tiempo. No se la ve al frente de ningun establecimiento intelectual; nada dirige, nada centraliza, nada vivifica. Terminada la legislatura, cada cual vuela al campanario de su lugar, se mete en su nido, y allí al calor se duerme descuidado hasta que vuelve la estacion de las borrascas parlamentarias.

El buen lenguaje es seguramente muy bella cosa, pero las buenas acciones valen aun mas. Dice entre sí el pueblo: «La oposicion dinástica cree que no valemos la pena de que se nos

confie á nosotros, pobres y estúpidos petates, el derecho de elegir y de ser elegido. Tampoco se consagra á aliviar nuestras miserias y á instruirnos: de modo que ¿para qué nos sirve la oposicion? Si ha de haber un rey, ¿qué nos importa que reine Juan ó Pedro, puesto que nosotros no tenemos pretension de reinar? ¿Qué nos importa que este ó aquel sea ministro, ya que nosotros tampoco pretendemos serlo? Es posible que para la oposicion dinástica, puesto que ella lo dice, haya sido una gran felicidad la revolucion de julio; pero nosotros, al menos hasta ahora, no advertimos ninguno de sus buenos efectos.»

La oposicion radical, á tanto llega mi franqueza, merece en gran parte la misma censura. ¿Qué hacemos nosotros para el pueblo mientras tenemos continuamente su nombre en la boca? Nada, ni la mitad siquiera de lo que podríamos y deberíamos hacer por él.

En mis solitarias meditaciones sobre Odilon-Barrot, he extrañado muchas veces, no que yo no participe de las opiniones de este orador, sino que él no participe de las mias. Si pudiera traérmele á un rincon de mi confesonario, seguro estoy de que entre mis ideas y las suyas no habria un pelo de diferencia; pero fuera del confesonario es ya otra cosa. Odilon-Barrot, como tantos otros grandes y sinceros patriotas, empezó sirviendo á aquel gobierno, que despues..... Y nótese que hay ciertos precedentes que explican ciertas consideraciones, y que colocan á un hombre, mal de su grado, en situaciones de inconsecuencia, de donde, una vez dentro y por mas que haga, no le es posible salir; pero nosotros que hemos tenido la fortuna de no aceptar los grandes favores y pingües destinos que nos metian por los ojos; nosotros que no hemos sido contaminados con el impuro contacto del ministerio, no estamos por nuestra parte dispuestos en manera alguna á continuar la farsa de los quince años. Sabemos muy bien que unos nos motejan de tontos, otros de malignos, y otros por fin de ambiciosos; pero ¿ambiciosos de qué? Unos nos llaman utopistas, otros carlistas, estos anarquistas, aquellos agraristas, y mil otras cosas mas. Con unos lunaritos postizos y un poco de colorete

en las mejillas, fácil nos sería granjearnos el aprecio de los electores y las caricias del poder; pero tendríamos que representar un papel indigno de que por cierto no nos encargáremos.

Bien sabemos que tenemos que resignarnos á vernos mofados, insultados, silbados, calumniados, por no decir martirizados por amor á la libertad, y, lo que es aun peor que los silbidos y las calumnias, á vernos repudiados por los patriotas suspicaces, y desoidos por los ignorantes. Pero es tal la fuerza de atraccion que la libertad ejerce, es tan noble y pura la satisfaccion de la conciencia al defender la causa del pueblo, que los mayores sacrificios que por ella nos impusieran nos parecerian sacrificios muy leves, y todos los goces del mundo nos parecerian insignificantes comparados con ese goce.

La diferencia entre Odilon-Barrot y nosotros, está en que nosotros reclamamos las consecuencias de nuestro principio, al paso que él desecha el principio de sus consecuencias. Diferimos además en que él nos rechaza á nosotros, mientras que nosotros le buscamos á él. Le buscamos porque queremos ver resuelto el insoluble problema de una monarquía que baile en la cuerda floja sin balancin.

Duélenos, y á mí particularmente me duele en el corazon, porque le aprecio y le estimo desde hace veinte años, y él bien lo sabe; duélenos, repito, no estar unidos con él, y que tal vez algun dia nos veamos precisados á serle contrarios; de donde nace que, si por patriotismo quisiera verle llegar al poder, por cariño le impediria la subida con todas mis fuerzas.

Yo acato á Odilon-Barrot, pero le compadezco. Le compadezco, y al mismo tiempo le vitupero; porque Odilon-Barrot no es como yo, y como otros muchos, dueño de su individualidad política; Odilon-Barrot es mas que un individuo, es hoy dia ante la cámara y ante la nación el caudillo de una opinion colectiva, el representante de la clase media liberal, la cabeza reconocida é indisputada de un partido grande y poderoso. Odilon-Barrot guia al combate á la mas numerosa falange de la cámara; el resto no se compone mas que de soldados aventureros, de agregaciones forzadas, de batallones accidentales,

de oficiales sin tropas, de guerrilleros y tiroteadores mercenarios. Pero á fuerza de encomendar á los suyos el juicio y la prudencia, á fuerza de hacerles bruñir sus armas y encargables el silencio, la paciencia, la espera, una espera continua, Odilon-Barrot los ha hecho precavidos, remolones y casi asustadizos. Tal afan se ha dado en cortar las alas á la oposicion dinástica por miedo de que se le escapara, que ya no puede volar, ni andar siquiera. De tal manera ha mutilado los órganos de su virilidad, que la ha dejado reducida al estado de un viejo caduco é impotente. En vez de volver á sus adversarios flecha por flecha y bala por bala, se contenta muy evangélicamente con restañarse la sangre y vendarse las heridas; en vez de correr siempre por un mismo cauce conservando su nombre, se ha confundido con otras corrientes de nacimientos diversos, de modo que ya no puede reconocerse su inclinacion ni su caudal propio; no tiene ya individualidad peculiar y distintiva; va y viene como un cuerpo que fluctua entre una y otra orilla; estalla y se disipa; extiéndese y se repliega; no tiene ya límites, porque ya no tiene imperio, y porque traslada su territorio y su bandera á donde el capricho de los vientos la arrastra ó la detiene; hace alianza con el primero que la solicita, pero siempre con la extraña condicion de no aprovecharse nunca de la victoria; presta á quien le pide, pero con el pacto de que no le paguen; da y no recibe; se compromete con partidos que no contraen obligacion con ella; admite todos los deberes sin reclamar derecho alguno, y todas las cargas sin gozar ningun beneficio; tiene miedo de sus enemigos, hasta el punto de no mirarles nunca á la cara: tiene miedo de sí misma hasta el punto de no atreverse á contar sus fuerzas; toma sus ilusiones por sentimientos, y sus sentimientos por máximas; es culta y atenta, pero tambien se la engaña; es honrada, desinteresada, virtuosa, elocuente, pero carece de tino y destreza; es útil al poder, pero no es útil á la Francia. Ahora bien ¿no seria preferible dejar que se desaguaran los conductos de la corrupcion sin mezclarse por eso en sus inmundicias? no seria mejor repudiar lazos adúlteros y deshonorosos, guarecerse noblemente bajo su bandera, combatir hasta la última gota de

sangre por la eterna verdad de los principios, y exclamar como Francisco I al entregar su espada: «Todo se ha perdido, menos el honor?»

No se ve sin embargo reducida á ese extremo la oposicion dinástica, y no solo conserva el honor, sino lo demás.

Insisto en esta anomalía, porque constituye la faccion mas característica de la fisonomía de Odilon-Barrot; no se vieron jamás reunidas tanta debilidad y tanta fortaleza; no se vieron combates en que con tan numerosas tropas se ganasen menos victorias, ni discursos que produjeran menos accion, ni rumores que hiciesen menos efecto. ¿Y quién tiene la culpa de esto? Por ventura la fatalidad? ó lo erróneo del principio? ó la falta de táctica? ó el color de la bandera? ¿Los soldados, ó el general? ¿Pues qué mas elementos podian desearse? ¿Cuándo se vió un partido mejor sostenido? No creo que exagere un punto diciendo que á la hora en que esto escribo, con elecciones libres, Odilon-Barrot seria si quisiera diputado por doscientos colegios. Tan cierto es que se le puede considerar como la expresion, la fórmula, la verdad encarnada del monopolio de la clase media!

Situacion sin ejemplo en nuestros anales! fortuna inaudita que parece haberle llovido del cielo en un sueño! pero tambien responsabilidad mucho mas grave que la de ningun ministro, y de la cual deberá un dia dar cuenta ante su país. ¿No está oyendo ya Odilon-Barrot á la Francia electoral que le grita: «Varo, vuélveme mis legiones (1)?»

Qué lástima sin embargo! con la arrogante y valerosa hueste que se te habia confiado, oh Varo, á dónde no hubieras podido llegar si evitaras los desfiladeros y gargantas de la Germania! ¡Qué soldados contabas! Pero, puesto que van desfilando delante de tí, quiero, aunque de prisa, contar á los principales uno por uno.

El primero eres tú, célebre abogado de la Gironda, terror

(1) Esta célebre exclamacion fué pronunciada por Augusto cuando le dieron la noticia de que Varo, engañado por Arminio, que se habia puesto al frente de los germanos descontentos, habia perecido con sus legiones en los desfiladeros de Teutberg.—N. del T.

de los doctrinarios. Fuiste muerto, y tendido en el sudario del 29 de octubre (1); te darías sin embargo con un canto en los pechos por verte ministerialmente resucitado antes del juicio final. Comenzaste, si no me es infiel la memoria, siendo edecan de Odilon-Barrot; los días de batalla ibas y venias con los pliegos de tu general, y caracoleabas ante las alas de la oposición dinástica; tú sostenías á las tropas cansadas, y protegias su retirada; eras el coronel de la caballería pesada. Tu arena es la argumentacion, y en su manejo te distingues; dominas las cuestiones de derecho, las tomas por todas sus fases, las divides, las separas, las estiras y desarrugas, y con la luz de tu ingenio las haces transparentes (2).

Sigue ahora aquel bordelés de miradas de fuego, de rostro pálido y contemplativo. ¿Cuánto no hay de girondino en la pompa y colorido de su lenguaje? Hace hablar su corazón con religiosa facundia, y las palabras sagradas de patria, conciencia y virtud, fluyen con unción de sus labios. Se advierte que se mece con placer en la vaguedad de esas grandes y consoladoras imágenes, y que se complace en embriagarse con la melodía de sus mismas palabras. Temo que no haya en su talento mas imaginacion y ternura de alma que solidez lógica; pero tiene un no sé qué de candoroso que agrada y mueve, á lo cual se agregan entrañas y voz de verdadero orador (3).

Cuando la famosa discusión sobre el baturrillo de los créditos americanos, tuvo proporcion de ver de qué manera se enfanga uno en un mal sendero; porque habiéndose valido de términos misteriosos, enigmáticos é inexplicables en apariencia para decir, ó mas bien para no decir á dónde habian pasado dichos créditos, Guizot, con las disciplinas en la mano, se precipitó á la tribuna, y con el tono de un dómine que llama á su presencia á un discípulo, mandó á nuestro girondino que explicase sus jeroglíficos.

Este empezó á balbucir, y era entonces de ver al doctrinario

(1) Alusion al ministerio de 29 de octubre, de que formaba parte con la cartera de *Obras públicas*.—Nota comunicada por el autor.

(2) Dufaure, uno de los primeros, ó el primero quizá, de los oradores dialécticos de la cámara.—*Id.*

(3) Ducos.

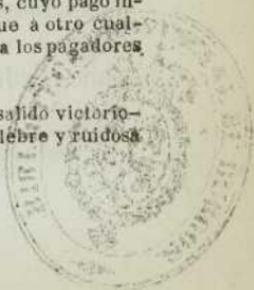
sujetando al otro entre sus garras como un pobre pajarillo, sin quererle soltar hasta que se retractase formalmente de lo que habia dicho ó dejado de decir. Y no habia en verdad motivo para irritarse de aquel modo; nadie ha pretendido jamás que Guizot haya saqueado, robado, traficado ó malvendido, rewendido y disipado los créditos americanos; vamos claros, señor mio! demasiado sabe V. que no es á V. á quien se culpa. No en verdad: no es V. quien compra acciones de origen impuro en las cavernas del agiotage: no es V., no, quien hace pasar el oro en barras á los bancos de Inglaterra y los Estados-Unidos; V. no es un gran capitalista, ó un monstruoso agiotista; V. sabe muy bien que, aunque esos créditos se hallasen nominalmente en poder de armadores americanos, no por eso dejaban de hallarse real, positiva y suciamente en ciertas manos que no nos atrevemos á nombrar, que convierten en oro cuanto tocan, que están dotadas de una rapacidad proverbial, y que hemos de ver un dia clavadas en la picota de la historia (1). V. tenia noticia de todo eso, Guizot, lo sabia V. tan bien como nosotros. ¿Será ahora necesario que le enseñemos á V. á deletrear ese nombre? ¡Ea! ¡vamos! haga V. un poco de voluntad y acabará V. por no ignorar lo que nadie ignora.

¿Y no eres tú tambien uno de los talentos de aquella hueste, tú, jurista consumado en el derecho civil, criminal, administrativo, diplomático y comercial (2)? no digo eclesiástico porque no estamos tú y yo muy de acuerdo en esta materia, en la cual he tenido ya el honor de combatirte, y aun quizás de sacudirte (3). Dime, hombre concienzudo, ¿dónde aprendes algunas veces á ser tan elocuente? Claro está, en tu mismo corazon. Dime, rebuscador de piezas y documentos secretos, denunciador de tratados inoficiales, ¿dónde desentierras tú todo

(1) Alusion trasparente á cierto personaje de quien la opinion pública sospechaba que hubiese comprado á bajo precio los créditos americanos, cuyo pago integral y exacto obtendria, como al parecer le constaba mejor que á otro cualquiera (mas felizmente para él que para los vendedores, y que para los pagadores sobre todo).—*Nota comunicada por el autor.*

(2) Isambert.

(3) Alusion á los folletos religiosos de Timon que en efecto han salido victoriosos muchas veces contra Isambert, especialmente en una causa célebre y ruidosa seguida en el tribunal de Casacion.—*Nota comunicada por el autor.*



eso? Claro está, donde tu ciencia y tu ardor te conducen, donde no van los demás, donde ellos no saben estudiar, explorar y atesorar. No, no hay quien sepa sacudir como tú el polvo de los archivos y de los libros viejos; ni compulsar, extraer y descifrar manuscritos; ni confrontar las ediciones, cotejar los pasajes y comprobar curiosamente las fechas; ni amalgamar despues el todo en una exposicion sábia y nutrida de datos, de cálculos y citas. No forjas tú de esas teorías que forman armopiosa cadencia y halagan el oído, al estilo de esos retóricos ampulosos del partido social. Tú argumentas sobre documentos y números, porque los ministros que se burlan de las teorías no pueden burlarse lo mismo de los hechos. Si los hechos no son ciertos, los niegan; si lo son, los niegan tambien; pero tú les metes por los ojos los textos auténticos, y cuando no quieren leerlos se los lees tú mismo, y así los desesperas y los martirizas. ¡Pobres hombres! ¿qué han hecho los infelices para que se les trate así?

Tú, laborioso y tenaz investigador de números que esclareces los sombríos arcanos del presupuesto, que tratas con superior habilidad las altas cuestiones de contabilidad y de hacienda, tú tambien ibas en las filas de esa falange (1). Quizás ignoras que una vez que propusiste que encerraran dentro de la carta á los ministros que se salian de ella, dos de estos señores (2) al salir de la cámara asidos del brazo, despues de levantarse la sesion, iban diciendo: «Ese Mosbourg no puede menos de ser un malvado!» Es claro: los que defienden los principios son siempre malvados á los ojos de los que los infringen.

Ese otro cuyos cabellos encanecieron prematuramente, de semblante tan pálido, y á quien la muerte sorprendió en un dilema, era Nicod, dialéctico formidable, inteligencia vasta y vigorosa, que entraba en las cuestiones sin indecision y las dominaba sin fatiga. Nicod hacia fluir sus ideas abundantes y llenas de vida; su diction no era demasiado tirante ni demasiado rígida. Era demócrata por conviccion, independiente á

(1) Mosbourg.

(2) Uno de ellos era el ministro de hacienda.—Nota comunicada por el autor.

pesar de su amovilidad, apasionado, pero solo por la justicia. Cuando se exaltaba, cuando se indignaba contra la violacion de un principio sin defender mas que el derecho, y sin buscar mas que la verdad, se remontaba á la elocuencia.

Llega ahora BIGNON, á quien la inexorable muerte ha envuelto ya con sus sombras; Bignon, escritor puro, dialéctico, sábio é ingenioso, enamorado de la nacionalidad, pero moderado hasta la timidez. Muchos son infieles á su mandato porque abusan de la palabra, pero otros lo son porque abusan del silencio. Preguntábase mucho tiempo hacia por qué siendo Bignon el primer diplomático de la cámara no se le veía hablar mas que sobre negocios extranjeros. ¿Por ventura habíamos vuelto á ser los vencedores de la Europa? No era Bignon tan vanaglorioso! Tenia el honor de ser diputado, que es el primer honor del país, y se dejó embaucar alistándose par de Francia. ¡Oh flaquezas de la edad!

Pasa adelante tú, jurisconsulto tenaz, dialéctico sutil, interpelador descontentadizo y apremiador (1).

Y tú, hombre sagaz y exacto (2).

Y tú tambien, doctrinal mas bien que doctrinario, metafísico sólido y profundo, escritor luminoso y ardiente! Tú concibes con fecundidad y das á luz con fatiga. Cuando tus pensamientos y sentimientos se desbordan, no te es posible contenerlos; su avenida te inunda, te arrebatá en su remolino y te ahoga. Querrias expresarlos todos de una vez, y tu palabra incompleta no te basta; los buscas y te huyen, entonces te turbas, te embarazas, te interrumpes, y para retenerlos descargas redoblados golpes sobre el mármol sonoro de la tribuna. Hay oradores á quienes sofocan las palabras; á tí te sofocan las ideas (3).

Y tú, observador ingénuo y atrevido, que tocas con destreza los asuntos mas escabrosos, y que dices á los ministros como riendo verdades de á folio, que no excitan en ellos la mas leve gana de reir; oficial de órdenes de Odilon-Barrot, ¿no fuiste tú? sí, tú fuiste, quien nos refirió el banquete de Tho-

(1) Charamaule.

(2) Charlemagne.

(3) Dubois.

rigny con una gala de descripción y una habilidad de efecto de que creo ya haberte felicitado (1).

¿Quién es aquel otro? creo reconocerle ¿no eres tú, discípulo y privilegiado heredero de Benjamin Constant? Menos suave quizás, menos adiestrado en el lenguaje de los negocios, no sabes tan bien como tu maestro enroscarte como una culebra alrededor de un tema y apretarlo entre los mil nudos de la argumentación. Aunque menos dialéctico, menos fecundo, menos natural y menos agudo que él, eres tal vez mas hábil y mas ejercitado en el arte de reducir con exactitud las ideas á axiomas, mas brillante en la variedad de tus antítesis, mas religioso en tus moralidades políticas, mas castigado y correcto, mas puro en las formas de tu lenguaje, y eres el único diputado cuyos discursos escritos podrian cautivar por el tono sostenido del estilo y de los pensamientos la atención de una cámara distraida, indolente, y de todo punto insensible á cuantas penas puede uno tomarse por mostrarse á ella elocuente (2).

Llegad ahora vosotros: tú, magistrado íntegro, relator imparcial y sagaz (3).

Tú, hombre consumado en la hacienda y en la marina, sincero y utilísimo diputado, que causaste en la cámara un estremecimiento de horror cuando con tan vivos colores pintaste ante sus ojos las torturas de la diputación bajo el cielo abrasador y melancólico del Senegal (4).

Tú, disertador concienzudo, que recitas con ronca voz de salmodia discursos aprendidos, laboriosamente limados; publicista instruido, liberal moderado, y de los hombres mas honrados de la cámara (5).

Tú, filántropo universal, campeón de la humanidad, hombre virtuoso y probo, que encuentras en tu bella alma los mas felices arranques de elocuencia, que preferiste las palmas de

(1) Havin.

(2) Pagés.

(3) Réal.

(4) Roger. Este habia sido gobernador en aquel punto.—*N. del T.*

(5) De Sade.

la diputacion electiva á la marca abrumadora é indeleble de la pairía ministerial (1).

Tú, general intrépido, enérgico y verdadero patriota, cuyo nombre no perecerá mientras la fidelidad al infortunio dure venerada entre los hombres, y mientras la roca de santa Elena subsista en pié en medio de los mares. «Libertad ilimitada de la prensa» era el clamor final de cada uno de tus discursos, y en efecto en ella se encierra toda la esencia del gobierno representativo. Si tan liberal era el amigo de Napoleon, no es posible que Napoleon fuese tan déspota como dicen! Lo cierto es que, á pesar de lo absoluto de su gobierno, habia en su cabeza mas ideas de libertad que en las de todos los reyes vi-vientes de la Europa actual (2).

Tú, diputado de Tournus, que tuviste la ocurrencia, no sé porqué, de retratarme de cuerpo entero con un manto de púr-pura, con cara de artista, y con bellezas imaginarias que hacen mas honor á tu fantasía que á tu buen criterio. Yo por mi parte no hago siquiera tu bosquejo oratorio, para que no vengan á decirme: «Hola, Timon! con que tú alabás á quien te alaba, y tienes tambien tus compadres (3)?»

Tú, discípulo de Carrel, atleta infatigable de la prensa, cuya pluma ingeniosa y pura multiplicó los amigos de la libertad, y no dejó jamás sin vituperio una apostasía de partido, ni una traicion de principios (4).

Tú, patriarca de la izquierda, hombre excelente, filántropo severo, ciudadano animoso, literato erudito, que tan á pecho tomaste y hasta tu postrer suspiro el papel, tan hermoso cuando está bien desempeñado, de diputado de la Francia. Fiel á tu puesto, siempre llegabas á la cámara el primero y salias el último; clavado en tu banco, seguías continuamente con la mirada de la inteligencia el curso de las discusiones mas espinosas y cansadas. No habia ley de importancia que te hallase mudo, ni trampa ministerial que se ocultara á la penetracion de tu

(1) De Tracy.

(2) El general Bertrand.

(3) Chapuys de Montlaville.

(4) Chambolle.

vista, ni principio económico sobre el cual no difundieses la copiosa luz de tu mente fecunda, sagaz y aplicada. Por mas grandes que sean, aun despues de la muerte, el encarnizamiento y la injusticia de los partidos, nunca bastarán para despojarte de tu renombre de diputado-modelo (1).

Y tú, de quien tampoco me olvidaré, el mas brillante de nuestros jóvenes oradores; tú, el mas acerbo de los controversistas, jurista, hacendista, administrador, dialéctico severo, nervudo, rápido, incisivo, sereno, siempre dispuesto á la réplica; demasiado abogado quizás, pero eso pasará con el tiempo, y ya va pasando; esperanza de otro reinado ministerial mejor y mas liberal, cuya llegada procuras apresurar con todas tus fuerzas; tú, que con tanto sentimiento te has separado de Odilon-Barrot, y que, solo con que te lo rogaran, volverias á correr su misma suerte (2).

Estos son los que mas se distinguen en la falange valerosa, sábia é inteligente, que Odilon-Barrot no ha sabido disciplinar ni conservar. Unos, cansados de estar tocando siempre el tambor en el mismo puesto, se han pasado á las filas de la extrema izquierda. Otros, que eran los capitanes del partido, viendo que no se les empleaba, han querido guerrear á su cuenta y riesgo, y con armas y bagajes se han pasado al campamento ministerial. Hélos ya, olvidados de sus mohosos asadores, con casacas doradas en todas las costuras, bermejos y repletos, roncando en sus poltronas. Otros menos diligentes, menos cebados en el botin, pero impacientes por tener á quien servir, han salvado las barreras de la oposicion dinástica, y se han desparramado como merodeadores ansiosos de vendimia por las viñas de Thiers; pero quizás tornarán á sus antiguos lugares despues de haber agotado bien el vino de contrabando.

Por otra parte, Odilon-Barrot durante su generalazgo, no ha tenido casi nunca el menor quebradero de cabeza. Siempre que comete un error encuentra quien lo repare; siempre que se

(1) Salverte.

(2) Billaud, diputado de Nantes, adversario intrépido y encarnizado de Guizot, á quien sin tregua persigue; antiguo subsecretario en el ministerio del comercio en tiempo de Thiers.—Nota comunicada por el autor.

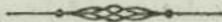
abandona encuentra quien le sostenga; así que en sus filas queda un vacío, al punto halla quien lo llene. Por eso, mientras Odilon-Barrot se veía privado de una porción de los suyos por no haberlos sabido sujetar, formábase y reuníase en sus alas desguarnecidas una pequeña falange, aristocrática por su origen, constitucional por sus principios, popular por sus sentimientos, joven, ágil, inteligente, leal, experta en los ejercicios de la filosofía, historia y economía política; amante de un progreso medido, pero continuo, á quien la corrupción de lo que veía, y la esterilidad de lo que oía, tenían disgustada; á quien la encarnizada lucha de tantas ambiciones pueriles y sórdidas causaba repugnancia y fastidio; á quien solo ocupaba el ánimo el mejoramiento de la suerte del pueblo, y que hubiera deseado desembarazar la política de ese conjunto de ficciones nebulosas con que la atavian, y hacerla brillar con nuevos y puros fulgores. En este pequeño peloton de oficiales marchan con paso desigual, pero unidos, Tocqueville, Beaumont, Jouvencel, Lasteyrie, Sizeranne, Chasseloup, Lanjuinais, Corcelles, Combaré, y Grammont.

Hélos del todo armados y equipados, y ya con el pié en el estribo! No esperan para dar la carga mas que una señal de Odilon-Barrot; pero para dar esa señal es preciso querer, y ¿sabe por ventura querer Odilon-Barrot? No parece, sin embargo, hecho para servir de pico de cuenta, y para añadir un cero á la unidad de Thiers. Es preciso que comprenda que la oposición parlamentaria no debe permanecer como una especie de Júpiter Olímpico, afectando una inamovilidad majestuosa, mirando con indiferencia pasar por delante las cosas del cielo y de la tierra. Su encargo es el movimiento, y el movimiento perpétuo; cuando no puede, como la extrema izquierda, hacer otra cosecha mas que la de principios, conténtase con los principios; cuando, á la manera de la izquierda, le es dado recoger los principios y los hechos que ponen en acción á aquellos, debe pasar de la teoría á la práctica, y disputar el mando con la punta de las bayonetas. Han tachado á Odilon-Barrot de demasiado ambicioso; yo por mí le tacho de no serlo bastante. Presenta su capital á hombres que lo gastan en provecho propio, y

despues no le pagan el capital ni los intereses; lo cual se llama en lenguaje vulgar hacer el primo.

Pobre cámara y pobre país! la opinion se desvanece en humo, y el progreso queda enclavado. Mientras el parlamento hace alto, la córte vuelve hácia lo pasado á paso de gigante; la camarilla nos va hilando dias de ignominia y de servidumbre; el gobierno ha recaído en hembra.

En todo este tiempo ¿qué hace la oposicion dinástica? Miradla: muellemente recostada á la orilla, se divierte en arrojar granos de arena al torrente contrarrevolucionario, que se los va tragando al pasar!



ARAGO.

Ya que V., Arago, no tiene inconveniente en dejarse retratar por mí, permítame que le haga una pregunta mientras voy limpiando mi paleta.

¿En qué consiste que los hombres dedicados á las ciencias y á la literatura, por lo general nacidos gloriosamente en el seno del pueblo, esos hombres que son el mas espléndido atavío de la Francia, y que constituyen la única y verdadera aristocracia, puesto que no reconocemos hoy dia ninguna mas que la del talento, ponen su alma á los piés del ministerio, son sus complacientes apologistas, toleran cómodamente la opresion sistemática de la libertad, y se despojan hasta del sentimiento de su dignidad política? ¿Por qué se reproduce este mismo fenómeno en Austria, en Baviera, en Prusia, en Rusia, en Holanda, en Italia, y en todos los países de Europa? ¡Cosa singular! No es tanto en la clase de los ricos y poderosos, ni en la de los grandes señores, donde el despotismo cuenta sus mas ardientes, sus mas humildes y tenaces prosélitos; es mas bien, sea dicho para su vergüenza, en la clase de profesores, académicos, literatos y sábios. Ellos son los que tienen la direccion y redaccion de los periódicos, de los manifiestos, de las notas secretas, de las declaraciones, de los folletos que la Europa absolutista lanza contra nosotros, y que nuestros ministros y camarilleros reciben con el mismo respeto y humildad con que el último de los musulmanes recibiria un firman del gran Tur-

co. Esta abyeccion inexplicable, esta voluntaria degradacion de los seres mas nobles, mas escogidos y mas privilegiados de la especie humana, ¿habrán de atribuirse por ventura á la profunda corrupcion de la naturaleza, ó será preciso creer con Rousseau, que el hombre que discurre es un animal depravado; que la libertad no se ha hecho para el pueblo, y que este debe ser conducido á laligazos por los reyes y grandes de la tierra? Díganos V., Arago, ¿cómo resolver un problema tan desconso-lador? Díganos V. si ese servilismo político, casi universal, de nuestros sábios y literatos, podrá atribuirse á esta viciosa or-ganizacion social, que los pone, por decirlo así, á la merced de todos los gobiernos? ¿No ha sido lisonjeando la ambicion, la vanidad y el amor á los goces, desarrollados en ellos hasta el mas alto grado con el refinamiento intelectual, como los ha corrompido el poder? La opresion física del pobre, y la opre-sion moral del sábio, ¿no serán tal vez las consecuencias fata-les, pero inevitables, de nuestras tan decantadas constitucio-nes? Artistas, literatos, matemáticos, naturalistas, todos tienen que venderse al poder, so pena de morir de hambre; porque el sábio, por lo general, no suele nacer como los primogénitos de los reyes con doce millones de dotacion en expectativa, ni como sus hijos menores con infantazgos de quinientos mil fran-cos, que equivalen á un millon. Si el hombre dedicado al estu-dio no declara en voz alta, y delante de testigos, por tres ve-ces, y con las manos cruzadas sobre el pecho, que ama á su rey, no hay para él cátedras en la Sorbona, ni en la escuela normal, ni en los colegios, ni inspecciones generales, ni entra-da en el consejo de estado, ni comisiones para fuera del reino, ni condecoraciones rojas para la solapa, ni sillones en la aca-demia, ni encargos de obras, de memorias, de cuadros ó de es-tátuas, ni pensiones sobre los fondos arbitrarios de la instruc-cion pública! Ya puede ser un Chénier, un Monge, un David, un Carnot, un Condorcet; no haya temor de que sin el prece-dente requisito sea juzgado digno de alternar con los mas oscu-ros asmáticos del Luxemburgo; hasta se le llegará á prohibir, en nombre del gran maestro de la universidad, que podrá muy bien ser un jumento, que enseñe públicamente su ciencia, su

arte, su literatura y su filosofía. Su genio le servirá de tanto como un monton de oro encerrado y sellado en un cofre de triple cerradura. Si en nuestra Francia un sábio, un letrado, un artista, no quiere convertirse en lacayo del rey ó del ministro, no será mas que un esclavo, un ilota, un verdadero pingajo. ¿No es esta, Arago, la causa, la única y verdadera causa de la vil postracion de la inteligencia ante el ministerio, sin que para hallarla tengamos que subir con V. en pos de los astros? Sí, aquí es donde está, en este fango de corrupcion que nos impide alcanzar los gloriosos destinos del porvenir; ¡ah! ¡está en el vicio, incurable tal vez, de nuestra organizacion social y política!

V., Arago, ha sabido por su parte, con un esfuerzo raro y casi heróico, emanciparse de esa dependencia servil, en que tiene el poder á tantos hermosos genios, á tantos caractéres nobles; y ha preferido V. permanecer con nosotros á irse á sentar á los piés de un príncipe, en un gabinete de palacio, ó á gobernar el país en compañía de los opresores de la libertad.

Si dijera yo que Arago es un sábio de reputacion europea, no le haria la menor lisonja; pero ¡oh debilidad humana! le tendré obligado si llego á decir que es un excelente escritor; aunque tambien entonces diré la verdad. Si Arago no hubiera querido pertenecer á la academia de ciencias, seria individuo de la academia francesa; porque posee los secretos de la lengua tan bien como los secretos de los cielos.

¡Qué singular es nuestra sociedad! Un príncipe nacido para obispo se convierte en general de los ejércitos; un fátuo nace duque, y es par de Francia; un tonto tiene diez mil francos de renta, y es elector y elegible. Si Arago no hubiera tenido mas que su talento, no seria hoy siquiera elector de su pueblo, seria un mero pária; pero paga casualmente quinientos francos de contribucion, y héle diputado de la Francia! La civilizacion camina en sentido opuesto al gobierno; aquella adelante, y este atrás.

Nuestras cámaras, que no reconocen la superioridad del talento y de la virtud, sino solo la superioridad esclusiva de los bienes raices, no son en realidad, aunque sea liberal el nom-

bre con que se las bautice, mas que cámaras feudales. Los diputados censatarios de hoy son todos mas ó menos aristócratas; aristócratas por su hacienda, que es mas todavía que serlo por la cuna; aristócratas por privilegio, que es mas aun que serlo por el derecho de administrar justicia con imperio mero y mixto, á la manera de los varones de la edad media, puesto que los diputados son, por decirlo así, miembros de la soberanía, que hacen y deshacen reyes y ministros, y conceden impuestos cuando no les da el capricho por negarlos. Esos son los hombres encargados de hacer leyes en beneficio de la democracia! ¿Quién no confesará que semejante establecimiento electivo es el mas contrario á la razon que puede haber en el mundo? porque es imposible que la consecuencia sea lógica cuando el privilegio no lo es. ¿Qué tiene, pues, de extraño que haya en la cámara tantos propietarios y tan pocos sábios? No se crea por eso que no considero yo la ciencia política como la primera y la mas noble de las ciencias, puesto que enseña á los hombres á ser morales, dichosos y libres; ciencia tan superior á las demás ciencias, como el hombre lo es á los animales, y como el espíritu á la materia; ciencia que aborrecen todos los gobiernos europeos sin excepcion, porque condena severamente sus acciones y sus máximas. Estos gobiernos, por el contrario, pensionarán, honrarán y condecorarán á los naturalistas que explican la anatomía comparada del elefante con el imperceptible arador, y que descenden á las profundidades del Océano para describir las excrecencias infinitamente pequeñas de un pólipó ó de un yerbajo. La mayor parte de esos sábios son por lo general iliberales, porque el estudio del hombre, de sus fenómenos intelectuales, de sus apetitos físicos y necesidades morales, nada les interesa; por lo que prefiero verlos repantigados en una academia, á verlos en la cámara guardando las espaldas á la fila de los ministros. No diré lo mismo en verdad de esos otros sábios, químicos, físicos, mecánicos, ingenieros, hidráulicos y arquitectos, cuyas teorías iluminan, fecundizan y dirigen las aplicaciones usuales de la industria. De estos nunca hay demasiados en la cámara; nunca hay bastantes. No es posible pasarse sin ellos hoy en que toda

la energía de la nación parece haberse miserablemente reconcentrado en la explotación de los intereses materiales, cuando los canales, los caminos de hierro y las obras públicas absorben una parte tan considerable del presupuesto.

Los sábios, cuando son como Arago, entendidos en las letras, inician á las cámaras en los diversos productos de la fabricación; valúan con mas exactitud los gastos y los ingresos; sondean el campo de los experimentos; dejan fallidos los ardis de la especulacion; disipan las ilusiones de la presuncion y de la ignorancia; indican lo que es hacedero, lo meramente probable, y lo imposible; señalan á los hacendistas y prácticos las vias de la verdadera economía; deducen en cierto modo las pruebas del proceso; descomponen la materia; patentizan lo interior de la cosa; enseñan el diverso juego de las máquinas; resuelven los problemas, y aclaran todas las partes de una proposicion. Solo así se concibe que el profundo informe de Arago sobre los caminos de hierro haya podido remover mas ideas que todos los proyectos de las comisiones y de los ministros juntos. Ese informe es una obra maestra de exposicion y de análisis.

Cuando Arago sube á la tribuna, la cámara, atenta y curiosa, queda inmóvil en el mas profundo silencio, y los espectadores de las tribunas públicas se avanzan para verle. Su estatura es aventajada; su cabello flotante y rizo; su hermosa cabeza meridional domina la asamblea. En la sola contraccion musculosa de sus sienes hay una potencia de voluntad y de meditacion que revela una inteligencia superior.

A diferencia de esos oradores que hablan de todo y sobre todo, y que las mas veces no saben lo que dicen, Arago solo toma la palabra sobre cuestiones preparadas, que reúnen al atractivo de la ciencia el interés del momento. Sus discursos por lo tanto tienen generalidad y actualidad, y se dirigen á la vez á la razon y á las pasiones de su auditorio; así es que al momento le domina. Apenas entra en materia, todas las miradas se dirigen y se reconcentran en él; coge, por decirlo así, la ciencia con ambas manos; la despoja de sus asperezas y de sus fórmulas técnicas, y la hace tan perceptible, que hasta

los mas ignorantes le escuchan con admiracion y halago. Su pantomima expresiva anima al orador entero; en sus demostraciones hay verdadera luz, y sus ojos, su boca y sus manos parecen brotar rayos de claridad. Corta sus discursos con interpelaciones mordaces que dejan sin respuesta, ó con chistosísimas anécdotas que se enlazan con su tema, y sin sobrecargarlo le sirven de ornamento. Cuando se limita á referir hechos, su locucion solo tiene las gracias naturales de la sencillez; pero si encarado, por decirlo así, con la ciencia, la contempla con profundidad para escudriñar sus secretos y hacer valer sus maravillas, entonces su admiracion hácia ella empieza á formularse en un magnífico lenguaje, su voz se robustece, su expresion toma color, y su elocuencia crece como su asunto.

JAUBERT.

«Orador bilioso, acre, petulante, irritable, provocativo: tan ardiente en defender al poder como lo fué en defender la libertad: fanático, por arrebató de temperamento, por todo partido á quien sirva; pero al mismo tiempo digno de toda confianza, honrado, leal, independiente, animoso, valiente hasta el extremo de precipitarse solo, y á ojos cerrados, en la refriega; tenaz; hombre que no retrocede ante el ridículo, que es tal vez el mas positivo y aterrador de todos los achaques franceses.»

Así pinté yo á Jaubert en 1836, y añadia:

«Este orador no puede ya ser considerado como una mera utilidad, ni como corista, ni como forro de manto; porque aunque su improvisacion no sea notable por la energía de los pensamientos, ni por las generalizaciones filosóficas, ni realzada con figuras, ni vehemente por la accion; tiene sin embargo el mérito de rebosar de ironía, gracia y oportunidad.

«Estudia las proposiciones de economía política con ardor concienzudo y con ilustrado juicio, y, sin profesar el arte, trata con mas acierto que los mismos profesores las materias de obras públicas en sus relaciones con la legislacion.

«Es útil á la misma oposicion por la especialidad y la precision de sus conocimientos, lo picante de sus indiscretas revelaciones, el modo atrevido y marcial con que ataca las cuestiones, y las verdades peladas que dice á todos los partidos, sin exceptuar el nuestro.

«Jaubert es en la actualidad el ballestero de Guizot. El uno dogmatiza, el otro ejecuta; el uno ordena la batalla, el otro se aposta como cazador, y á veces dispara antes que se lo manden.

«Puede decirse que entre los dos regentan la cátedra. Mientras Guizot, con su capuchon calado y sus hopalandas arremangadas, recita gravemente los *oremus* de la doctrina, Jaubert desempeña el terrible cargo de hermano vapulador; hace su ronda por la cámara, y va al paso sacudiendo á derecha é izquierda desapiadados disciplinazos.

«Se ha declarado, como su maestro en la pedagogía, en favor de los antiguos usos y costumbres, y no está por los nuevos métodos. Su héroe es Napoleon, no porque fuese este un hombre de genio, sino porque era bastante déspota y sabia mantener el órden en su escuela. Porque para Jaubert no hay nada superior á un buen dómine.

«Cerrada la escuela y colgadas las disciplinas detrás de la puerta, nadie que se acerque á él le reconocerá al pronto. Entonces parece enteramente otro hombre; truécase la rigidez en trato afectuoso, en elegante cortesía y cultura, en suave y agasajadora condescendencia.

«Jaubert tiene siempre la palabra pronta y alerta, y para subir á la tribuna y dejarse caer sobre sus adversarios no necesita que se lo digan mas de una vez. Si hubiese venido al mundo cuarenta años antes, hubiera sido uno de los revolucionarios mas indómitos de la Convencion. Su violencia levanta hervores y no puede contenerse; sus lábios, grandiosamente caracterizados, destilan hiel cuando la cólera los entumece, y sus ojos negros centellean.

«Es duro á la mano, y por poco que se le refrene respinga. Agrada á los impetuosos, y es importuno para los contemporizadores. Registra como el huron, sacude las zarzas, da el aviso, levanta la caza y caza en provecho propio, y una vez disparado salva las etiquetas y no hace caso cuando le llaman.

«Riñe á los suyos, refunfuña entre dientes, muerde á sus adversarios, pero crudamente y sin dulzuras oratorias. No con vendría ciertamente que las discusiones parlamentarias fuesen siempre en ese tono, pero no es malo que de vez en cuando

una mano algo ruda rasgue de repente el telon que esconde las farsas políticas, y permita ver á los comediantes con su ropilla de entre bastidores.

«Jaubert entra por asalto en las cuestiones, y así que sufren la menor desviacion vuelve á meterlas en quicio. Interpela á los ministros, les aprieta, y los pone de tal modo entre la espada y la pared, que sin podersele escapar se ven precisados á responderle si ó no. Es una especie de mosquito cuyo zumbido continuo ofende al oido; por mas que se le ahuyente siempre vuelve á la carga. Revolotea en torno de ese banco de dolor, se para en la frente y en las manos de los ministros, se pega á sus espaldas, chúpales la sangre y cáusales con su aguijon mil crueles picaduras; y despues de levantada la roncha, cuanto mas se rascan mas se les envenena la herida.

«Era de ver á Jaubert cuando lleno de encono perseguia á Thiers, todo cubierto de polvo, bañado de sudor y jadeante, pisando los calcañares del menudo personaje, y tocando ya casi con las uñas su gorro de renegado (1). Thiers huía como una liebre por las mil revueltas de su capcioso argumentacion; pero ¿cómo es posible apoderarse de un hombre que se marcha por entre los dedos de la mano? cómo sujetar á ese Proteo, á esa apariencia, á esa sombra?»

Tal era la semblanza de Jaubert corriendo los años de 1836.

Posteriormente, llegado el de 1840, no sé por qué capricho, aprovechando cierta ausencia de Guizot, abandonó la escuela, aunque llevándose las disciplinas, y salió á campaña caballero en los gruesos cañones de Thiers; bella campaña por cierto! qué espanto causamos á toda la Europa! y qué actitud tan amenazadora la nuestra!

Pero ¿de qué puede haber provenido esa retirada estratégica? quién podrá explicarla? Repito, pues, lo que en 1836 dije de Jaubert, y lo mismo que acabo de decir hace un momento, á saber: «que, por arrebató de temperamento, es fanático por todo «partido á quien sirve.»

(1) Esto no obstante, Jaubert, ardiente enemigo de Thiers á la sazón, formó luego parte de su célebre ministerio. Tanta seducción é imperio sabe este ejercer sobre los que le rodean!—Nota comunicada por el autor.

Segunda metamórfosis. Despues de haber hecho la guerra desde la tribuna á la Inglaterra en la última época de las sesiones, y de haber disparado contra sus navíos unas cuantas balas perdidas de Aboukir (1) y Trafalgar. Jaubert ha cobrado de repente hastío á Thiers y á la gloria. Ha hecho una sincera abdicacion del imperio, y se ha retirado, como Diocleciano á sus jardines de Salona. Quién lo creería? Ya no piensa ni por sueño en la famosa cuestion de Oriente, ni en Beyrut, ni en San Juan de Acre, ni en el viejo Mehemet, ni en el jóven Abdul-Mezid, ni en sus visires, ni en su haren siquiera; ya no maneja animoso el botafuego haciendo tronar sus baterías de tres puentes; ya no traza la prodigiosa conquista de las islas Baleares; ya no discurre, mirando con el catalejo de Thiers, si seria oportuno, geográficamente hablando, que nuestra flota volviendo de Atenas tomase el rumbo hácia Tolon, para que al acaso se hallase mas cerca de Alejandría.

Jaubert ha convertido su despacho en invernáculo, y su cartera en herbario. Ora aspira el voluptuoso perfume de las rosas; ora empapa delicadamente su pincel en una decoccion de no sé qué especie de agua química, y ¿en qué dirán VV. que se ocupa el glorioso vencedor de la Inglaterra? En cazar mitas y otros insectillos. El profundo político monda las corolas de sus geranios y de sus camelias; describe, clasifica una por una sus preciosas y diversas familias, sus variedades y genealogías, en su catálogo de tafilete. Con el escalpelo en la mano penetra y desentraña la difícil fisiología de las plantas gramíneas; presencia el despertamiento de las tuberosas, se enternece con la anémona, se esponja y se dilata con el tulipan. Cuidado con interrumpirle! nadie le pase recado! no le diga nadie que Guizot le suplica que vea qué puede hacerse en Grecia, de lo que debe hacerse en Egipto, ni que Thiers le propone formar parte de su cuarto ministerio, que por cierto no será el último, ni siquiera que Pataille va á pronunciar un discurso. Jaubert será capaz de negarse á estas proposiciones tan seductoras, y se obstinará en no querer oír á Guizot, ni á

(1). El padre de Jaubert fué muerto en la batalla de Aboukir: esto explica su antipatía contra los ingleses.—Nota comunicada por el autor.

Thiers, ni á Pataille! Cuidados mas graves le ocupan. ¿No ven VV. que está completamente extasiado en la contemplacion de su fibrina y de su herbácea? Ábrese como ella al despuntar la mañana, y como ella se repliega al caer la noche; cierra sus párpados y se mece en las mas extrañas fantasias de la metempsícosis; trasmigra al cuerpo de una rododafne, mete su tallo y sus raices en tierra de brezos, expone graciosamente sus rosas al sol, hace llover á su alrededor el polvillo de sus estambres, eriza sus espinas en recuerdo de su antigua profesion, y hasta las próximas sesiones se cree planta (1).

(1) Jaubert ha publicado con seudónimo algunos escritos bastante notables sobre historia natural.—*N. del T.*



DUPIN.

El camaleon (1) que cambia de color á medida que se le mira; el pájaro que revolotea y hace mil movimientos y echa á volar; el disco de la luna que desaparece á la vista por entre los cristales del telescopio; la navecilla que en un mar agitado sube, se hunde y aparece en la cima de las olas; una sombra que pasa, una mosca que vuela, una rueda que gira, un relámpago que brilla, un sonido que se desvanece; todas estas comparaciones no dan sino una idea muy imperfecta de la rapidez de sensaciones y de la movilidad de ánimo de Dupin.

¿Cómo lograré yo bosquejar su mudable y extraña fisonomía? por dónde le sujetaré para que se esté quieto?

Dígole á V., Dupin, que si no deja ese continuo movimiento que trae sobre la silla, si ha de estar V. volviendo sin cesar la cabeza, si no encuentra V. otro modo mejor que ese de retratarse, voy á romper la paleta y á arrojar los pinceles! V. quiere que yo lo saque parecido ¿no es verdad? Pues bien, deje V. por Dios que le examine siquiera nada mas que unos cuantos minutos. No me eche V. la culpa si las proporciones

(1) Se asegura que Dupin, á quien no cayó muy en gracia su semblanza con el camaleon, no hacía mas que decir al dibujante que le retrataba: «¡Qué terco es «Cormenin! si á lo menos quitara esa palabra tan fea de camaleon....! Cama-
«leon!... Vaya un nombre! ¿Qué mas le daría á él poner cualquiera otra cosa? Yo
«camaleon!...» Timon lo supo y quiso darle ese gusto; pero por mas que hizo, por
mas que buscó, no encontró al cabo nada que poner en lugar del camaleon, y
quedó el animalito en vida.—Nota comunicada por el autor.

de su rostro no le parecen luego en armonía unas con otras, y si algunas de sus facciones salen haciendo gestos; mi oficio, como pintor, es imitar la naturaleza, y hacer el cuadro conforme con el modelo.

Hay en Dupin dos, tres, cuatro, una infinidad de hombres diversos: el hombre de Saint-Acheul (1) y el hombre galicano, el hombre palaciego y el hombre corretiendas, el hombre de valor y el hombre medroso, el hombre pródigo y el hombre económico, el hombre del exordio y el hombre de la peroración, el hombre que quiere y el hombre que no quiere, el hombre de lo pasado y el hombre de lo presente, pero nunca el hombre de lo venidero.

Dupin es escritor, abogado, magistrado, presidente, orador y decidor de chistes.

Dupin ha escrito mucho, y aun en latin (2), en latin macarrónico por supuesto, pero en latin que aprendió muy tarde, casi sin maestro y con singular esfuerzo de razon. Ha formulado una multitud de tratados elementales sobre el derecho, buenos unos y otros malos, que podrian ensartarse unos con otros á modo de rosario, y que componen todo su bagaje de autor. Esos tratados vienen á ser unas compilaciones de lo comun de la ciencia; redactados con brevedad, conviccion y buen criterio, pero sin originalidad.

Dupin no está dotado de esa facultad de investigación incansable y asídua que va profundizando una materia hasta penetrar los mismos orígenes de los principios; ve lo que tiene cerca con exactitud y rapidez, pero no ve lo que está, léjos, ni puede observar con perseverancia. Posee la filosofía de la experiencia, pero carece de la filosofía de la invencion; sabe arreglar y componer, pero no crear; dispone un manual lo mismo que enjareta una Carta (3); mas no seria capaz de escribir un libro original.

(1) Convento de jesuitas en Picardia, donde es fama que aquellos buenos padres hicieron una vez llevar un cirio en procesion á Dupin.—*Nota comunicada por el autor.*

(2) De sus obras en latin conocemos solo el *Manual de las Institutas*.—*N. del T.*

(3) Como por ejemplo la Carta de 1830, que presentó como de la comision encargada de redactarla.

Cuando ejercia la abogacia hablaba de una manera animada, punzante, con sacudidas y á borbotones; con habilidad, pero sin método; con forma, pero sin gracia. Su respeto hácia la toga y los pelucones del antiguo parlamento rayaba en supersticion. Era sumamente terco en todo lo que tenia relacion con lo que él llamaba prerogativas del colegio, y le hubieran VV. visto pronto á dejarse hacer pedazos, si necesario fuera, en defensa de su toga y su birrete; lo que en verdad no deja de ser heróico. Compulsaba á Justiniano para sacar de él apotegmas; compulsaba la historia para hacer cosecha de citas, y los autores antiguos para pescar en ellos retruécanos y charadas, y lo mezclaba todo con su propia sazón, de donde resultaba un condimento extraño y apetitoso. Brusco, impetuoso, desigual, procediendo á saltos y ensartando anécdotas, prodigando sales y ocurrencias, divertía á su auditorio, á los abogados, á los jueces y á los clientes.

Como fiscal del tribunal mas grave de Francia, solo ha conservado Dupin de su talento de abogado la parte seria y sólida. No posee la vasta erudicion de Merlin, ni los tesoros de su jurisprudencia, ni su argumentacion expedita y algun tanto sutil; pero su mente es recla, su criterio seguro, y sus requisitorias son modelos de claridad, de precision y de lógica. Es mas bien legista que legislador; amante de los textos mas que del espíritu; entré dos interpretaciones, filosófica la una y vulgar la otra, su instinto le hará preferir la vulgar. Dupin tiene muy buen seso y poco genio: es muelle, débil y casi cobarde en las causas políticas; pero en las civiles firme, inexorable, progresivo, imparcial y digno.

Como presidente de la cámara, tiene Dupin grandes cualidades y algunos defectos. Sabe los precedentes y la jurisprudencia; aplica con sagacidad el reglamento, y sostiene los privilegios parlamentarios contra las usurpaciones de los ministros. Cuando se pone de pié, sus ojos recorren y registran con rapidez todos los puntos del salon; regenta como un pedagogo á los diputados indóciles y tumultuosos, y de cuando en cuando les calienta los nudillos con buenos palmetazos.

Nadie es capaz de desenredar mejor que él el hilo de los

ovillos legislativos. Si una cuestion cae por casualidad en manos de algun orador confuso y oscuro que la desfigura á fuerza de enmiendas y subenmiendas, distinciones y subdistinciones, y la abandona por no entenderse al fin á sí mismo, Dupin la recoge, la deja limpia y clara, y la presenta devanada; la restituye su sentido, su estructura, sus proporciones, su principio y sus consecuencias. Resume admirablemente los debates, y expone con tal lucidez el órden lógico de la deliberacion, que los menos linceles le comprenden y exclaman: perfectamente! eso es!

Si algun diputado importuno se le roza demasiado, rueda como un erizo, y los mismos ministros temen tocar sus puas. Si algun orador novicio sube á estrenarse cuando los demás conversan y se vuelve para pedir que se imponga silencio, Dupin le responde con un sarcasmo desconsolador que al pobre hombre le aturde y le aplasta; y no porque Dupin sea maligno, sino porque algunas veces se olvida de que está presidiendo, y cuando siente la comezon de una agudeza forzosamente ha de rascarse.

Quedan todavía dos hombres que pintar en Dupin: el politico y el orador.

Dupin es la personificacion mas expresiva y verídica del *bourgeois*; no del *bourgeois* elegante y refinado de la Chaussée-d'Antin (1), que imita al caballero de sangre azul, ni tampoco del *bourgeois* humilde que comercia en cintas y galones de lana y seda, sino del *bourgeois* que tiene rentas, del *bourgeois* funcionario, propietario, abogado, notario, negociante, en suma del *bourgeois* acaudalado que tiene en menos los títulos y la nobleza al mismo tiempo que desdeña al proletario. Sus máximas favoritas de filantropía interior y de política exterior son: *cada cual en su casa, cada cual para sí*. En cuanto al pueblo, Dios le ampare.

Tiene instintos plebeyos, pero no instintos revolucionarios. Despues de haber sido imperialista fué legitimista; ahora es filipista, y será mañana republicano sin que le pese mucho.

(1) La Chaussée-d'Antin en París es el barrio de la elegancia y del buen tono habitado por la aristocrácia del dinero.—N. del T.

Nada tiene de extraño, porque otro tanto han sido y serán los *bourgeois* á quienes representa.

Dupin va á hablar: atencion! ¿qué va á ser hoy, pueblo ó lacayo? Lo mismo le importa uno que otro; pero mejor es ser ambas cosas á la vez, ó la una despues de la otra, como VV. quieran; elijan VV. seguros de que nada le es molesto. Siempre se le ocurren tres ó cuatro ganas de partir de tres ó cuatro puntos diversos, y por lo general se lanza á la primera ola que se le presenta sin saber cómo tomará luego la orilla ni dársele por ello un ardite: tabla, corcho, cuerda, vela ó vapor, todo le sirve, porque se entrega enteramente á su estrella.

A veces se advierten en él como alusiones de sensatez cuales no tuvo jamás francés alguno. Héle de repente indignado contra una infraccion de ley, contra una dilapidacion del tesoro, ó contra una grave y solemne injuria hecha al honor nacional; su probidad se horripila, su patriotismo se encrespa y hierve, el fuego de la oposicion le inflama el rostro, salta sobre su asiento, cala el chapeo, requiere la tizona y asiéndola con ambos puños se dispone á asolarlo todo! Pero pasa luego el aura nocturna palaciega, fresca y lamedora, halagando aquella frente altanera y triunfante, y al punto aquella frente se inclina; el leon trocado en cordero esconde las garras y se deja amarrar á la trailla; bala un rato por lo bajo, y vá despues á echarse á los piés de su dueño.

Dupin abre con muy mal gesto la bolsa nacional, pero al fin la abre. Se hace poner en lista para hablar en contra, y cuando le toca el turno habla, pero habla en pró. Si al entrar en la cámara promete que soltará la palabra decisiva, la palabra que ha de aclararlo todo, cuando llegue el caso acabará su discurso sin decir nada. Jura por ejemplo que va á levantar tempestad y borrasca, y ni el céfiro es mas blando que el vuelo de sus palabras; jura que irá recto al derecho y se queda en el hecho; que tratará una cuestion, y trata otra distinta; que va á argumentar despiadadamente sobre el punto capital, y se limita á tocar superficialmente lo accesorio. El flujo solo se verifica en el mar doce horas despues del reflujó; pero en la cabeza de Dupin el flujo y el reflujó sacuden y se arrebatan

su voluntad en sentido contrario en un mismo minuto; hay mas movimiento en él que en el golfo mas borrascoso.

Una vez cierto editor, que no era el mio, hizo las biografias de todos los diputados, y los ordenó y clasificó, á este entre los ministeriales, á aquel en la oposicion, al uno en la izquierda, al otro en la derecha, quien en el entreambos, quien en el centro; mas cuando llegó á la letra D y al nombre de Dupin, no supo cómo clasificarle por su opinion ni cómo denominar su lugar, y se vió precisado á callarlo. Diré sin embargo, en elogio de la cámara y de Dupin, que este acababa á la sazón de ser nombrado presidente casi por unanimidad.

Dupin sigue todavía echándola de galicano, cuando al manipular la Carta, en vez de aplicar su atencion á saber si se habia alterado de piés á cabeza el principio del gobierno, apenas trataba mas que de ver si podia jugar una pieza á los ultramontanos; pero la revolucion cayó en manos de hombres de esa laya, y mal podia tomar otro giro. Dupin se figura que el pueblo se batió, bajo el ardiente sol de julio, por espacio de tres dias, únicamente para regalar á su señor amo un trono, y ponerle á él entre los cogines flordelisados del tribunal de casacion; á fe que no tenia mas que desear el pueblo!

Tres son las antipatías de Dupin: los agio-garduños, los aristócratas y los militares; teme que estos últimos le desgarran la toga con sus espolones, por lo cual enfrena en la cámara cuanto puede al partido militar.

Tiene valor y tiene miedo; mostró valor cuando un tropel de foragidos cercó su casa aullando contra él canciones de sangre y asesinato (1); tuvo miedo cuando se negó á tomar la palabra en el tribunal de casacion y en la cámara contra las infamias del abominable estado de sitio (2).

No es ambicioso, ni tampoco desinteresado; gusta de la sencillez, y tambien del fausto y la ostentacion. Persigue con ahinco á la fortuna cuando ella se le resiste, y si ella se le presenta, no sabe cogerla.

(1) En 1830, despues de hecha la revolucion.—*N. del T.*

(2) En el tribunal de casacion no quiso presentar sus conclusiones sobre este negocio, estando obligado á ello por su destino de fiscal.—*Id.*

Tiene tanto talento como es posible tener, y aun mas, y eso le importa poco; pero el que quiera lisonjearle, dígame que tiene gran constancia en sus opiniones, y lo creerá á pié juntillas.

En las Tullerías se le mira con mas recelo que cariño, y le toleran mas que le buscan; porque es brusco en sus maneras y áspero en su lenguaje. Es una especie de labriego del Danubio con hebillas de cortesano; pero detrás de la puerta del salon de Diana (1) estarán los zapatos de herradura que se quitó al entrar.

En la corte pasa por torpe y mal educado; sus ademanes ofenden á las delicadas organizaciones de sangre real. Las excursiones de su facundia son importunas; pero se le deja correr y cansarse por el campo raso, porque se sabe que, como es de ley, ha de volver á la querencia y dejarse coger por ambas orejas.

Dupin es el mas zafio de los cortesanos, y el mas cortesano de todos los zafios. Es preciso no engañarse: los cortesanos de esa especie no son los menos fáciles de manejar; su corteza es por fuera áspera al tacto, pero por dentro es suave y lisa.

Dupin profesa á su rey toda la ternura de un curador, y es muy probable que en la intimidad de sus augustas conferencias su rey le consulte mas á menudo sobre el modo de redactar algun contrato de arrendamiento que sobre la capacidad de los ministros, y mas sobre el arreglo de su casa que sobre la política del gran turco.

Veinte veces se ha visto Dupin á punto de quedarse con la cartera ministerial; han llegado á ponérsela en la mano, y él la ha dejado caer al suelo. Tiene caprichos y antojos de niño, quiere y deja de querer, rie y llora, le echa á uno los brazos al cuello rebozando de júbilo, y despues se mete en un rincón y pone hocico; se hace el enfadado, y si uno se acerca á él saca las uñas y le araña.

Fuera del salon es osado, resuelto, decidor; pero así que

(1) Tiene este nombre una suntuosa galería del palacio de las Tullerías. Napoleón, siendo primer cónsul, la adornó ricamente con retratos en busto de los hombres célebres contemporáneos.—N. del T.

pone el pié en la escena tropieza, tartamudea, se le olvida su papel, se cala la peluca sobre los ojos y enmudece.

Dupin ha pasado mucho tiempo por el general del tercer partido. ¡Del tercer partido! ¿Qué cosa era ese tercer partido?

Ya saben VV. que despues de muerto Casimiro Périer la mayoría triunfante sufrió una dislocacion. Los apóstatas de julio, los legitimistas vergonzantes, los acuchilladores, los cortesanos lamerones, los doctrinarios netos, los funcionarios ambiciosos y los agio-garduños, formaron bando aparte y compusieron el grueso del ejército.

Pero algunos combatientes, no queriendo, por pudor ó por prevision, alistarse á la disciplina doctrinaria, determinaron desertar; veian despuntar en el porvenir un nuevo ministerio, y mas de veinte veces se hallaron á punto de hacer suya, y aun lo lograron por algunos minutos, la sombra en pos de la cual corrían. Esta fraccion de disidentes se denominó tercer partido. Ahora bien ¿qué hacia este partido? ¿qué queria? ¿tenia caudillos? ¿tenia soldados? y dónde estaban estos? Es fama que sentados en los confines del ministerio y de la oposicion, tan pronto se inclinaban á un lado como al otro; pero tal maña se daban en esconderse que uno se habria desgastado los ojos para buscarlos, y tan rápidamente pasaban de uno á otro principio, que se hubiera devanado en vano los sesos para definirlos. Solo su mano derecha sabia de positivo de qué color era la bola que contenia su mano izquierda, y el secreto de sus votaciones se sepultaba en la urna. No se vendian unos á otros porque tampoco se conocian; no se recontaban porque no sabian ellos mismos quiénes eran; anhelaban el poder y no se atrevian á apoderarse de él ni á conservarlo; eran ministros tres dias, y luego despues no eran nada, ni ministeriales ni de la oposicion. Nadie hubiera podido decir si estaban vivos, ó moribundos, ó muertos. No tenian aliento para llevar á cabo una resolucion, una votacion, un principio, y su fecundidad no era mas que una sucesion de malos partos. Hombres singulares que la divina Providencia debió sin duda formar lo mismo que á nosotros de carne y hueso; que bebían, comían, hablaban y votaban como el resto de los mortales, y con quie-

nes hemos nosotros vivido, deliberado, discutido y legislado en sesiones de medias jornadas por espacio de años enteros, sin que podamos decir precisamente cuál era su nombre ó si tenían alguno, ni cuál era su opinion, ó si en efecto tenían opinion.

Esto no obstante, el tercer partido pasa por haber existido allá en los tiempos fabulosos, y Dupin pasa por haber sido su caudillo del modo que diré á VV.

Cosa deliciosa en verdad era ver á este hábil y elocuente general cuando, al salir de su tienda, se ponía á arengar á sus tropas al estilo de los emperadores romanos! Deciales así:

«Oficiales y soldados del tercer partido, caros compañeros; llegó la hora de mostrar que no sois entes imaginarios, ni cuerpos dubitativos, ni impalpabilidades, ni fantasmas. Daos por fin á luz y haced ver quiénes sois, cuántos sois, y sobre todo lo que sois capaces de hacer! Los dioses solo se muestran propicios á los guerreros intrépidos y perseverantes; baldon eterno á los que huyen antes de combatir! Si os tiembla la mano, si os falta corazón, si os hallais dispuestos á desmayaros como el señor conde Camilo de Montalivet (1), clavad los ojos en mi penacho multicolor y seguidle: él os conducirá por el camino de la victoria. Pero si la fortuna fuera contraria á mi constancia y á vuestro valor, tened presente, oficiales y soldados, que permaneciendo todos firmes en su puesto, y muriendo si necesario fuere de cara al enemigo, sereis dignos de vosotros y de mí, y vuestra accion será bella y gloriosa!

Dicho lo cual, Dupin aílaba su palabra y se armaba de piés á cabeza. Apostado en su altura, el Napoleon de la tribuna paseaba la visual de su antejo por todo el ejército, y cuando veía los fuegos bien nutridos y al grueso del tercer partido empeñado en la refriega, entraba en la liza, sacaba las flechas de su aljaba, y dando la espalda al enemigo, las disparaba contra los suyos. Soltaba luego una carcajada burlona, hacia una pirueta, ponía piés en polvorosa y desaparecía. ¿Dónde está el gran vencedor de sus propias tropas? Busquen al gran

(1) En cierta ocasion el conde de Montalivet estuvo á punto de desmayarse en la tribuna.—Nota comunicada por el autor.

capitan para coronarle de palmas! Van y vienen, corren á derecha é izquierda por todas partes, registranlo todo, su propia casa, la de VV., la mia, revuelven los rincones de su tienda, y hasta los mismos bagajes del campo enemigo; todo en vano! no se pudo saber qué habia sido de él, y dicese que para encontrarle fué preciso encender hachas de viento y tocar generala (1).

Es preciso que Dupin reconozca mal de su grado que se halla en la mas falsa posicion. La antipatia de su opinion, la irritabilidad de su carácter, y el vigor de su talento, le llevarian á hacer á los doctrinarios una guerra abierta, implacable, impetuosa, y se ve precisado á exhalar su cólera en sarcasmos de corrillo, y condenado á un mutismo de que su corazon se indigna y que la violenta compresion de sus labios desmiente. ¡Cómo ha de ser! está sufriendo la pena de lo pasado.

Si quisiera sacudir la manilla de ese pasado sobre la frente de los doctrinarios, estos, que hasta ahora le han tratado con cierto miramiento, le responderian: «¿De qué te quejas? ¿No fuiste cómplice con nosotros, hace trece años, en la usurpacion de la soberanía nacional? ¿No votaste como nosotros para tu amo, á fuer de leal y obediente siervo y vasallo, la enormidad de su lista civil? ¿No concediste como nosotros al gobierno que elegiste el regalo anual de mas de mil millones? ¿No has contribuido como nosotros á ahogar en el fondo de los corazones las simpatías excéntricas de Julio proclamando estas nobles y generosas máximas: *cada cual en su casa, cada cual para sí?* No has lacerado como nosotros la verdad de los informes en tu ministerial indignacion? no has declamado contra tus amigos actuales de la oposicion? ¿No te ha parecido como á nosotros admirable el inicuo

(1) Alusion á la conducta parlamentaria generalmente seguida por Dupin. Dice por ejemplo que va á suscitar una grave cuestion, y empeña de antemano para el debate á todos sus amigos; hace que estos den la cara y provoquen la discusion, y les promete que hará en el bando contrario talas y destrozos; y por último, cuando ya su hueste está ordenada, da de repente media vuelta y desaparece todo su fuego cambiando enteramente de opinion.—*Nota comunicada por el autor.*

estado de sitio y todas esas leyes infames, bárbaras y perversas que han corrompido al pueblo, infringido la Carta, y oprimido la libertad? Si nosotros somos culpables, tú eres nuestro cómplice; pero si somos inocentes y vivimos con gloria ¿por qué no te arrojas á nuestros brazos? ¿porqué no vienes á participar con nosotros de las bendiciones de un pueblo agradecido y del júbilo de nuestro triunfo?»

Nada en verdad podria responder Dupin á esta fulminante alocucion de los doctrinarios; y así se verifica porque nada les responde.

Dupin es uno de esos hombres á quienes no puede uno contar con seguridad como amigo político, y á quienes no debe uno tener por enemigos; tan embarazoso es para un ministerio á quien defienda como para un ministerio á quien haga la oposicion. No es bastante flexible, ni insinuante, ni bastante conciliador para desenredar las mil dificultades que mil negocios presentan. Tiene formado el ingenio á guisa de podadera, que mas que corta, sierra. Si fuera ministro, cada dia desharia los planes de la víspera, y en sus momentos de alegre expansion pasaria á cuchillo á todos sus colegas á copia de chistes.

Si Dupin hubiera querido seria el hombre mas popular de Francia, y lo seria hasta un punto al cual no llegaremos jamás ninguno de nosotros. ¡Cosa bien digna era por cierto colocarse en semejante posicion! pero Dupin prefirió ser apóstol de la gran *bourgeoisie*, y en cuanto á esta resolucion, solo me tomaré la libertad de decir que me pesa por él y por nosotros.

Dupin haria mal papel en los ambigús de la córte con su espada al costado y sus agujetas de oro prendidas al hombro izquierdo (1), y él mismo será uno de los primeros en confesar que tenia muy poca gracia en cabalgar á lo don Quijote, revestido con la armadura feudal, montado en el caballito de la dotacion. Debió dejar aquellos heróicos botes de lanza para los caballeros de la triste figura.

(1) Es decir, como paje acicalado y galante.—N. del T.

La adulacion que echa á perder á los presidentes y á los reyes, ha echado á perder tambien á Dupin, el cual por otra parte no ha dejado de echarse á perder él mismo; y me ha causado gran lástima que en un acceso de vanidad cómica viniese á decirnos: «Señores, VV. creerán lo que gusten, pero sépase que yo soy en la tribuna un Demóstenes, en el foro un Ciceron, y en el campo Caton el antiguo (1).» No, señor Dupin, no le creemos á V., porque esos tres altivos republicanos á quienes V. supone representar en una sola pieza, no se hubieran jamás degradado hasta llevar la librea de Luis Felipe y besar los bajos de las faldas de nuestras reales princezas. Es preciso que sepa Dupin que entre un pobrecito walon como él y todos áquellos gloriosos griegos y romanos, no hay el menor punto de contacto!

Demóstenes, despues de haber consagrado á Filipo el Macedon á los dioses infernales, murió atravesado por el puñal de un sicario abrazando las aras de la libertad; pero Dupin no tiene muchas ganas, que sepamos, de fulminar contra Felipe de Orleans semejantes imprecaciones, ni menos de morir como Demóstenes.

Ciceron combatió ante el senado romano, verdadera asamblea de reyes, al astuto y meloso Octavio que alargaba la mano á todos y meditaba ya el trastorno de la república; Dupin ha estado presidiendo *plebeyamente* á una cámara de agio-garduños, de leguleyos, procuradores, camarilleros y abastecedores de madera, de hulla, de leña, de cueros y de gorros de algodón, que no tiene maldita la semejanza con una asamblea de reyes.

Finalmente, Caton el viejo vivia frugalmente en el campo comiendo puches, y nunca giraba letras á la vista contra el tesoro de Roma, al paso que Dupin arde en rosas y vino al resplandor de mil bujías en sus deslumbradores saraos, y acumula cuanto le es dado acumular en oro y en billetes de banco, despues de dirigirme á mí, que se lo estoy contando á

(1) Diccionario de la Conversacion.

VV., las mas lisonjeras frases por mi valor en combatir los abusos de las acumulaciones (1)!

Dupin no ha mostrado nunca mas que una ambicion vulgar y fácil de satisfacer. No queriendo ser mas que presidente de la cámara, fiscal del tribunal de casacion y gran cruz de la legion de honor, era preciso que hiciese discursos y no folletos; pero queriendo pasar á la posteridad debia haber hecho folletos y no discursos (2).

No quiero yo decir sin embargo que Dupin, aunque no iguale precisamente en elocuencia á Ciceron, y á Demóstenes en la lógica, deje de ser un improvisador muy notable. Su locucion en verdad no es tan sábia en cuanto al método, ni tan encumbrada en cuanto á los pensamientos, ni tan pura en las formas como la de Berryer, pero es tal vez mas sustanciosa, mas animada y mas pintoresca. Las salidas oratorias de Dupin vistas con el lente del buen gusto aparecen un poco escabrosas; pero á cierta distancia agradan y cautivan por su misma sencillez y naturalidad. Saca sus comparaciones de las cosas comunes, de los hábitos de la vida, de los usos, de las costumbres, del lenguaje del derecho y de los modos de hablar proverbiales, y arranca de sus oyentes una risa franca y verdaderamente francesa. Usa á veces de la elocuencia del comun seso y á la buena de Dios, y esta reviste en sus labios modos nuevos, rareza, originalidad, y logra efectos admirables.

A veces es vivo, turbulento, rebosa de fuego, y electriza á una asamblea. No la deja resollar, y cuando defiende una buena causa y está en vena, la conduce con admirable vigor y precision. Entonces todas sus ideas se traban y encadenan, todas sus palabras van al objeto, todas sus pruebas se deducen una de otra; entonces su estilo es nutrido, apremiador, nervudo, conciso y de una lucidez sorprendente; entonces es verdaderamente comparable Dupin con lo mas selecto de nuestros oradores por la vehemencia.

Desgraciadamente Dupin suele ser desigual é incurre con frecuencia en la trivialidad. Su imaginacion le domina. Si

(1) Sesiones de 1829.

(2) Alusion á su dicho contra Timon: «¿Porqué no hace discursos?»

cruza por su cerebro algun chiste mientras está gesticulando en la tribuna, le coge al vuelo, y agarrándole por medio del cuerpo se lo arroja á la cámara á riesgo de descabalar la primera cabeza que encuentre.

Tiene Dupin mas virilidad en la palabra que en los principios, mas poder de argumentacion que de criterio, y mas independencia de razon que de corazon. Se ha visto complicado en tantos acontecimientos políticos, y ha tomado tantas veces la defensa de la verdad y de la mentira, y en causas tan diversas, que no sabria uno decir á punto fijo si ha hecho á la libertad mas mal que bien, ni si se ha hecho á sí mismo mas daño que provecho.

Los oradores de esta especie, género que escasea, y escasea sobre todo cuando llevan la pureza hasta ese punto, son hombres del momento, y nunca hablan mejor que viéndose precisados á hablar de repente. Se zarandean al principio, luego empiezan á rozarse con su banco, y por último se encienden como un fósforo.

Véanle VV. ; ahora entra en el salon ese inflamable orador! Siéntase, levántase, se agita, se vuelve á uno y otro lado, extiende el brazo, sube á la tribuna y perora. No hay que preguntarle por dónde empieza, ni sobre todo cómo piensa acabar. Nadie tiene por qué maravillarse si habla en pro y vota en contra. ¿Quién ignora que se abandona á la corriente de sus inspiraciones sin soñar siquiera á donde va á parar? Para él todo el negocio está en lanzarse y arrancar; despues va siguiendo su camino y siempre encuentra alguna huronera á derecha ó á izquierda de donde sacar sus argumentos. ¿Buscaban VV. al atrevido cazador por las crestas de la montaña? héle divertido cogiendo flores en la pradera. Dentro de un rato verá VV. ir, venir, girar, perderse, volver á aparecer, y desvanecerse por fin. Fiense VV. de esos políticos inconstantes que son por la noche los adversarios mas implacables de los que por la mañana oian de su boca palabras de amistad lisonjeras; presten VV. fe á esos lógicos de nuevo cuño que establecen un principio y retroceden ante sus consecuencias; en esos ánimos ligeros que revolotean en torno de una sombra y gi-

ran sobre sí mismos como la hoja leve al capricho del viento cuyo soplo los arrebató!

Y sin embargo, nadie lo diría, Dupin insiste aun, insiste siempre, y quiere, contra todo viento y marea, pasar por hombre consecuente, y muy consecuente.

¡Consecuente él! y en qué? El constante! y con quién? puede él acaso decirlo? ¡Ah! no está en nuestras manos trocarnos! Nosotros, débiles y flacos mortales, somos tales como Dios nos ha hecho; no hay rayo de luz sin sombra, no hay cualidad sin defecto. Si Dupin no tuviera la inestabilidad que tiene, tampoco le distinguiría el talento que le distingue. ¿Quiere renunciar á su talento? querrá renunciar á su inestabilidad? Sea; pero elija entre uno ú otro!

Quiero, lector amigo, confiarte con todo secreto, al acabar, uno de mis apuros, y pedirte consejo; pero sobre todo te ruego encarecidamente que no le digas esto á Dupin. Sábrás, pues, que el digno legislador ha tenido la bondad de darme, á mí, Timon, tu servidor y suyo, su voto para que fuese admitido en la academia, haciendo lo contrario de su hermano. ¿Qué deberé hacer en este caso? mas, necio soy en preguntártelo! Pues qué! por el capricho de una poltrona había yo, Timon de Atenas, pintor adocenado, pero hombre sincero, de faltar á Dupin, á tí, amado lector, y á mí mismo disfrazando la verdad?

No, lector; prefiero amonestarle caritativo que no se haga lavar tanto la cara en sus biografías encomiásticas, que dicta él mismo, ó que tal vez escribe, lo que viene á ser lo mismo (1).

¡Qué caprichos tan raros tienen los hombres de talento! ¡Empeñado está Dupin en ser otro hombre distinto del que es! ¡Esa es su idea fija! Mirase con coquetería en su espejo, y como cambia de fisonomía á medida que se va mirando, sin duda por efecto de su costumbre, acaba de decirme ahora mismo contemplando su retrato: Yo no soy ese que V. ha dibujado:

(1) Se asegura que la biografía de Dupin que publicó el *Diccionario de la Conversación*, fué redactada segun lo que dicho señor dictó, lo cual aparece claramente, por uno de sus amigos íntimos, Ortolan, á quien en muestra de agradecimiento por el susodicho servicio de llevarle la pluma, hizo luego nombrar catedrático en la *Escuela de derecho*.—Nota comunicada por el autor.

yo no soy Dupin!—¿Cómo es eso? ¿no es V. Dupin? le aseguro á V. que es V. mismo el que está sentado delante de Timon. A V. es á quien miro y á quien estoy retratando.

Ea ¿qué quiere V. que yo haga para aplacarle? ¿Quiere V. que diga por ejemplo que otros oradores han sido tan poco consecuentes como V.? que los griegos y los romanos vacilaron, como V. ni mas ni menos, en las sentencias del *forum*, de la tribuna y del tintero? que Voltaire, Pascal, Fénelon y Rousseau titubearon y cambiaron en toda especie de materias, y finalmente, y esto le agradará á V. mas, que ha habido folletistas, sí, de esos malditos folletistas que primero han sido torris y luego radicales; legitimistas antes, y despues semirepublicanos; primero republicanos y despues constitucionales; primero radicales y despues imperialistas; primero absolutistas y despues radicales; primero liberales y despues monárquicos; primero monárquicos y luego liberales? Muertos ó vivos póngales V. á estos los nombres que quiera, y si le parece bien, junte con ellos el mio con toda franqueza.

Pero bien puede V. comprender, señor Dupin, que por darle á V. gusto no iré á disgustar al público estropeando uno de mis mejores retratos. De todos modos si V. se me enfada y me niega la mano para ayudarme á subir á la academia, yo subiré solo, ó tú, caro lector, me tenderás la tuya que vale tanto por lo menos como la de Dupin.

Sin embargo, tengo buenas entrañas, y tanto me lastima verte, ó Dupin, malparado (aunque seas capaz de achacarlo á remordimiento), que quiero, con permiso de los lectores, consolarle en tu afliccion y derramar un poco de bálsamo en tus heridas. Digo, pues, y haria muy mal en cometer la sinrazon de callarlo, que Dupin tiene muy aventajadas cualidades morales; que Dupin es generoso, inofensivo, enemigo del rencor, y de esto último soy una prueba ambulante; que tiene un instinto pronunciado de lo justo y de lo recto; que tiene independencia de espíritu, aunque algo morosa; que no le gusta prodigar el dinero del tesoro, excepto con su amo y consigo mismo; que es benéfico, caritativo y naturalmente amigo del pueblo.

Y añadiré á su retrato otro rasgo característico , á saber: que tiene una decidida propension á los privilegiados, aunque no es afecto al privilegio; que su flaco es la córte, y que sin embargo no le gustan la córte ni los cortesanos.

Repetiré finalmente, y en esto aseguro que no le parecerá mi resúmen demasiado largo, que Dupin brilla entre los demás oradores por su chispa, sus sarcasmos y su animacion en las pláticas familiares; por su sutileza y su profundidad, por su nervio y sabiduría en sus pedimentos y acusaciones, por su ingenio y singularidad en sus letras.

Otra palabra mas para completar su retrato.

Dupin tiene la voz llena , grave , sonora , acentuada en los medios, y á veces fuerte y seductora. Tiene el rostro lleno de manchas, pecas y costurones; pero cuando su fisonomía está en movimiento y la pasion la anima, cuando la argumentacion la pone en contraccion, no carece de elevacion ni de nobleza. Sus ojos hundidos brotan fuego, y relucen en el fondo de su órbita como dos chispas de diamante; y yo por mi parte á un hombre así no le llamo feo.

Prevéngote, oh lector, que todo esto acaba de salir del pincel, y que es pura añadidura. ¿Quedaré ahora satisfecho Dupin? Deberia quedarlo á lo menos, pero ya verás que no, si no digo que es consecuente. ¡Pues no quiero decirlo!



BERRYER.

La cámara es para los diputados legitimistas una pequeña iglesia con sus dogmas invariables, sus pompas ocultas, sus misterios, su liturgia y sus salmos, donde entonan juntos las alabanzas de su señor y dueño. Aseméjense á los hijos de Israel que, separados de su patria, lloraban en el silencio del tabernáculo el destierro de su Dios y la ruina de su templo y de sus leyes.

Al frente de ellos, y primero entre todos, brilla Berryer; Berryer ha sido mucho tiempo el único orador y casi el único diputado de su partido; pero no en verdad porque faltase en la cámara cierto número de legitimistas vergonzantes, que se agrupaban en las alturas del centro, y que hubieran enviado á paseo á la casi-legitimidad si Enrique V. hubiera aparecido con la bandera blanca en la mano á veinticinco ó treinta leguas de París. Pero estos legitimistas disfrazados solo en las votaciones mostraban sus acciones secretas, y fuera de ellas sabían tan perfectamente pegarse la máscara á la cara, que era imposible arrancársela. Cuando Berryer, arrastrado por el declive de la improvisación, soltaba algun lamento demasiado íntimo por la ausencia de su rey, los legitimistas corridos alzaban al punto un murmullo de disgusto, y tengo para mí que de buena gana si hubiesen tenido una piedra en la mano se la hubieran tirado á la cabeza; pero fuera del salon no hacian ya el papel de irritados, y si topaban con Berryer en algun sitio ais-

lado, le pasaban la mano por la espalda, le apretaban los cinco discretamente, y le decían: «Caramba, amigo, qué razón tiene V. ! No tenga V. cuidado, nosotros estamos de su parte! ¿Quién no ha de echar de menos á esos excelentes príncipes?» A Berryer le admiraba mucho la ejemplar prudencia de aquellos nobles procederes; pero no hubiera llevado á mal que le prestasen algo mas de arrimo cuando subía á la tribuna.

Pero ¿quién sabe si no habrá sido mas útil para él que la adhesión de un partido numeroso, ese sentimiento de indulgencia, de respeto y de lealtad que rodea, sobre todo en una asamblea francesa, á todo atleta valiente que lucha solo contra una hueste de adversarios? Quizás la misma dificultad de aquella posición extraordinaria haya contribuido á dar á su talento mayor energía y brillo, al modo que vemos brotar un caño de agua con mayor fuerza cuanto mas comprimido se halla en el tubo por donde pasa.

Berryer es despues de Mirabeau el mas grande de los oradores franceses.

Sí, despues de Mirabeau ninguno le ha igualado: ni el general Foy que recitaba mas que improvisaba, y que no reunía á la dialéctica severa de los negocios la potencia de órgano ni la vasta elocuencia de Berryer; ni Lainé, que solo producía sonidos armoniosos y patéticos; ni Serre que, difuso y apelmazado en sus exordios, solo hacia resonar por intervalos el clamor de la pasión oratoria; ni Casimiro Périer, cuya vehemencia solo se desplegaba en las apóstrofes; ni Benjamin Constant, cuyo talento lucía mas por la flexibilidad y el arte que por el movimiento y la energía; ni finalmente Manuel, que, aunque dotado de juicio recto é imperturbable, por ser mas dialéctico que orador, no sabia arrancar como Berryer á su auditorio extasiado estremecimientos involuntarios y repentinos.

La naturaleza trató á Berryer como favorito. Su estatura no es aventajada, pero su semblante varonilmente hermoso y expresivo refleja y pinta todas las pasiones del ánimo. Fascina con la mirada penetrante de sus ojos aterciopelados, y con su continente tan bello como su palabra; es elocuente en toda su persona.

Berryer domina á la asamblea con su cabeza erguida; la inclina hácia atrás como Mirabeau, lo cual la imprime cierta expresion de noble arrogancia.

Instálase en la tribuna y se apodera de ella como si fuera su exclusivo dueño, ó por mejor decir, su déspota; dilátase su pecho, su busto campea, y su estatura medra en términos de aparecer gigante.

Se enardece su frente rugosa, y cuando su cabeza hierve, sus poros, fenómeno extraño, trasudan sangre!

Pero lo verdaderamente incomparable en él, lo que principalmente constituye su ventaja sobre todos los demás oradores de la cámara, es el sonido de su voz, que es la primer belleza en los actores y en los oradores. Los hombres cuando están reunidos son sumamente sensibles á las cualidades físicas del orador y del comediante. Talma y la señorita Mars solo han debido su celebridad á la mágia divina de su voz. Supóngase á la Mars, supóngase á Talma con una voz de las comunes; ambos hubieran vivido ignorados por mas sábio y profundo que fuera su teatro, y por mas exquisito que fuera su sentimiento del arte. Mas que las razones, suele ser el órgano lo que mueve á las asambleas. El mismo Barthe, tan escaso de ideas, tan flojo en la dialéctica, entusiasmaba á los centros y los arastraba con el acento patético de su voz, y si la memoria no nos es infiel, ni una sola vez bajó de la tribuna sin ser estrepitosamente aplaudido.

Pero Berryer no debe solo su preeminencia á la casualidad de reunir aventajadas partes exteriores; en el arte oratorio es un maestro consumado. Los demás oradores por lo general se abandonan á la corriente de sus inspiraciones, y hallan en sus desordenadas excursiones movimientos felices; pero carecen de método. De donde parten y á donde quieren llegar es cosa que no siempre se sabe muy bien, y que aun ellos mismos ignoran; á media jornada se sientan para descansar y examinar el camino. Lo que hace á Berryer tan superior á ellos es, que desde la entrada ó arranque de su discurso, ve ya como desde una eminencia el fin á donde tiende. No acomete bruscamente á su adversario, antes bien empieza trazando á su alrededor

líneas de circunvalacion; despues le engaña con sábias manio-
bras, se le va acercando por grados, descubriendo el cuerpo
por intervalos, y pasando de una á otra posicion; por último
se lanza sobre él, le persigue y le estrecha entre los fuertes y
dobles nudos de su argumentacion. Este es el método de los
ingenios dotados de gran capacidad; método que llegaria muy
pronto á cansar á un auditorio tan distraido como el de una
cámara francesa si Berryer no supiese vencer su ligereza y
fijar su ánimo con el encanto de su voz, el atractivo de su ac-
cion, y la elegante nobleza de su elocucion.

Por otra parte, despues de haberse dejado arrastrar por el
orador, y en el momento en que uno se cree desviado de su
senda y como perdido, se siente uno encaminado derechamente
al objeto por medio de un rodeo hábil é ingenioso, y no pue-
de menos de aplaudir con entusiasmo semejante poder de su
arte.

A Mirabeau solo le hacian elocuente la contradiccion y los
obstáculos; érale preciso tener rebeliones que reprimir y dís-
colos que vencer; era un verdadero luchador, un guerreador
completo, y nunca apareció mas sublime que en el calor de la
batalla.

Cuando Mirabeau hablaba resonaban por todas partes mur-
mullos hasta el punto de interrumpirle. Por el contrario,
cuando habla Berryer todo es atencion y silencio, y aun res-
peto.

Le oye uno, y casi diria que su simpático auditorio vá repi-
tiendo á coro por lo bajo las notas que se desprenden de aquel
bello y melodioso instrumento.

Subyuga á la asamblea, se la somete como el magnetizado á
quien uno obliga á hablar, á callar, á moverse, á pararse, á
proseguir, y á dormir á su capricho; pero así que el magne-
tizado se despierta, queda roto el encanto. Del mismo modo,
cuando la asamblea empieza á removerse, y se levanta, y des-
ciende de sus bancos para ir á votar, volviendo á su curso el
interés material, los principios ó las pasiones, su escrutinio so-
bre las palabras del mas grande de nuestros oradores se veri-
fica exactamente lo mismo que si recayese sobre la jerga inin-

teligible de un paisano de Monsieur de Pourceaugnac (4).

Impotente y abandonado en la esfera legítima de sus principios, Berryer sabe muy bien por otra parte que apenas podría desplegar su bandera blanca sin que la borrasca universal que se levantaría con su huracán violento le obligase á arrollarla al instante. No digo por esto que los liberales le lleven á remolque ni que vaya él asiéndose de sus faldones; entra resuelta y noblemente en el terreno de la oposicion, y se vale de sus mismas armas manejándolas con admirable maestría.

Interpela, pregunta, aturde á su adversario, para que descubra el flaco impensadamente, y pueda él darle la estocada en la juntura de la coraza.

Mina por la base un hecho ó un documento; pero en vez de precipitarle ruidosamente se contenta con que permanezca en pié todo deshecho. Sus dudas valen por verdaderas afirmaciones tratándose de él á su auditorio; pero tratándose de los ministros á él valen por verdaderas dudas, con lo que quita de antemano parte de su ventaja á la respuesta.

Algun consumidor de los fondos secretos de la policía, ó algun parroquiano de las cocinas de palacio, podrá muy bien si le pica la mosca desahogarse lanzando de su esófago algun gemido sordo y cavernoso; pero se guardará muy bien de interpelar al orador por no exponerse á que Berryer le aplaste con un revés de su maza para ver quién se toma la libertad de responderle.

Pero cuando algun ministro murmura alguna interrupcion que pueda percibirse, Berryer se hace un poco atrás, y desde el fondo de la tribuna le observa y le deja que se clave, y lanzándose luego sobre él como sobre una presa, le sacude, le levanta, y dejándole caer le clava y aplasta en su banco con una réplica fulminante.

Su vasta y fiel memoria retiene sin esfuerzo las fechas mas complicadas, y su dedo señala sin vacilacion el punto que le cumple sobre las páginas dispersas de los numerosos documentos que analiza y que robustecen la trama de su discurso.

(4) Personaje cómico de una graciosísima pieza de Molière.—*N. del T.*

Nada hay igual á la variedad de sus entonaciones, tan pronto sencillas y familiares, como atrevidas, pomposas, exornadas y penetrantes.

En su vehemencia no hay amargura, y sus personalidades no son injuriosas.

Deduce de una causa todo lo sólido y especioso que contiene á la vez, y la eriza de argumentos tan caprichosos y tan compactos que no se sabe despues cómo llegar á ella, ni por donde tomarla.

Despues que ha recorrido toda la série de sus pruebas hace alto por un momento; entonces las amontona unas sobre otras, y debajo de este peso deja sepultados á sus adversarios.

Encadena, detiene, divierte cuando quiere la atencion de sus oyentes por espacio de muchas horas consecutivas, y los va paseando sin extravíarlos bajo el peristilo y por entre las columnatas de su discurso. Los fascina y deslumbra con las variadas composiciones de su genio, y los tiene suspensos de la magia de su palabra.

Como hombre de sociedad, disipado y amigo de los placeres y de la alegría, es Berryer naturalmente poco laborioso; entre sus dotes, sin embargo, descuella una grande aptitud para los negocios. Nadie, cuando quiere, profundiza mejor que él una cuestion, ni reúne sus pormenores con una investigacion mas concienzuda, ni compone un todo con mas orden y sabiduría.

Quizás algunas veces, en medio de su copiosa fluidez de palabras, sea algo incorrecto, pero este lunar, comun á todos los improvisadores parlamentarios, no menoscaba el efecto de su discurso. Ya hemos dicho que á nuestros oradores no hay que analizarlos ni leerlos, sino que es preciso oírlos. Su reputacion seria todavia mayor si la prensa no reprodujese sus discursos; cada taquígrafo es para ellos un enemigo.

Desde el establecimiento de nuestro gobierno representativo, siempre hemos tenido que admirar en la larga é inmensa carrera de nuestros oradores destellos de genio, axiomas luminosos y fecundos, pensamientos llenos de vida, palabras llenas de

agudeza, frases de grande efecto y buenos arranques oratorios; pero no hemos oido un solo discurso que, leído, pudiera citarse como un verdadero modelo de elocuencia. Todos han visto la luz pública de mil maneras; han sido impresos, coleccionados, insertados á trozos y enteros en folletos y revistas, lujosamente encuadernados, de corte dorado y ¿qué sé yo qué mas? pero nadie los lee.

Esos bellos discursos vienen á ser lo mismo que una ánfora destapada, cuya ambrosía se evapora y no se puede servir en la mesa de los dioses.

Tambien la Pitonisa es bella sobre su trípode y dentro de su templo; pero fuera de allí no es mas que una vejezuela desnuda y decrepita, y solo veo en ella la fealdad y los andrajos.

Sí, la imprenta asesina á los oradores, y si yo fuera lo que Berryer, perseguiria por todas las vias de derecho, sin exceptuar la de policia correccional, á todo editor que me hubiera hecho la injuria de publicar mis discursos, aun cuando para defenderse produjese ante el juez mi firma al pié de la autorizacion para imprimir (1), porque era evidente que solo me la habia podido arrancar por sorpresa ó traicion.

Pero ¿será posible que despues de muerto Berryer no haya de quedarnos de él mas que su nombre? ¡Triste verdad! Nada mas ha quedado de Talma, de Mars y de Paganini. ¿Nos queda por ventura algo mas de Apeles y de Fidias, de las comedias de Menandro, de los suspiros de Safo, de la sabiduría de Sócrates y de la belleza de Aspasia? El nombre solo; nada mas que el nombre!

Y es bastante para la gloria de Berryer! ¿Habrà quién se atreva ahora á derribar á este orador de su sagrado trípode, y á arrastrarle sin inspiracion y sin voz por las humildes gradas del peristilo? habrá quién haga reproducir por un taquígrafo esa voz inimitable cuyas cuerdas ponen en tension las fibras de las organizaciones nerviosas? Observad cómo trabaja correspondencia con ellas, y de qué manera les comunica

(1) En Francia es costumbre que todo autor ponga en las últimas pruebas de la imprenta su autorizacion firmada para imprimir (*bon á imprimer*), sin cuyo requisito no se puede proceder á la tirada.—N. del T.

por medio de una especie de electricidad las rápidas emociones de su alma! Consiste en que no solamente es orador en su pasión y en su elocuencia, sino que además es músico en el órgano, pintor en el golpe de vista, y poeta en la expresión.

Es de ver cuando envuelve á su adversario y le aprisiona y humilla! Cautívale, le aprieta entre sus formidables garras, y cuando despues de haberle golpeado y macerado le arroja tribuna abajo, el pobre ministro confuso, aturdido, agachado en el potro del tormento, tápase con ambas manos la sonrojada frente, ocultando el cinismo de sus apostasias!

Berryer no sigue el ejemplo de aquellos diputados de la Restauracion que en su sentimental simpleza no sabian responder á los argumentos de la oposicion otra cosa que: «Yo amo á mi rey! Oh rey de mi corazon!»

Berryer no se ciñe á insípidas exclamaciones; y si es cierto que ama tambien á su rey, nosotros al menos así lo creemos, siquiera no lo pregona. Como hombre que conoce el terreno donde pisa, procura no poner nunca el pié sobre las brasas de las personalidades dinásticas, y prefiere tratar las grandes cuestiones de nacionalidad donde su talento puede campear, esplayarse y remontar el vuelo. No se devana los sesos en justificar artículo por artículo los yerros de la Restauracion, sino que los confiesa, y en la brillante acumulacion de sus recuerdos históricos demuestra que los gobiernos precedentes se estrellaron contra los escollos y fueron tragados por la tempestad por haber faltado á los deberes eternos de la justicia. En este modo de argüir hay grandeza, porque permite á Berryer ascender con toda la extension de sus alas de águila á la vasta region de los principios; hay además habilidad, porque sin aparentar que se dirige á los ministros, deja que el mismo auditorio les haga la aplicacion inmediata y particular de las objeciones generales del orador.

Berryer no implora merced en nombre de la legitimidad, no esplica, no justifica lo que la Cámara no pone ni puede poner en duda; pero va cambiando de puntos de ataque y combate á los ministros con sus propias armas. Los estrecha, los va empujando de una consecuencia á otra hasta llevarles

al último extremo de la argumentacion deliberativa, y con la soberanía del pueblo en ristre, los confunde con la violacion de la carta y con el perjurio de sus juramentos.

Así pues, todos los defensores de los poderes caidos que han abrumado á la Francia con su peso, se ven precisados á engañar al mundo invocando el nombre sagrado de la libertad. ¡Ah! no nos quejemos; por fuerza está la verdad en nuestra causa cuando nuestros mismos adversarios la confiesan. Tambien debe residir en ella la fuerza, puesto que á ella acuden á templar sus armas y su escudo: los homenajes que la tributan los legitimistas, aunque tardíos, la favorecen tanto como las traiciones combinadas por la camarilla y la doctrina.

Sin embargo, no nos hagamos ilusiones: en lo íntimo del corazon no profesa Berryer nuestro principio, aunque tampoco deja ver el suyo en sus labios. Su principio verdadero, ese legitimismo ardiente é indestructible que le consume, no lo defiende por cierto en la tribuna, sino que lo oculta, lo fomenta y cobija en lo íntimo de su ser, y parece como que teme que haga explosion. Va por caminos tortuosos como sin alreverse á poner el pié en la carretera de Goritz, como si esa carretera estuviera para él cortada y suspendida entre abismos y precipicios. Tampoco trata de razonar, discutir y probar; su elocuencia es mas de movimientos que de dialéctica, mas de accion que de pensamiento, de sentimiento mas que de demostracion. El Berryer á quien escuchamos es un grande orador, pero no un legitimista; tampoco es hombre consumado en política; repito que es un orador, y un orador de esos que no son dueños de sí mismos, de esos que tanto como arrebatan al público se arrebatan ellos, y que mal de su grado se exaltan al estilo de Thiers y de todos los artistas organizados para serlo verdaderamente.

No se crea por otra parte que Berryer solicita á la inspiracion y la persigue; nada de eso, la inspiracion acude á él sin que la llame. Entonces se extremece de piés á cabeza, tiémblanle todos los miembros, se enternece, llora, se encoleriza, cede, sucumbe bajo las emociones de la asamblea como bajo las su-

yas. Una vez lanzado á la popular corriente de la libertad, no se resiste á ella; se arrastra con el torrente y brama con la tempestad. Sus sienes turgentes, su voz conmovida, sus ojos que despiden mil centellas, revelan que á su inspiracion le viene demasiado estrecho su principio; que las cadenas que sacude le abruma; que le falta el aire, que le falta el terreno, que le falta un auditorio carlista, y ese hombre borrascoso, desalentado, necesita aire, un terreno, un auditorio: es preciso que apasione á los espectadores, que difunda su alma, que se mezca en las ondulaciones de su armoniosa voz, que luche con el espacio y se despliegue altamente en su vuelo: entonces olvidará que es legitimista, para solo acordarse de que es francés; entonces se hará nacional, se apoyará, como Anteo, para renovar sus fuerzas, en el generoso suelo de la patria; se sumergirá, se absorberá en el resplandor de la Francia, y saldrá con la cabeza coronada de magníficos rayos. Se paseará con la asamblea al rededor de nuestra carta geográfica; pondrá en nuestras fronteras, como otros tantos gigantes vivos y armados, la Italia, la Suiza, la España, la Prusia, la Bélgica; nos representará rodeados de una cintura de hierro, de enemigos y de ruinas, y en su patriótico entusiasmo exclamará: «Gracias sean dadas á la Convencion por haber salvado la independencia de Francia!»

En otra ocasion, indignado, exasperado con las miserables concesiones de nuestra diplomacia, y tendida la mano por cima de la tribuna con un ademan lleno de singular belleza: «Esta mano,» exclamará, «se secará antes de echar en la urna una bola que diga que el ministerio toma á pechos la dignidad de Francia. Jamás! jamás!»

Y, como no pudiendo refrenar su emocion oratoria, se volverá incidentalmente hácia Thiers conducido allí por el hilo de la discusion, y le dirá: «Os honro, porque habeis hecho dos actos honrosos sosteniendo á Ancona y dando vuestra dimision. Cualquiera que sea la distancia que naturalmente debe subsistir entre nosotros dos, haced aun por Francia algo útil y grande, y os aplaudiré, porque al fin y al cabo en Francia he nacido, y quiero vivir y morir en Francia!»

En otra ocasion pondrá á la Rusia en lucha con la Inglaterra, y se avergonzará de que su bizarra, su gloriosa Francia, permanezca delante de ellas impotente expectadora de sus combates y de la reparticion de sus conquistas:

«Ved ese vasto antagonismo politico y militar que se extiende desde las fronteras de la Tartaria hasta las orillas del Mediterráneo, entre dos naciones que deben lidiar algun dia una contra otra.

«Ved desde el confin del mundo hasta nuestras fronteras á la Inglaterra establecer su bélica paralela contra la Rusia que la amenaza á su vez en los límites de sus magnificas colonias de la India.

«Considerad esas grandes expediciones á quinientas leguas de sus fronteras; por un lado la expedicion de Cabul, por otro la tentativa de Kiwa. Ved á esas dos grandes naciones marchar atravesando el mundo para tender sus lineas de precaucion una contra otra.

«¡Y qué, señores! ¿No será Francia mas que una potencia continental, á despecho de esos vastos mares que vienen á estrellar sus olas en nuestras riberas y á solicitar en cierto modo el genio de nuestra inteligencia?»

Esta imágen es bellísima, y Berryer, lo mismo que todos los grandes oradores, afecta sobre todo el estilo figurado en los diversos procedimientos de su elocuencia.

Hay en efecto muchos modos de influir poderosamente en las asambleas, ya dirigiéndose á su lógica con el vigor y la exactitud de los racionios, ya á su ingenio con la vivacidad y lo punzante de las palabras, de las alusiones y de las réplicas, ya á las almas con las emociones de la sensibilidad, ya á sus pasiones con la vehemencia de las invectivas, ya á su imaginacion con el brillo de las figuras oratorias; pero casi siempre produce la elocuencia sus mayores efectos con la figura, con la imágen. La prosopopeya de los guerreros muertos en Maraton, de Demóstenes; los ciudadanos romanos atados al infame patíbulo de Verres, de Ciceron; la noche, la tremenda noche en que la muerte de Enriqueta resonó como un trueno, de Bossuet; el polvo vengador de Mario, el

apóstrofe de las bayonetas y la roca Tarpeya, de Mirabeau; las palabras «osadía, osadía y siempre osadía,» de Danton; la república que, como Saturno, devora á sus hijos, de Vergniaud; la voz tonante de los lagos y de las montañas, de O'Connell; el carro que lleva las exequias funerales de Irlanda, de Grattan; el turbante que señala en el mapa el lugar del Imperio Turco, de Lamartine; la Argelia, cuyo fruto no asoma siquiera en flor en el árbol regado con nuestra sangre, de Berryer; los padres de la revolución, nobles inteligencias que se inclinan desde lo alto de los cielos, de Guizot: hé aquí la elocuencia de las imágenes.

¡Qué lástima que Berryer, que un orador tan poderoso, no combata en nuestras filas al frente del partido popular! ¿Cómo una cabeza de ese temple no siente el vacío de las doctrinas de la legitimidad? ¿Cómo no trabaja con nosotros en las sendas de la libertad, para la emancipación del género humano? ¿Cómo no comprende que el principio de la soberanía del pueblo es el único verdadero, el único que reconoce la razón, el único que glorificará el porvenir de todas las naciones?

Ya Napoleon, ya Chateaubriand, ya Béranger han proclamado la era futura de la democracia europea. Desgraciadamente los oradores no ven tan léjos como estos grandes hombres; se absorben, se consumen en las pasiones y las preocupaciones del momento: se contentan con expresar admirablemente con el instrumento de la palabra los rumores del día que llegan á su oído: se entretienen en hechizar, en el puente del navío, al auditorio que los rodea y los aplaude; pero no abarcan con su mirada la vasta extensión de los mares: no interrogan el soplo de los vientos ni el curso de las estrellas, y no procuran descubrir á lo léjos las playas donde la nave fatigada que lleva á la humanidad debe descansar y echar el ancla.

LAMARTINE.

Este es, amantísimo lector, el retrato mas difícil de cuantos hasta ahora he hecho. Veinte veces lo he tocado y retocado, quitándolo de su lugar y reponiéndolo en el caballete; y sin embargo, ¡cuántas reconvenciones no me han dirigido todos los que me han dispensado la honra de venir á verlo en mi taller! Le ha favorecido V. demasiado, le pinta V. sobrado feo; es mas liberal, es mas realista, es mas conservador, es mas republicano; es mas socialista, es menos socialista; es mas religioso, es menos religioso de lo que V. le ha pintado.

En verdad, ya no sé á quién escuchar. He estado para tirar los pinceles: este retrato ha sido continuamente el tormento de mi paleta.

¿Qué hacer, pecador de mí, para contentar, no digo á los poetas, que nunca están contentos, si no se les alaba mas que á los demás y que á ellos mismos; sino al público, que desea unidad en un retrato, aunque sea poco parecido si tiene esta unidad, y á mis adversarios, que me reprenden por haber cambiado de colores cuando Lamartine mudaba de cara?

¿Qué hacer? Por fin he tomado el siguiente partido.

Pondré en el Apéndice de esta obra los diferentes bosquejos que he hecho de Lamartine en varias épocas, como poeta, orador y político, anotando las fechas respectivas. ¡Y díganme si no era entonces tal como entonces le diseñé! Nada mas necesito para justificarme, pues no estoy obligado á pintar al prójimo de otro modo que como le veo y es en el acto de retratarle.

Y préviamente, para precaverme todo lo posible, diré que no respondo de que Lamartine sea en el año 1848 y siguientes lo que es, ó á lo menos, lo que yo creo que es en 1847.

¿Y no tiene él tambien un poco de culpa al decir que no pertenece á partido alguno? ¡Ay de mí! lo creo porque lo veo. No pertenecer á partido alguno en una Cámara, en que todos los debates se verifican por una accion comun y se resuelven por una votacion comun tambien; retirarse á un lado, luchar solo y como tirador, y votar á la ventura, es no comprender su propia importancia y su deber; es desconocer su destino; es no querer ser guiado por nadie ni guiar á los demás; es no querer ser estadista á pesar de tener la posicion, la reputacion y el talento para ello necesarios; es no querer hacer triunfar su propia causa, si se cree que es la mejor, ni servir útilmente al país; es hacer el papel de una lira; es girar sobre un eje y á todos los vientos como la veleta; es poner á un retralista, permítame V. que se lo diga, en la imposibilidad de hacer un retrato parecido, á lo menos en la apariencia, cuando le retrata á V. tan diferente, tan contrario á V. mismo, tan multiforme de antecedentes.

Mas ya que V. lo quiere así, y ya que tal vez consistirá en eso, voy á tratar de sincerarle explicando sus cualidades y circunstancias.

Ni quieren darme tiempo, y ahora mismo me han hecho esta objecion: primero legitimista, despues socialista, luego conservador, despues dinástico, despues liberal, luego casi republicano, despues católico, despues racionalista, ¿qué ha sido? ¿qué no ha sido? ¿que es ahora? ¿Quieren VV. que les diga que nada sé, que no puedo remediarlo y no quiero responder? No; prefiero preguntar el objeto de esa objecion y la consecuencia que ha de sacarse de ella. ¿Acaso la nota de inconsecuencia política, social y religiosa puede alcanzar á un poeta, y especialmente á un poeta lírico?

Definir el poeta lírico es definir á Lamartine. Es poeta antes que todo, y el poeta vence en él al diputado, al político y al estadista.

Ahora bien, ¿qué es poeta lírico? es un espíritu vasto, diver-

so, universal, movable como la naturaleza que describe, como la naturaleza en que ni un día que sigue á otro, ni una ola que pasa, ni un ave que suspira, ni una brisa que susurra, ni una flor que se colora, ni un insecto que respira, ni una hoja de árbol que tiembla, ni un hombre entre tantos millones de hombres que viven, ni un mundo entre tantos millones de mundos estrellados como giran en el espacio, no se parecen unos á otros, ni se tocan, ni se confunden; tal es el poeta lírico, tal es Lamartine!

Canta cuando habla, cuando escribe, cuando medita, cuando anochece, cuando raya el alba, cuando gime el viento; cuando el pajarero gorjea; cuando canta, siempre canta.

Si le he juzgado como juzgaria á los demás hombres, y si le he exigido una constancia de opinion y una conformidad de lenguaje que no eran naturales en él y de que no debia darme cuenta alguna, he hecho mal, he dicho una necedad y me castigaré á mí propio reproduciendo mis Variantes (1).

Tanto hubiera valido reconvenir al año porque tiene cuatro estaciones, ó al sol porque al ponerse sumerge tan pronto á la tierra en las tinieblas de la noche, como esparce sus dulces rayos sobre la frente de las vírgenes.

Sí, Lamartine tiene sus estaciones, sus rayos y sus sombras.

¡Cuántas metamorfosis inauditas en ese hombre singular! Hace algunos años, defendia la política retrógrada que nosotros atacábamos, y hoy en las tierras ilimitadas del socialismo hace correrías y da lanzadas capaces de espantarnos. No era mas que un prosista pesado, difuso, oscuro; y hoy escribe páginas con el mismo estilo y profundidad de pensamiento que nuestros mas distinguidos maestros. No era mas que un recitador de memoria, y en el día improvisa sobre el primer asunto dado, con un brio, una audacia, una gracia, una delicadeza de oportunidad, una riqueza de imágenes, una abundancia de rasgos y una felicidad de expresion á que no llega ningun orador contemporáneo.

Unos fulminan los relámpagos del espíritu con su espada

(1) Véase el Apéndice.

oratoria; otros se atrincheran en la defensa de sus sueldos que no abandonarán sino con la vida; otros defienden la causa del agiotaje, del carbon de piedra y del tabaco; pero las causas que Lamartine prefiere son las de la justicia y la humanidad.

Quiero decir las causas de la humanidad francesa, como el socorro de nuestros pobres, nuestra libertad de enseñanza, la salvacion de nuestros expósitos, etc.

Mas con respecto á la causa de la humanidad y de la justicia en general, siento mucho que el señor de Lamartine se haya dejado atacar é infestar una vez á lo menos de esa mala enfermedad, de ese patriotismo apolillado, de ese egoismo seco y sin entrañas que sacrificaría al bien de nuestro país el resto del universo. ¡Tan falso y fatal es el imperio que el afan de conquista ejerce en los ánimos mas generosos y en los mas cristianos corazones!

¿No queria Lamartine en 1840 que tomásemos otro Ancona en el Oriente, como por ejemplo San Juan de Acre, y eso sin la menor agresion por parte del Sultan? ¿Y porqué no Malta á los ingleses? ¡Oh! no; los ingleses son fuertes. ¿Y porqué San Juan de Acre al Sultan? Porque el Sultan era débil, si no porque era Turco. ¡Bella moral por cierto!

Que Inglaterra tomase y guardara Alejandría, que no la pertenecia ¡qué infamia! pero que Francia tomase y guardara San Juan de Acre, que tampoco le pertenecia ¡qué gloria! Con la balanza de esas exclamaciones, Lamartine, y con él los mejores ministros, oradores, guerreros, periodistas y moralistas que entonces teníamos, pesaban las acciones políticas de los gobiernos europeos. ¡Gloria y baldon tan juiciosamente aplicados y adjudicados, palabras sonoras, ¿qué me quereis? Imperio de las frases, ¿cuando cesarás de subyugarnos? Justicia, eterna é imparcial justicia, ¿cuándo reinarás en las naciones?

Quando Lamartine, discípulo de Mauguin, pronunciaba palabra por palabra sus discursos aprendidos de memoria, su palabra era floja, tarda, y no abandonaba las bajas regiones de la fraseología; pero hoy se halla tan seguro de su improvisacion, que ya no se agarra á las barandillas de la tribuna. Abandónase á toda la fuerza de su vuelo de cisne; hiende las

aguas y se despliega, bien así como una góndola con velas purpúreas é hinchadas suavemente por los céfiros, juega en las ondas de un lago tranquilo.

Habla una lengua magnífica, pintóresca y encantada, que podría llamarse la lengua de Lamartine, porque solo él la habla y puede hablarla, y de la que brotan profusamente, como otros tantos surtidores luminosos, una multitud de pensamientos felices y de términos figurados que sorprenden, encantan, cautivan y arrebatan el oído y el alma de sus oyentes.

Cierto que en otro orador esa pompa de sonidos y epítetos parecería harto afectada, esas figuras sobrado líricas, esa dición demasiado deslumbrante, y demasiado cadenciosas esas terminaciones; pero al escucharle, verle y comprenderle, luego se conoce que su genio no podría explicarse de otro modo, que hay tanta naturalidad en lo sublime de su lenguaje como en la vulgaridad de un abogadillo, y que esas bellas frases y hermosos sentimientos que podrían creerse preparados de antemano, aprendidos y repetidos en su mente, no le vienen sino del corazón.

Y aquí dejo por un momento el pincel, amados lectores, porque se trata de mi pincel mismo; porque siento la necesidad de responder de nuevo á los críticos que me han hecho la honra de atacarme por haber pasado y repasado la brocha por la tintura mas que decenal de mis oradores vivos. Repito á esos señores, y suplícoles tengan á bien considerar que no soy yo quien ha mudado, sino los que he dibujado; y que si no los hubiese enseñado tales como eran en el momento en que los retrataba, se habrían quejado de que no eran parecidos, y no hubieran querido tomar mis retratos para mirarse en ellos á su satisfaccion. Y díganme ahora si Fidias hubiera representado á Júpiter Tonante, soberano de los dioses y los hombres, con las gracias de su rubia juventud, y si el estadista que gobierna durante veinte años, y el orador que envejece en las luchas de la tribuna, no manifiestan alternativamente á nuestros ojos las diversas y encanecidas fases de su fisonomía, carácter y talento. Es que todo muda en torno de ellos, y esa es la ley de la naturaleza, esa la triste condicion de los hom-

bres. Y para no hablar mas que de dos oradores, ¿quién ha mudado mas que Guizot y Lamartine?

Guizot comienza á hablar en la tribuna en tiempo de Polignac, y es pesado, árido, dogmático y nebuloso; en los primeros años de la revolucion de Julio continúa envolviéndose en sofismas; se disuelve y evapora en la sutileza metafísica de sus distinciones; es amargo y violento en sus acriminaciones y re- criminationes. Debo decir tambien que entonces era antes retórico que orador, porque en efecto así era. Pero pronto conoce que la tribuna no es una cátedra del Liceo, y modifica y suaviza la aspereza de sus sarcasmos. A puro manejar negocios toma el lenguaje claro y firme de ellos; sus frases cambian de forma y corren con mas facilidad. Desciende de las nebulosas regiones de la abstraccion á las realidades de la política; su elocuencia tiene mas vida y movimiento; se anima, se ilumina, se despliega, se eleva y se cierne majestuosamente en los aires. He añadido que en varias ocasiones manifestó una energía indómita, y que en su juventud estudió, comprendió, aprendió, y practicó la libertad mas que nosotros, mas que yo, si VV. quieren. Ahora bien: ¿no ha sucedido todo eso? ¿todo eso no es cierto? Pues si es cierto, ¿por qué no haberlo dicho en una ú otra edicion á medida que nos adelantábamos desde 1830 hasta 1847? ¿No debia yo enseñarle mudado y mudable á medida que mudaba? ¿No es eso lo que pedís á vuestro retratista, queridos lectores, que me honrais con una proteccion tan constante y sois los únicos que me sostenéis hace diez y siete años contra viento y marea? Y si Guizot se hiciera de nuevo opositor y liberal, ¿no querriais que os le presentase como tal en una vigésima edicion que todavía tendriais el mal gusto de comprar?

Tocante á Lamartine, á quien vuelvo, estoy totalmente de acuerdo con mis críticos; y á la verdad no comprendo cómo hemos podido, ellos creer, y yo decir, que Lamartine no improvisaba. Sin duda, cuando hemos creído y dicho que no improvisaba, no improvisaba; pero hubiéramos debido adivinar que Lamartine era un improvisador por excelencia. ¡Profanos! No habíamos previsto, al leer sus obras, que Lamartine era

el único de los grandes poetas modernos que habia improvisado versos. Improvisar versos, ¡y qué versos tan admirables, tan flúidos y melodiosos en la mas didáctica é incolora de las lenguas! ¿De qué genio no le habrá dotado el cielo? ¡Y hé aquí sin embargo lo que mis críticos y yo no hemos sabido adivinar! ¡Con que éramos unos bárbaros! ¡con que no teníamos oídos para escuchar esas armonías temblorosas y divinas de una lira siempre inspirada! ¿Cómo no hemos visto que al discurrir, en vez de cantar, Lamartine conservaba el don interior de su lengua y que no hacia mas que cambiar de metro y de lira? Sí, me equivoqué, y si lo he dicho demasiado tarde, eso consiste en que él tambien habia tardado demasiado en derramar sobre tantos asuntos los inagotables tesoros de su elocuencia.

Si no quereis variar con Lamartine, ataos á sus piés y retened en el suelo las alas sublimes que le llevan por el espacio al través de los mundos reales y efectivos de la creacion de Dios, y de los mundos fantásticos de la imaginacion de los poetas.

Si ha sido legitimista, despues socialista y luego conservador, y si es hoy liberal y mañana republicano ¿qué me importa? ¿Acaso necesito exigir de semejante poeta la terca opinion de un tonto?

Como la abeja de los campos, que extrae su miel de los elevados cedros y de la humilde violeta, de las rosas y de la corola del amargo citiso; así Lamartine, abeja de la política, no ha tomado y recogido, revolóteando por ellos, sino lo mejor y mas puro que habia en el partido social, en el republicano, en el legitimista y en el conservador.

De ese modo ha pertenecido alternativamente á cada uno de esos partidos, y acaso les pertenece todavía, sin dejar de ser lo que es.

No me quejaré, pues, como un artista vulgar, porque Lamartine cubre y recargue demasiado mi paleta con sus maravillosos y mudables reflejos, y cada vez que se presenta á mi vista en un rayo del arco iris, le retrato segun brilla, segun le veo, segun le amo!

Si sube á la tribuna un noble vástago que ha echado su talle enfermizo entre los bancos de la cámara, y no nos hacen saber su nombre, jamás podremos deciros si es un duque ó un peluquero; pero levántese Lamartine de su asiento, y á su porte altivo, á las primeras palabras que pronuncie, los extranjeros conocerán al momento los grandes modales, el porte elegante y el tono cortés de los antiguos caballeros franceses. De Caton se ha dicho, si no me equivoco, que era el último romano; pues bien: por el conjunto y distincion de su persona pública y privada, Lamartine es el último gran señor.

Muchas veces he preguntado para mí: ¿qué hubiera hecho Lamartine en los bancos de la Convencion? paréceme que con sus patéticas invocaciones habria inspirado en algunos de aquellos feroces corazones afectos de misericordia y clemencia. ¿Qué hubiera sido en tiempo de Napoleon? un magnífico embajador del grande emperador y de la gran nacion. ¿Qué seria en el dia si le hicieran ministro? entraria en su despacho con el sencillo entusiasmo de un hombre de bien, y tres meses despues, cansado de su impotencia y sácio de disgustos, entregaria al ujier de guardia su cartera encarnada, é iria á respirar, á la sombra de su querida soledad, un aire mas puro que el aire envenenado de los palacios.

Ni en la asamblea constituyente, ni en la Convencion, ni en nuestros conventículos actuales ha habido nadie que de cerca ni de léjos tenga una fisonomía parecida á la suya. Si semejante hombre llegase á desaparecer de la cámara, su asiento en ella quedaria vacío para siempre, y parece que con él se veria salir del salon la magnífica elocuencia de las imágenes, la poesia de los negocios, la defensa animada de las tesis sociales, la generosidad de las teorías populares y la caballerosidad de los altos sentimientos.

Y no creo que me acusen de decir demasiado ni poco, si hoy 30 de enero de 1847 afirmo que Lamartine es el mas florido, el mas lírico y humanitario de nuestros oradores, el mas melodioso de nuestros poetas, sin exceptuar al mismo Racine, el primero de nuestros improvisadores, un prosista eminente, un vasto entendimiento y un noble corazon.

THIERS.

No fué ninguna duquesa la que meció á Thiers al venir al mundo.

Como nació pobre tuvo que perseguir á la fortuna; como nació en ignorada cuna tuvo necesidad de adquirirse un nombre; como abogado sin pleitos se metió á literato y se entregó en cuerpo y alma al partido liberal, mas por necesidad que por inclinacion. Entoces empezó á admirar á Danton y á los hombres de la montaña, y llevó á la exaltacion el fanatismo calculado de sus hipérboles. Devorado por las necesidades como todos los que tienen la imaginacion viva, debió sus primeras comodidades á Laffitte, y su reputacion á su propio talento. Sin embargo, sin la revolucion de 1830 quizás no seria hoy Thiers elector ni elegible, ni diputado, ni ministro, ni siquiera académico; hubiera encanecido en el aprecio de alguna pandilla literaria.

De entonces acá ha cambiado de papel; se ha hecho autor, fautor y panegirista de dinastías, sostenedor de privilegios, órgano y ejecutor de inexorables mandatos; ha ligado irremediablemente su nombre con el estado de sitio de París, con las descargas de metralla de Lyon, con las magníficas hazañas de la calle de Transnonain (1), con las deportaciones al monte

(1) En esta calle y en sus adyacentes, siendo ministro Thiers, durante las famosas jornadas de junio de 1832, fueron pasados á cuchillo por la tropa en sus mismas habitaciones muchos ancianos, niños y mujeres, á pesar de sus súplicas y ruegos.— Nota comunicada por el autor.

Saint-Michel, con las fortificaciones, con las leyes contra las asociaciones, los vendedores públicos, los tribunales criminales y los periódicos; con todo lo que ha servido para encadenar la libertad; con todo lo que ha sido instrumento de depression y vituperio para la prensa; con todo lo que ha contribuido á falsear la institucion del jurado, á diezmar á los patriotas, á disolver las milicias nacionales, á desmoralizar la nacion, á arrastrar por el lodo la generosa y pura revolucion de Julio.

Ha abandonado á sus amigos Dupont de l'Eure, Carrel y Laffitte; ha renegado de sus doctrinas liberales; ha sido para la dinastía un instrumento apto para todo, dispuesto á todo; uno de esos instrumentos que se pliegan y no se rompen jamás, que se enarcan hasta tocar un estremo con otro, y tan flexibles, que vuelven á enderezarse como una flecha!

Los ministros aristócratas tienen sin duda alguna mas halago en la palabra, pero carecen de esa elasticidad de carácter; tienen mas habilidad para doblar con gracia la cabeza y el espinazo; saben encorvarse hasta el suelo para recoger el sombrero de su amo, pero vuelven á levantarse con la frente erguida; saben tratar con los reyes como de caballero á caballero, y se tienen en mas que cualquier cartera; así que, sea ó nó por instinto de dominacion, los reyes eligen mas á menudo sus ministros entre los plebeyos que entre los nobles. Saben que estos solo les servirán como vasallos, al paso que aquellos lo harán como criados.

Así, pues, si en una monarquía un hombre nacido en humilde cuna, pero de talento, recibe una educacion mas literaria que moral, y llega en brazos de la fortuna á la cumbre del poder, su elevacion le hará forzosamente marearse. Como se encuentra aislado en las alturas á que ha ascendido, y no sabe dónde apoyarse, careciendo de consideracion propia y de gente que le rodee, no siendo ya pueblo ni queriendo serlo, y no pudiendo ser, por mas que quiera y haga, noble y gran señor, se consagrará á besarle y lamerle á su rey los calcañares, y no creará haber hecho nunca bastantes contorsiones de humillacion, ni bastantes caricias deprecativas, ni bastantes ficciones

de adhesión y celo, ni bastantes genuflexiones y besamanos y besapiés, para probarle su humildad y lo rastrero de su adoración. Los personajes de esta especie son como los predestinados de la Gehenna que han hecho pacto con el diablo; llevan las señales de sus uñas, y si alguna vez intentan volver la cabeza, romper un eslabón de su cadena y dar un paso, el amo infernal á quien entregaron su cuerpo y vendieron su alma les grita: Eres mio!

Corre libremente, pincel mio, que no necesitas ahora compás ni tela preparada y tirante; corre á tu capricho! Quiero pintar á Thiers del modo que él habla, aunque no tan bien como habla; quiero presentarle ante el público lo mismo que le estoy viendo, empezar por la parte inferior de su fisonomía, acabar por los ojos, y para que salga mas parecido pasar de un lado al otro, ir, volver, cruzar, perderme y volverme á encontrar, y volverme á perder, y hacerle por fin á su imagen y semejanza.

Thiers, analizado detalladamente, tiene una frente espaciosa y bien organizada, ojos vivos, sonrisa de sagacidad y agudeza; pero en su conjunto aparece rechoncho, descuidado y vulgar. Hay en su cháchara un no sé qué de comadre, y en su porte un no sé qué de pillito de calle; su voz nasal desgarrá el oído; el mármol de la tribuna le cubre hasta el hombro y casi le oculta á su auditorio. Resta añadir una cosa; nadie cree en él, ni él siquiera; así pues, defectos físicos, desconfianza de amigos y de enemigos, todo lo tiene en contra suya, y sin embargo, cuando ese hombrecillo se apodera de la tribuna, se instala en ella tan á sus anchas, descubre tanto talento, tanta agudeza, tanta chispa, que se tiene uno que abandonar, por mas que quiera resistirlo, al placer de escucharle. Tiene por costumbre inclinar la cabeza sobre el pecho cuando se dirige hácia el estrado de la tribuna; pero así que ha trepado arriba y una vez lanzado á hablar despues de un breve momento de silencio, alza tan bien la cabeza, se pone tan erguido y tan alto en las puntas de sus piés, que domina toda la asamblea.

Aunque acostumbra tambien empezar todos los párrafos de sus discursos con la fórmula: *Permitanme VV., señores, ó*

VV. *perdonarán si*, etc., sabe muy bien decir las cosas sin permiso, y se cree muy superior al permiso de cualquiera; pero hay tanta vanidad en una cámara francesa! hay que humillarse tanto con ella! Mediante esa pequeña precaucion, puede uno atreverse á todo, y decirlo todo; es como el pasaporte de muchas impertinencias.

No puede decirse que Thiers procede en su elocucion por salidas de puntas agudas como Dupin, ni que tenga la gravedad de Odilon Barrot, ni el sarcasmo burlon de Mauguin, ni la ondulosa elocuencia de Sauzet, ni la razon elevada de Guizot; es una especie de talento á parte que no se parece de cerca ni de léjos al de ninguno.

Su razonamiento si se quiere no es una verdadera oracion; es en cierto modo una plática, una pura conversacion, pero una conversacion brillante, ligera, voluble, animada, entremezclada de rasgos históricos, de anécdotas y de reflexiones agudas, y todo ello dicho, cortado, roto, enlazado, desleído y recosido con una destreza de lenguaje verdaderamente incomparable. Nace el pensamiento con tanta facilidad en esa cabeza, que casi diria uno que sale á luz antes de ser concebido. Los anchos pulmones de un gigante serian insuficientes á la espectoracion de palabras de ese ingenioso enano; no parece sino que la naturaleza, siempre mirada y compasiva en sus compensaciones, ha querido reconcentrar en él toda la potencia de la virilidad en los débiles órganos de su laringe.

Vuelan sus frases como el ala del mosquitero, y hieren con tal rapidez que se siente uno herido antes de saber de dónde viene la flecha.

En sus discursos podrian censurarse miles de contradicciones; pero no deja él tiempo ni ocasion para hacerlo.

Le envuelve á uno en el laberinto de sus argumentaciones, donde se cruzan y confunden mil caminos diversos, y cuyo hilo solo él posee.

Cuando una cuestion parece ya agotada la vuelve á presentar por un lado enteramente nuevo, y la restablece con razones tan ingeniosas!....

No es posible encontrarle descubierto en nada; tan fecundo,

tan ligero se muestra en la defensa como en el ataque, en la réplica como en la exposicion. No sé si sus respuestas son siempre sólidas, pero sí sé que son siempre las mas especiosas.

A veces se detiene de repente para contestar á los interruptores, y les lanza sus dardos con tanta oportunidad que les deja aturridos y alelados.

Si una teoría presenta varias faces, unas falsas, otras ciertas, las agrupa, las entremezcla, las hace jugar y vislumbrar á los ojos de los espectadores con tal celeridad y destreza de manos, que no tiene uno tiempo para coger al paso el sofisma. No sé si el mismo desórden de sus improvisaciones, si esa misma incoherencia y agrupamiento de tantas proposiciones contradictorias, si esa misma mezcla extraña de todas esas ideas y de todos esos tonos es un efecto de su arte; pero entre todos los oradores él es sin disputa el mas fácil de refutar en los escritos y el de mas difícil refutacion en los discursos. Es el truhan mas divertido de todos nuestros truhanes políticos, el mas agudo de nuestros sofistas, el mas sutil y fascinador de nuestros prestidigitadores; es el Bosco (1) de la tribuna.

Ruega y suplica incesantemente que se le deje decir la verdad; pero vamos, señor mio, no repita V. tanto que va á decirlo, y dígala de una vez.

Es temerario y acaba siendo tímido; quiere obrar, corre, va á precipitarse, y en seguida se esconde, y se guarece, segun dice él en su propia fortaleza. Advierte todos los puntos de la dificultad, y no resuelve ninguno; coge el globo terrestre como pudiera coger la urna de las votaciones y le espeta á uno un curso de geografía; toma la esfera armilar y va sacando uno por uno sus círculos, sus globos, el ecuador, los solsticios, y en fin todas las piezas: señala las costas de la tierra, sondea los golfos, indica los promontorios, los escollos, los puertos, las ciudades, las montañas y los desagües de los rios. Da la vuelta al mundo y se restituye á su hogar pacífico, despues de haber visto mucho, y hablado mucho, y viajado mucho y andado poco, enseñado mucho y aprendido maldita la cosa.

(1) El primer jugador de manos de la época.—N. del T.

Si se le llegara á proponer el mando de un ejército, tal vez no lo rehusaría, y á fe de Timon ignoro si perdería ó no la batalla. Puedo asegurar á VV. que he oido por mis propios oídos á muchos generales prendados de él decir que servirían gustosos á sus órdenes (4).

VV. se rien, pues á pesar de eso hablo muy sériamente, y digo que si Thiers hubiera tenido unas cuantas pulgadas mas de talla, y hubiese aprendido la carga á once voces, les parecería á VV. un cabo cortado á lo Napoleon.

Por Dios no le saquen VV. de sus ilusiones mientras trabaja, maniobra y se desahoga en la tribuna con sus combinaciones estratégicas, porque entonces se cree de buena fe general, y no como quiera de un mero cuerpo de ejército, sino generalísimo, y en caso necesario almirante, á tal punto que para pasar de Grecia á Egipto hará que la escuadra toque en Tolon (2) para tenerla mas cerca de su anteojo, á lo Bonaparte. En otra ocasion, veránte VV. dirigirse impertérrito á Soult y decirle que no salió de Génova con su ejército por la puerta de Francia, sino por la puerta de Italia, y si Soult fué herido en la batalla de Salamanca él será capaz de sostener, al compás de los aplausos de la cámara, que recibió la herida en la pierna izquierda, y no en la derecha como ha creido siempre el mismo Soult, y se lo probará de tal modo que para salir de duda se pondrá involuntariamente el viejo guerrero el dedo en la cicatriz de su herida (3).

A veces se lamenta de su suerte, y nadie sabe entonces representar mejor que él el papel de víctima; otras toma el acento de Caton el misántropo y exhala de su pecho hondos gemidos sobre las perversidades de la opinion. Sabe tambien hacerse el melífluo, y cuando uno cree que va á acariciarle le araña el traidorcillo!

(4) El general Hache lo decia así; verdad es que cuando lo decia era Thiers ministro. El célebre C. Nodier, hombre sumamente *entusiasmable*, llegó á prendarse de tal manera del talento militar de Thiers, que sostuvo en varias ocasiones que era este un excelente general.—Nota comunicada por el autor.

(2) Alusion satírica al regreso á Tolon, cobardemente dispuesto por Thiers, de la escuadra de Egipto mandada por el valiente almirante Lalande.—*Id.*

(3) Este hecho es histórico; y es de advertir que Thiers no habia nacido aun en la época á que se referia.—*Id.*

Mucho le agrada la posesion del poder, no por lo que el poder vale en sí, sino por el bienestar que proporciona. Entre él y Guizot se reparten todo su jugo; Guizot saca de él el orgullo, y Thiers el sensualismo; y esto proviene de que se ha visto dos terceras partes de su vida privado de los goces de la fortuna. Pero ahora se está hartando con todo el afan y egoismo de un hambriento.

Thiers por su talento parece que tiene el diablo en el cuerpo; por todas partes le asoma, por los ojos, por los labios y hasta por las uñas. En su organizacion tiene bastante semejanza con Voltaire por lo delicado, lo enfermizo y lo instable.

Reune todos los caprichos é impertinencias de un niño con grandes pretensiones de gravedad de filósofo.

Es mas literato que estadista, y mas artista que literato; se entusiasmará ante un vaso etrusco, y la libertad le hallará indiferente.

Como hombre de gobierno es capaz de concebir grandes designios; y tiene al mismo tiempo, como una mujer, osadía para las pequeñeces.

Su valor es como el de todo ser débil y enfermizo, esa especie de valor febril y sujeto á sobresaltos que concluye con ataques de nervios y congojas. Semejantes debilidades solo se permiten en un canapé; en política no es lícito desmayarse.

Grande orador y ministro indeciso, siempre que se trata de obrar, su irresolucion glacial le tiene clavado en su poltrona; la palabra por el contrario le enardece y le saca de sus casillas.

Su antiguo entusiasmo por nuestros famosos revolucionarios era un mero entusiasmo de mancebo y de estudiante, en que iba mezclado sin saberlo él el despecho de no ser nada en aquella época con la vaga esperanza de llegar á ser un personaje. Pero el abuso de los goces ministeriales enervó muy pronto su temperamento *convencional*, y ha bajado de cuatro en cuatro la escalera que conduce de la guardilla al gran salon, instalándose en aquellos soberbios sofás de brocado de oro como si jamás se hubiera sentado sobre paja (1);

(1) Alusion al comienzo trabajoso y apurado de su carrera.—N. del T.

Thiers es gran señor por instinto (1), á la manera que otros lo son por costumbre.

Sea ó no ministro, en Francia ó fuera de Francia sus maneras nunca varían. Podría quizá sin embargo no prodigar su nombre por todo el universo en diarios y carteles cuando como un simple particular viaja para solaz suyo y nuestro. Y me parece en verdad de mejor gusto dejar esa clase de anuncios para los charlatanes que doman fieras, las actrices y las princesas.

Antiguamente los alcaldes y los regidores presentaban á los duques de Montbazon y de Montmorency las llaves de su gobierno en bandejas de oro; hoy se fletan buques, se hacen salvas y se pone en movimiento el telégrafo por los Montbazones del escritorio y los Montmorency de la curia y de la trapisonada: no les falta mas que hacerse acompañar de escuderos con halcones en el puño, por gentiles hombres y pajecitos.

Thiers es excéptico por índole en moral, en religion, en política y en literatura, y no hay verdad que le haga mella, ni amor sincero y radical á la causa del pueblo que no excite su sonrisa; es una como estofa arrasada que refleja y despidе al sol toda clase de colores sin tener uno que le sea propio, y cuyo tejido ralo da paso á la luz como una gasa.

No hay que pedirle convicciones puesto que duda, ni pruebas de virilidad, pues no se lo permite su temperamento. ¿No quieren VV. que se burle cuando todo le parece digno de burla? y no se ha de burlar de VV. cuando se burla de sí mismo?

Confíesele en buen hora la administracion de marina, de la guerra, del interior y de la justicia ó la diplomacia; pero no se pongan á su disposicion millones, ni menos aun cientos de millones, porque se le escapan por entre los dedos como el agua por una criba. A su facilidad para gastar dinero, reúne cierta manera de presentar cuentas muy poco parecida á la

(1) Thiers es hombre que fleta buques, y viaja por tierra con dos coches, el uno que lleva sus manuscritos, y ocupado el otro por su diminuta persona.—
Nota comunicada por el autor.

manera comun, y suele llamarla muy ingeniosamente arte de agrupar guarismos (1).

No es muy fácil medir con exactitud toda la capacidad de su apetito político; lo único que puede asegurarse es que ha sido, y que seria mil veces mas aun si se presentara el caso, un inmenso consumidor de hombres, de caballos, de buques, de pertrechos y de escudos. Nadie al verle tan pequeñuelo diria que tiene un estómago tan vasto; á la manera de Gargantua es capaz de tragarse de un bocado el mas considerable presupuesto.

Ministro flexible y tenaz á un mismo tiempo, indiferente y decidido, solo cede para volver á la carga, solo concede para quitar de nuevo, solo permite escoger entre lo que es imposible evitar; y á la vuelta de todas sus concesiones siempre viene á decirnos: hagan VV. lo uno ó lo otro, con tal que hagan lo otro: dénme VV. esto ó aquello con tal que me den lo que pido.

Mucho me agrada, no lo puedo negar, su modo de discurrir natural, animado y suelto. En vez de declamar me parece que está conversando conmigo; no se parece á los hermanos predicadores de la doctrina (2) que están siempre barbotando sus salmos en el mismo tono; pero tambien su cháchara acaba por romperme la cabeza, aunque por lo general la oigo como una especie de pio y de gorjeo que me distrae de la monotonía oratoria, eterna pesadilla, la mas insufrible de todas para un mártir parlamentario condenado á ella desde mediodia hasta las seis de la tarde.

Thiers no solo conmueve y convence, sino que interesa y divierte al pueblo mas aficionado entre todos los pueblos á que le distraigan, y le distraigan sin cesar, aun en medio de los negocios mas graves.

A cada paso va encontrando Thiers por su camino flores, rubies, perlas y diamantes; con solo bajarse y recogerlos y reunirlos toman entre sus manos, como por encanto, la forma de una guirnalda, de un broche, de una sortija, de un cinturon

(1) Histórico. Expresion de Thiers en la tribuna francesa.—*N. del T.*

(2) Alusion á Guizot y demas doctrinarios de Francia.—*Id.*

ó de una diadema; tal es la riqueza de su ingenio, tal su fecundidad y brillo!

Medita sin esfuerzo y produce sin extenuarse; camina sin fatiga, y no he conocido viajero de ideas mas veloz; pasan los tiempos por su memoria, en su órden y con su verdadera forma, y la naturaleza que los demás solicitan se ofrece á él sin que la llame con todas las pompas de su majestad y todas las gracias de su sonrisa. ¿Habeis reparado alguna vez en los barcos de vapor que surcan nuestros rios aquel espejo suspendido donde se vá mirando la ribera? Mientras el barco navega va él reflejando y viendo huir rápidamente las alegres aldeas, las iglesias con sus agujas sutiles, las praderas cubiertas de esmeralda, las frondosas montañas, las trémulas lonas de los buques, las blondas espigas de las inmóviles campiñas, los rebaños del valle, las nubes del cielo, los animales y los hombres. Pues lo mismo es Thiers: es una especie de espejo parlamentario que va reflejando las pasiones de los demás sin tener él pasiones; que llora sin tener lágrimas en los ojos; que se hiere con un puñal sin que le saque una sola gota de sangre. Todo en él es pura comedia, pero qué comedia y qué comediante ¡vive Dios! ¡Qué naturalidad, qué flexibilidad, qué espontaneidad de imitacion! qué inflexiones de tono tan inesperadas! qué transparencia! ¡Qué luz en aquel estilo! ¡qué gracia sencillísima en aquella elocucion! Comediante, V. me engaña! y quiere engañarme. Admirablemente representa V. su papel, pero eso no es mas que un papel de comedia; lo sé, y sin embargo me dejo cautivar por esa seduccion; cedo, y mientras V. habla, me hallo como hechizado, y casi prefiero oir el error en los labios de otro.

¡Cuán magnífico estuvo en su papel de las Bastillas (1)! Cier-to que he asistido á lo mejor que se ha representado en punto á dramas, grandes óperas, óperas cómicas (2), *vaudevilles* y piezas de circunstancias, en el teatro del Palacio Borbon; pero debo confesar que las fortificaciones de Paris son la mas asombrosa de las burlas y otras peripecias que he visto en mi vida.

(1) Con este nombre de una antigua prision de Estado moteja la Oposicion á las actuales fortificaciones de París que principió Thiers.—N. del T.

(2) Especie de zarzuelas.—*Id.*

Jamás mejor actor representó mas gracioso entremés: se dió tal perjeño, se manejó en aquel con tanto arte, con tan ingeniosos arranques, animó de tal suerte la escena, causó una ilusión tal de mano y de óptica á todos los espectadores, que no pudieron menos, ni aun los que habian acudido para silbarle, de exclamar: Bravo! perfectamente representado! y al fin tan hábil anduvo que metió á la Cámara debajo de su cubilete, y luego cuando le levantó ya no habia Cámara, y se acabó la funcion!

Thiers me ha inspirado muchas veces la idea de una mujer sin barbas, de una mujer instruida y de talento, no de pié sino sentada en la tribuna, que estuviese bordando una conversacion sobre mil asuntos, revoloteando de uno á otro con leve donaire sin que apareciese el trabajo de su inteligencia en sus lábios siempre en movimiento.

Es mas flexible que un recorte del mas fino cuero: se tiende, se encoge, se inclina ó se eleva con su argumento; se retuerce en espiral al rededor de cada cuestion, desde el tronco hasta la cúspide; sube, baja, vuelve á subir, se cuelga de las ramas, se agazapa en lo mas espeso de la enramada, aparece, desaparece y hace mil engañosos regateos con la donosa agilidad de una ardilla.

Al primer rayo solar que se desliza por las pintadas vidrieras de la cúpula, hace rielar su prisma de facetas á los ojos de las alondras parlamentarias que revolotean en rededor y van á caer en sus redes.

Extraeria plata de un peñasco. Donde los otros no hacen mas que espigar, él siega.

Bate las alas, se despliega, se matiza sucesivamente de púrpura, de oro y de azul. No habla, arrulla; no arrulla, silba; no silba, canta, y deslumbra tanto con su color y su melodía, que no sabe uno qué es lo que admira mas, si su voz ó su plumaje.

Thiers es hombre para estar discurrendo tres horas seguidas sobre la arquitectura, la poesía, el derecho, la marina, la estrategia, aunque no es poeta, ni arquitecto, ni jurisconsulto, ni marino, ni militar, con tal que le den una tarde para prepa-

rarse. Precisamente debió asombrar á sus mas antiguos jefes de division cuando disertaba sobre administracion con ellos. Quien le oiga hablar de curvas, de sillares, de mermas, de argamasa hidráulica, le creerá albañil, cuando no arquitecto. Disputaria sobre química con Gay-Lussac, y enseñaria á Arago á asestar un telescopio sobre Vénus ó sobre Júpiter.

Su discurso sobre la situacion de la Bélgica es un dechado de expresion histórica. En el asunto de Ancona, esplicó posiciones estratégicas, baluartes, poligonos, frentes de ataque, revueltas, con asombro de los oficiales de ingenieros. Cualquiera le habria tomado por un hombre del oficio, por un sábio.

Bellas artes, canales, caminos, hacienda, comercio, historia, imprenta, política trascendental, negocios callejeros, teatros, guerra, literatura, religion, ayuntamientos, moralidad, placeres, cosas grandes, cosas medianas, cosas pequeñas ¿qué le importa? En todo está; para todo está pronto, porque para nada lo está. No habla como los demás oradores, porque habla como todo el mundo; los demás oradores se preparan mas ó menos, pero él improvisa; los demás oradores peroran, pero él habla, y ¿cómo se precave uno de un hombre que habla como V. y yo, mejor que V., mejor que yo, mejor que nadie? Los demás oradores dejan pasar por entre bastidores algun trocito de coturno, y por el reflejo del espejo se ven agitarse las plumas de su cimera: están acicalados, vestidos y con el pié adelantado. Solo aguardan á que se levante el telon para efectuar su entrada. Por el contrario, si coge V. á Thiers al quitarse las botas (1) y le dice V.: Ea, despachemos, la sala se llena y el público se impacienta y aguarda á V.; póngase V. la careta y represente el personaje que quiera, un ministro, un general de ejército, un artista, un puritano, pero represente V. Thiers no se tomará tiempo ni aun para enjugarse la frente y beber un vaso de agua con azúcar; ni siquiera se vuelve á vestir, sino que entra en escena, saluda, se coloca en pos-

(1) Alusion á la costumbre de los tiempos de Luis XIV y de Luis XV de dejar los cortesanos las botas en la antesala antes de presentarse en el estrado.
—N. del T.

tura teatral, acciona delante de los espectadores, improvisa los caracteres, hilvana el diálogo, desata los embrollos y aprende su papel representándole; á veces representa dos papeles, vuelve los talones, tira la careta, coge otra y, siempre el mismo, es siempre diverso, siempre está en situación, siempre es cómico consumado.

Tengo sin embargo que reconvenirle porque se rie algunas veces cuando está hartó animado, al bajar de la tribuna; siendo así que un buen cómico que quiere ilusionar al público en punto á la verdad de su papel, nunca debe reirse de la farsa que acaba de representar. En este concepto, lo reconozco, Thiers tiene aun que adelantar.

Si Thiers hablase menos aprisa, seria menos escuchado; pero precipita su frase con tanta volubilidad, que la inteligencia de la cámara no puede precederle ni aun seguirle: bajo este punto de vista, su defecto es una gala, y es mas artista de lo que quiere. A veces acaba, es verdad, por ahogarse en los detalles, y se extravía á derecha é izquierda, tan léjos al fin, que le acontece no sacar conclusion alguna. ¿No será esto tambien, en algunos casos, una habilidad mas bien que un efecto de su arte?

Una vez en marcha, galoparia sin parar de la mañana á la noche.

¿Por qué el Todopoderoso, previendo que algun dia iba á crear á Thiers, no ensanchó el círculo de los dias y las noches á fin de dejarle mas tiempo para hablar, ni hizo que la tierra girase al rededor del sol en cuarenta y ocho horas en vez de venticuatro?

Es raro que estos grandes habladores sean grandes políticos. Muchas veces les acontece decir lo que no convendria, y no lo que convendria. Son por lo general vanos, aturdidos, decisivos, presuntuosos: instándoles á discurrir, cosa que nunca rehusan, se les hace caer en las redes de la indiscrecion. Mas mesura se necesita para los negocios de estado.

Casi estaria tentado á creer que Thiers tiene demasiado talento para ser ministro. Desconfiemos, para gobernar, de

los hombres que hablan demasiado, y sobre todo de los que hablan demasiado bien!

Cada gobierno tiene sus defectos. En los gobiernos representativos solo los oradores conducen las mayorías, y solo las mayorías hacen los ministros. Todo ministro influente debe ser orador, pero todo ministro orador puede no ser hombre de estado. Colbert y Sully no eran oradores: en nuestros tiempos no hubieran podido ser ministros. J. J. Rousseau no podía enjaretar dos frases en público. Talleyrand se hubiera quedado atascado al cabo de una conversacion parlamentaria de un cuarto de hora. Chateaubriand habla mascullando, y verosimilmente Montesquieu no hubiera podido sostener una lucha de palabras con el último pasante del último procurador de Brives-la-Gaillarde.

Ciertamente Dupin preside, diserta y acusa á las mil maravillas, y sin embargo, al rededor del tapiz verde de los ministros, no tendria dos ideas á la cola una de otra y mudaria cuarenta y cinco veces de opinion en cuarenta y cinco minutos. Thiers tiene mejor porte, es menos desigual, menos cáustico, menos versátil: no pondrá sus máximas en epigramas: no matará á sus colegas con un chiste; pero ¿tiene el espíritu de lógica, de direccion, de perseverancia, de cordura, necesario para los grandes negocios? ¿no cede demasiado fácilmente al imperio de un sistema, al capricho de una idea? ¿no es unas veces demasiado irresoluto, demasiado flotante, y otras demasiado brusco, demasiado decidido? ¿no tiene mas fuego que juicio? ¿su imaginacion de artista no le arrastra á divagar un poco? ¿no se deja deslumbrar y decidir mas bien por la grandeza de las cosas que por su utilidad, por lo aventurado mas bien que por lo posible? No cree en los sacrificios de la virtud ni en los milagros del honor; no cree firmemente mas que en el poder del oro, y ese oro lo prodigaria á toneladas para construir un arco triunfal ó para cualquiera otra insensata conquista. No sabe que el dinero del tesoro es el quilo y la sangre del pueblo; que esa sangre es preciosa y es preciso economizarla: que la economía es la primera de las virtudes públicas, y que, todo bien considerado, el mejor de los gobier-

nos es el que menos cuesta. Guizot y su escuela han desecado nuestras almas: Thiers y su escuela vaciaron nuestros bolsillos. El uno nos costaría lo poco que nos queda de virtud, y el otro lo poco que nos queda de dinero. Tan perfectamente se han compuesto uno y otro, gracias á Dios y á la camarilla, que ya no hay entre nosotros mas probidad política que creencias de ninguna especie, en nada ni sobre nada, y no creo calumniar á mi país diciendo que, merced á esos señores, el pueblo oficial (1) de Francia es hoy el mas blando, el mas rastrero, el mas servil y el mas corrompido de Europa.

¿Han visto VV. por casualidad á Thiers en las comisiones de la cámara? ¿Han admirado VV. los recursos de aquel ingenio brillante y sutil? ¿Le han visto VV. luchando con Salvandy sobre la cuestion española? Aquello era el combate del torero, vivo, ágil, lleno de osadía, con un toro colosal y pesado. M. de Salvandy, todo enjaezado, sudaba y resoplaba en su argumentacion. Thiers montanteaba en torno de su cabeza y de sus lomos, y le derribó en la arena, entre las carcajadas de los espectadores.

Los *clowns* que montan los caballos de Franconi fascinan á la multitud cuando agitan en sus manos muchas banderitas multicolores: lo que los *clowns* hacen, cabalgando en el circo, lo hace Thiers hablando en la tribuna.

Cuando echa de ver que su conversacion languidece y que el auditorio empieza á bostezar, se vuelve de pronto á la derecha, que no se espera ni aun remotamente aquella salida, y le lanza á quema-ropa algunas frases de refrescos que tiene en reserva sobre la victoria de Jemmapes y la bandera tricolor. Esta relacion cuasi revolucionaria produce siempre su efecto, y los arastra-sables (2) recogen del suelo al orador derribado que inmediatamente vuelve á montar á caballo.

Otra vez se tratará de saber si Thiers ha podido crear regimientos con un simple decreto, sin cámaras y sin ley: esta será toda la cuestion. Pues bien! Thiers esquivará esta cuestion cons-

(1) Expresion de Armando Carrel.—N. del T.

(2) *Traineurs de sabre*, apodo con que designan los radicales á los ayudantes del rey, y en general á los palaciegos.—*Id.*

titucional, y disparará una digresion excéntrica sobre el heroísmo de los oficiales del ejército, para hacerse aplaudir de sus compañeros de la cámara (1) Esta ocurrencia hará reír. Ríanse VV., señores, ríanse cuanto quieran, pero ríanse sobre todo de sí mismos y á sus expensas, porque él ha ganado su causa, que no es la de VV.!

Hubo un tiempo en que su voz de falsete desfallecia, se enternecía y se empapaba en lágrimas cuando llegaba á hablar de su rey, de las virtudes de su rey: de sus dignos ministros, de su noble y paternal administracion. ¿Qué me dicen VV. de paso, de esa noble y paternal administracion que ha ahogado la libertad de discusion, y que nos ha impuesto las amables leyes de setiembre? Mucho debe reirse Thiers por las noches, en su palquito de la ópera. ¡Y qué bonachones debemos parecerle (2)!

Tiene tanto talento ministerial con tanta inconsistencia, y tantos recursos oratorios con tanto aturdimiento, que no es posible servirse ni prescindir de él. Thiers es un auxilio que será siempre embarazoso.

Hoy de cuartel, mañana en actividad de servicio, podrá, de cuando en cuando, mandar el ejército parlamentario, pero nunca tendrá soldados suyos, como Guizot, Berryer y Odilon-Barrot; porque no se le puede reconocer por la forma de su tienda de campaña, que ora planta en un terreno, ora en otro, ni por el color de su bandera, que tiene un poco de colorado, un poco de azul y un poco de blanco, pero que no es colorada, azul ni blanca.

Los hombres sin moralidad política son maravillosamente aptos para gobernar asambleas sin principios: además, en Francia todo se permite á los hombres de talento, hasta que cambien de principios: solo á los necios les está vedado ser inconstantes.

Me engañé, y cualquiera se hubiera engañado conmigo cuan-

(1) Histórico.

(2) Alusion histórica. Thiers delante de la duquesa de Berry hablaba mal, para adularla, de la familia de Orleans: y díjole en cierta ocasion aquella dama: «No, no, nada de eso, los de Orleans son de muy bonachones.»—Nota comunicada por el autor.

do dije que á pesar de su talento Thiers no llegaría al primer puesto del estado, porque le faltaba la consideracion. La consideracion viene de una alta probidad, como la de Dupont de l'Euré; la consideracion viene de un carácter político que nunca se ha desmentido, como el del general Lafayette; la consideracion viene de un inmenso caudal adquirido con largos trabajos, como el de Casimiro Périer; la consideracion viene de un antiguo patronazgo y de una generosidad régia, como los de Laffitte; la consideracion viene de una alta dignidad y tambien, fuerza es decirlo, en la preocupacion de nuestras costumbres insanas, de un alto nacimiento, como el del Duque Broglie; la consideracion viene de la subordinacion militar, del brillo de las victorias y de los servicios prestados por una gloriosa espada, como los del mariscal Gérard; la consideracion viene de la ilustracion de los antepasados ó de la gravedad personal, como la de Molé; la consideracion viene de una vida digna y modesta, como la de Royer-Collard; la consideracion en fin viene á veces de la gracia de los modales y de la cortés afabilidad de lenguaje, como las de Talleyrand, y esta no es de desdeñar en un país donde el *pensamiento inmutable* (1) despacha sus órdenes al gabinete y donde los ministros no son mas que unos factores ó dependientes. Ahora bien: ¿á cuál de todas esas clases de consideraciones aspira Thiers? Dificil nos seria decirlo, y á él tambien.

Y sin embargo, Thiers ha sido dos veces primer ministro, aunque fallo de consideracion, y ¡cosa mas extraordinaria! ha caido en desgracia y no ha sido enviado para diversion de las sultanas de embajador cerca del Gran Turco.

Así fué que los doctrinarios, que, desde los primeros tiempos de la Restauracion, le tomaron á su servicio, no le estimaron nunca; al paso que le pasaban la mano por el lomo para halagarle, temian sus brincos y sus zarpazos, no le hacian sentarse con ellos en su canapé, le tenian á cierta distancia; le consideraban como á un hombre sin consistencia ni principios, relacionado con ellos por la participacion de los mismos pecados, pero

(1) *La pensée inmutable*, es decir el rey.—*N. del T.*

que no estaba á la altura de sus axiomas, y cuyo frac, por mas acepillado que estuviese, dejaba siempre ver en la solapa ó bocamanga mas de una mancha de fango revolucionario.

Thiers, á su vez, llevaba con impaciencia aquel soberbio yugo; se encorvaba, se torcia y se agachaba delante de ellos, pero era para embestirlos por debajo. Escondido en su gaza-pera, labraba su ruina: con los piés y las manos trabajaba, socavaba el edificio de sus grandezas; era el topo del ministerio.

Thiers habia hecho entonces muy notables adelantos en religion; no se hablaba en la córte y en la tribuna mas que de Dios y de sus ángeles, de la gloria, de la Santísima Virgen, de la Santa Iglesia, de las santas bendiciones del cielo, de los santos misterios, de los santos milagros y de la Providencia aplicada á lo político, todo lo cual era, en los singulares individuos que pronunciaban estas palabras, un nuevo género de blasfemias. Los filósofos de la calle de Grenelle (1) se arrodillaban humildemente sobre brocados de oro y púrpura, y el ateísmo se habia hecho devoto. ¿Cómo quieren VV. que con eso no se salvase á la dinastía?

Por lo demás, Thiers, sin ser enteramente un santo varon, no es hombre malo; no tiene fuerza para amar ni para aborrecer. Se le puede arrastrar á cometer excesos, pero no los cometerá *motu proprio*. Si es liviano de carácter, si es cínico en sus expresiones, debe estos defectos á su mala educacion: ¿dónde ha podido recibirla buena? pero no hará mal por inclinacion al mal.

Tampoco le creo hombre de dinero, ni capaz de tomarle para sí, y diciendo esto pruebo mi buena fé, casi mi valor. Por mucho tiempo he creido lo contrario.

Debo decir tambien que Thiers dejó su cartera por motivos honrosos y aun lógicos considerados bajo el punto de vista en que se habia colocado; que se comportó no sin dignidad ni desinterés, y que ni él ni Guizot, al salir del ministerio, han imitado á esos indecentes personajes á quienes hemos visto llevarse hasta las servilletas del refectorio (2).

(1) Calle donde está el ministerio de estado.—N. del T.

(2) Alusion á varios ministros que dejaron sus destinos llevándose pingües

En fin, yo tengo á Thiers, lo repito, por hombre de rarísimo talento, talento dotado de una fecundidad de arbitrios, de una flexibilidad de forma, de una lucidez, de un tino, de una penetracion y, al mismo tiempo, de una naturalidad que agrada tanto mas, cuanto que contrasta con las ambiciosas magnificencias de la tribuna.

Pero tambien ¡qué afectacion de hablar siempre de su probidad! qué cruel y detestable ironía de encarecer su fidelidad á la revolucion de Julio, él que tanto la ha vendido, él admirador de la Convencion, que se pegó á la cola de una mayoría casi legitimista! él, hijo del pueblo que ha abogado porque fuese hereditaria la pairia! él, panegirista del republicano Danton, que se hincaba de rodillas para jugar con las hebillas de los zapatos de su rey, y que se hacia el confidente íntimo de los secretos del guardarropa! él, que mas que otro alguno hubiera debido perseverar en ser hombre parlamentario, y que se complacia y se encerraba en la sospechosa conservacion de los fondos secretos y de los telégrafos.

Thiers ha creído que un cortesano intruso, seta que brotó de los fangos revolucionarios, llegaria á la altura de una encina y protegeria eternamente con su sombra á las Tullerías; pero cuando pasa la tempestad, las setas se soterran. Los reyes no se sirven de nosotros, hombres de poco mas ó menos, sino cuando nos necesitan ó nos tienen mucho miedo; las monarquías no se asimilan bien sino con las aristocracias. Estas son ramas y hojas del mismo árbol, que componen entre unas y otras la misma vida y sacan del mismo estiércol su igual y comun sustento. Esto es lo que Thiers no ha visto, cosa que honra poco su juicio.

Despues de su última dimision, remó entre Caribdis y Scila con increíble agilidad de remos, evitando la izquierda sin tocar en la derecha, y bien se veia que acababa de pasar por el ministerio de Negocios Extranjeros. Sus discursos de entonces, aprendidos con anticipacion y sumamente trabajados, son acabados modelos al uso de las ambiciones ministeriales: en

ellos hace notar á la oposicion dinástica, con cariñosa benevolencia, el valor de su reciente amistad; asegura de paso á Molé que puede contar á medias con su desdeñosa proteccion, y abruma á Guizot con la befa de su derrota; pero todo eso á paso de lobo, con palabras rebozadas. Para los buenos entendedores, eso significaba que cualquiera de los dos partidos tendria á mucha dicha volver á él; pero aliado harto incierto del uno, y demasiado reciente del otro, Thiers no era bastante realista para los doctrinarios.

Contra mi costumbre, voy alargando demasiado este retrato; pero, lector, fuerza es que así sea, pues escribo del mas hablador de nuestros habladores, y he prometido dártele parecido: si esto no obstante empezase á fastidiarte, no tendrias que hacer mas que decírmelo y dejaría la pluma; pero no creo que el pintor, ó mas bien su modelo, te canse todavía, y voy á aprovechar el interregno ministerial á que he llegado, para resumir á mi personaje.

Pronto á todo, á trabajar, á sentarse á la mesa para comer, á charlar, á pasar el tiempo, á despertarse, á dormir; apto para todo, para los cálculos, para las cuestiones de hacienda, para la historia y la geografía, para la estrategia, las letras, las bellas artes, las ciencias de aplicacion, la economía social, los trabajos públicos, las especulaciones de la política; sin dudar de nada, como no sea alguna vez de sí mismo; sin poder prescindir de los demás, que no pueden prescindir de él; ni demasiado constitucional para amedrentar á la córte, ni demasiado monárquico para desagradar á los constitucionales; hombre de circunstancia en un país de circunstancia; hombre del momento en nuestros gobiernos del momento; sin creer en nada en una sociedad en que no se cree en nada y perfectamente hecho á su imágen; el mas hábil de los escritores y de los hombres de Estado que montaron jamás sobre sus cureñas volantes la artillería de los periódicos; parlador prestigioso, universal y sin fin; artista en negocios, artista en todo; desdeñoso de las constituciones y de las leyes por haberlas violado impunemente; desdeñoso de los hombres por haberlos, —*corrompido* iba á decir, — pero mas cortés será decir *seducido*; virando

la barca de su fortuna al viento de todos los sistemas, y desplegando todas sus velas á la vez, aunque vaya un momento despues á estrellarse en mil escollos; presuntuoso y hastiado, osado y temblon; tomando carrera para devorar el espacio, y parándose delante de un chinarro; vagamundo de ideas, hacedor de planes, rebuscador de arbitrios, enganchador de aventuras; bastardo de principios como los que sirve; tan embrollado, tan mezclado en todas las pandillas, en todos los secretos de estado, en todas las idas, en todas las vueltas, en todas las flaquezas, en todos los miedos, en todas las pequeñeces, en todas las domesticidades, en todos los guardaropas de este régimen, y tan adherente, tan pegado á sus costados y sus huesos, como la túnica de Neso, que no podria el régimen desasirle, sin arrancarse pedazos de carne y sin desgarrarse á sí mismo sus propias entrañas; en fin, verdadero francés, francés de nuestro siglo, tal cual dicen que los necesitamos y que acaso seria imposible que no fuesen Thiers, ya sea ministro, diputado ó ciudadano, será siempre, bajo la monarquía en que vivimos, uno de los hombres mas considerables, el mas considerable de todos; al fin lo dije, y lo sostengo.

Yo hubiera deseado, por mi parte, que Thiers no hubiese dado tantas vueltas y revueltas en medio de todo su embolismo de primeras presidencias del consejo, en que ya casi me pierdo; y discurran VV. lo que seria si fuésemos á meternos en clasificar, comparar, enumerar, definir, admirar las posiciones y los méritos de sus colegas. Verdaderamente seria cosa de perderse en este laberinto, y para aumentar la confusion, cuando la compañía de Thiers quiebra, los balances y cuentas de administracion atestan inmediatamente la mesa de la cámara. Ministros, directores, jefes, comisionados y hasta los mozos de caja, todos se dan prisa á hacerse apostillar y examinar en la tribuna, en los periódicos y en el tesoro. Thiers el liquidador en jefe, pide la palabra veinticinco veces seguidas, arguye como un procurador sobre cada artículo, se pretende mas limpio que Bareme, disfraza un gasto, esquiva un cero, disputa un céntimo, y luego, acalorándose poco á poco, crisa sus bracitos y amenaza con la cólera de los dioses y con

el desprecio del linaje humano á quien halle algo que vituperar en tanto genio y tantos excelentes ahorros.

A ejemplo suyo, cada uno de los coasociados que se llaman responsables á este fulminante Agamenon, charla y pelea por su pedacito de ministerio, imaginándose que la Francia tiene los ojos fijos en él, y que sus actos ponen en cuidado á la posteridad. Volveos á vuestras tiendas, mercaderes de palabras, volveos! el toque de oracion parlamentario acaba de dar, y cada cual puede irse á la cama! Buenas noches.

¿Y qué le han de importar á la posteridad esas miserables disputas de carterá entre el *aunque* y el *porque* (1), entre Pedro y Pablo, entre Juan y Diego? Para señalar esos grandes ministerios á la administracion de nuestros nietos para levantarles faros en las márgenes del tiempo, hemos agotado todos los dias del calendario gregoriano; el 2 de *noviembre*, el 13 de *marzo*, el 11 de *octubre*, el 22 de *febrero*, el 6 de *setiembre*, el 15 de *abril*, el 12 de *mayo*, el 1.º de *marzo*, el 29 de *octubre*..... el qué sé yo cuántos de cualquier otro mes, de todos los meses que haga Dios. Afortunadamente no les ha dado la ventolera á todos esos señores de llamarse el ministerio de san Policarpo, de san Turiafo, de san Nicolás, de san Pacomio, de san Buenaventura, pues de otro modo, al paso que llevan, hubieran acabado con todos los santos del cielo.

Por lo demás, los nombres, las fechas, los principios, los sistemas y las personas le importan muy poco á Thiers, y él no se ocupa de eso. Dimisionario ó despedido, siempre está en acecho del ministerio, aun cuando parece que no aspira á nada, y no se aparta de los linderos de la cámara, pronto á precipitarse sobre su presa. Así fué cómo, por la segunda vez, y yo tuve parte en ello, se ingirió en el poder entre dos escrutinios (2).

Pero sus inexorables antecedentes le estrecharon en su cadera, y fué débil porque ya lo habia sido, inconsecuente porque ya habia sido inconsecuente, pasando, en lo exterior,

(1) Ya en otra ocasion hemos explicado la alusion que encierran estas palabras.—*N. del T.*

(2) Ley sobre la dotacion del duque de Nemours.

de Inglaterra á Rusia y de Rusia á Inglaterra, y en lo interior, del pueblo á la córte y de la córte al pueblo, sin poder nunca elegir ni decidirse.

Culpa es tambien hasta cierto punto del parlamento. ¿Quién se formará una idea del imperio de la fraseología sobre las cámaras francesas? se las engaña, se las pone en movimiento, y olvidan todas las faltas, todos los hechos anteriores, y hasta todos los crímenes: resistirán á los ejemplos, á los guarismos, á la experiencia, á la lógica; no resistirán, porque les es imposible, á los trabajados artificios de los habladores y de los sofistas. El gobierno representativo tiene el favoritismo de la palabra. Se hace un diplomático de un hombre de cuarenta años, porque tiene el frenillo de la lengua bien prendida al paladar, y puede enjaretar millares de frases; pero ¿qué diplomáticos!

Como ministro de negocios extranjeros, Thiers se ha equivocado como un niño y casi en todo, no comprendiendo que los principios son los únicos que producen las revoluciones y los revolucionarios; que los principios son tambien los únicos que hacen las monarquías, las aristocracias, las repúblicas y las cámaras; que son los únicos que producen la moral y la religion, la paz y la guerra; y que son igualmente los que guian al mundo (1).

Es verdad que Thiers afirma que no hay principios, esto es, que él mismo no los tiene, y hélo aquí todo.

Ya en 1837 se engañó acerca de la España, que no podia, decia él, defenderse sola contra los carlistas, y se engañó de nuevo en 1840 acerca de la Siria, que, decia él, debia defenderse sola contra los ingleses.

Hallábase en verano y queria hacer la guerra en la primavera siguiente; sin pensar que desde el otoño el Egipto habria sido ya conquistado, Mehemet-Alí decapitado, Argel bloqueado y la Francia invadida (2).

Además, hubiera sido preciso oponer las ideas á los cañones, y Thiers no tenia ideas ni cañones: al fin, creyendo poner á raya á Luis Felipe y amedrentar á la Europa, ha ocultado el

(1) Véase el Apéndice.

(2) Véase el Apéndice.

gobierno parlamentario detrás del gobierno personal, y la Francia detrás de un pedrusco. ¡Oh soberbia política!

Thiers nos ha dicho, y lo creo, que su responsabilidad le impedia dormir. Peor, señor mio, y ahí está el mal. Un ministro, pasadas las doce, debe siempre dormir: preciso fué despertar de su profundo sueño á Alejandro, á Condé y á Napoleón en la mañana de las jornadas de Arbela, de Rocroy y de Austerlitz; verdad es tambien que Thiers, que yo sepa á lo menos, no ha ganado todavía ninguna de esas batallas.

Un ministro debe considerar todos los peligros del Estado sin turbarse y con miras fijas y elevadas; solo para eso es ministro. No se nos diga que Thiers estaba dominado por la corte: mala disculpa! solo dos partidos podia tomar, ó vencer el poder oculto que le rechazaba, ó dar su dimision. Desgraciadamente siempre acontece que hasta despues del suceso no sabe Thiers que hubiera debido hacer lo que no hizo, ó que no debia hacer lo que hizo. Siempre parte demasiado pronto para llegar demasiado tarde.

En suma, durante su último ministerio, mas ha contemporizado con sus adversarios que servido á sus amigos: se ha contentado con una mayoría de mueblaje y de inventario, en vez de una mayoría de simpatías y de principios: no ha sabido evitar las redes de sus subordinados, huir de las caricias de su amo, disolver la cámara, ni convocarla; ni entrar en la alianza, ni salir de ella; ni hacer avanzar á tiempo la escuadra, ni retirarla; ni emplear aquellas palabras templadas y suaves que apaciguan; ni hacer aquellos actos bruscos y decisivos que intimidan; ni negociar, ni vencer, ni gobernar.

El, que debia romper la cuádruple alianza, abrir á lanzadas las barreras del Rin, arrasar al nivel de un ponton las naves de la escuadra inglesa, enarbolar la bandera tricolor en las fortalezas de Alejandria, pasearse en triunfo por el lago francés del Mediterráneo, y de su cuerno ministerial derramar torrentes de riquezas y de prosperidades sobre su país, se nos viene dejándonos por todo legado los miserables desdenes y la befa de los cosacos, de los panduros, de los lacayos y de los púgiles de Lóndres, la resurreccion del gobierno personal,

la recrudescencia de las leyes de setiembre, quinientos millones de deudas, las ruinosas y devorantes cobardías de la paz armada, y el *embastillamiento* de París, de París, bastante estúpido para consentirlo, mas estúpido aun para celebrarlo!

Cuando Thiers vuelve á subir, á impulsos de la palanca, al carro ministerial, ¡cuidado con sus carreras de Faetonte! y confieso que, por mi parte, no las tengo todas conmigo, y estoy siempre pronto á gritar: hacendados, encerrad vuestras cosechas, el impuesto se va á doblar! Padres de familia, abrazad á vuestros hijos acaso por última vez, pues van á partir. Rentistas, vended vuestras inscripciones, los fondos bajan. Soldados, desenvainad vuestras espadas, va á correr la sangre. Contratistas, el agua se revuelve, preparad vuestras nasas. Rey, ¿qué dado de fortuna hay en el fondo de vuestro cubilete? Y tú, libertad, armas al hombro, y atención!

Puesto que el hombre de mas talento entre todos los talentos nos ha traído á este punto, todas las noches ruego á Dios que nos dé para gobernarnos un verdadero tonto. Si así no estamos menos mal, estaremos á lo menos de otro modo (1).

Y sin embargo, no solo tiene Thiers toda la capacidad que es posible tener, sino que es tan francés cuanto puede serlo cualquier ciudadano de este país: tiene un sentimiento de la nacionalidad tan profundo, tan generoso, tan verdadero, que siento, á pesar mio, espirar en mi boca la acusacion de sus faltas; pero la Francia, tan indignamente engañada, la Francia, que esperaba de sus incomparables dotes el triunfo exterior de sus armas y la restauracion parlamentaria de su libertad; la Francia, mas severa que yo, se levanta para acusarle, y la oigo que le dice lo mismo que á sus semejantes:

«Hombres de Julio, vosotros, á quienes he sacado de vuestra oscuridad, á quienes he cogido por la mano, y he llevado de escalon en escalon hasta la cumbre del poder, ¿qué habeis hecho de mi honor? ¿Porqué he llegado á ser el escarnio de la Europa? ¿Porqué, cuando las naciones indignadas miran de hito en hito á sus opresores, no estoy ya presente en sus es-

(1) Véase el Apéndice.

peranzas ni aun en su memoria? ¿Porqué no suena ya mi nombre en sus labios cuando murmuran las santas palabras de la libertad? ¿Por ventura no he derramado lo mas puro de mi sangre mas que para expiar el triunfo de mi principio con la amarga irrisión de sus consecuencias? Independencia, libertad, patria, honor, virtud, todo lo habeis medido á peso de oro; habeis inspirado vuestros cobardes terrores á esas asambleas que en otro tiempo lanzaron catorce ejércitos sobre el enemigo; á esos ciudadanos, de donde salieron los héroes de nuestras grandes guerras; á esos industriales alucinados, que no aprenderán á conoceros bien hasta despues que los hayais arruinado y perdido. Habeis llegado hasta el punto de suplicar en el confin de Europa á un régulo que tenga la suma bondad de aceptar el dinero de nuestros artesanos y de nuestros labradores, y se os ha visto pasar los mares con el tributo en la mano, para mendigar de rodillas de la burlona América el pendon del general Jakson y el olvido de nuestras victorias! Continudad degradando vuestro establecimiento; ataviadle con los magníficos oropeles de la policia y del agio; haced los lacayos de guardaropa con vuestros principillos; haced los marqueses de su antecámara de Versalles, con zapatos rusos y juramentos de taberna; haced los valerosos y los vencedores con los morabitos del profeta y con los soldados del papa, mientras que la lanza de un panduro austriaco os hiela de miedo; tened donde quiera, particularmente, miedo de todo; arrojad al limbo del porvenir la reforma del parlamento, la igualdad de los votos, el alivio de las contribuciones y la organizacion de la industria; regimentad vuestras teorías bajo la guarda de vuestros sargentos; suspended sobre nuestras cabezas el terror sombrío y latente de vuestras confiscaciones y de vuestros destierros de ultramar; violad la santidad y el pudor de nuestros hogares domésticos; calculad por su coste, sobre la pluma de vuestros sofás, lo que puede valer la conciencia de un fabricante de constituciones ó de un asalariado; pero ¡compasion para la virtud del pueblo! compasion! no ostenteis á sus ojos el espectáculo de vuestras apostasías y la corrupcion de vuestros ejemplos!»

«Ah! el amor á la libertad, que bajo vuestro impuro aliento se marchita y se extingue en su alma, sabrá muy bien reanimarse cuando sea tiempo para ello, y cualquier cosa que hagais por embrutecer á ese noble pueblo, siempre le quedará bastante inteligencia para comprender todo el daño que le habeis hecho, y bastante justicia para castigaros!»

No, Francia, no digas que les castigarás, porque bastante castigados están ya! Esa lógica que han violado cae sobre ellos como el peso de una montaña; ese banco ministerial en que se han sentado no ha sido para ellos mas que un banco de espinas y dolores; esos festines oficiales del poder los han hartado muy pronto; esas copas de la embriaguez política, que apuraban de un solo trago, no han dejado en el borde de sus lábios mas que una hez de amargura; aquellos nefastos dias al rededor del tapete verde de los consejos no han tenido para ellos mas que desengaños, rivalidades y emboscadas; aquellas noches de pesadilla, pasadas bajo los dorados artesones de sus palacios, no valian lo que las noches del pobre en su cabaña; aquellas mayorías escurridizas se deslizaban entre sus manos; aquellos falsos amigos los han vendido; ese príncipe, cuyas pisadas adoraban, se ha retirado de ellos; ese pueblo que han oprimido reniega de ellos; esa imprenta que han hollado con los piés se ha vuelto contra ellos, como el dardo del escorpion.

No, Francia, no digas que no están bastante castigados! Es estarlo bastante verte tan pequeña y tan humilde, tú algun dia tan grande y tan gloriosa! tan coja ahora y tan rezagada, tú, que marchabas como una reina á la vanguardia de las naciones! tan medrosa, tan agazapada, tan metida en tu nido de cárceles (*bastillas*), tú, que llevabas á tanta altura en tus garras de águila el rayo europeo de las batallas!

No, sin duda no han conocido tus vias! No! sin duda no se han inspirado con tu altivo y varonil génio! Pero tampoco, tampoco han desesperado nunca de tu fortuna en sus extravíos; pero sus almas están llenas, como las nuestras, del sentimiento de tu independencia y tu grandeza. Antigua Francia, cuna de nuestros mayores, suelo de libertad, patria, patria! eterno sueño de nuestros corazones, ellos te aman, yo lo fio,

como te amamos nosotros, como se te debe amar, como amamos á nuestros hijos, como amamos á nuestras madres, como al digno, como al santo objeto de nuestra pura, de nuestra inmortal ternura! Ellos darian sus haciendas y sus vidas, como las daríamos nosotros, por servirte y salvarte! ¡Ah! mucho debes perdonar á los que mucho te han querido! Déjanos, pues, ofrecerte, en expiacion de sus pasados errores, nuestro dolor y sus sacrificios, nuestras esperanzas y sus remordimientos! Estréchalos, yo te lo ruego, estréchalos contra tu seno maternal; vuelven á tí, te aman, son tus hijos, no les maldigas!



GUIZOT.

Guizot es de estatura pequeña y mezquina, pero su fisonomía es expresiva, sus ojos son hermosos, y tiene un fuego singular en sus miradas. Su voz es llena, sonora, afirmativa, no se presta á las flexibles emociones del alma, pero rara vez es velada y sorda. Sabe tomar un exterior austero, y todo en él hasta la sonrisa es grave. Su severidad de costumbres, de continente, de máximas y de lenguaje agrada, y sobre todo á los extranjeros, quizá por el contraste que forma con la ligereza del genio francés.

Es un pedagogo instalado en su cátedra, que asoma siempre por debajo del manteo las puntas de las disciplinas; es un calvinista que enseña desde su púlpito mas bien el temor que el amor de Dios.

Guizot es un buen literato, un historiador distinguido, y ocupa el lugar mas preferente entre los publicistas de la escuela inglesa; es sumamente versado en el estudio de las lenguas antiguas y modernas. No tiene el método grandioso de Royer-Collard; pero sí mas abundancia de ideas, y es mas extenso, mas aplicable y mas positivo. Se reconoce en él al hombre que ha manejado los negocios.

Procede siempre de un modo dogmático, como todos los predicadores de la escuela ginebrina, tan severa y desabrida. Descuida las flores del lenguaje, carece de variedad, de imaginación y de inspiración, pero no de energía. Su pasión se pinta

en el brillo de sus ojos, y se traspora por la palidez de su semblante, enardeciéndole súbitamente; pero la sabe refrenar al punto, y es mas reconcentrada que exterior. Mira á la oposicion de hito en hito y con la frente erguida; la designa con gestos altaneros, y lanza contra ella sarcasmos colectivos que dejan clavado en la llaga su dardo ponzoñoso.

Guizot toma las cuestiones políticas desde un punto de vista siempre elevado; tal era el sistema de su maestro Royer-Collard. Elige una idea, la formula en un axioma, y alrededor de este axioma vá levantando la armazon de su razonamiento; vuelve á ella sin cesar, la presenta aislada á los ojos del espectador y hace que este se fije en ella y la contemple. Sus oraciones no son mas que la explanacion de un tema. Si la idea es verdadera todo su discurso es verdadero; si la idea es falsa todo su discurso es falso. Pero como los diputados de la mayoría ya predispuesta, á la cual se dirige, no conceden jamás que el tema sea falso, Guizot logra con ellos todas las ventajas de su método.

Este método conviene mucho en las asambleas deliberantes, porque en efecto no es la gran cantidad de ideas la que arrastra á un auditorio mas ó menos distraido, sino una sola idea elegida con habilidad y tino, trabajada, dogmatizada y reproducida en toda especie de formas. Este es el método ordinario de los profesores, y es preciso no olvidar que Guizot y Royer-Collard no fueron otra cosa en su principio. Un profesor que no se repitiese, apenas seria comprendido; tampoco lo seria mas si formulase á la vez un gran número de axiomas, porque dividiría la atencion de su auditorio. Por necesidad, pues, siguen todos los profesores dicho método, y así por instinto como por costumbre pasan con él de la cátedra á la tribuna. Guizot en su carrera oratoria siempre ha ido caminando á tientas, y su elocuencia antes de brillar ha atravesado las mas espesas nubes. Al principio hablaba largamente como los profesores; argüía escolásticamente como los teólogos: era monótono como los primeros, y desabrido como los segundos. Gustaba de sutilizar con las abstracciones, y empleaba con frecuencia fórmulas equívocas como las de *clases medias*, *cuasi legitimidad* y *pais legal*; y así que daba con una de ellas, íbase en pos dejando el hecho, per-

diendo de vista la tierra y remontándose á generalidades, donde le sucedia muy á menudo disolverse y evaporarse.

Hubiera hecho muy bien el papel de gran sacerdote de los Druidas en los bosques sagrados de nuestros abuelos. Sus respetuosos levitas no osaban penetrar en el tabernáculo de su genio; hacia que se le prosternasen á cierta distancia, y que le adorasen de léjos.

Aunque ha declinado mucho hácia lo positivo de entonces acá, Guizot es todavía aficionado á las elevadas síntesis de la política y de la filosofía; pero carece de fé, de fé viva, de esa fé que ilumina los recónditos pliegues de la conciencia y de la duda con la antorcha que la va precediendo.

El Eclecticismo le tiene sitiado, le inunda en todos sentidos y le sacude con sus mudables ondas; tiende su vela á los cuatro vientos; y deben levantarse en su espíritu las mas terribles tempestades. En política no cree en la legitimidad del derecho divino, ni en la soberanía del pueblo; en religion no es judío, ni mahometano, ni protestante, ni católico, ni ateo; en filosofía no está por Descartes, ni por Aristóteles, ni por Kant, ni por Voltaire. Sin embargo, ¿no es religioso? Sí; ¿pero cuál es su dogma? cuáles sus practicas? Es deista? qué les diré yo á VV.? No lo sé, quizá tampoco él lo sabe! Es filósofo? Sí; pero ¿de qué filosofía? Es liberal? Sí, pero de qué liberalismo? No obstante, procurará y sabrá con sus sutilezas amalgamar todos los principios mas contradictorios; así por ejemplo, mezclará la pureza de los principios democráticos con las corrupciones de su monarquía; querrá que dos religiones enemigas no solo se toleren su mútua coexistencia, sino que además se muestren hermanadas en sus misterios, y celebren juntas la pascua en un mismo altar.

Sus admiradores, en medio de las tinieblas con que Guizot los envuelve, solo estrechan el vacío, solo abrazan vagas fantasmas sin carne ni hueso, y exclaman sin embargo: Nuestras son! Qué es lo vuestro? Las verdades! Yo os desafío á que las hagais salir de vuestras nubes, y las saqueis á luz.

¡Ah! desde hace veinte años vuestra malhadada, vuestra fatal escuela del Eclecticismo está dirigiendo á la juventud, abu-

sando de sus generosos instintos, y ofuscando su vida y pura inteligencia. Mirad á vuestro alrededor, esa escuela solo ha engendrado talentos mentidos, corazones sin fé, sin fuego y sin amor á la patria, corazones que los grandes sentimientos no dilataron jamás, corazones que consume la sed de placeres egoistas y brutales, que mata la misantropía de la duda; finalmente, corazones extenuados y moribundos.

Y aun perdono á semejantes hombres sus errores políticos. Bien saben ellos, esos conservadores revolucionarios, que en tres dias solamente se puede derribar un gobierno, una dinastía y una carta; en menos tiempo todavía pueden repararse trece años de extravíos y de ignominia.

Pero ¿quién curará la ponzoña moral y sistemática de la razon, quién la perversidad de las generaciones semi ilustradas, quién esa lepra asquerosa, esa gangrena intelectual, ese mal que jamás conocieron nuestros padres, y que por fin pondrá la impotencia enfermiza y vergonzosa de nuestros hijos bajo el sable del primer déspota que se levante? Le curareis vosotros? le curarán vuestros discípulos, y podrán ellos trabajados como lo están por una consuncion precoz y lenta empeñarse en los varoniles combates de la libertad? ¿O serán esas inteligencias petrificadas por vuestras doctrinas las que marchen denodadamente por las vías progresivas de la mente humana? ¿Serán esos brazos enervados, esos ánimos desalentados y decaidos los que hayan de servir de baluartes á nuestra independencia, y aun de instrumentos para un despotismo glorioso? ¿De qué os maravillais, pues, si el cleró os disputa la posesion de esas almas que no habeis sabido regenerar con vuestro desabrido pasto?

Sí, los padres de la escuela moderna con sus importaciones nebulosas de Ginebra, de Berlin y de Escocia, han herido de muerte á la filosofia, á la juventud y á la misma lengua. Por si llega nuestra hermosa lengua francesa á ser algun dia lengua muerta, advertimos desde ahora á la posteridad que todos esos caudillos de la Universidad ecléctica, que todos esos profesores de metafísica *quintessential*, serán para ella autores in-traducibles, puesto que nosotros mismos, sus contemporáneos, no les entendemos.

En efecto, los Sres. Cousin y Jouffroy, para expresar ideas que no son ideas, se han construido una lengua que no es lengua; una lengua hinchada de proposiciones falsas, erizada de términos estériles que á nada conducen, una lengua huera y hueca sin ser profunda, que afirma sin certidumbre, que razona sin lógica, que dogmatiza sin conclusion y sin pruebas, lenta en su movimiento, de saliva espesa y que apenas moja los labios áridos y desecados de los que la usan.

Pero cosa estraña, no bien deja su cátedra Guizot y sube á la tribuna, su pensamiento se desembaraza y se ilumina sin perder nada de su amplitud y gravedad; se colora sin recargarse con ornamentos; se nutre de hechos y de ejemplos; se acomoda en su paso á la marcha general de todos, y se desarrolla y procede con orden á un mismo tiempo natural y profundo.

¿Cómo explicar semejante contraste y tan singular transformacion del pensamiento? Será quizás que el profesor en su cátedra conserva toda su individualidad, y por decirlo así se pertenece á sí propio, al paso que un auditorio con sus pasiones, sus ideas y su lenguaje mismo, entra siempre mas ó menos y se ingiere á pesar del orador en su discurso?

Lo cierto es que así que Guizot abandona sus teorías nebulosas y entra en lo positivo de los negocios, brilla en él una lucidez de ideas y de expresiones superior á todo elogio. Vá derecho á su objeto, dice solo lo preciso y lo dice bien. Como comisionado del gobierno, ha sido el mas notable entre todos los comisionados que de veinte años acá hemos oido; como ministro, ha defendido su presupuesto de instruccion pública y de negocios extranjeros con mas precision, ciencia y habilidad que ningun otro ministro.

Su elocucion, sin ser animada ni pintoresca, es pura y castiza. Es quizá el único de nuestros improvisadores cuyos discursos sean soportables reproducidos por la taquigrafia, lo cual consiste en que es el mas gramático y entendido en letras de todos ellos.

Guizot no se entrega al calor de la batalla; se presenta en ella bien cubierto, y no hay en su armadura flacos ni juntas por donde pueda introducirse y herirle el puñal de la obje-

cion; pero tampoco tiene esos arranques felices, esas inspiraciones del corazon, esos rasgos de imaginacion, esos pensamientos que hacen mella, y esos giros deslumbrantes que se advierten en los verdaderos y grandes oradores, que se apoderan de ellos mal de su grado, que los transportan con su propia emocion, y que la comunican á nuestras almas y hacen estremecer nuestras entrañas. Guizot no es lo que suele llamarse elocuente por lo que hace á los arranques, á la pasion y á la vehemencia oratoria.

Lo fué sin embargo en cierta ocasion cuando entusiasmado con los constitucionales de 1789 exclamaba: «No dudo que esas nobles almas que tanto bien han deseado á la humanidad, experimenten en el lugar ignorado donde moran un gozo profundo al vernos hoy evitar los escollos contra los cuales se desvanecieron tantas de sus mas bellas esperanzas.»

No fué menos elocuente Guizot cuando en la coalicion luchó con impetuosa energia contra los murmullos, la agitacion y las vociferaciones de los centros. Mientras bramaba la tormenta se asia al mármol de la tribuna como el náufrago á una roca, palidecia por momentos de ira y de cólera; sus miradas lanzaban rayos y centellas; y rodeado de enemigos les daba picotazos de águila arrancándoles los ojos y la carne.

Y últimamente en la famosa sesion en que la oposicion, semejante á un mar agitado, hacia rodar sobre él sus oleadas, agarrándose Guizot á la tribuna con las dos manos, como quien se agarra á una roca, elevándose con toda su altura y mirando cara á cara á la Oposicion, la lanzó estas palabras:

«Por mas fuertes que sean vuestros gritos, no conmoverán mi ánimo, y por mas que hagais, no elevareis vuestras injurias á la altura de mi desden.»

Eso se llama elocuencia de situacion; es altivo, inexplicable, hermoso, hermosísimo, ó no lo entiendo.

Guizot pasa por cruel entre la oposicion, sus ojos centellantes, su semblante lívido, sus labios encogidos le dan el aspecto de un inquisidor. A él se atribuye el famoso dicho: *Sed desapiadados*; dicho terrible si hubiera llegado á pronunciarse, pero afortunadamente no se pronunció.

A mí Guizot me hace el efecto de un sectario mas bien que de un terrorista, y veo en él mas audacia de seso que resolucion de ánimo y de brazo.

La estimacion profunda, el contentamiento inalterable, la alta admiracion que tiene de sí mismo, hincen demasiado toda su alma para dejar en ella lugar á otros sentimientos. Aunque cayera de cabeza en el Océano habia de sostener que no podia ahogarse; tan violenta y desesperada es la fé con que cree en su propia infalibilidad.

Es parecido á aquellos ángeles soberbios que desafiaban la cólera de Dios vivo, y que con las alas rotas cayeron precipitados al profundo abismo.

Pero yo, que soy tan sincero ¿podré callar que Guizot en su vida privada es hombre de costumbres rígidas y puras, y digno de la estimacion de toda persona honrada por la estricta moralidad de su vida y de sus sentimientos? Yo mismo he sido testigo de su dolor paternal, y he admirado la serenidad de su estoicismo; grande es por cierto la energía de esa alma.

Bien se deja ver que no escribo estos renglones como hombre de partido para halagar las pasiones de mis amigos, sino como hombre verídico y concienzudo que desea ilustrar el juicio de la posteridad.

Cuando há mas de treinta años fué Guizot voluntariamente á Gante como tráfugo, volviéndome la espalda mientras yo iba voluntariamente como soldado á las fronteras, él obraba por un sentimiento liberal y yo por un sentimiento nacional. Él temia la vuelta del despolismo y yo la de los extranjereros.

Confieso francamente que para la apreciacion de los hombres políticos y sus acciones, conviene tener en cuenta las épocas, los compromisos de partido, los modos de sentir, las posiciones y los antecedentes. Aunque Guizot hubiese considerado entonces á Napoleon como á un tirano, otros han hecho lo mismo sin dejar de amar á la Francia y á la libertad.

Yo tambien en tiempo de Napoleon, como todos los jóvenes de mi edad, ambicioné locamente la gloria militar, y en el dia consideraria como un absurdo que me dijeran ¿no quiere V. ya talar y saquear la Europa? No, señores, y VV. son los

retrógrados si lo quieren así, puesto que si son de ese dictámen retroceden por sus tendencias á una generacion precedente.

Y cuando pueden hacerse tantas objeciones vivas y actuales al primer ministro de 1847 con respecto á los negocios del mismo año, ¿qué necesidad hay de exhumar los huesos de Waterloo para tirárselos á la cabeza?

Yo quisiera saber quiénes son los hombres que cuando los Borbones pusieron el pié en nuestro territorio, se hallaban entonces en edad y disposicion de tener opiniones políticas, y despues de haber llegado á ser personajes en el estado, en la prensa y en la tribuna, abrigan hoy los mismos sentimientos que entonces, y á los que dia por dia arreglaron sus acciones. Esos raros é invariables personajes, si existen algunos, serán los únicos que tengan derecho á gritar á Guizot: ¡V. se fué á Gante! ¡V. se fué á Gante! ¿Pero donde están esos personajes? Yo no los veo.

Todos esos ruidosos y rancios argumentos de un siglo no tienen el menor valor, y como tésis no es justo pedir cuenta á nadie de sus actos políticos ante la Cámara, sino desde que ha entrado sériamente en la vida política como diputado y estadista (1).

Por otra parte, no deja Guizot de tributar un sincero homenaje á la buena fé de sus adversarios; pero nutrido con las rancias doctrinas de la oligarquía inglesa, se imagina que esta forma de gobierno es el bello ideal de los estados, y se cree mucho mas progresista que los demócratas mas avanzados. Y apelo á sus principios.

El verdadero gobierno para él es la aristocracia, la aristocracia de los grandes señores que preferiria, si hubiera nacido noble, á la aristocracia de los plebeyos, que es la que desea porque ha nacido plebeyo.

Tiene Guizot una especie de rigidez de dictador que impone á su propio partido y á sus adversarios. Las asambleas legislativas, y especialmente las mayorías que gobiernan y que necesitan que se les suministre una voluntad cuando carecen de ella,

(1) Véase el Apéndice.

gustan mucho de los hombres resueltos; quieren que se las conduzca, y con esto se sienten aliviadas del trabajo de conducirse por sí mismas. Guizot tiene un ceño incisivo que desagrada á la mayoría de la Cámara, pero que no impide que esta le crea necesario; plantea la cuestion en los momentos decisivos, y provoca á sus adversarios con desenfado. Esta táctica, que pone á la oposicion en la defensiva, que es la mas falsa de todas las situaciones, le sale siempre bien siendo ministro, y es preciso confesar que ha tenido la fortuna de no dar en la oposicion ni en el tercer partido mas que con hombres que si bien no carecen de mérito, se muestran flojos é irresolutos, y eluden las cuestiones del sí y del nó dejándole casi toda la ventaja de la ofensiva.

No se crea que Guizot carece de destreza, pues su natural rígido y severo se pliega y se hace flexible cuando llega la ocasion. Se ha mantenido á la cabeza de su partido menos por la elevacion de sus máximas que por su habilidad en lisonjear dos defectos mezquinos y ruines, el miedo y el orgullo. Cuando veia que no hacian mella las sutilezas filosóficas alarmaba á los centros con los peligros que corrian las personas y las haciendas, á lo cual no son por cierto insensibles; y despues que advertia que el miedo habia ido subiendo por grados hasta causarles estremecimientos y escalofríos, les decia muy campechano que habian salvado á la nacion hollando con los piés el mónstruo espantoso de la anarquía, que se habian granjeado la estimacion de todas las almas bien nacidas, de todos los hombres de bien y de la Europa entera, y que muy poco faltaba, casi nada, para que fuesen todos ellos verdaderos héroes, lo cual hace siempre cosquillas al oido. Han pretendido algunos que Guizot tiene cierto valor personal, no lo dudo; pero en cuanto al valor político no puedo afirmar otro tanto, porque nunca le he visto á prueba en la tribuna ni en la prensa.

Y no porque Guizot no se jacte en nuestras Cámaras pacíficas de triunfador de sediciones en compañía de sus celosos partidarios; pero no ignora que en las victoriosas jornadas á que alude nunca fueron menos de ciento contra uno, y que por otra parte, ni él ni ninguno de sus granaderos parlamentarios quema-

ron jamás un solo cebo; sin duda confía en que no se acordarán de ello sus compañeros de victoria! Sabe muy bien con qué clase de gente habla.

No quisiera yo sin embargo que se jactara tanto tambien ante la mayoría de los peligros que ha corrido en su persona, y de las violencias que por causa de ella ha sufrido. ¿Quiéren VV. saber cuáles son las horribles violencias que está sufriendo Guizot hace once años, y los peligros mortales que ha corrido? pues hélos aquí: convertir en feudo su colegio electoral, cien mil francos de sueldo, sin contar el alumbrado, la leña y la habitacion, la gran cruz de la legion de honor, tres poltronas en el Instituto, los ministerios del interior y de los negocios extranjeros, la direccion en jefe de la Universidad y la embajada de Lóndres; y todo sin el mas leve rasguño!

¡Qué inesplicable es el hombre! Unanme VV. todo esto con mucho desinterés privado y toda la indolencia de los hombres de letras!

Grave en su vida pública, terco en su objeto mas que en sus máximas, ambicioso por sistema y temperamento, laborioso y temerario, reúne Guizot todas las cualidades y defectos que constituyen á un jefe doctrinario.

Cuando vencedor y ministro, no se afemina Guizot entre las delicias de Capua; persigue sin tregua al enemigo en su huida hasta ponerle el pié encima y aplastarle. Cuando vencido y de la oposicion, sabe suplir el número por medio de la táctica; recuenta sus soldados en los dias de batalla, vigila sus tropas y las reprende con el ademan y con la voz, da la señal y se coloca en persona en el límite del campo, para impedir las deserciones y reunir á los dispersos é indecisos. Su tropa marcha en perfecta union con un jefe tan diestro y determinado; no es numerosa, pero se compone mas bien de oficiales que de soldados; tropa lozana, aguerrida, independiente, presuntuosa, colérica en ciertas ocasiones, ágil en sus evoluciones, que trabaja oculta y zapa la mina de dia y de noche cuando no le parece llegada la ocasion de mostrar las escalas y subir al asalto. Guizot quiere que todos sus guerreros tengan siempre la mochila á la espalda y la mecha junto á la batería, prontos

á disparar, mientras él apostado en la montaña, y asestando su antejo á modo de emperador, indica las posiciones que es menester tomar y saltar, aquella á la bayoneta, esta con descargas nutridas de pelotones, volando la una y penetrando en la otra furtivamente por la contraescarpa. No permite que se haga un movimiento falso, ni que se muevan antes de dar la voz, ni que se desperdicie un solo cartucho.

Pero ¿por ventura es eso mas que hacer la guerra? Así es que puede en rigor decirse que en los once años que lleva Guizot en el manejo de los negocios, en vez de gobernar no ha hecho mas que batirse. Ha hecho que el poder se acampara en una fortaleza guarnecida de bastiones, almenas, troneras, de buenos gendarmes que vigilan en sus murallas, y de buenos cañones que hacen fuego sin cesar sobre todo el que se presenta.

Ha desperdiciado una razon poderosa, nobles facultades, una experiencia consumada y un corazon enérgico, en servicio de un principio tan falso, que Guizot me permitirá tal vez calificarlo así, pero que nunca me consentirá que se lo pruebe. La abyeccion continúa de la Francia, los sustos y las bajezas de la diplomacia, la muerte de la prensa, la violencia de las sediciones, la sangre de los cadalsos, la anarquía de las opiniones, el gravámen de los ejércitos, los excesos de las contribuciones, el desórden de la hacienda y la hostilidad de los partidos no nacen de Guizot, pero sí de su principio. A ser este verdadero, hubiera podido llevar la Francia al pilon con una seda; siendo falso, se ve precisado á tenerla postrada y sujeta con cien cables de hierro que al cabo ella romperá.

Por lo demás, teniendo todas las dotes necesarias para el gobierno de los estados, ha carecido Guizot de blandura y de genio, y se ha mostrado mas á propósito para regir el senado de una república protestante que para dirigir el gran reino de Francia.

No sé en verdad si para cualquier gabinete reinante valdrá mejor tener á Guizot por amigo que por enemigo, porque sus alianzas salen mas caras que sus iras. Si se digna llevar en pos de su carro á un ministro desalentado y próximo á

desmayarse, tendrá este que dejarse sujetar las manos con esposas, seguirle con el corazón henchido de vergüenza y de suspiros, á la manera de los reyes vencidos por los romanos. Le llevará arrastrando por su toga desgarrada, y después de haberle cubierto de befa y vituperio, tendrá á bien quizás dejarle la corona y la vida; pero ¡qué vida y qué corona!

Guizot, si no hubiera establecido sus baterías en el centro del parlamento, sería á lo sumo el apóstol de unos cuantos sectarios; pero ha sabido erigir por fuera ciudadelas y fortines, desde cuya altura lanza rayos contra sus adversarios desparramados y desunidos.

Ha comprendido muy bien que con una forma de gobierno donde reinan las ideas era preciso antes que todo hacerse amigos entre los que benefician la fábrica de la ideas. Los diarios ministeriales, aun cuando él no sea ministro, están llenos de hechuras de Guizot, que todas las mañanas entonan sus alabanzas y trabajan en provecho suyo. Ha sabido ocupar tan perfectamente los caminos que conducen á las academias, que ya no es posible entrar en ellas sin su permiso. Las tres cuartas partes de los prefectos, subprefectos y fiscales, son doctrinarios á quienes él imbuje en sus lecciones, haciéndoselas repetir dócilmente. Todos los pedantes en *us* y en *i* de la Europa alemana y escita, se extasian ante la profundidad incomprensible de su genio, y los embajadores de la Santa Alianza, á quienes sabe hacer el caldo gordo, le recomiendan con eficacia en todas sus notas secretas. Entre él y su sistema han vuelto á llenar el consejo de estado, la cámara de Pares y hasta las garitas de los centinelas del guarda-ropa, las antesalas, y aun quizá también las cocinas de palacio, de doctrinarios de todo sexo y de toda clase, ya gasten calzon corto, ya gorro de lana, ya charreteras.

Sea ó no ministro Guizot, lo mismo reina en los gabinetes de palacio que en el canapé de la doctrina. Toda la corte es doctrinaria, doctrinaria con muy limitado entendimiento, no lo ignoro, con una prolijidad de lenguaje muelle é intemperante, y con cierta pobreza, no de doblones ciertamente, sino de ideas.

Muy léjos estoy por lo tanto de decir que Guizot no sea muy superior á la córte, así en el talento como en el carácter y en la palabra; pero porque el padre Lachaise supiese mas que Luis XIV, no por eso era Luis XIV menos jesuita; y porque la córte no pueda compararse en talento con Guizot, no por eso deja de ser la córte una declarada doctrinaria que se jacta de serlo, y que ha querido y sostenido, como Guizot, el monopolio electoral, la pairía hereditaria, las intimidaciones de setiembre, la ley de disyuncion, los presupuestos desmedidos, los infantazgos, las dotaciones, las fortificaciones, la paz armada, y otras invenciones y hallazgos legislativos y gubernamentales de igual valor é importancia. De suerte que puede decirse que entre la córte y Guizot, y entre Guizot y la córte se llevan la Francia de calle, y ya van trece años que anda la pobre tan asendereada y perdida. Casimiro Périer, Mortier, Broglie, Molé, Sault y Thiers fueron los primeros ministros del sistema, pero no eran el mismo sistema. Ya pueden los legitimistas, los del tercer partido, los dinásticos y los antidinásticos, y todos los que andan en esa cámara agitarse y remover cuanto quieran; yo predigo que los doctrinarios prevalecerán siempre con carterá ó sin ella, á menos que cambie la córte ó que cambie el mismo Guizot.

No me atañe hablar de la córte; pero en cuanto á Guizot ¿cómo ha podido resolverse á someter su privilegiado entendimiento al servicio de los camarilleros y de los agiotistas? ¿cómo él, que es honrado, no se halla incomodado hace ya tres años en medio de esa turba tan servil y depravada? ¿cómo él, que ha visto tan de cerca el interior de tantos corazones falsos, de tantas conciencias corrompidas, de tan venal é hinchada prostitucion, no se sonroja hasta los párpados por el empleo vil que está desempeñando? ¿cómo él, calvinista, él, perseguido en sus antecesores por la libertad de la discusion religiosa, él, nacido y criado para la libertad de la discusion política, ha podido secuestrar á tantos manipuladores de cartas, de juramentos y de reyes, la facultad del libre exámen? ¿Cómo él, que pidió la abolicion de la pena de muerte, pudo proponer que se condenase á los escritores al suplicio mil veces mas cruel de la de-

portacion en los desiertos inhabitables de una isla lejana bajo un cielo de fuego? ¿Cómo él, que es hombre dedicado al pensamiento y al arte, ha podido anteponer los intereses materiales tan brutales y groseros á los intereses morales, como el amor sagrado de la patria y de la libertad, como todas las nobles inclinaciones que constituyen la vida, la delicia y la grandeza de los pueblos civilizados? Pero Dios ha permitido tan grave daño solo para castigarnos por su orgullo.

De tal manera ha imbuido Guizot á los ricos plebeyos en sus máximas egoistas; tanto les ha repetido que eran los reyes de la ciencia, de la palabra y del pensamiento, que eran los dueños absolutos del suelo y de la industria, que todo les pertenecía por derecho de supremacía social, y que el resto de la nacion no era mas que un hato de bárbaros y de ilotas; que hemos visto á esos ricos plebeyos conducirse y obrar como si semejante patraña fuese un evangelio; por eso los hemos visto engolfarse, arrellanarse y hartarse con las carnales delicias del materialismo, repartirse todos los empleos de los consejos de departamento, de la magistratura, del ejército, de la guardia nacional, de los cuerpos legislativos y de todas las administraciones; acoger con aplausos todas las leyes de monopolio sobre las elecciones, el jurado, la quinta, los cereales y las aduanas, las listas civiles mas monstruosas, los infantazgos, las dotaciones, los abusos de príncipes y duques, y todas las dilapidaciones de villa y córte; y por fin amarrar á la nacion viva, y obligarla á una especie de servidumbre electoral y fiscal, mas insoportable quizá que el terrazgo del feudalismo.

Guizot, en vez de seguir al siglo en sus ondulaciones, en sus trasformaciones sucesivas y en las vias de su progreso, ha querido construir una sociedad ficticia medio inglesa y medio doctrinaria, que se moviese toda de un solo golpe y que de un solo golpe desaparecerá tambien por ser una obra contraria á la naturaleza cuando llegue el dia en que la nacion, esta nacion de treinta y cuatro millones de hombres libres, pregunte qué quiere decir todo eso, y se vean obligados á darla cuenta sus mayordomos atolondrados y disipadores. Entonces

habrá espantosos rechinamientos en este edificio fundado en la arena y sacudido por la tempestad por sus cuatro ángulos, y entonces les faltará á todos tiempo para huir del terremoto universal, llevando á costas su hacienda; y quizás Guizot, ese supuesto conservador, será el primero en lanzar el grito de *¡sálvese quien pueda!*

Quedaría retratado á medias Guizot si no se le comparase con Thiers, por lo cual voy á acabar haciendo entre los dos un paralelo.

Guizot y Thiers son los dos hombres mas eminentes que de la oscuridad salieron á relucir con la espuma de la efervescencia de julio.

Nacidos ambos de la prensa, estrangularon á su madre al salir de la cuna, despues de haber chupado su leche hasta sacarla sangre.

Los dos, como los inquisidores, prendieron fuego á la hoguera de setiembre en que pusieron á los pensadores libres, diciéndoles: Creed ó abrasaos! Los dos representan en el gobierno, el uno á los plebeyos constitucionales de la legitimidad, el otro á los plebeyos dinásticos de la revolucion actual.

No son uno ni otro adictos á la persona del príncipe, y realistas á *todo trance*; tanto se les da de la rama primogénita como de otra rama cualquiera; solo les mueve la ambicion de fortuna ó la terquedad de sistema, y no duden VV. de que si llegara el caso darian muy de grado de Luis Felipe la misma cuenta que dieron de Carlos X.

Desgraciadamente hace diez años que no hacen mas que girar con su barquichuelo como timoneros inhábiles y meticulosos en su reducido archipiélago, siempre alrededor de los mismos escollos; sin atreverse á entrar en alta mar, andan siempre guareciéndose en las ensenadas.

La Francia, á pesar de las trabas del monopolio y de los impuestos, marcha por sí misma en la carrera floreciente de la agricultura y de la industria, y Thiers y Guizot creen que son ellos los que la dan el impulso; la Francia pesa en la balanza de Europa con mil millones de francos de renta y treinta y cuatro millones de hombres, y Thiers y Guizot se hacen la ilu-

sion de que para inclinar el platillo en su favor no tienen mas que tocarle con la punta de su dedo meñique.

Hay un gobierno parlamentario bastardo y otro gobierno parlamentario legítimo. El bastardo nació de la cópula del monopolio con la corrupcion, el legítimo del enlace de la nacionalidad con el derecho. ¿Tendrian los señores Thiers y Guizot la bondad de decirnos si son ellos bastardos ó legítimos, hablando por supuesto de su filiacion política?

Por lo demás, existe entre ambos un antagonismo en todas las cosas, en el carácter, en la opinion y en el talento; el uno es maleable, familiar, decidor, maligno y zalamero: el otro imperioso, austero, y estirado. Al uno le arrastran hácia el declive de la izquierda los recuerdos de su juventud; al otro le llevan hácia la derecha las sorpresas del cuasi legitimismo.

Guizot puede á fuerza de ciencia y de gravedad pasar por aristócrata entre los grandes señores de la diplomacia; Thiers, á pesar de su petulancia y del maravilloso brillo de su ingenio, nunca será á los ojos de aquellos mas que un hombre salido de la nada.

Los embajadores de la Santa alianza creerán ver una especie de legitimista en el Guizot conservador; en Thiers nunca verán mas que un revolucionario por mas que suavice la voz, temple el tono y retire las uñas: esto consiste en que las aristocracias son hermanas como las democracias. No harán por cierto á Thiers las confianzas que harán á Molé ó á Broglie. Nada importaria si nuestro gobierno fuera verdaderamente nacional y sacara su fuerza de los principios y no de los hombres; pero no deja de importar bajo un gobierno de escepcion cuya fuerza no proviene del pueblo ni de sí mismo. Guizot es circunspecto en la accion, Thiers es atrevido en la palabra.

Guizot y Thiers hacen á las potencias de Europa el uno guiños y el otro cocos; y las potencias se burlan de uno y otro.

Guizot hace que la Francia descanse en el lecho, para que no muera de aneurisma; Thiers por su gusto la haria correr cruzando el espacio como un cometa desgrefinado.

Así que Guizot vuelve á aparecer en el poder, ya puede uno decir con seguridad que toda la prensa va á ser

perseguida y cercada en todos sus jarales como una fiera; así que Thiers vuelve al poder, ya puede uno asegurar que se oirán por todas partes clamores de guerra. ¡Oh! ambos son en el interior y en el exterior nuestros dos ángeles buenos, los dos ángeles custodios de la paz y de la libertad!

Thiers dominaría á la prensa mas bien por la seduccion, y Guizot por el terror. Pero ¿qué es la libertad de la prensa tal como Thiers y Guizot nos la han dado? Una libertad á quien no la es lícito sondear los principios de gobierno; una libertad que parece inventada para excitar la risa! ¿Qué es un alfarero que no puede tocar siquiera con el dedo el cántaro que acaba de fabricar? ¿y qué cántaro es ese que no se deja tocar por el que le hizo?

No condenarán al fuego eterno Guizot el ecléctico ni Thiers el fatalista, al que quiera poner en duda la existencia de Dios, pero condenarán impávidos á los suplicios de Salazia al que intente poner en duda la legitimidad de un rey: porque Dios, el gran Dios de cielo y tierra, no existe para ellos (1); pero ¿existe para ellos el rey? Para salir de la duda, lo que hacen esos señores es meter la mano en su cartera de tafílete rojo, y entonces exclaman: ¡El rey existe!

Guizot emplea la corrupcion como sistema, y Thiers como arbitrio; el uno á la inglesa, y el otro á la manera del directorio.

Guizot procede en sus doctrinas por máximas, y Thiers por ocurrencias.

Guizot encuentra entre las lobregueces de las abstracciones filosóficas algunos vívidos rayos de luz; Thiers prefiere no remontarse hasta las nubes á perderse en ellas. El uno tiene alas, y el otro tiene piés como los demás humanos.

Guizot no saca á la arena parlamentaria muchas proposiciones á la vez, Thiers por el contrario vacía en ella su bolsa, juega á la ventura y lo arriesga todo.

Thiers reconocería quizá gustoso la soberanía del pueblo, y Guizot la soberanía parlamentaria.

(1) Véase el Apéndice.

El uno toma por punto de partida la revolucion de 1688, y el otro la revolucion de 1793.

El uno amaria en cierto modo al género humano entero, el otro dejaria al género humano por su patria.

Guizot tiene puesta su fe en las ideas, Thiers tiene mas fe en el sable; Guizot cree en la inercia y resistencia del interés plebeyo, Thiers en la accion sediciosa de las masas.

Guizot la echa de caudillo de los conservadores, aunque no se sabe qué es lo que conserva; Thiers la echa de caudillo de los progresistas, palabra nueva en su boca, si no la cosa.

Guizot halaga siempre á la mayoría, la cobija con sus miradas perspicaces para que no se disperse, y encarece á cada instante la inalterable constancia, la estrecha union y el heroico valor de dicha mayoría, aunque sepa perfectamente en el fondo tanto como VV. y como yo á qué atenerse sobre esas tres virtudes. Thiers, á quien la mayoría impaciente y molesta muchas veces, preferiria conducirla á latigazos, y como estima en mas la calidad que la cantidad, dirige de tiempo en tiempo miradas cariñosas á los extremos de la cámara.

Guizot y Thiers no tratan á su mayoría de la misma manera, ni la hablan en el mismo tono. El uno es mas insolente con ella, el otro mas impertinente.

Thiers y Guizot usan además con su mayoría otros dos medios que merecen ser sabidos. El uno echa á vuelo las campanas, agita los palillos y toca generala; el otro pellizca la fibra sensible del interés personal; Guizot echa mano del pico de sus funcionarios diputados para llegar al número de la mitad mas uno, y aunque se resienta su orgullo filosófico es preciso reconozca que el mas poderoso de sus argumentos con semejante mayoría será siempre el argumento del puchero.

Guizot es demasiado presuntuoso para no despreciar las injurias, y Thiers demasiado indolente para acordarse de ellas.

Fuera de los negocios, Guizot se vale del poder parlamentario para coartar el poder personal; en los negocios se vale del poder personal para dar jaque y rendir al poder parlamentario.

Fuera de los negocios, y como miembro de la oposicion, Thiers dirigió sus baterías contra el ministerio en el terreno

de los abusos interiores, y para entorpecer su marcha le hace una verdadera guerra de zancadillas; en los negocios, y como ministro, traslada el debate al terreno de las relaciones exteriores, porque es dueño de obrar en él con amplitud y casi sin intervencion, diciendo solo lo que quiere.

Guizot vence las objeciones con su tenacidad; Thiers las elude con su destreza: se resbala por entre los dedos como una anguila viscosa: para sujetarle es preciso cogerle por los dientes.

Guizot afirma ó niega; Thiers nunca dice sí ni nó.

Guizot cuando le aprietan, y le interpretan y acorralan se apoya en el desden de una denegacion desabrida y colérica, y en la soberbia de su silencio; Thiers defiende con interminable prolijidad á manera de abogado los mas pequeños pormenores de sus antiguos ministerios, y como otros oradores quieran imitarle, sin tener su talento, los debates legislativos degeneran en chácharas de comadres.

El uno, como mas espiritualista, entra mas en el derecho; el otro, como mas materialista, se aplica mas á los hechos. El uno tiene cierta creencia vaga en la moral; el otro no cree en maldita la cosa de importancia. Guizot se muestra inflexible con las personas, y su valor entonces es el mismo orgullo; pero cuando solo se trata de negocios, su orgullo para nada le sirve. Esto explica porqué tiene tanta resolucion en la tribuna contra las minorías parlamentarias, y tan poca en su gabinete contra las insolencias de las naciones extrañas.

Thiers tiene razon en querer un grande ejército y un gran presupuesto, porque se ha hecho un hombre de monopolio, y porque un gobierno de monopolio no puede prescindir de esos arbitrios. Si hubiese querido ser un hombre nacional, hubiera podido no tener mas que un semi-ejército y un semi-presupuesto; nosotros estaríamos mejor y él tambien. Esto decimos nosotros, y no lo duden VV., esto es lo que él piensa.

Guizot, ministro ó no, no vive únicamente mas que de la política: tiene la fuerza, la resolucion, la obstinacion, la experiencia de un hombre que no piensa, á cada instante del dia, mas que la misma cosa. Para él, el poder es un negocio de temperamento casi tanto como de ambicion.

Thiers no lo refiere todo al gobierno y á la política; cuando no es ministro, vive como artista, calienta el vapor, viaja á Nápoles, descose momias y escribe historias.

Guizot tiene mas generosidad en el espíritu, Thiers mas extension y movimiento.

Thiers, como un fósforo, brilla y se apaga. Guizot como una lámpara sepulcral, no esparce mas que una luz sombría, pero arde siempre.

Guizot toma á veces las tinieblas por la profundidad y las grandes palabras por las grandes cosas. Thiers, á veces tambien, toma el relumbron por el brillo y el ruido por la gloria.

Siempre hay mas del filósofo en Guizot, siempre hay mas del artista en Thiers. El uno se imagina siempre que está profesando en una cátedra, el otro que está conversando en un salon.

Ambos son tal vez los primeros periodistas de su época, pero Guizot cultiva mas bien el dogmatismo de la prensa, y Thiers principalmente el de la polémica corriente. El uno se recrea en escuchar el sonido de sus teorías; el otro agrupa las ocurrencias y los hechos de cada día al rededor de su sistema; se escurre y se introduce por no sé qué agujeros en los reductos de la oposicion, y cuando esta dormita pega fuego á sus cañones.

Como escritor político, Guizot gusta mas entre los extranjeros que entre nosotros que preferimos las galas de la forma á la solidez del fondo, y para quienes el estilo es todo el hombre. No hablo de historiador, que tiene páginas admirables, sino de ciertas tesis y definiciones oscuras del metafísico y del publicista. Y sin embargo, el genio es la luz: y lo que no es claro, no es francés.

Thiers, y esto no le enfadará, es en sus historias mas bien hombre de estado que escritor. No descuella por el plan por el órden, por el colorido, por la profundidad, ni por la concision; pero es singularmente notable por la alta inteligencia de los sucesos, la habilidad de la narracion y la perfecta lucidez de su estilo. Escribe en cierto modo como habla, con una abundancia y un encanto pintoresco.

Ningun escritor francés le ha igualado en la pintura de las batallas, ni en la exposicion de las crisis económicas. Ha referido, en la historia mas popular y leida de nuestros dias, las grandes guerras de la revolucion, sus asambleas, sus constituciones, sus negociaciones y sus leyes.

Por lo demás, Thiers pertenece á la escuela fatalista, á esa árida escuela que cubre los errores y hasta los crímenes de los gobiernos con la excusa de la necesidad; que no reconoce derecho en la nacion, ni entre las naciones, que ahoga el libre albedrío y sumerge á la virtud en la desesperacion. ¿Qué nos importa la historia de los hechos pasados, sin la moralidad de esos hechos para la instruccion del tiempo presente y del porvenir?

Guizot tiene mas método, ilacion y vigor en sus improvisaciones y en sus discursos; Thiers mas franqueza y naturalidad.

Guizot es elocuente en la cólera; Thiers en el entusiasmo.

Nada mas grave que la dición de Guizot; nada mas seductor que la ingeniosa llaneza de Thiers.

Al cabo de un cuarto de hora de oracion, Guizot me cansa. Al cabo de dos horas, Thiers me recrea.

Guizot no inspira cuidado, porque se sabe que tiene su tema hecho y que no se apartará de él: tampoco pone en cuidado Thiers, porque se sabe que siempre saldrá avante de las excursiones mas lejanas y embarazosas.

Si el peligro de la situacion urge, Guizot hará palpitar las fibras interesadas del diputado pacífico. En tal caso, Thiers tocará su marcha guerrera, y se le verá aparecer en los confines del desfiladero, con una bandera tricolor en la mano, como Bonaparte en el puente de Arcola.

Resumiendo: ambos habrán sido inferiores á su cometido porque habrán sido inferiores hasta á sus principios, que no son principios.

Ambos, bajo los bordados oficiales de la casaca de corte, han perdido con harta frecuencia hasta el sentimiento de su propia dignidad.

Ambos ¡miserable espectáculo! se disputan con encarnizamiento los huesos del poder, sobre el tafilete de una cartera

colorada, y luego, despues de este lucido combate, el vencedor se va humildemente á lamer los piés de su señor.

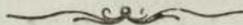
Hombres de mezquina guerra y de mezquina paz, solo han sabido hacer que la Francia hincase ante el extranjero, el uno la rodilla derecha, y el otro la rodilla izquierda.

¿Dirán acaso, ellos que debian, intrépidos coligados, acorralar en las cocinas de palacio el gobierno personal, dirán acaso como el gran Chatam: «He sido llamado al ministerio por el voto del pueblo, y solo al pueblo debo cuenta de mis acciones?»

¿Dirán acaso ellos, ministros responsables que habian jurado llevar tan altamente el cetro de 7 de agosto, dirán, como Napoleon despues de la batalla de Austerlitz: «Franceses, cuando ceñisteis á mis sienes la corona imperial, hice juramento de mantenerla siempre en el alto esplendor de gloria, único que podia darle valor á mis ojos?»

¡Ah! la Francia, esta noble Francia, asombrada hoy de su soledad, se mira á sí misma, se busca, se consulta, y no acierta ya á comprenderse ni á encontrarse!

No pudiendo hacer de ella una reina, la han convertido en una traficante, y al fin de la jornada, retraida en el fondo de su tienda, ella que manejaba sables y espadas, está ahora contando y apilando buenos cuartos!



O'CONNELL.

Apenas Mirabeau, súbitamente velado por fúnebres vapores, se apagaba en el resplandor de su mediodía, cuando se alzaba un astro nuevo en el horizonte de Irlanda.

Mirabeau, O'Connell, faros inmensos, alzados en los dos confines del cielo revolucionario de 1789 á 1844 como para abrirle y cerrarle!

Si no quisiese considerar á O'Connell mas que como á orador parlamentario, podria comparar á la nacion británica con la nuestra, y á nuestra tribuna con la suya; podria decir que hay entre ellos mas hidalgillos llenos de preocupaciones excéntricas é inveteradas, y entre nosotros mas procuradores y jueces; que el diputado inglés lo refiere todo á su partido, y el diputado francés todo á sí; que el uno es aristócrata, aun en su clase media, y el otro de la clase media aun en su aristocracia; que el uno es mas orgulloso de las grandes cosas, y el otro mas fanfarron de las pequeñas; que el uno hace siempre una oposicion sistemática, y el otro casi siempre una oposicion individual; que el uno es mas sensible al interés, á los cálculos, al decoro, á la razon, y el otro á las imágenes y á los movimientos, á los golpes de Estado y á las aventuras; que el uno es mas sarcástico y amargo en sus invectivas, y el otro mas propenso á la personalidad delicada y burlona; que el uno es mas grave y mas religioso, y el otro mas jovial y mas incrédulo; que el uno cita superabundantemente en sus arengas á

Virgilio, á Homero, la Biblia, á Shakspeare, á Milton, y que el otro no podria recordar los nombres y los rasgos de su propia historia nacional, sin hacer bostezar ó reir á los espectadores del parlamento; que el uno no influye sino con esfuerzo, con lentitud en cabezas sólidas, pero macizas, al paso que al otro le adivina la inteligencia viva y penetrante de su auditorio, antes de que haya concluido su frase; que el uno empina y construye á su sabor largos períodos de argumentaciones indefinidas, atestadas de sabiduría, de derecho y de literatura, al paso que el otro chocaria con el gusto sencillo y delicado de nuestra nacion haciendolo metáforas, aunque fuesen de las mas bellas, y cansaria nuestra atencion con la contextura demasiado sustanciosa y lógica de sus raciocinios.

Podria añadir que en la nacion inglesa hay mas fuerza, y en la nacion francesa mas gracia: allí mas genio, aquí mas talento; allí mas carácter, aquí mas imaginacion; allí mas política, aquí mas generosidad: allí mas prevision, aquí mas actualidad; allí mas profundidad en las especulaciones filosóficas y mas respeto á la dignidad de la especie humana, aquí mas inclinacion á mirarse con coquetería á sí propio, en el espejo de su palabra, sin tomar en cuenta los méritos y perfecciones de los demás. La una, en fin, de estas naciones, mas prendada de la libertad, la otra de la igualdad; la una mas orgullosa, la otra mas vana; la una mojjigata á macha martillo, la otra excéptica en casi todas las cosas; la una hábil en preparar y esperar el triunfo de su causa, la otra atropellando la ocasion, é impaciente por vencer, no importa bajo qué jefes; la una retirándose á su rincon para hacerse allí la agraviada, la otra yendo á brinco y al primer toque del violin á mezclarse á todas las contradanzas; el inglés calculando qué suma de territorios y de influencia debe redituarle su sangre, qué suma de interés su dinero; el francés derramando la una sin saber dónde, y el otro sin saber cómo.

Y diria para concluir, que ambos, á pesar de sus vicios y de sus defectos, son la expresion de un gran pueblo, y que mientras se eleve la tribuna inglesa del seno de los mares en su isla radiante y soberbia, y mientras la tribuna francesa

perserverealzada en medio de los escombros de la aristocracia y del despotismo, la libertad del mundo no perecerá!

Pero aquí no quiero pintar al orador parlamentario; no al Demóstenes defendiendo su propia causa en el foro oligárquico de Atenas; no al Mirabeau ostentando las magnificencias de su elocucion en la sala de Versalles, delante de los tres órdenes del clero, de la nobleza y del tercer estado; no á Burke, á Pitt, á Fox, á Brougham, á Canning, estremeciendo las vidrieras de Whitehall con los rayos de su elocuencia universitaria; lo que quiero pintar es otro género de elocuencia, una elocuencia sin nombre, prodigiosa, arrebatadora, espontánea, y tal cual no la oyeron jamás los antiguos ni los modernos: á quien quiero pintar es á O'Connell, al grande O'Connell en pié, en el suelo de su patria, con los cielos por dosel, la inmensa llanura por tribuna, un pueblo inmenso por auditorio, y por súbdito á ese pueblo, siempre á ese pueblo, y por eco las aclamaciones universales de la muchedumbre, semejantes á los rugidos de la tempestad y al estruendo de las olas en las arenas y en las playas del Océano!

Jamás, en ningun siglo ni en ningun país, hombre alguno adquirió sobre su nacion un dominio tan soberano, tan absoluto, tan completo. La Irlanda se personifica en O'Connell: este hombre es en cierto modo, él solo, su ejército, su parlamento, su embajador, su príncipe, su libertador, su apóstol, su dios.

Sus antepasados, descendientes de los reyes de Irlanda, llevaban á la cintura el acero de las batallas: él, tribuno del pueblo, se ciñe tambien el acero en los combates de la palabra, el acero de la elocuencia, mas temible que la espada.

Ved á O'Connell con su pueblo, porque verdaderamente es su pueblo: vive de su vida, se regocija con sus alegrías, chorea sangre de sus llagas, grita con sus dolores: le arrastra del temor á la esperanza, de la servidumbre á la libertad, del hecho al derecho, del derecho al deber, de la súplica á la invec-tiva, y de la cólera á la misericordia y á la compasion. Manda á todo ese pueblo que se arrodille sobre la tierra y ore, y todo el pueblo se arrodilla y ora; que levante su frente al cielo y la levanta; que maldiga á sus tiranos y los maldice; que can-

te himnos á la libertad y los canta; que se descubra y preste juramento, levantada la mano, la cabeza descubierta, delante de los Santos Evangelios, y se descubren, y levantan la mano y juran; que firme peticiones por la reforma de los abusos, que una sus fuerzas, que olvide sus disensiones, que abrace á sus hermanos, que perdone á sus enemigos, y firman, y se unen, y olvidan, y se abrazan y perdonan!

Nuestro Berryer no habita mas que á las alturas de la política; no respira mas que la flor de la aristocracia; pero su nombre no ha bajado al taller ni á la cabaña. No ha bebido en la copa de la igualdad; nunca ha tocado las groseras herramientas de los artesanos; nunca ha hablado con ellos; nunca ha puesto su mano en la callosa manó del jornalero ni del labrador; nunca ha acercado su corazon al corazon de ellos ni sentido sus palpitations. Pero O'Connell ¡cuán popular! ¡cuán irlandés! ¡Qué estatura la suya! ¡qué formas tan atléticas! ¡qué vigor de pulmones! ¡qué expansion en aquella tez animada y florida! ¡qué dulzura en aquellos grandes ojos azules! ¡qué jovialidad! ¡qué facundia! ¡qué salidas! ¡Cuán bien prendida lleva la cabeza sobre su musculoso cuello, esa cabeza echada atrás y en la que se pinta su altiva independencia!

Lo que le hace incomparable con los oradores de su país lo mismo que con los nuestros, es que, sin ninguna premeditacion, y por el solo entusiasmo, por la sola fuerza de su pujante y victoriosa naturaleza, entra entero en su argumento y parece todavía mas poseido de él de lo que él se posee. Su corazon rebosa, va á botes, á arranques; hasta el punto de poderse contar todas sus pulsaciones.

Como un corcel de raza que se para de repente sobre sus nervudos y trémulos jarretes, así O'Connell puede pararse en la desenfrenada carrera de su elocuencia, girar en un punto y continuarla. Tanta presencia, tanta flexibilidad y vigor tiene su genio.

Parece á primera vista que titubea y va á sucumbir bajo el peso del dios interior que le agita: luego se levanta, la aureola en la frente y los ojos llenos de llamas, y su voz, que nada tiene de mortal, empieza á resonar en los aires y á llenar todo el espacio.

¿Cómo explicar, cómo definir ese genio excepcional que no reposa en un cuerpo siempre en movimiento y que basta al despacho de las causas civiles y criminales, al laborioso estudio de las leyes, á la correspondencia inmensa de los agentes de la asociacion, y á la agitación nocturna y diurna de siete millones de hombres; aquella alma de fuego que abrasa á O'Connell sin consumirle; aquella inteligencia de una movilidad tan increíble que roza cada asunto sin ajarle, que se engrandece con todo el espacio que ha recorrido, que se multiplica esparciéndose, que renace, que se fortifica á efecto de su mismo rendimiento, que se consume sin repararse, que se entrega y se abandona sin cesar de pertenecerse; ese fenómeno de una ancianidad tan verde y tan vigorosa, esa vida poderosa que encierra en sí otras muchas vidas, esa inagotable efusion de una naturaleza extraordinaria, sin rival y sin precedentes?

Si O'Connell hubiese marchado, con su *claymore* (sable) en la mano, al abordaje del despotismo, hubiera sucumbido bajo los rayos de la aristocracia británica; pero se ha encerrado y amurallado en la legalidad como en una fortaleza inexpugnable. Es atrevido, pero es acaso todavía mas diestro que atrevido: avanza, pero se retira; irá hasta los últimos límites de su derecho, pero no irá mas allá; se cubre con el tropel de los curiales y pelea en este terreno, pié á pié, á copia de interpretaciones capciosas y de sutilezas en que envuelve á sus adversarios que no aciertan á desasirse de sus redes. Escolástico, puntilloso, redomado, matrero, procurador ladino, arrebató con la astucia lo que no puede arrancar con la fuerza. Donde otros se perderian, él se salva; su saber le defiende de su ardor.

Sin embargo, la especialidad de su objeto no le aparta de los intereses generales de la humanidad. Quiere economía en los gastos, porque este es el deber de todo gobierno; quiere el sufragio de todos, porque este es el derecho de todos; quiere la libertad de los cultos, porque esta es la voluntad de la conciencia humana; quiere el triunfo de las ideas, porque este es el único que no hace correr la sangre, el único que estriba en la opinion y la justicia, y que dura.

Es poeta hasta el lirismo, ó familiar hasta la plática: atrae á

sí á su auditorio y le trasporta á las tablas del teatro, ó bien baja de él y se mezcla entre los espectadores. No deja un solo momento la escena sin accion ó sin palabra; distribuye á cada cual su papel; se constituye á sí propio en juez; examina y condena: el pueblo ratifica, levanta las manos y cree asistir á un juicio.

A veces, O'Connell acomoda el drama interior de la familia al drama exterior de los negocios públicos. Hace aparecer en sus discursos á su anciano padre, á sus antecesores y á los antecesores del pueblo. Impone sus voluntades; manda al auditorio que se siente, que se esté en pié ó que se prosterne. Toma la direccion de los debates y la policía de la audiencia; preside, lee, redacta, hace proposiciones, peticiones, requiere, concluye: arregla, improvisa narraciones, monólogos, diálogos, própopeyas, intermedios, peripecias: sabe que el irlandés es juntamente risueño y melancólico, que le gustan las figuras, el colorido y el sarcasmo todo á la vez, y corta la risa con las lágrimas, lo grandioso con lo grotesco. Ataca en masa á los lores del Parlamento y, lanzándolos de sus madrigueras aristocráticas, los acosa uno á uno como á alimañas: los escarnece sin piedad, los denuesta, los disfraza y los entrega, ataviados con cuernos y jorobas ridículas, á las rechiflas y silbidos de la plebe. Si ve á alguno en la refriega, amigo ó enemigo, le llama por su nombre: si le interpelan, se para, se agarra á brazo partido con su interruptor, le tumba y vuelve bruscamente á su arenga. De esta suerte con maravillosa agilidad sigue las ondulaciones de ese mar popular, ora insensato y estrepitoso bajo los golpes de su tridente, ora rizado por el soplo de un viento ligero, ora sereno, puro y dorado por los rayos del sol, como un baño de muelles sirenas.

O'Connell no es ni *whig*, ni *tory*, ni radical al modo de los ingleses: por eso los *whigs*, los *torys* y los radicales le profesan aquel inveterado odio y aquel soberbio desprecio de un pueblo conquistador al vasallo de un pueblo conquistado, de un inglés á un irlandés, de un protestante á un católico; pero este odio, este desprecio, estas insolencias no pueden abalirle. A diferencia de nuestros oradores tan melancólicos y hastiados

porque no tienen conviccion, ni entrañas, ni fe; O'Connell no duda del triunfo de su causa, y aun en la cámara de los comunes, mirando atrevidamente á sus adversarios de hito en hito, exclama:

«Jamás cometeré el crimen de desesperar de mi país; y hoy, al cabo de doscientos años de dolores, vedme aquí en pié en este recinto, repitiéndoos las mismas quejas, pidiéndoos la misma justicia que reclamaban nuestros padres, pero no con la voz humilde y suplicante, sino con el sentimiento de mi fuerza y con la conviccion de que la Irlanda de hoy más sabrá hacer sin vosotros lo que vosotros no hayais querido hacer por ella! Ningun compromiso tomo con vosotros; quiero los mismos derechos para nosotros que para vosotros, el mismo sistema municipal para Irlanda que para Inglaterra y Escocia; de otra suerte, ¿qué es una union con vosotros? ¿una union escrita en pergaminos? Pues bien! rasgaremos esos pergaminos, y el imperio quedará dividido!»

¡Soberbio lenguaje! ¡es preciso sentirse casi rey para explicarse así!

No se le hable á ese hombre de otro asunto; su alma patriótica, aunque tan grande, no puede contener otro. En Londres mismo y en el parlamento de los tres reinos, no es individuo del parlamento; no es mas que irlandés. No tiene mas que á la Irlanda, á toda la Irlanda en su corazon, en su pensamiento, en sus recuerdos, en sus palabras, en su oido.

«Cada día, dice, cada día oigo la voz lastimera de la Irlanda que me grita: ¿Debo siempre esperar y sufrir?..... No, conciudadanos míos, no sufrireis; no en vano habreis pedido justicia á un pueblo de hermanos. La Inglaterra no es ya aquel país de preocupaciones en que la sola palabra de papismo sublevaba todos los corazones y los impulsaba á injustas crueldades. Los representantes de la Irlanda han empleado el tiempo en hacer aprobar el *reform-bill* que ha abierto anchas exclusas al pueblo inglés; serán escuchados cuando pidan á sus colegas que haga justicia á la Irlanda; y si por casualidad el parlamento fuera sordo á nuestras súplicas, entonces apelaríamos á la nacion inglesa, y si esta tambien se dejase llevar de

ciegas prevenciones, nos encerraríamos en nuestras montañas y no tomaríamos consejo mas que de nuestra energía, de nuestro valor y de nuestra desesperacion.»

¿Es posible invocar en términos mas enérgicos y patéticos la razon, la conciencia y la gratitud del pueblo inglés, y mezclar con mas arte el ruego á la amenaza que en este bellissimo trozo?

Pero se conoce que este gigantesco orador no está á sus anchas, que se ahoga bajo la cúpula del parlamento inglés, como un gran vegetal bajo una campana de vidrio. Para que sus pulmones se inflen, para que crezca en estatura y truene su voz, necesita el aire, el sol y la tierra de Irlanda; solo tocando aquella tierra sagrada, aquel suelo de la patria respira y se dilata: solo allí, en presencia de su pueblo, su elocuencia revolucionaria, su altiva elocuencia se lanza, se despliega, y centellea como los inmensos raudales de cohetes de un fuego artificial.

Solo allí desahoga, derrama á borbotones los torrentes de esa prodigiosa ironía que venga á los esclavos y hiere á los tiranos!

No es esto decir que su ironía sea sutil; no es de las que traspasan como con una aguja. Semejante al sacrificador antiguo, levanta la maza, hiere á la víctima entre los dos cuernos, en medio de la frente: la víctima exhala un largo gemido y cae.

Es curioso verle recoger su indignacion y sus fuerzas, cuando cuenta la larga historia de las desgracias de su patria, de su opresion, de sus miserias; cuando evoca del fondo de sus tumbas á aquellos generosos héroes, á aquellos rígidos ciudadanos que enrojecieron con su sangre los patíbulos de la Irlanda, sus lagos y sus llanuras; cuando presenta á los ojos de sus valientes amigos el lamentable espectáculo de la libertad desgarrada por el acero de los ingleses; el suelo de sus padres en manos de estos tiranos; el gobierno instituido por ellos y para ellos, para ellos solos; los tribunales atestados de sus hechuras; los jurados corrompidos; los parlamentos vendidos; las leyes tintas en sangre; los soldados convertidos en verdugos;

las cárceles llenas; los labradores abrumados de contribuciones, embrutecidos por la ignorancia, extenuados de enfermedades y de hambre, descarnados, escuálidos, desencajados, encorvados, tendidos en la fétida paja; las covachas junto á los palacios; la insolencia de la aristocracia; la ociosidad sin cargas y sin piedad; el trabajo sin retribucion y sin tregua; la ley marcial restaurada; la libertad de la prensa suspendida; la administracion invadida por los extranjeros; la nacionalidad absorbida; los religionarios (1) incapaces de ser jueces, jurados, testigos, rentistas, instructores, *constables* (2), so pena de nulidad radical y hasta del último suplicio; las iglesias católicas vacías, desnudas, sin ornatos; sus sacerdotes mendigando, sedientos, perseguidos; la Iglesia anglicana, con la alegría en la frente y en el corazon, y la mano en los talegos y en los cofres llenos de oro. Entonces, las lágrimas se deslizan de los ojos en medio de un tétrico y horrible silencio, y todo aquel pueblo opreso, quebrantado por los sollozos, revuelve la venganza en su corazon.

En tanto la Inglaterra, desde lo alto de sus palacios y de su lecho de púrpura y seda, presta temblando el oido al rumor de ese Encelado que ruje bajo el monte donde le tiene aherrado. Recorre este sus sombríos subterráneos; se empina, levanta con sus hombros las abrasadas fraguas de la democracia, y en la expectativa de una próxima erupcion, la Inglaterra se espanta, y ya la queman los piés y se retira temerosa de que estalle el volcan y la haga volar por los aires.

¿Qué le importan á ese turbulento orador, á ese agreste hijo de las montañas, Aristóteles y la retórica, y la cortesía de los salones, y el decoro de la gramática, y la urbanidad del lenguaje? El es pueblo y habla como el pueblo; tiene las mismas preocupaciones, la misma religion, las mismas pasiones, el mismo pensamiento, el mismo corazon, un corazon que palpita con todas sus fuerzas por la Irlanda, que aborrece con todas sus fuerzas á la tiránica Albion. ¿No le veis cómo penetra, cómo se introduce, cómo se hunde en las entrañas de sus amados

(1) Los católicos.—*N. del T.*

(2) Especie de comisarios de cuartel.—*Id.*

irlandeses para sentir y palpar lo mismo que ellos sienten y palpitan? ¡Cómo se pone, cómo se aferra en la cadena de su servidumbre para rugir mejor con ellos y romperla mejor! ¡Cómo se doblega, cómo se contornea, cómo se baja, cómo se levanta, cómo hunde sus miradas en la gloria de sus tiempos pasados; cómo los retrae actualmente sobre sus llagas vivas, sobre su soledad, sobre su ilotismo político, sobre su miseria social, sobre su desnudez, sobre su degradación! ¡Cómo los reanima, cómo los refresca con el religioso soplo de las esperanzas! ¡cómo los restaura á los altivos acentos de la libertad, y cómo los cubre tan bien con su voz, sus gritos, sus venganzas, su alma, sus brazos y su cuerpo, que al fin de su discurso, todo ese orador y todo ese pueblo de cincuenta mil hombres no tienen mas que el mismo cuerpo, la misma alma, el mismo grito: ¡viva la Irlanda!

Sí, la Irlanda, su querida Irlanda es el ser que ha colocado, como sobre un altar, en el centro de todos sus pensamientos y de todos sus afectos: no ve mas que á ella, no oye mas que á ella, en el parlamento, en la iglesia, en el foro, en el hogar doméstico, en los *clubs*, en los banquetes, en sus ovaciones triunfales, ausente, presente, á todas horas, en todos los sitios, en donde quiera! Siempre vuelve á lo mismo por mil cruzados caminos, caminos rodeados de abismos y precipicios, de altas montañas, de grandes lagos, de fértiles tierras y ondulosas praderas. ¡Tú eres, verde Erin, esmeralda de los mares, tú eres aquella cuya cintura desata en los arenales de la playa! Tú la que le apareces sentada en la airosa cima de los templos del catolicismo, tú la que oye en los murmullos del huracán, tú la que respira en las perfumadas brisas de la campiña! Tú la que se imagina ver, tú la que ve desenvainando contra los ingleses tu formidable *claymore*, al fragor del rayo de las batallas! Tú la que prefiere, pobre mendiga, con tus harapos, tus pechos desecados y tus chozas de paja, á los florecientes palacios de la aristocracia, á la insolente Albion, á la reina del Océano! Tú, aquella cuyas lánguidas gracias, cuyas mejillas huecas y ajadas contempla lleno de una respetuosa compasión, oh verde Erin, esmeralda de los mares, porque eres

la sepultura de sus padres, la cuna de sus hijos, la gloria de su vida, la inmortalidad de su nombre, la palma en flor de su elocuencia, porque amas á tus hijos, porque le amas á él, porque sufres por ellos, por él, porque eres la Irlanda, porque eres la patria!

Nuestros discursistas parlamentarios no se llevan un solo diputado á remolque de sus oraciones: han visto tantas revoluciones, servido á tantos gobiernos, derribado tantos ministerios, que ya no creen en el poder ni en la libertad; no son sansimonianos ni cristianos, ni turcos, ni anabaptistas, ni valdenses, ni albijenses, y no creen en ninguna religion absolutamente; pero O'Connell cree en los maravillosos prestigios de su arte; cree firmemente en la futura emancipacion de Irlanda. Cree en el Dios de los cristianos, y porque cree, porque espera es por lo que sostiene esa águila su sublime vuelo en las altas regiones de la elocuencia, á pesar de que ya están heladas sus alas por el soplo de tantos inviernos. No separa el triunfo de la religion del triunfo de la libertad; se estremece de júbilo, se glorifica, se exalta en sus magnificas visiones del porvenir, y su palabra inspirada tiene algo de la grandeza del inmenso cielo que le sirve de pabellon, del aire y del espacio que le rodean, y de la muchedumbre popular que se agolpa en pos de él, cuando exclama despues de su eleccion de Clare:

«En presencia de mi Dios y con el mas profundo sentimiento de la responsabilidad que acarrear los solemnes y formidables deberes que dos veces me habeis impuesto, oh Irlandeses, los acepto! y recibo la seguridad de cumplirlos, no de mi fuerza sino de la vuestra. Los hombres de Clare saben que la única base de la libertad es la religion; han triunfado porque la voz que se levanta por la patria habia antes exhalado su oracion al Señor. Ahora, cantos de libertad resuenan en nuestras verdes campiñas; estos sonidos recorren las colinas, han llenado los valles, murmuran en las ondas de nuestros rios, de nuestros torrentes, con su voz de trueno, gritan á los ecos de nuestras montañas: La Irlanda es libre!»

No, desgraciadamente, la Irlanda no es libre todavía. ¿Cuál

será su suerte? cuál la de su agitador (1)? ¿Le herirá el rayo en medio de la tempestad? ¿La Inglaterra y la Irlanda, conmovidas hasta sus cimientos, van á precipitarse una sobre otra? ¿Van á correr torrentes de sangre? ¡Aparte Dios tales presagios!

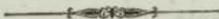
Suceda lo que suceda, O'Connell es y será, con Mirabeau y Napoleon, la tercera de las tres mayores figuras del siglo. ¿A qué hombre, no portador de espada ni de corona, ha sido dado tanto poder en la tierra? ¿Dónde se ha visto, dónde se verá jamás nada semejante? Así que ¿á quién sorprenderá oír á O'Connell decir: «Me glorío de mi destino?» Sí, te glorías de él, Daniel O'Connell; sí, puedes exclamar en tu poderoso y legítimo orgullo: «La Irlanda soy yo!»

Y ¿qué importa ya que la Irlanda, Daniel, salga de tus manos toda circundada de gloria, toda palpitante de nacionalidad, ó que sucumbas ante la brutalidad de las bayonetas? ¡Ah! con harta frecuencia el triunfo ha constituido hasta aquí el derecho y la legitimidad de los tiranos. El mundo les está entregado, y sin duda quiere Dios que reinen en él; sin duda todas las naciones deben nacer, vivir ó morir en una larga noche de tempestad, que interrumpen á raros intervalos algunos vislumbres de sol; sin duda su opresión es uno de los secretos de esa Providencia que se burla de la justicia humana, y que no prueba aquí en la tierra la paciencia y la virtud de los oprimidos mas que para reservarles las eternas recompensas de la herencia celestial. No te lisonjees pues demasiado, Daniel O'Connell, con la esperanza de verte exento de la ley comun, y no sé al fin y al cabo si para coronar tu hermosa vida no valdria mas para tí perecer que triunfar! Podrán, sí, podrán esos sajones (2) sepultarte en los calabozos, llevarte al suplicio y quitarte de esa tierra de Irlanda que no veria ya á su O'Connell, que no oiria ya los estampidos y los truenos de su voz; pero no impedirán que los labios de los irlandeses murmuren las sagradas palabras de justicia, libertad y patria, que tengan un eco en todos

(1) Glorioso dictado que dan á O'Connell amigos y enemigos.—*N. del T.*

(2) Dictado de escarnio que dan á los ingleses sus enemigos, en memoria de la antigua y fácil conquista de los sajones.—*Id.*

los corazones, y resuenen con el nombre de O'Connell desde la cumbre de tus montañas hasta las playas de la mar. No impedirán, no; no impedirán, oh generosos hijos de la verde Erin, que se cumpla vuestra emancipacion religiosa y política, ni que las generaciones futuras se arrodillen, con plegarias y cánticos de gloria, sobre la tumba donde descansen los huesos de vuestro libertador!



LAS ORILLAS DEL MANZANARES.

No es por cierto el Manzanares parecido al Misisipí; pero tan solo le falta el agua para ser un hermoso rio donde se pueda navegar.

Mas ni el recurso me deja de echar en él mi anzuelo, á mí, manso ribereño del Sena, porque solo arenas y peladillas pudiera sacar de su corriente.

Fatalidad! Ese Guadalquivir, que tanto envanece á la Andalucía, solo vuelca cenagosas ondas; el Ebro no presta á sus náyades mas cristal que una amarillenta lama; y ese Tajo tan encomiado por los poetas, ese padre Tajo venerando y sagrado, bien pudiera en vez de oro manar agua límpida y cristalina como la que de sus trasparentes urnas dejan correr nuestras hermosas ninfas del Ródano y del Sena (1).

No importa! Oh Manzanares, yo hallo deleite en tus riberas! ¿Dónde encontraré ese sol que se espeja centellando en tus

(1) Fatalidad! Ese mismo Timon, que tan imparcial y concienzudo se muestra en sus observaciones de viajero, que con tanta profundidad ha sabido estudiar las cosas ócultas de nuestro pais en el corto tiempo que ha residido entre nosotros, no acierta á ver con claridad los objetos ostensibles, y cree de buena fé que la corriente del Ródano y del Sena (¡la del Sena sobretodo!) es mas clara y cristalina que la del Guadalquivir, Tajo y Manzanares! Oh fatalidad, qué no puedan menos de ser franceses hasta los mas privilegiados talentos de la Francia!—Nota comunicada por el traductor á Timon.

olas? ¿Dónde veré esas montañas del Guadarrama, que pudiendo casi tocarlas con mi mano ocultan sus frentes en la nieve, al paso que á su falda respiro á la sombra el aura tibia de la primavera, y me entrego plácidamente á las inspiradas fantasías que engendran la soledad y el silencio?

Oh Manzanares, desde tus agrestes orillas contemplo ese palacio donde tantas zozobras amargas turban el reposo y las delicias de los reyes, mientras al pié de sus majestuosas barbacanas duerme el indolente pordiosero envuelto en su manta agujereada sobre las rodillas de su mujer.

Desde tus orillas oigo difundirse en torno los ecos de las bandadas militares; ¿á qué todo ese ruido de clarines, y ese ostentoso tráfago de guerra? Solo el canto de las trinadoras aves debiera resonar en el oido de las tiernas princesas.

Tambien desde tus orillas veo ese prosáico palacio de las córtes. ¡Cuán afortunado soy en no entender la lengua que en él se habla para sustraerme á la fastidiosa tarea de la política!

Pero, ¿porqué yo, que con tanto arrojo he sondeado las profundidades del gobierno representativo, desde sus tempestuosas alturas hasta sus negros abismos, solo me he consagrado en España á los pobres, á los dolientes y á los niños menesterosos?

Porque la felicidad del pueblo es la única mira del publicista, así como debiera serlo de los gobiernos! Porque á veces consolar á un solo pobre, educar á un solo niño, vale mas que hacer triunfar en el campo de las ideas abstractas la mas luminosa teoría!

Las generaciones del pueblo pasan olvidadas entre el cieno del rio, mientras las tempestades de las revoluciones agitan su superficie, donde bullen los gobernantes y los poderosos de la tierra.

Dios, ese Dios grande, bueno y eterno, en quien creo con todo el poder de mi alma, mas aun que con el de mi mente, no nos dió á los privilegiados las riquezas, la inteligencia y la soberanía, sino para que nos consagrásemos á hacer el bien de ese pueblo que padece necesidades y que sufre con el corazon, con el pensamiento y con las entrañas. He bus-

cado toda mi vida, lo confieso, busco todavía, y aun no he podido hallar mas solucion que esta del inesplicable misterio del hombre.

¿Será posible que Dios en sus justos designios haya querido que solo algunos de sus hijos sean felices en la tierra, y que la mayor parte de ellos, casi todos, no lo sean? Ah! estas cuestiones son al parecer de poca monta! No merecen que se curen de ellas los sublimes oradores de nuestros parlamentos de Francia, España é Inglaterra! ¿Qué le importa á la generabilidad de los gobernantes la mísera condicion del pueblo, con tal que haya animales dóciles que los conduzcan blandamente sobre los elásticos muelles de sus carruages, y gocen en el verano la frescura de la sombra de la verde alameda de plátanos en sus casas de campo, y renueven para ellos en el invierno las *primas-donnas* de la Ópera los regalados gorjeos del ruiseñor y de la alondra? Que para esto haya hecho Dios el mundo y criado al hombre! aunque cien veces me lo repitan, y cien veces me lo prueben, mi corazon y mi razon se negarán á creerlo, y siempre diré que semejante cosa no es posible, porque no soy capaz de blasfemar contra Dios hasta ese punto.

Pero ya empieza á penetrarme la neblina del Manzanares disipando mis vagorosos pensamientos: tiende la noche sus sombras, los mil ecos de la ciudad zumban á mi alrededor, y me encuentro en el umbral de mi morada, rodeado de amigos y de hombres estudiosos, que por la décima vez vienen á rogarme que les diga y les escriba en lenguaje familiar, elevado ó sencillo, segun mi estilo particular, de la manera que se siente y se habla, lo que he visto, leído ó pensado de ellos y de su nacion, acerca de ciertas cosas, no de todas, esto es, acerca de lo que yo quiera.—Bien sabemos, me dicen, que V. solo ha venido á España á estudiar las escuelas, los hospitales y el sistema de nuestra administracion: para traernos sus ideas y llevarse las nuestras; pero V. es Timon, V. es pintor, V. debe ser un observador imparcial y escrupuloso, V. no acostumbra mirar los objetos solamente por una de sus faces; díganos V., pues, como de camino, y á modo de viajero concienzudo y despojado de preocupaciones, qué piensa de nuestra política, de

nuestro clero, de nuestras iglesias, de nuestro ejército, de nuestra hacienda, de nuestra juventud, de nuestra prensa, de nuestras corridas de toros, de nuestro gobierno, de nuestra lengua.

Ya que VV. se empeñan absolutamente, yo lo haré, pero no tengo la pretension de retratarles con unas cuantas pinceladas exactamente como son; solo puedo retratarles á VV. tales como los he visto, y muy de pasada, y con pinceladas francas. Por lo tanto, si acaso me equivoco ¿y cómo no he de equivocarme? suplico á VV. que me corrijan con amistosa indulgencia.

No empiecen VV. preguntándome qué pienso de su constitucion, ó mas bien de todas sus constituciones, porque les responderé que un pueblo no puede llamarse libre; no basta para que lo sea que se le ocurra á uno tomar la primera constitucion que le venga á la mano y taparle la boca con ella, ni que haya escrito una carta cualquiera en un pedazo de papel plegado en dos ó cuatro dobleces; no puede llamarse libre, no es libre el que no se constituye por sí mismo; ¿y dónde está en Europa el pueblo constituido por su propia voluntad? Yo no sé que exista; de donde deduzco que no hay en Europa ningun pueblo libre, ó poco menos.

Cuando los progresistas subieron al poder, maldito el cuidado que se dieron por saber de quién le recibian; no le recibian del pueblo ciertamente, porque éste jamás se mezcló en las sublevaciones militares, ni en los absurdos pronunciamientos de las ciudades, ni en las reformas de constitucion pálidas y remendadas con que se emplastan las esquinas.

Lo gracioso es que esos mismos progresistas que usurparon la soberanía del pueblo han declamado contra la usurpacion de los conservadores. Estos por lo menos niegan el principio de la soberanía popular, y aunque negar un principio no sea probar que no existe, es preciso confesar que no han faltado á la lógica sino á medias, mientras que los progresistas han procedido de todo punto sin ella. Parécense en esto, y no poco, á nuestros liberales de Francia, que han hollado el principio de la soberanía del pueblo, y viendo que el poder se les iba de las manos han empezado á clamar, diciendo que se les

niegan las consecuencias del principio que ellos mismos han violado con muy regular descaro. ¿Y querrán VV. que el pueblo se arrastre dócil en pos de tales inconsecuencias? Yo les prometo que no lo hará.

Puedo asegurar á VV. que solo cediendo á sus instancias me he determinado á descubrirles todo mi modo de pensar sobre su política. Bien saben VV. que no he querido entrometerme en ella, porque siempre me ha parecido, aquí como en todas partes, de muy mal tono querer dar lecciones á uno en su casa, y sobre todo despues de haber merecido de los alcaldes, jefes políticos, funcionarios, profesores, y hasta ministros, un recibimiento de que ciertamente no me conceptúo digno. ¿Qué importa, por otra parte, que haya en España liberales, y carlistas, y esparteristas, y afrancesados, y progresistas, y conservadores? ¿No son todos ellos igualmente ilógicos unos y otros? hay uno solo por ventura entre tantos hombres sistemáticos, que en sus preocupaciones personales haya pensado alguna vez en el pueblo? hay uno solo que se haya propuesto jamás otra cosa que llevar baston de general, ó llenar su bolsillo? ¿Y se habla de principios! Estudiantes tenemos de solo tercer año, artesanos, y repartidores de periódicos que saben mas de política, que ciertos oradores de las córtes. Los gobiernos entran y salen como si fueran de una sola pieza: cuando sale un gobierno se muda el ministro, se muda el jefe de seccion, se muda el oficial y se muda el escribiente; y si no se muda tambien el portero es porque se necesita que quede alguno para abrir la puerta al nuevo gobierno que entra; de modo que tienen VV. ministros de relevo, ejércitos de relevo, y empleados de relevo que se aborrecen entre sí mortalmente, se persiguen odiosamente, se destierran respectivamente, y aun se darian de puñaladas irremisiblemente si los españoles sin corona, sin carteras, sin destinos, sin ambicion y sin dinero, pero no sin excelente seso, no interviniesen con su *¡hola!* cuando los partidos vencedores y vencidos se dan de puñadas y se arrancan los pelos. Lo mas singular es que siempre el último que desaloja clama con toda la fuerza de sus pulmones contra la usurpacion del que le obliga á mudarse. Pero

¿qué usurpacion es esa? Si es usurpacion de funciones, sea en buen hora; pero si se trata de usurpacion de principios ¿dónde está, pregunto yo, el afrancesado, el carlista, el progresista y el moderado, que no sea un usurpador de la soberanía del pueblo? ¿Tiene acaso derecho para llamar á otro ladron el que empieza por tomar lo que no es suyo, y se lo deja quitar despues? ¿qué derecho tiene al poder un imbécil cualquiera salido de una camarilla? ¿qué significan esas constituciones forjadas por legisladores sin poderes, que el pueblo no ha reconocido? ¿qué valen esos artículos escritos entre el humo del cigarro en la punta de una mesa de café? ¿Y pretenderán VV. que el pueblo se apasione por una obra en que no ha tenido arte ni parte? Todos sois ó déspotas, ó usurpadores; escoja entre estos dos dictados el que guste cualquiera que haya gobernado la España, sea ministro, sea diputado; que si llevó todavía mas lejos la injusticia, si despues de haber violado el derecho derramó la sangre del pueblo, ocupe el puesto que quiera y sea cual fuere el partido á que pertenezca, yo le condeno, yo le aborrezco con toda la energía de un corazon que solo abriga compasion para las víctimas y ódio para sus verdugos.

Existe sin embargo un fenómeno admirable en que nadie ha reparado todavía; es tal la corriente de las ideas, que la misma reforma usurpadora de una constitucion usurpada se inclina espontáneamente y se prosterna ante la soberanía del pueblo. Sirva de ejemplo la reina de las Españas y de las Indias, la reina que por tradicion se anuncia, *Yo la Reina*, haciendo la reforma que someta á la voluntad de las cortes la modificacion de la ley fundamental. Ved, les dice, representantes verdaderos ó falsos de la nacion, pero por fin representantes aparentes y reputados como tales; ved, examinad, añadid, quitad, aprobad, desaprobad; yo haré lo que vosotros hagais, mi ley será la que vosotros determineis. Y vosotros progresistas, liberales, ayacuchos, ¿no veis que esa es una concesion inmensa, prodigiosa, inaudita, que hubiera excedido á todas las esperanzas de los Manueles, de los Casimiro Perier, de los Lafayette, de los B. Constant y de la Restauracion, si Luis XVIII ó Carlos X hubieran hecho lo que acaba de hacer la reina Isabel, y que

hubiera llenado de admiracion y de alborozo á nuestros imperiosos tribunales? ¿Cómo explicar todas esas revoluciones que con su sangriento azote destrozan y dilaceran el seno de la desgraciada España? Causa real y positiva, sólida y convincente para el hombre pensador, seguramente no existe. ¿Será que el español se goce en la confusion y que sea su estado natural la anarquía? Ignoro por mi parte si tiene tan caprichoso gusto; pero sé que tal es su temperamento actual, y que no hay país en el dia que sea tanto como la España el país de los contrastes.

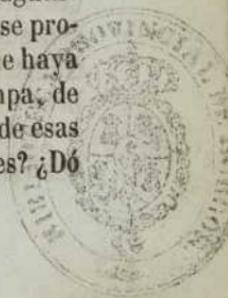
En efecto, ¿hay cosa mas democrática que una nacion donde el mas pobre labrador, donde un niño cualquiera puede acercarse á la reina con paso seguro, y alzar la voz y clavar en ella la mirada? Y por otra parte, ¿hay cosa mas despótica que una nacion donde cualquier contrabandista se planta la faja de general, y mantiene asesinos, é impone contribuciones, y fusila al que se niega á seguirle, y derriba de un voleo la constitucion de cada dia y la hace pedazos? ¿Hay cosa mas democrática que una nacion donde cada cual se cree tan noble como el primero, y donde todos, con título ó sin él, son grandes en su casa? Además, ¿hay cosa mas despótica que un país donde los que hacen y deshacen la constitucion no se han curado jamás de consultar al pueblo, el cual, por otra parte, no necesita que se le den lecciones de igualdad, puesto que la practica, ni de libertad, puesto que la comprende, y mejor cuanto mas la infringen sus profesores legislativos y ejecutivos?

¿Dónde hay tambien mas riqueza y mas miseria, mas ardor y mas indolencia, mas luces y mas ignorancia, mas cultura y mas barbarie, mas orgullo y mas igualdad, mas iglesias y mas irreligion, mas bellezas lozanas y mas bellezas ajadas, mas abyeccion y mas vestigios de antigua grandeza? Cuántas veces sentado, ya en las arenas de la mar que mojaba mis piés con sus olas, ya en las ruinas de vuestras torres, de vuestros claustros y de vuestras tumbas, traía yo á la memoria los hombres y las cosas que ya no son, y me decia:

¿Qué se hizo la vasta monarquía de aquel Carlos V, en cuyos estados nunca se ponía el sol, y que quería en su ambicion

hacer uno solo de los dos mundos nuevo y antiguo? ¿Qué se hicieron aquellos galeones cargados de barras de Méjico y del Perú que entraban, oh Cádiz, á toda vela en tu puerto hoy desamparado? Dónde están, oh áridos campos cubiertos de zarzas y espinos, dónde están aquellas mieses de la Mauritania, cuyas nubes de espigas se tostaban al fuego del sol! Dónde aquellos canales de riego, aquellas redes de acequias que los sarracenos abrian entre los bosques de plátanos y sicomoros, que fertilizaban los arrozales y las tierras de maiz! Dónde aquellas corrientes de agua viva que la hiedra y las arenas partian en ramales en su nacimiento, y que tantos acueductos sólidos y elegantes conducian al sediento recinto de las ciudades!

¿Qué fué de aquellas fábricas de fino y pulido acero, de aquellos soberbios telares, de aquellos grandes talleres de estucos y barnices, de aquellas dehesas de veloces corceles, de aquellos jardines, pensiles tan deliciosos, de aquellos espaldares de naranjos, limoneros, boj, granados y jazmines, de aquellos pabellones moriscos que se extendian por toda la longitud del Ebro, del Tajo y del Guadalquivir? Qué fué de aquellas razas de hombres vigorosos y arrojados, que bajo las enseñas de los Pizarros, Colones y Hernan Corteses, llevaron á los confines del mundo la gloria del nombre español? ¿Qué de aquellas funciones espléndidas de vuestras catedrales convertidas entonces en incendiado bosque, hoy lóbregas é iluminadas apenas por alguna que otra lámpara que espira entre las sombras de sus silenciosas bóvedas? ¿Qué se hizo aquel gentío prosternado en su pavimento, que formaba grandes marejadas bajo sus pórticos en los dias de fiesta? ¿Porqué en la casa de Dios todo es ahora silencio y tristeza? ¿Porqué sus ministros escasean tanto y andan abatidos y despojados? ¿Porqué el curioso extranjero atraviesa hoy con ligera planta su nave, donde aun vibra la armonía de los órganos, sin fijar los ojos mas que en las magnificencias del tiempo pasado? ¿Porqué la santa palabra que se pronuncia en el púlpito cae hoy al desnudo pavimento sin que haya quien la recoja? ¿Porqué carece ahora ese culto de pompa, de emociion y de fieles, y aparece tan escaso como el aceite de esas lámparas que ya no alimenta la piedad de los vivientes? ¿Dó



están esas universidades de Salamanca y de Toledo, que tanto brillo difundieron en la edad media, de donde salieron tantos hombres famosos, y que hoy ni compararse pueden con los simples colegios de humanidades griegas y latinas de otras naciones? ¿Dónde están los Quevedos, los Calderones, los Lopez de Vega, los Cervantes, esos pintores tan originales é ingeniosos de las humanas flaquezas? ¡Ah! las letras y los poetas del día carecen de virilidad productiva, y no pueden hacer mas que imitar; se contentan con recoger al pié del Helicon algunos cuantos laureles ajados para tejerse una corona, en vez de ir acompañados de las Musas á buscar en las hermosas mañanas de primavera rosas nuevas á los frescos valles del Hemus. ¡Cierto que para llegar á semejante estado de consuncion intelectual, religiosa y política, valia la pena de afanarse por no tener gobierno en el estado, religion en la iglesia, cultivo en los campos, progresos en las artes, originalidad en la literatura, union en las familias, órden en la hacienda, arreglo en la administracion, espedicion en la justicia, dinero en las arcas públicas, ni crédito, ni comercio, ni poder exterior! Y tambien valia la pena de irse despojando de todas esas cosas para poder con mas desahogo enzarzarse, y asesinarse, y ahorcarse, y quemarse, y desollarse, y violarse, y saquearse mutuamente, y no volver nunca al hogar sino con las manos abominablemente teñidas en la sangre de los conciudadanos!

¡Válgame Dios! y quién creyera que la causa de todo eso ha sido una cuestion de personas y de principios que nadie todavía ha dilucidado! Yo por mi parte, lo confieso, no entiendo una jota (verdad es que tampoco he tratado de entenderlo) de esa sublime contienda de legitimidad entre la Reina Isabel y Don Carlos, de lo cual nada me pesa; pero lo duro es que haya habido una infinidad de hombres de bien que se dejasen matar por semejante cuestion sin entenderla mas que yo, y mas duro es todavía que haya aun otros que estén dispuestos á hacer lo mismo sin estar mas adelantados. ¡A tanto llega la necedad de los hombres!

Cansados por fin de guerra, llegó el día en que se preguntaron todos unos á otros: pero ¿porqué nos hemos batido? por-

qué nos hemos estado degollando? qué queremos? qué pedimos? Y todos los españoles unánimemente prorumpieron en este solo grito: Queremos orden en la hacienda, justicia en los fallos, progreso en la enseñanza, probidad y entereza en la administracion!

¿Y qué es de la libertad? qué es de la teoría? La libertad! Mucho la amo yo, y bien sabido es para que se me dispense de afirmarlo; pero la libertad que yo anhelo es la del orden, y no la del desorden. La teoría! tambien aprecio mucho la teoría, pero con la condicion de que positivamente exista; y sobre si hay teorías en España, no las tengo todas conmigo. Francia las tiene, y yo tambien las tengo, y no poco avanzadas por cierto; pero esto no basta para que se las impongamos á pueblos que de ningun modo las quieren.

Despues de haber dicho á VV. la idea que tengo de sus constituciones y de su política, no me atrevo en verdad á decirles lo que pienso de sus Córtes; mas ya que quieren saberlo, les diré, y quede entre nosotros, que una sola vez he asistido á sus sesiones, y que no he tenido ganas de volver. En un salon de baile vi á muchos individuos sentados en circulo, graves como otros tantos Catones, luciendo sus robustos pulmones y sus frases interminables, de fisonomía regular, cabello negro y guante amarillo; representaban una especie de comedia parlamentaria compuesta de soliloquios, puesto que faltaba la oposicion que sostuviese el diálogo con la réplica; hacíame aquello el efecto de un concierto de doscientos músicos tocando todos el clarinete, que sin duda alguna es un bello instrumento, pero que no puede servir aislado de violin, ni de oboé, ni de flauta, ni de contrabajo; ó bien el efecto de un baile donde no hubiera mas que señoras.

Tal vez dentro de seis meses, en vez de ser moderados, todos los que componen esas córtes sean progresistas, y diré de ellos lo que de estos digo.

Despues de las Cortes, preciso es decir algo del ejército. Si me preguntan VV. qué me parecen sus tropas, les responderé que son sufridas, sóbrias, infatigables, valientes, fuertes y disciplinadas; pero si se me pregunta para qué sirven, eso ya es otra cosa, y no podré menos de decir que creo que no sirven

para nada absolutamente. Y en efecto, ¿cuándo se ha visto una nacion que tenga menos necesidad de ser militar que la España? Si la naturaleza no la ha formado para la ofensiva, puesto que no hay para ella punto de ataque designado; si la naturaleza la ha hecho para la defensiva, y por eso se tomó el cuidado ella misma de ceñirla por todas partes con una valla casi impenetrable de mares y montañas; si nadie ha de volver á intentar el descabellado proyecto de Napoleon de apoderarse de la Península; y si esta á su vez tiene tanto que hacer en su propia casa que no hay miedo que se la ocurra la idea de invadir la ajena ¿para qué sirve un ejército que no tiene conquistas que emprender, ni invasiones que resistir? Un mero cuerpo de guarda-costas, otro de ingenieros, y alguna artillería, no de campaña ni de ejército, sino para las fortalezas y para las aduanas, para impedir el contrabando; un buen cuerpo de guardias civiles de á pié y de á caballo, bien equipados, bien montados y bien pagados, á las órdenes inmediatas de la policía civil, he aquí en suma toda la fuerza armada que necesita la España. Pero se me olvidaba una cosa; tambien se necesita un brillante cuerpo de robustos aragoneses, y un regimiento ligero montado en arrogantes caballos andaluces, para ir caracoleando en torno de las princesas, que cual todas las mujeres, y como es muy natural, gustan de las paradas, que son una especie de tocador militar. Esto es lo único que racionalmente deberia conservarse, suprimiendo todo lo demás; y si yo me hallara en lugar del gobierno, lo haria hoy mismo para no esperar á mañana reservándome toda la gloria, y ademas (permitaseme la añadidura) todo el provecho. ¿Quién habia de quejarse? no ciertamente la jóven Reina, porque para su recreo militar la quedaban sus aragoneses y sus caballos andaluces, y además las acciones de gracias, los suspiros de amor y las bendiciones del pueblo. Tampoco los soldados, quienes no se harian ciertamente rogar por volver á sus hogares á abrazar á sus ancianos padres, y á comer sus garbanzos con aceite rancio. Tampoco los generales retirados sin paga, y que entonces la tendrian, ni los generales en servicio activo, quienes saben muy bien que jamás se las habrán con otros ene-

migos que con sus propios conciudadanos. Tampoco sufrirían el menor daño la agricultura, el comercio y la industria, antes bien saldrían de su abatimiento ostentando con profusión capitales, trabajo, instrumentos, máquinas, vapores y motores de todo género. Tampoco se quejaría el ministro de hacienda, que anda de continuo esquivando los golpes reiterados de la deuda, que huye, y se esconde, y se escapa, gracias á los ardidés de la bolsa, y que por el contrario con los millones disponibles de un ejército suprimido atacaría directamente la deuda flotante, la reduciría á cero, y ofrecería en breve á los ojos de la Europa admirada el espectáculo nuevo y singular de un presupuesto en que las entradas superasen á los gastos. Tampoco les pesaría á los acreedores ingleses, cuyos títulos podrían centuplicarse; ni á la moralidad pública, que se sonroja por esos empleados cuya corrupcion mantiene la bancarrota anual de sus sueldos; ni á los jueces, á quienes no se paga; ni á los curas, á quienes tampoco se paga; ni á los profesores, que no reciben un cuarto; ni á los jefes políticos, que tampoco lo reciben; ni finalmente á la Francia, que deponiendo todo temor por lo que hace á los Pirineos, retiraría las tropas que tiene hácia aquella parte para dirigirlas sobre el Rhin, ó que mas bien las suprimiría imitando el sábio ejemplo de la España. He aquí lo que yo haría, además de otras muchas cosas, si fuera su gobierno de VV.

Bien sé que por el pronto sentirían VV. ajado su amor propio, y que creerían ver alzarse ante sus ojos irritados las sombras heroicas del Cid, de Hernan-Cortés, de Pizarro y de Gonzalo de Córdoba; yo tambien admiro á esos vencedores de los moros, á esos conquistadores del Perú, de la Italia y de Méjico; admiro á esos grandes derribadores de gigantes, á esos valientes paladines forrados de hierro y con la lanza en ristre, que VV. cuelgan de las bóvedas de sus museos, y que celebran sus romances; no trato de averiguar si el pueblo era en efecto en aquellos tiempos pobre é ignorante, y si estaba embrutecido y devorado por la miseria, la lepra y las supersticiones, hollado por el feudalismo, y entregado á las hogueras de la inquisicion; ya he dicho á VV. que yo no suprimiría los

pompones, los plumeros, los tímboles, los serpentones, las paradas, ni la música; también á mí me gusta ver ondular los plumeros, y relucir al sol las espadas desnudas, oír los clarines, ver las corvetas de los caballos andaluces, y á los niños que los contemplan llorando de miedo y estremeciéndose de alegría; pero trasladaría toda esa ceremonia al teatro de la Opera, donde nuestros nietos pudiesen ver algun día qué venia á ser el ejército en el año de gracia de la caballería andante, y en el año de gracia del gobierno representativo en mantillas; y si algun valiente paladín del siglo echase aun de menos los tiempos de antaño, le consolaría enviándole á leer las maravillosas proezas de D. Quijote de la Mancha.

Pero tratando de ejércitos y de tropas me veo por una transición natural comprometido en cierto modo á hablar á VV. de la intervencion de nuestro ejército en los asuntos de España. Voy á explicarme en esta materia con toda sinceridad.

Nuestra intervencion ha sido siempre fatal á los españoles, y mas aun á nosotros mismos; el astro del Imperio y de la Restauracion ha palidecido con ella, en términos que mas que un astro puede decirse que fué sangriento metéoro. Zaragoza nos ha enseñado cómo se defiende un pueblo libre; el Trocadero, para quien como yo ha visto á la inexpugnable Cádiz, no fué sino una comedia lastimosa; pero no nos corregiremos por eso.

Es cosa proverbial, y mil veces repetida entre nosotros los franceses, cosa que creen á pié juntillas los mismos que niegan á Jesucristo, que la Francia es el país llamado á la iniciación de todas las cosas grandes; y como nosotros constituimos un pueblo belicoso, harto belicoso, los que lisonjean en los franceses esta manía pendenciera, pretenden que la guerra especialmente es la que abre con su espada las vias de la iniciación; lo cual, en otros términos, y en lenguaje mas corriente, quiere decir que es preciso matar á la gente para civilizarla mejor. En vano se nos prueba con los hechos en la mano que nuestra teoría de iniciación belicosa carece de sentido comun; no hay un solo francés que quiera renunciar á ese supuesto llamamiento. Desearia yo saber, sin embargo, si fué por la libertad por lo que Napoleon puso á su hermano José en el trono de

España y de las Indias; y si fué tambien por la libertad por lo que el duque de Angulema fué allá á derribar la constitucion y las cortes. He visto pueblos enteros devastados por nuestras tropas, que aun continuan arruinados; he visto iglesias cuyos tesoros han sido saqueados por nuestros soldados; he visto bóvedas y artesones donde se ha rascado el oro hasta con cuchillos, destruyendo sus estucos y tallados. Mucho me alegraria de saber qué otra huella de su paso por España dejó nuestro ejército las dos veces que la ha invadido, qué pensamiento de libertad y de civilizacion, aunque sea único, ha sembrado allí nuestra decantada iniciativa política; que si al menos Napoleon y Luis Antonio hubieran fundado una sola escuela de aldea, lo único que podria yo decir entonces es que me parecia bastante cara una escuela comprada con 400.000,000 y 400,000 hombres; pero ni siquiera de eso pueden vanagloriarse: ni uno ni otro hicieron á los españoles absolutamente otra cosa mas que daño.

Así es que si por tercera vez se nos ocurriera á nosotros los grandes iniciadores el capricho de intervenir en España, en nombre de la república ó del realismo, ó de la monarquía ó del socialismo, sin saber precisamente cuándo ni por qué causa; desde ahora digo que haré con todo mi corazon los votos mas sinceros para que seamos vencidos y archivencidos, como lo mereceríamos, y para que cada aldea de España sea para nosotros una tumba como Zaragoza. Al mismo tiempo advertiria tambien á los españoles, que si trataran de traspasar los Pirineos con sus oficialitos de quince años y sus negruzcos soldados, no les habíamos de dar el trabajo de volver á trepar por donde bajasen.

Ahora bien: ya que á VV. les parece eso justo, y que de seguro no habrá mas intervencion francesa en España, podemos proseguir como buenos amigos el curso de nuestras pacíficas exploraciones: y voy á decir á VV. la impresion viva y rápida que á primera vista me han dejado su cielo, de un azul tan puro como sus dos mares, sus rios y sus montañas, sus llanuras, sus catedrales, su clero, sus mujeres, sus costumbres, sus usos, sus fiestas, su lengua. Tal vez iremos tropezando,

desde luego se lo advierto á VV., quizás daré muchos pasos en falso, puesto que voy á bosquejar todos esos objetos de pasada; pero cuento con su indulgencia y con que me tenderán la mano amistosamente, sin reprender con aspereza á este pintor de bosquejos á la ligera.

Y hé aquí que mi grande apuro es ahora no saber á cuál dar la preferencia entre tantas bellezas naturales, y tantas maravillas del arte como se aglomeran en mi memoria. ¿Cómo alcanzar á objetos tan grandes? ¿cómo describir lo que no puede reproducir el pincel?

¿Serás tú, cielo de Andalucía, cielo hermoso, que cada noche te adornas la frente con mil penachos de estrellas, y que cada día viertes de tus diáfanas ánforas de fuego sobre los campos, los mares y las ciudades, los abrasadores torrentes de tu luz incomparable?

¿Sereis vosotros, montes de los Pirineos, que os coronais de verdes pinos y de nieves eternas, mientras el sol desliza sus rayos por las profundas quiebras de vuestro granito, y devora la yerba de los valles?

¿Sereis vosotras, cristalinas fuentes del Guadarrama, que en mi sed ansío, y que nos traeis vuestros murmullos en las frescas alas de la noche?

¿Serás tú, Guadalquivir, que envuelves á Sevilla en el largo pliegue de tus aguas, y que despues de haberte dejado liar mil veces en tus amorosos caprichos, vuelves otra vez á ella como si te doliera dejarla?

¿Sereis vosotras, cascadas de Aranjuez, tan brillantes cuando precipitais vuestra plateada espuma bajo los altos plátanos del bosque, y que despues de saludar al paso el alcázar de los reyes, os abris tortuosos caminos y cauces misteriosos por entre los cañaverales y los floridos tomillos?

¿Serás tú, Mediterráneo, azulada cintura de España, lago de mil naves, igualmente formado para la paz y para la guerra? Tan pronto te estremeces y hierves bajo los truenos de las escuadras que se chocan y se hunden en tu seno, como descansas inmóvil á la manera del alcion bajo tus blancas velas, como te meces cual otra madre entre las dos hijas de la

Europa y del Africa, sin que sepas á cuál de las dos dirigir con preferencia las caricias de tus ondas?

¿Serás tú, Barcelona, con tus iglesias reverberantes de luz y de oro, tus naves de mástiles gigantescos, tus fábricas donde fermenta el vapor, tu pabellon de estrelladas esferas que domina sobre las sombras de la noche, y tus brisas tibias y embalsamadas que vienen del Africa encomendadas á la onda marina?

¿Serás tú, Valencia, cuyo puerto borrascoso se desencadena, exalta y se rompe bajo el azote de la tempestad, mientras duermes muellemente tendida al borde de las olas en un lecho de rosas?

¿Serás tú, Cartagena, que no consientes que el mas débil céfiro arrugue la superficie de tu azulado golfo?

¿Serás tú, Cádiz, noble engendro de las bodas de la España con las Indias, Cádiz, orgullo del viejo Océano, doncella compuesta, fresca y liviana, que enamoras á los pasajeros, que gustas de que te miren con tu blanca falda, tu manto verde, tus cabellos trenzados en la frente, y con la sonrisa en los labios? Nadie mas que tú merece ser lisonjeada y cortejada, porque verdaderamente eres hermosa.

¿Serás tú, alcázar de Sevilla, donde los indolentes nietos de Abdelramen, tendidos á la sombra de los sicomoros, respiraban el aura de los manantiales saltadores, y donde á la tibia claridad del dia se teñian de púrpura las flores y se doraban los sazonados frutos del jardin de las Hespérides?

¿Serás tú, oh Córdoba, la de las mil columnas y de las mezcuitas aéreas, que bañas en el Guadalquivir tus puentes y tus jardines; Córdoba, tan envanecida con tus corceles andaluces, cuando entregan al viento sus flotantes crines, y hienden sus cascos la tierra, y hierven en su tímida nariz los resuellos del amor y de la guerra?

¿Será Toledo, donde mis pasos y mi imaginacion vagan con deleite desde la risueña orilla del Tajo hasta las torres de los sarracenos, donde se sueña con la edad media, sus batallas y sus fiestas, y donde se encuentran bajo las ruinas y la biedra de las mezquitas y de las sinagogas la delicadeza y las maravillas de una civilizacion desvanecida?

Hay mas relacion de la que se cree entre las maravillas de la naturaleza y las del arte.

Las catedrales españolas con sus altos campanarios y sus cúpulas inmensas, dominan sobre los huracanes de las revoluciones que braman á sus piés, y sólidamente asentadas sobre sus basas de granito parecen dormir al sol en su inmovilidad oriental.

No bastan algunas horas; seria preciso pasar dias enteros en esos templos magníficos, sentado, de pié, recogido, con los ojos fijos en sus vasos de mármol y de pórfido, sus santos de plata, sus vírgenes cubiertas de pedrerías, sus lámparas, sus candelabros, sus viriles de rubíes y de esmeraldas, las espirales esbeltas, los artesones de oro, las vidrieras de color, que parecen inflamarse con los rayos del sol africano, las capillas caladas, caireladas, festoneadas, sus mil ingeniosas y extrañas figurillas, sus caprichosos arabescos, sus frutos embutidos, sus flores imaginarias, que corren, serpentean, trepan, circulan, bajan y se suspenden en las ojivas, en las verjas de los altares, en los bajo-relieves de las tumbas, vuelven á encaramarse por las columnas, y se pierden en las aristas de la cúpula y en el fronton sublime de los pórticos. En las iglesias de España no le penetra á uno el frio, el vacío y la desnudez, como en las nuestras de Francia; allí la oracion no se evapora, antes por el contrario se condensa y se repliega; respírase allí la majestad de Dios vivo, se siente uno como levantado de la tierra, como envuelto y absorto en las medias tintas de luz y de sombra, que no causan en el alma los horrores de la noche ni las distracciones del dia; las bóvedas descansan sobre bóvedas, las cúpulas se lanzan, suben y se pierden sin que pueda seguir las la vista, y la meditacion sube con ellas hácia la eternidad; y despues de haber dominado aquellas inmensas alturas, demasiado débil para sostenerse mas tiempo en sus alas cansadas, vuelve á bajar, y de cúpula en cúpula, de nave en nave, de calvario en calvario, se hunde en la nada para volver á subir despues hasta Dios, sumergirse, arrobarse en éxtasis, precipitarse nuevamente desde lo mas alto del cielo, y posarse aterrada y temblando sobre el frio mármol de los sepulcros.

Desgraciadamente soló falta una cosa en esas gigantescas masas de piedra, que es la vida. En esos templos religiosos, solo una cosa falta, la religion. Si el clero secular vive á duras penas, el clero regular no vive ya. No he visto en España mas que claustros abandonados, donde silba el cierzo por entre las quiebras de las paredes, donde la lluvia enmohece y desgasta las tumbas, y donde crece la yerba en medio de las ruinas.

Los regulares fueron horriblemente degollados; aun están ensangrentadas las manos de sus asesinos, á quienes la justicia de Dios castigará si no se arrepienten, á falta de la justicia de los hombres. No he visto carmelitas, ni benedictinos, ni cartujos, ni jesuitas; el clero secular anda súpicio, raído, mal calzado, cubierto con sombreros incómodos y ridículos; ignora el griego, ignora el latin, ignora la literatura, ignora la política, lo ignora casi todo; le han despojado de sus bienes sin mas derecho que el de la fuerza, y le niegan sus pensiones porque no se paga á nadie. Sus individuos viven de misas, de limosnas, de nó sé qué; viven solo porque son españoles, porque un español vive con nada; se desquitan poniendo hocico á la sociedad, y haciendo la mortecina se paran cuando el siglo camina, se arrinconan, se deslizan á lo largo de las tapias de las catedrales, entonan sus *oremus*, despachan de prisa y corriendo los oficios, y entierran bajo las catacumbas del tiempo pasado una religion siempre viva. No se les ve prestarse á ninguna obra, ni dirigir ninguna asociacion filantrópica, ni alimentar con la caridad la lámpara del cristianismo; por lo demás, son hombres de bien, afables con los extranjeros, bastante liberales en sus opiniones, sufridos en su miseria, honrados, alegres, francos, tolerantes: no le costaria al Gobierno dos maravedises hacérselos amigos.

La religion de las señoras de la sociedad suele limitarse á santiguarse muy á menudo, sentarse en las losas de las capillas y abanicarse mucho; pocas son las que comprenden que vale mucho mas ir en persona, en persona, lo repito, á llevar el pan y el consuelo al tugurio del necesitado, que reclinarse en un sofá, y con los ojos medio cerrados por el sueño ó el placer, sueltan descuidadamente su bolsillo en manos de un cues-

tor: se me figura (mucho deseo engañarme) que las mujeres españolas están por lo general muy mal educadas en punto á religion.

Los hombres maduros no la conocen; los jóvenes tampoco la conocen; no se ven arrodillados junto á la balaustrada del santuario mas que ancianos de cabello gris ó blanco: y si he de creer á los mismos españoles, en ningun país hay mas indiferentes ni mas ateos.

El clero español, fuerza es decirlo, muere hoy por el exceso de su desarrollo y de su grandeza; todo poder que no reconoce limites, crece, se eleva, se dilata, y por fin se hunde por su propio peso: el despotismo, la inquisicion, los bienes desmedidos, las torpezas de la concupiscencia monástica han sido los enemigos del catolicismo. Para volverle á levantar sobre sus escombros y restituirle su fervor y su brillo, creo que se necesitarian estas tres cosas: pobreza en la iglesia, caridad en las obras y quizás libertad en el culto. La condicion de la religion de Cristo hasta la consumacion de los siglos, su vida, su gloria, su triunfo, están en el combate. Cuando entro en una iglesia española, no es el viento del norte, sino el soplo de las contiendas religiosas lo que quisiera que hiciese retemblar sus vidrieras.

De la observancia de la religion á la observancia de las costumbres no hay mas que un paso: cuando el clero, cuando las damas no se consagran á la caridad como es debido, difícil es que los hombres entiendan la sociabilidad como debe entenderse.

No tacharé al español porque no sea impertinente, ligero, distraido, petulante, adulator y charlatan, como nos pintan á nosotros las malas lenguas; pero sí quisiera que fuese menos áspero, menos indolente, menos desconfiado y menos sombrío, mas social y mas hospitalario. Los grandes de España, los nobles, los comerciantes, los banqueros, no convidan nunca á almorzar, ni á comer, ni á jugar, ni á bailar, ni á tocar, ni á hablar de negocios, ni á hablar de noticias; pudiera decirse que, mundanamente hablando, no hay en el calendario de España fiestas ni domingos, tan amantes son de los placeres solitarios del egoismo, es decir, del placer de estar entre un

numeroso gentío rodeados por todas partes de otros individuos, sin hablarse, sin verse, sin reconocerse, y casi sin saludarse; de ese placer individual incommunicativo, grosero, de todo para sí, y solo para sí, que es el que se saca del circo, del paseo, de los cafés y de los teatros. Cuando acaba uno de ver nuestras aldehuelas, tan festivas, tan animadas, tan alegres, donde parece que toda la población canta, bebe, ríe y baila, y donde diría uno que todos los cantantes, y danzantes, y bebedores, solo tienen un alma y un cuerpo, no puede menos de decirse para sí al ver la España; ¿dónde están los palacios? no los hay. ¿Dónde las casas de campo? no las hay. ¿Y los bailes de las ciudades? tampoco los hay. ¿Y bailes de aldea? tampoco. ¿Y conciertos? tampoco. ¿Y sociedades? tampoco. ¿Y salones donde la aristocracia reciba á los artistas, á los sabios, á los hombres de talento? tampoco. ¿Y almuerzos entre amigos? no se dan. ¿Y comidas donde se convida á los padres, á los conocidos, á los extranjeros? no se convida. El español toma cuanto le dan para sí, bebe para sí, come para sí, y vive para sí, únicamente para sí.

Muchas veces he intentado averiguar en qué puede emplear su dinero un español rico, que no tiene confesor en su oratorio, ni querida en su gabinete, ni caballos en su cuadra, ni perros de caza, ni vinos en su bodega, ni convidados á su mesa, ni chimeneas en sus cuartos, ni espejos en sus chimeneas, ni canapés, ni sillones, ni butacas de seda y terciopelo en sus salones, ni almohadones de pluma, ni pieles en sus camas, ni lana superfina en sus colchones, ni colgaduras de Lyon en sus balcones, ni carruajes de lujo en sus cocheras, ni relojes, ni candelabros, ni porcelanas de Sévres, de Sajonia ó de China en sus consolas, ni estatuillas, ni vasos de bronce y cristal tallado en sus rinconeras, ni grabados costosos en sus gabinetes, ni libros de corte dorado y lujosamente encuadernados en sus estanterías, ni tapices de Aubusson bajo sus piés, ni repostero francés, ni pinche en su cocina, ni estrado para recibir, ni porteros, ni palacios, ni casas de campo, ni suntuosas reuniones campestres, ni elegantes saraos, ni literatos, ni sábios, ni artistas en sus reuniones. Por consiguiente, lo que hace es amontonar

pesetas sobre pesetas, y duros sobre duros, y onzas sobre onzas, y pone al lado de estos montones de pesetas, de duros y de onzas, otros iguales y de las mismas clases, hasta que la mesa se raja con el peso; despues pone los montones en sacos, y los montones de sacos en toneles, y llena de toneles su guardilla y su cueva. No creo que exista en todo el mundo un país donde los particulares tengan mas dinero contante, y donde menos tenga el público. Si el crédito se restablece en España, como creo firmemente que sucederá, hemos de sorprendernos de ver inundar los montones de oro los mercados, los bancos, la bolsa; despertarse el espíritu industrial, fundarse manufacturas, construir caminos, abrirse canales, limpiarse las madres de los rios de arenas, légamo y cieno; formarse nuevos puertos en la mar; cubrirse los arsenales de flotas; cruzarse los caminos de hierro; extenderse, dilatarse hasta unir el Mediterráneo con el Océano; sustituir las posadas y los hostales á los figones; poblarse los campos desiertos de caserios, de granjas, de pabellones, de alamedas, de prados artificiales y de toda clase de cultivos; roturarse los terrenos vírgenes; abrirse las montañas, desmontarse, allanarse; multiplicarse los cambios de unos productos con otros, del maiz, del trigo, del aceite, de las lanas, de los vinos, de las frutas; todo será progreso, vida juventud, trabajo, produccion, riqueza, maravilla; los españoles, si quieren, si escuchan la voz de sus amigos, y yo soy uno de ellos, si llegan á comprendernos y á comprender sus propios intereses, están destinados á ser un dia uno de los primeros pueblos del mundo; pero para eso es preciso no dormir dia y noche.

Los mercaderes españoles están muy lejos de tener la afable y cortés amabilidad de los nuestros; no le encajan á uno así que se presenta el tratamiento de marqués ó de vizconde; son mas bien un tanto desabridos y ásperos al tacto, como todo buen español; secos y cazarros en el cuchitril de su trastienda, ni atraen á los compradores, ni venden al fiado, ni envian á las casas lo comprado; hay en ellos gran fondo de probidad, que es la cualidad mas preciosa en el comercio; palabra dada, palabra cumplida. Los criados y la clase de medio pelo es por lo comun gente arreglada; formal, y fiel á toda prueba: hay mi-

serables criadas de Asturias ó de la Mancha á quienes fiaria yo sin recibo y sin el menor recelo la mitad de mi hacienda: digo esto en honor de las costumbres rancias del pueblo; y lo digo con tanto mas calor y desinterés, cuanto que elogio á esos infelices sin que me lo agradezcan, puesto que no serán ellos quienes me lean. ¡Qué ideas tan extrañas nos formamos en Francia sobre la España y los españoles! solemos atravesar los Pirineos en alas de la imaginacion, y la dejamos correr libremente en pos de las guitarras y de las aventuras.

Sin embargo, y perdónneme los escribidores de novelas y de historietas, lo cierto es que no hay pueblo en la tierra mas taciturno, mas pasivo, menos entusiasta y menos romancesco que el español: el Mediodía de Europa, vivaz, ligero, petulante, alegre, ingenioso, agudo, inquieto, chancero, hablador, cantarin, cuentero, atolondrado y brillante, inventor, impetuoso, rebelde, acaba por el Mediterráneo en Marsella, y por el Pirineo en Burdeos: los españoles no son, en rigor, hombres del Mediodía, son mas bien del Africa que empieza que de la Europa que acaba; la mitad de su sangre es africana, el sol de España es sol africano, los españoles tienen la indolencia de los orientales, su misma indiferencia hácia el porvenir, su carácter grave, su aspecto taciturno, sus costumbres reservadas y solitarias, sus pasiones sordas, violentas, sin olvido y sin perdon. Si la religion de Cristo, á la que tanto deben, á la que lo deben todo, no hubiera acudido á ellos para suavizarlos y civilizarlos, toda la zona del Mediodía ibero creeria aun, como creyó por espacio de mucho tiempo, en la religion de Mahoma.

Jamás he oido en España hablar de raptos, ni de desafios por causa de dos bellos ojos: la sensibilidad ilícita de las doncellas suele acabar en un casamiento forzoso ó en un convento: en las conquistas de amor hacen allí mas ruido las plumas de los escribanos y las citaciones jurídicas que los pistoletazos; ni hay allí mas serenatas que las que al vecindario entero dan los serenos gritando con su penetrante falsete: ¡las once y media, y nublado! las doce, y sereno!

¿Es esto decir que las españolas no sean tan coquetas como las francesas? Guárdeme Dios de hacerles tal injuria.

¿Será decir que no posean tantos encantos? Válgame el cielo: llenas están de gracias de piés á cabeza.

Las hermosas que florecen en Andalucía, limitándome solo á estas, son de pequeña estatura y de elegante cuello; tienen los brazos torneados, los dedos delicados y finos, los piés breves, y el cabello ¡qué cabello! y la sonrisa ¡qué graciosa y amable sonrisa! Su dentadura mas blanca que el marfil; sus ojos como de fuego y rodeados de largas pestañas tienen una suavidad penetrante; los muelles movimientos de su talle imprimen ondulosos pliegues á sus mantillas; el sonido de su voz va derecho al alma, é imita entre el murmurio de la noche la cadencia y los suspiros de los pájaros: vosotros, jóvenes viajeros, que bogáis en las aguas del Mediterráneo, y que subís el Guadalquivir, no os dejéis encantar por esas sirenas.

Esas sirenas de tez morena, esas encantadoras doncellas aman á Dios, casi como á su imágen el hombre: al rezar hacen ruido con el movimiento del abanico y de los lábios; creen mas con los ojos que con el espíritu; adoran las imágenes de Dios, de la Virgen y de los Santos, mas que á los mismos Santos, á la misma Virgen y al mismo Dios.

Las andaluzas no sueñan con el amor, sino que lo practican: para ellas no hay ya rejas de hierro, ni dueñas con manojos de llaves, ni maridos celosos. Vanse solas por lo largo de las tapias blancas de la ciudad á espaciar al sol su frente dorada; vanse solas, sin mas galanes que sus amigas, al caer el día á pasearse bajo las acacias y los sicomoros de Córdoba, Cádiz, Sevilla y Valencia. Jamás sus pálidas mejillas se tiñen de ese carmin que suele hacer traicion al corazon; solo sus ojos brillan de noche con elocuente lenguaje en medio del silencio. Los moros al dejar la hermosa Granada, y Sevilla con su alczar tapizado de olorosos jazmines, y Córdoba con sus horizontes de verdes montañas, dejaron en las venas de aquellas mujeres restos de sangre africana, con no sé qué tiernos deseos, con no sé qué estremecimientos de voluptuosidad; para ellas el suspiro es la plegaria; para ellas la religion es el amor; finalmente, el amor para ellas es la vida, el único objeto de la vida!

¿Son las españolas felices en la vida conyugal? Hé aquí una pregunta que nunca les he dirigido, porque ¿qué me habian de responder? Nada por lo tanto sé sobre esta materia; pero me inclino á creer que los españoles, tan respetuosos con las damas, tan galantes en sus saluciones, tan urbanos como cortésés al aire libre, no dejan de ser bastante déspotas en su casa; por lo demás, sean jueces de esto las mismas damas.

No tengo por cierto la pretension de acertar; dije al principio, y lo repito ahora, que puedo muy bien no haber visto y no haber observado con todo el acierto deseable, porque ¿quién es capaz de penetrar las costumbres y el carácter de un pueblo que se visita de pasada, y sobre todo las costumbres y el carácter de sus mujeres? Para esto se hubieran requerido tres condiciones: residir mucho tiempo en el país, estudiar muchos matrimonios y muchas mujeres, y vivir en su trato íntimo. Supongamos, por ejemplo, que un español sea admitido en París en cualquier casa ó familia; verá desde luego que la señora de la casa es severa en su discurso, en su conducta y en su propio exterior, que lo tiene todo en órden, que frecuenta las iglesias, que cuida de la educacion de sus hijos, que rodea á su marido de tiernos cuidados y de esmerada solicitud; ¿podrá deducir de esto el español que todas las mujeres parisien-ses de la misma clase son devotas, modestas y reservadas? Si por el contrario es introducido en casa de otra cualquiera señora vaporosa, que descuida á su marido y á sus hijos, y padece crispaciones de nervios, que se tiende en los sofás, que vive entre gasas, diamantes y flores, y lee novelas, y hace versos, y aspira á ser artista, ¿podrá deducir que todas nuestras mujeres son coquetas y ligeras? Otro tanto digo de las españolas; creo que son afectuosas, sensibles, madres tiernas, esposas leales, demasiado indolentes sin duda alguna; pero su mirada está llena de caricias como el sonido de su voz está lleno de melodía, y la sagacidad de su sonrisa es un indicio seguro de su talento.

No he quedado tan satisfecho de los jóvenes como de las mujeres; son estos en general de un moreno subido, de ojos comunes y uniformes, de barba espesa y ríspida; son aficiona-

dos á llenarse el pecho y las manos de cadenas y sortijas de oro falso; su andar es pesado, aunque sus formas revelan agilidad y vigor. Los jóvenes españoles no debieran mirarse sino á caballo, haciendo encabritarse al noble corcel andaluz, clavados en sus arzones, apretados de cintura, sus ojos destellando fuego, derribado el sombrero sobre la oreja, y con el puro en la boca.

¿Y qué diré de esa lengua española, tan majestuosa, grave, sonora, musical y enfática, que con tanta perfeccion habla todo ese pueblo de hombres y de mujeres? Es imposible acentuar y articular mejor cada frase, cada sílaba, cada palabra que lo hace cualquier abogado ibero en el tribunal, cualquier predicador en su púlpito, cualquier actor en el teatro, cualquier orador parlamentario en las córtes, y cualquier pedagogo en su escuela. La lengua española pliega con pompa su mantilla, y muestra en sus orejas deslumbradores pendientes de rubíes y de diamantes; se mece en sus períodos retumbantes y cadenciosos, se columpia con majestad, se mueve con paso de reina; pero cuando se ve precisada á expresar nuestros giros familiares y nuestras locuciones naturales tan expresivas y pintorescas, que sin ser demasiado elegantes, ni demasiado correctas, y sin pertenecer á la nueva conversacion, ni al discurso sério, todo el mundo lee y comprende, ya para nada le sirve su riqueza; solo tiene para nosotros equivalentes y poco mas ó menos, y ó nos deja desnudos, ó nos pone tan tiesos y empergilados que no hay quien nos conozca. La magnificencia de la lengua española se refleja en sus cumplimientos, títulos y apelativos de todo género; no sé si el defecto está en la lengua ó en la costumbre, pero lo cierto es que los epítetos y las hiperboles se prodigan con asombrosa facilidad.

No es extraño que haya allí marqueses de la Fidelidad que hayan vendido á no sé cuántos gobiernos, príncipes de la Paz que hayan envuelto á su país en los horrores de la guerra civil y duques de la Victoria que tomen las de Villadiego; vizcondes de la docilidad habrá que nieguen la obediencia al gobierno, y condes del camino de hierro que rompan la crisma á los viajeros.

Cuando los alcaldes publican algun bando para que no se juegue á la pelota en alguna tapia, ó no se viertan aguas inundadas en algun rincon, no se contentan con decir, Nos el alcalde de la ciudad de tal..... sino que han de añadir de la *invicta* ciudad de tal.....

Y adviértase que yo, que no soy militar, ni menos artillero, me comprometeria á echar abajo, con solo tres descargas de á 24, la muralla de semejante ciudad *invicta*, y á entrar en ella vencedor.

Pues qué! quien entró en Viena, en Roma, en Berlin, en Moscow, en Madrid, en Lisboa y en París, ¿no podrá echar abajo una bicoca flanqueada de torres desmoronadas, aunque sean góticas ó moriscas? Creo que convendria mucho advertir á todos esos municipios *invencibles*, que con su donquijotismo alcaldesco hacen un papel soberanamente ridículo. ¡Válgame Dios! cuando uno es grande es preciso que sea modesto.

En cambio de este defecto que hace aparecer á los españoles como emparentados con los chinos, tenemos nosotros una especie de fatuidad todavía mas insoportable: no podemos imaginarnos que fuera de nosotros tenga nadie ingenio y gusto; ¿quién creerá que á mi vuelta de España se me preguntaba si en su país de VV. se comia con tenedor, y si las señoras se visten para ir á sociedad? Todos creian que me burlaba de ellos al decirles que en España no se come con los dedos, y que las señoras gastan trajes elegantes y lujosos aderezos, y me lo hacian repetir mil veces, como si fuera un cuento.

Prefiero con mucho las *excelencias* y las *ilustrisimas* á esta clase de impertinencias, que sériamente he oido de boca de mis caros compatriotas.

¿Qué resta que añadir ahora?

En España el carácter general de las gentes es áspero y zahareño; el vino es turbio y espeso y de mal gusto; la carne de las reses es dura: puede decirse que todo allí es uraño, hombres, animales y frutos: es una nacion que necesita mucho ingerto.

¿Qué mas diré? La España es como una hermosa vasija de oro al salir de las manos del platero, con toda la riqueza de la

materia y la elegancia de la forma, pero sin el bruñido, que solo se adquiere á fuerza de pulimento.

Esto en cuanto á las ciudades. Tocante á los lugares y aldeas, es una nacion vigorosa que tiene mas necesidad de peines que de pan, y de agua caliente que de vino, y de cepillos que de cigarros, y de lienzo blanco que de Constitucion, y de educacion que de libertad; métanmela VV. por Dios en las piscinas en la mayor fuerza de la corriente, aféitenmela VV., esquilénmela VV. hasta que se le vea el casco, blanquénmela VV. sus paredes con cal, purifiquenme sus jergones con azufre, y sus camas llenas de chinches con trementina; obliguenla VV. á que se peine, y se lave, y se vista dia y noche, despues de hacer su oracion; pónganla VV. una camisa, aun que no sea mas que los domingos, y yo les respondo de que en breve parecerá enteramente otra, y que no conocerán VV. á ese pueblo. Las naciones en este mundo solo son grandes en razon de la opinion que se tiene de su limpieza.

Dejando ahora á un lado el capítulo de costumbres, vamos á hablar un poco de las fiestas y regocijos. No describiré los disfraces del carnaval, ni las danzas de tamboril, ni las pirámides humanas de Tarragona, ni las miserables bufonadas de los estudiantes cazcarrientos que llevan en pos de sí al populacho, ni el voluptuoso contoneo de la cachucha. Lo que hay mas original en España, lo que es verdaderamente nacional y digno de un pueblo grande, son las corridas de toros; así lo dicen VV. por lo menos, que por mi parte, como no soy español, solo he visto una corrida, y me ha sobrado mas de la mitad.

¡Qué movimiento, qué espectáculo! un circo enorme en el centro de un anfiteatro con graderías, donde 10,000 hombres con niños y mujeres están apiñados formando marejadas! Cae el sol á plomo sobre aquella multitud tempestuosa; abrasa la atmósfera y parece exhalar un olor de sangre y de carnicería; allí los españoles, de semblante grave y sério, se animan y se encienden tiñéndose sus facciones de rojo sombrío; los mas taciturnos prorumpen en exclamaciones; los mas flemáticos saltan y se agitan, todos vociferan y hacen estremecer los

bancos de madera: es un pueblo entero que goza á un tiempo y que delira.

Abrese de repente la barrera, sale el toro á la arena, y corre saltando mas ligero que el corcel que entrega sus crines al viento en las doradas arenas de Andalucía. ¿Qué va á hacer ahora ese rey de las praderas? Primero está como atolondrado, luego se irrita y escarba con su pezuña la arena; inclina la cerviz amenazante dando resoplidos en la tierra, brillan sus ojos, y arranca de repente contra sus enemigos, que al huir y evitar su furor le siguen hostigando; pero no huye él, no retrocede ese noble animal, para el cual no hay esperanza, y cuya muerte está cercana. Un par de donquijotes encaramados en sus rocinantes con los ojos tapados, se le ponen delante á darle pinchazos en el cuello con sus picas; y cuando el toro se digna arrojar sobre ellos, hace rodar en el polvo jinetes y monturas, que se levantan mal parados, y despues de limpiarse vuelven aquellos á tomar su gloriosa posicion. Los banderilleros y capeadores, cubiertos de cintajos, de lentejuelas y de caireles, con el cabello recogido en una redcilla á lo Figaro, bien apretados de cintura y de pantorrilla, arrastran eulebreando delante del toro sus capas de holandilla encarnada, amarilla y verde; cuándo se ven apurados se refugian en la barrera salvándola de un salto, mientras otros, despues de haber ofuscado al toro y tomado sus precauciones, le clavan dardos agudos que le desgarran la piel y los tegumentos, tiñéndose de negra sangre; el animal bufa, levanta al cielo su hocico humeante, sus pechos se estremecen y procura en vano sacudirse las agudas puntas que lleva clavadas; óyese luego un toque de clarin, y sale un espada con su muletilla de púrpura, el cual, despues de saludar con su montera á la autoridad que preside y dirige la funcion, de anunciar un brindis chavacano á su salud con la sangre que va á derramar, se pone delante del toro y le hunde en la cerviz el acero, mientras el animal engañado se abalanza al paño rojo. Sus movimientos se entorpecen, agótanse sus fuerzas, apáganse sus ojos y quedan sus astas inmóviles de entumecimiento y de dolor; revuélvese trabajosamente, intenta en vano saltar la barrera, y vuelve á caer

moribundo; lanza entonces al viento espantosos bramidos, y al morir le responden diez mil voces con aullidos aun mas espantosos; llega el cachetero y le da el último golpe; suenan al instante los timbales y los clarines, vuelven á abrirse las barreras, y tres mulas vigorosas, enganchadas á sus astas, sacan á galope de la arena el cadáver del vencido.

¿Es posible que un pueblo religioso se complazca en semejantes actos de barbarie? Las corridas de toros son el baldon del clero español; golpear á los animales, y matarlos para alimentarse con ellos, ley es de la misma naturaleza; pero golpearlos, azuzarlos, martirizarlos y matarlos para hacerlos sufrir, es violar la ley de Dios, que no ha dado la sensibilidad, el aliento y la vida á seres inofensivos para que se los arranquen, solo por el placer de arrancárselos.

¿Dónde hay cosa mas innoble y baja que reunirse tantos para atacar, casi sin peligro, á un pobre animal aturdido, ciego y sordo de ira y de terror? ¿dónde hay mayor crueldad que cortarle los nervios, atravesarle el corazon, hendirle el testuz y martirizar con el hierro sus carnes desnudas y palpitantes? He visto toreros derribados en la arena, y no he tenido la menor compasion de ellos, ni me he acordado, lo confieso, de que hubiese un alma humana dentro del cuerpo de aquellos bárbaros jinetes, capeadores y banderilleros; he visto á duquesas que palidecerian y se desmayarian solo con que uno pisase la cola de su gato de Angora, encenderse de furor bovino, mezclando con el mugido del toro moribundo el de su voluptuosa ánsia; yo las he visto dejar sus palcos con tristeza y gesto de fastidio cuando se agrupaba el pueblo en torno de las astas inofensivas de un novillo, como si para aquellas grandes damas no pudiera haber placer no habiendo sangre derramada.

¡Oh duquesas, oh marquesas españolas! muy léjos estais de nuestras damas en cuanto á caridad; os lo digo porque os conozco; pero aun mas léjos estais de ellas por lo que hace á la bondad natural de la mujer. Ninguna de nuestras señoras parisien-ses, tan nobles en sus ideas como tiernas y compasivas en sus afectos, seria capaz de prostituirse y degradarse en la torpe contemplacion de vuestros infames mataderos.

Vengan á ensayarse entre nosotros esas salvajadas de la raza africana; yo les aseguro á VV. que para demoler nuestros anfiteatros, para dispersar á los espectadores, no necesitaremos albañiles ni prefectos de policía; nos bastarán nuestras plumas.

No se diga que tambien los romanos tenian sus circos; pretendíase con ellos acostumbrar á la sangre y á los ejercicios corporales á los dominadores del mundo.

¿Pero son VV. acaso los españoles los dueños del orbe? ¿son sus toreros de VV. gladiadores ó esclavos? ¿por qué no construyen VV. un circo, y eso seria mucho mas útil, en la plaza de Algeciras, mirando á Gibraltar, para que despues de haber muerto al toro de una estocada, hagan VV. bajar á la arena al leopardo británico para acabar la funcion? ¡Ah! temen los vencedores de novillos espantarse de sus rugidos, y los que tan valientes son con la moña y la muletilla, y tan rápidos en torno de la barrera, no querrán dar la vuelta á la roca de Gibraltar!

Pero todavía no les parece á VV. bastante haberles hablado de sus rios y mares, de su ejército y de su diplomacia, de sus catedrales y de sus clérigos, de sus mujeres y de sus toros; no me soltarán VV. hasta que les diga tambien algo de su hacienda, de su administracion de justicia, de su descentralizacion, de su prensa, y finalmente de mis proposiciones de utilidad pública. Seguiremos pues este mismo órden.

En cuanto á la Hacienda, se me ha asegurado que se halla en el mas espantoso desórden, á tal punto, que parece envuelta en aquel mismo caos primitivo que existia antes de haber formado el Señor la luz. Preténdese que el pueblo paga religiosamente, pero que los recaudadores, preceptores, intendentes, y no sé cuántos mas empleados en la Hacienda, se pagan á sí propios mejor, y tan bien, y tanto, y tan á menudo, que de todo aquel dinero solo llegan al Tesoro las arrebañaduras. Si esto es cierto, vienen á ser las rentas españolas como un rio que naciendo caudaloso fuese disminuyendo siempre de velocidad y volúmen, para acabar perdiéndose entre las arenas de su desembocadero. No hay español que no prodigue contra los inspectores de aduanas, intendentes y ministros, los vergon-

zosos epítetos de dilapidadores y malversadores; pero yo, que á fuer de extranjero puedo ser imparcial, diré francamente que, á excepcion de un cortísimo número de ministros que en los quince años últimos han manejado los negocios y han dejado sus poltronas llevándose muy buenos capitales, todos por lo general se han retirado pobres; el español no es naturalmente propenso al robo, ¿porqué calumniarse entre compatriotas? Déjense nuestros caminos de Francia sin policía, y pronto se verá si se infestan de bandoleros mas ó menos que en España: déjese sin pagar á nuestros empleados, recaudadores, y manipulantes de contribuciones, y se verá si queda ó no toda la plata pegada á las falanges de sus dedos al pasar por ellos. La guardia civil española limpiará en breve los caminos de malhechores, y el pago exacto de los empleados volverá, cuando se verifique, á poner boyante el tesoro. Y pues llega el caso de hablar de desinterés y abnegacion, no callaré aquí que yo mismo he presenciado en España en muchos funcionarios públicos, grandes y pequeños, clérigos y seglares, algunos actos verdaderamente heróicos, debidos á ese sentimiento generoso, que recuerdo ahora con verdadero placer de mi alma. Redúcense sus sueldos, no se les paga, acumúlanse los atrasos, y ellos sin pesar por lo pasado y sin esperanza en el porvenir, sufren, se empeñan, redoblan su celo y sus tareas, y aun llegan á veces á hacer adelantos, todo sin énfasis y sin la menor queja. Si esto no es virtud, sino es este el mas puro y acrisolado patriotismo, no sé qué nombre dar á la conducta de esos hombres admirables. He visto á un pobre maestro de escuela á quien no se pagaba, sacar dinero de su bolsillo para componer los bancos de la clase, reponer los vidrios rotos y comprar un catecismo á los niños; esto lo he visto repetido mas de veinte veces, y siempre me conmovia hasta hacerme saltar las lágrimas. ¿Seríamos nosotros capaces de otro tanto? Digo, y repito, que en el pueblo español hay grandes virtudes.

En cuanto á la administracion de justicia y á los procedimientos civiles, diré á VV. que he huido de su intrincado laberinto lo mismo que del de la hacienda. Todos los códigos en España están por hacer: tienen que reconstituirse todas las ju-

risdicciones y simplificarse todas las formas. El resultado de todos los pleitos, cuando se consigue, suele ser siempre la ruina de uno de los litigantes, y á veces la de ambos; allí se nada en cieno puro, y todo cliente se ahoga bajo la proteccion de su abogado.

Peor es todavía el ramo criminal: en otras partes los testigos del delito se apoderan del culpable y le denuncian; en España, en oyendo gritar «¡ladrones, asesinos!» todos apagan la luz, echan el cerrojo, atrancan la puerta, y el asesinado queda tendido en medio del arroyo entregado á la merced de Dios, porque si alguno acudiera á socorrerle tendria que declarar como testigo, y antes que probara que no habia sido mas que un mero testigo del hecho se le meteria en la cárcel, y Dios sabe el tiempo que estaria detenido si no fuese mas que un pobre pelon. En ese país pobreza y justicia criminal son dos cosas que están reñidas. El que es pobre pretende ser juzgado! tanto vale que pretenda que se le ahorque. Por el contrario, es uno rico, y cansado de perseguir al ladron quiere abandonar su querrela. ¿Cuánto está dispuesto á dar al juez? responde que nada; pues en ese caso no tiene mas remedio que seguir pagando al procurador, al escribano, al promotor fiscal y al mismo juez, y resignarse á continuar los procedimientos hasta el fin: de modo, que si persigue tiene que pagar, si no persigue tambien, y despues de haber entregado el último maravedí de su bolsillo, le cuesta muchísimo arrancar su denuncia y sus autos de manos del escribano actuario, despues de quedar arruinado por haber sido primero víctima de un ladron.

Esto no es mas que repetir lo que me han dicho veinte, treinta, y aun cien personas. ¿Es verdad, ó es mentira? ¿Es exagerado ó es pálido el relato? Sobre este punto VV. juzgarán libremente á los jueces y á los que los juzgan, con tal que no se tomen la molestia de juzgarme á mí (1).

(1) Con el peregrino informe que dá V. aquí, querido y respetado Timon, de nuestra administracion de justicia en lo criminal, me pone V. en el duro trance de tener que dejarle abandonado á sus erradas opiniones sobre la materia, protestando desde luego que no tengo la menor parte en tan infeliz creencia, para que no se diga que he sido yo uno de los que tan mal le han informado. — V. ya

Pero al mismo tiempo que se procede con tanta lentitud contra los que hurtan pañuelos y los que andan á navajadas en las calles, contra los acusados de crímenes políticos se procede con una expedición asombrosa.

sabe que hay en todos los países del mundo, y por consiguiente en España, hombres que á sus cortos alcances juntan la oficiosidad mas obsequiosa, y estos suelen ser los que intentando proporcionar á los viajeros de países extraños noticias sobre todas las cosas de su propio país, forjan patrañas y mentiras para salir del paso, siempre que las preguntas de sus agasajados huéspedes son algo peliagudas y superiores á sus conocimientos.—Figúraseme estarle á V. viendo, mi venerado Timon, convertido en víctima de uno de esos necios, oyendo con credulidad sus disparates, tomando notas de ellos, y maravillándose de que pueda subsistir esta sociedad con un desórden como el nuestro en la administración de justicia.—Seguro estoy de que esto es lo que á V. le ha pasado; desde luego le supongo á V. penetrado de la idea de que en España está todo por hacer, y en esta conformidad ya tiene V. predisuestas las tragaderas á todo lo que vaya inventando su informante.—V. es incapaz de engañar á nadie y juzga á los demás por sí mismo; su informante de V. por el contrario no está acostumbrado á esos escrúpulos, y para salir del paso, por no confesar que ignora, miente que se las pela.—V. con toda formalidad le pregunta:—Y qué tal la administración de justicia en España?—*Informante* (con semblante siempre risueño, y con la afectada facilidad del hombre estúpido que quiere aparentar que lo sabe todo al dedillo). Buena está la administración de justicia! alguaciles, escribanos, abogados y jueces, todos son unos.—*Timon*. Bien, pero en España, como en todas partes, hay leyes... *Infor*. Buenas leyes! aquí todo es confusión: el que tiene la desgracia de pleitear ya está fresco!—*Timon*. Sí, pero si gana el pleito...—*Infor*. Hágase cuenta que lo ha perdido, porque le suben las costas á mas de lo que importa lo que pleitea: si pierde se arruina, y si gana tambien.—*Timon*. Es posible! y la justicia criminal?—*Infor*. Esa si que es barahunda! No hay justicia criminal en España.—*Timon*. Pues qué! no hay leyes para la debida instruccion de las causas y para su sustanciacion?—*Infor*. Como si no las hubiera, porque como todas están en desuso, unas por anticuadas, y otras porque en este país, desengañese V., á nadie se obedece, de donde resulta que los jueces hacen siempre lo que les dá la gana.—*Timon*. No hay aquí lo que llamamos en Francia jueces de instruccion?—*Infor*. Vea V., no los hay; y nos hacen tanto, tanta falta!—*Timon*. Y quién persigue los delitos? y quién forma el sumario?—*Infor*. Cel aquí no se hace nada de eso: le explicaré á V. en dos palabras lo que sucede en toda causa criminal:—Suponga V. que le acomete en la calle un ladrón, y si no le deja tendido en el arroyo de una navajada, le limpia á V. el bolsillo: V. se queja á la justicia, y suponiendo que se haya logrado aprehender al autor del delito, le dicen á V. si quiere mostrarse parte en la causa. Si V. dice que sí, todos los gastos del proceso son de su cuenta; si dice V. que nó porque es pobre, ó porque no quiere gastar dinero, renuncie V. á que se le haga justicia.—Pero lo mas gracioso es, que una vez que se ha mostrado V. parte, ya no puede desistir de su querrela.—*Timon*. Es posible! qué absurdo!—*Infor*. No hay mas: tiene V. que seguir aflojando la bolsa hasta el fin, á menos que se resuelva V. á arrancar los autos de manos del escribano actuario presentándose en su escribanía con una pistola en cada mano.—*Timon*. Qué desórden! que feyest qué caos!

Esto es lo que á V. le han contado; ahora, amado Timon, añadiré yo que todo eso es falso, que para la administración de justicia, civil y criminal, tenemos en España un reglamento que con las aclaraciones posteriores que de él se han hecho, es digno de cualquiera nacion civilizada; que dicho reglamento previene terminantemente en la materia criminal el modo de instruir los sumarios mas espedito y com-

Apenas es aprehendido el faccioso, no bien consta la identidad de su persona, sin la menor sombra de juicio, se le mete en capilla, se le confiesa, se le absuelve y se le fusila:—y luego á otro (1). No tienen mas habilidad los salvajes para cazar enemigos, y solo falta que siguiendo su ejemplo se beba la sangre del ahorcado en su propio cráneo: la civilizacion mediante, algun dia lo veremos.

Con semejantes formas de justicia, y con tal delicadeza de procedimientos, lo mejor que puede hacer cualquier personaje político que esté en desgracia, sea coronel, general, jefe político, intendente, diputado, senador, ministro, regente ó regenta, es tomar las de Villadiego. Si cree que no está tan comprometido, si se jacta de su inocencia, si contra él no resultan cargos, ni pruebas, ni aun indicios, y si persiste en quererse quedar en su país, en su casa, retirado con su mujer y sus hijos, irán á buscarle donde esté, y le dirán: paréceme, señor mio, que tiene V. la tez amarillenta, que está V. desgarnado, y que no haria mal por su salud y la nuestra en irse á tomar aires al otro lado del Pirineo; y como somos naturalmente buenos y serviciales, hemos querido ahorrarle á Vd. el trabajo de ir á pedirnos su pasaporte, y aquí se lo traemos; tiene V. cuatro horas de tiempo para abrazar á su mujer y á sus hijos, para arreglar sus asuntos y hacer su lio.

Si yo fuera ministro de justicia no entregaria los hombres á la paz y caridad despues de ahorcados, sino que los haria juzgar antes de ahorcarlos, aunque no fuera mas que para descubrir si son ó no culpados.

Haria de modo que los testigos no fueran encarcelados an-

pleto, de manera que ni se mortifique inútilmente á los testigos del delito, ni se prolonguen indebidamente los encarcelamientos preventivos, ni se agrave con vanos requisitos la condicion de la parte querellante cuando no se sigue la causa de oficio; y por último, que todo agraviado puede desistir de su querrela cuando lo tenga por conveniente, abandonando la persecucion del delito al ministerio fiscal si el hecho es de aquellos que interesan á la vindicta pública.—La mayor parte de las causas criminales se siguen en España de oficio, y la sustanciacion de ellas no suele costar un maravedí á la parte agraviada.—*Nota comunicada por el traductor á Timon.*

(1) Tambien esta, amigo Timon, es noticia del susodicho informante. Para fusilar á un faccioso sin mas requisito que la identidad de su persona, se necesita una real órden expresa, que raras veces se expide.—*Id.*

tes que los mismos asesinos, y que no saliera mas caro ser robado que ser ladron.

No absolveria misericordiosamente á los ricos, solo por ser ricos, para condenar irremisiblemente á los pobres, solo por ser pobres.

Suprimiria definitivamente los fusilamientos reconocida la identidad de la persona, las conducciones de justicia en justicia, las ejecuciones por la espalda y demás métodos expeditivos á la turca; recordaria que soy cristiano, que Dios me observa, y que nadie se vanagloriará de parecer un dia ante el Supremo juez con las manos teñidas de sangre inocente; pero como tambien querria desempeñar mi cargo con rectitud, lo primero que me proporcionaria serian buenas leyes, buenos jueces, y buenos guardias civiles.

Si fuera yo ministro de negocios extranjeros, quisiera que los señores ingleses y franceses se ocuparan algo mas en sus asuntos, que no siempre van á las mil maravillas, en vez de ocuparse en los nuestros, que irian algo mejor si tuvieran la bondad de no mezclarse en nuestras cosas.

Si fuera ministro de hacienda llamaria á todos los capitalistas y á todos los que amontonan doblones, onzas y pesetas, y les diria: Tráiganme VV. todo su oro y toda su plata, y pónganlo sobre esa mesa: mi estimacion hácia VV. es cosa que raya en ternura, y quiero por lo tanto que VV. y yo hagamos un excelente negocio: la renta está á 39; pues bien, yo se la pongo á VV. al 100; llévenme VV. el papel y déjenme su dinero.

Entonces con aquellas sumas pagaria á todos los que sufren atrasos, y en breve, teniendo dinero, querrian todos hacerse con títulos de la renta que excederian en poco tiempo del 100 por 100.

Pero antes de empezar esa operacion me seria indispensable tener una entrevista de dos minutos con el ministro de la guerra, quien haria lo que voy á tener el honor de decir á VV. si yo fuera ministro de dicho ramo. Empezaria pues, si fuera ministro de la guerra, por licenciar al ejército, y despues para no continuar con mi beneficio simple, me licenciaria á mí mismo, y me daria buena vida.

Y hé aquí cómo sin necesidad de que yo os lo explique llegaría la renta á la par.

Si fuera ministro de la gobernacion, haria lo que mas adelante verán VV. que propongo, y lo haria lo mas pronto posible, porque no son los beneficios los que conviene demorar, sino los daños.

Por último, si fuera ministro de cualquier ramo, y además ministro jóven, no exigiria de las damas españolas que tuviesen una cabellera mas larga y mejor peinada, una voz mas suave, una dentadura mas blanca, y ojos mas expresivos, sino que las encomendaria que tomasen de París sombreros mas elegantes, y que estudiasen el arte encantador de llevar una bagatela con gracia, y de hacerse adorar á copia de imperfecciones, que entre todas las mortales solo pertenece á nuestras mujeres.

Les encomendaria que cultivasen con la lectura su entendimiento de suyo despejado: que no pasasen en el tocador cuarenta y ocho horas de las veinte y cuatro que tiene el dia; que aprendiesen á practicar la caridad que consiste mas en saber dar y en visitar á los pobres, y en cicatrizar las llagas del alma, juntamente con las del cuerpo, que en dar mucho y desordenadamente. Tambien las exhortaria á no ponerse en cucullas, como Magdalenas que no son, en las losas húmedas del templo, á leer su devocionario mas bien que á cuchichear con sus amigas, y á estar atentas á la misa, en vez de mirar por las varillas del abanico á los jóvenes que pasan por su lado.

Finalmente, si fuera yo el ministerio, el gabinete entero en cuerpo y alma, procuraria conseguir por el órden de gerarquías la centralizacion de todos los poderes.

¿Pero cómo quiere V. que la España se centralice? he oido decir cien veces en las sociedades de París; ¿cómo se ha de centralizar una nacion tan distinta de lo que es Madrid por sus instituciones provinciales y municipales, sus rios, montañas, climas, costumbres y diversos dialectos? Pues qué, he contestado siempre á mi vez, ¿acaso no tiene tambien la Francia rios y montañas, y climas, é instituciones municipa-

les, y distancias, y costumbres y dialectos diversos? ¿Por ventura el habitante de Tarragona se diferencia mas del madrileño, que el de Ruan del Marsellés, ó el de Strasburgo del Breton? ¿acaso Barcelona está tan distante de Madrid como París de Perpiñan? No parece sino que las instituciones municipales en España oponen al gobierno una invencible resistencia. ¿Es otra cosa su derecho municipal que nuestra ley literalmente copiada palabra por palabra? ¿y qué significa el clima? Si hace calor en Cádiz, tambien lo hace en Tolon, y si en Burgos hace frio, tambien hace frio en Dunquerque. Si en otro tiempo hubo un reino en Valencia, y otro reino en Leon, y otro en Córdoba, y otro en Castilla, tambien en Francia ha habido un reino en Ruan, y otro en Dijon, y otro en Orleans, y otro en París. ¿Habrà acaso quien pretenda así en España como en Francia restaurar esos oropeles carcómidos de las monarquías feudales? Las supuestas franquicias de los vascongados no son quizá mas respetables que los fueros de la Guiena, Aquitania, Delfinado, Franco-Condado y Bretaña. Pasó sobre ellos el tempestuoso aliento de la revolucion, y desaparecieron como sombras, porque no eran en realidad otra cosa; por otra parte, examinadas á fondo todas esas franquicias, se reducen á si los vascongados, que no son ni mas menos que los demás hijos de la patria comun, y hermanos de sus hermanos, han de pagar ó no al tesoro menos contribucion que los nacidos en Barcelona, ó en Córdoba, ó en Valladolid, ó en Madrid ó en Sevilla. Cuestion es esta que basta plantearla para resolverla, y de hecho los vascongados, que son justos y amigos de la razon, pagan el impuesto del mismo modo que todas las demás provincias: y hacen bien. El español es mas dócil de lo que se cree, y menos disputador que nosotros: debe pagar y paga, debe obedecer y obedece, y para esto no necesita consultar á los publicistas y oradores de allende el Pirineo, porque sabe que su prosperidad y su grandeza dependen de su estrecha union con el gobierno central. ¿Qué importa que este gobierno tenga su asiento en Madrid ó en otra parte? Por fuerza ha de estar en algun punto. ¿No está Madrid situado en el centro del reino? Dirán que es pequeño; ¿pero cuál es la ventaja de que

sea monstruoso como Lóndres y París, y devore toda la España? Yo por mi parte no titubeo en declarar que son malos españoles todos los que se oponen á la centralizacion política y administrativa de las diversas provincias de España. Esas son perniciosas inspiraciones de los extraños que atraviesan los mares y los Pirineos, é infunden en los peninsulares la detestable manía de las guerras civiles y de las revoluciones. No hablo de la diferencia de las costumbres, porque la centralizacion no tiene en manera alguna la pretension ridicula de uniformar las costumbres de un pueblo; tampoco hablo de la diferencia de dialectos, porque tambien nosotros tenemos en la Francia de los Bossuet y de los Racine un terco patué que en nada cede en cuanto á dureza al patué catalan y asturiano. ¡Buena razon es por cierto la de degollar la lengua patria para eximirse del pago de contribuciones!

Pero en suma, la centralizacion, que está ya mas cimentada en España de lo que muchos creen y de lo que otros desean, llegará por fin á establecerse del todo, y sin grandes esfuerzos, si el gobierno se empeña firmemente en conseguirlo.

Desde luego, la centralizacion política existe ya de hecho y de derecho, puesto que hay un solo rey, un solo ministerio, una sola constitucion y un solo parlamento.

La centralizacion administrativa se propagará mas y mas por medio de los telégrafos, de la constitucion definitiva y homogénea de las municipalidades, de la creacion de los consejos provinciales y de las suprefecturas, de la reorganizacion del consejo de estado y de las reglas obligatorias de una jurisprudencia uniforme.

La centralizacion religiosa resulta de un culto único y dominante.

La centralizacion literaria, que por cierto no deseo gran cosa, existe en Madrid, donde mas que en otra parte alguna, y casi exclusivamente, se cultivan con éxito las letras, las ciencias y las letras.

La centralizacion de la prensa, que tampoco deseo, se ha instaurado en Madrid bajo la forma de los masyores periód-

dicos, de las traducciones, de las revistas, y de casi todos los trabajos de la inteligencia.

La centralizacion militar progresa ya tanto, que casi raya en despotismo.

La centralizacion de la policia politica es quizá ya exagerada, y la centralizacion de la policia administrativa se regulariza, se completa y se extiende, hoy á las ciudades, mañana á las aldeas, en beneficio de la seguridad de los habitantes y viajeros.

La centralizacion de la hacienda, que existe ya en el buen deseo del contribuyente y en la exactitud de los pagos, no tiene mas entorpecimiento que la anarquia de las juntas locales en lo tocante á las rentas de las ciudades y provincias, y el desorden de la contabilidad y la infidelidad de las recaudaciones por lo que hace á las rentas generales del Estado; pero llegará á fundarse de una manera sólida cuando se cree un tribunal de cuentas, de arcos, de consolidaciones de la deuda con pago, de pensiones de retiro civil y militar con pago, etc.

No se diga pues que no puede haber centralizacion en España, puesto que tan adelantada está ya, y que léjos de haber buenas razones que alegar en contra, las hay excelentes en pro.

Pero es preciso que el gobierno dirija constantemente sus conatos á conseguirlo; por desgracia la España es el país de las dilaciones, el español padece en su moral la peor enfermedad que puede aquejar al hombre, y la mas difícil de curar entre todas, que es la de los tumores frios. Allí el lugareño, cuando tiritaba arrecido por estar al norte, en vez de trabajar y moverse para entrar en calor, se recuesta contra una tapia mirando á mediodía, y se esponja y se dilata al sol, sin ver casi y sin respirar, con toda la inmovilidad de la planta. El hombre de estado, cuando se le despierta tirándole de la oreja, se revuelve, bosteza, y se duerme otra vez sobre la otra oreja; se detiene asombrado ante un grano de arena que se le figura una montaña, así como á D. Quijote se le figuraban gigantes las aspas de los molinos de viento; declara imposibles las cosas mas sencillas, y lo que mas trabajo le cuesta no es tanto comprender como decidirse, así como lo mas árduo y pe-

liagudo para él no es tanto la organizacion como la realizacion. Los estadistas españoles conciben fácilmente cuando el gérmen es bueno, pero su voluntad suele siempre desfallecer al llegar á la ejecucion. Es fama tambien que el orgullo castellano no les permite admitir una proposicion, por mas útil que sea, siempre que proceda de un extraño; cuando esto sucede no hay idea que no se les haya ocurrido primero á ellos: nada nuevo se les enseña, y si antes no lo pusieron en planta fue por ser impracticable! Además, no valía la pena de que se les interrumpiera en su siesta, que es el negocio mas importante de su vida!—Si esto fuera cierto, y yo creo que lo es en parte, ¿dónde hay orgullo mas intempestivo? Los griegos, la nacion mas inteligente y despejada de la tierra, tomaron muchas cosas de los egipcios: los romanos, ese pueblo de reyes, tomaban todo lo que podian, todo lo bueno que encontraban á su alcance, las instituciones, las armas, las religiones y los mismos dioses, de los griegos, de los galos, de los germanos, de los partos, de los latinos y de los iberos; de sus vecinos, de sus amigos, de sus enemigos, de todos. ¿Y no tomamos tambien nosotros nuestra literatura y nuestro teatro de la antigüedad, nuestras leyes de Italia, nuestros azúcares, nuestros cafés, nuestros añiles, nuestras sederías y nuestros algodones del Asia, del Africa y de las Indias; y nuestras constituciones, y nuestra prensa, y nuestra tribuna, y nuestro rey impecable, y nuestros ministros responsables, y nuestro jurado, y nuestra vacuna, y nuestras cajas de ahorros, y nuestras salas de asilo, y nuestros vapores de mar y tierra, de la Gran Bretaña?

La Europa no es mas que una familia, y cualquiera que sea nuestra lengua y nuestro país, todos somos hermanos; en virtud de ese título sagrado, el fuerte debe sostener al débil, los mas ilustrados deben instruir á los mas ignorantes, los mas ricos deben socorrer á los mas pobres, y los primogénitos deben servir á los menores. No obstante, yo me esplico y disculpo en cierto modo la repugnancia y las prevenciones de los españoles contra los extraños y contra nosotros mismos: hasta ahora solo hemos penetrado en su país para esclavizarlos ó asesinarlos, y despues de haberles hecho la guerra, hemos querido

obligarlos á pacificarse no por ellos sino por nosotros. Impidamos que la Inglaterra, tal ha sido nuestro lenguaje, beneficie la España, para que sea sola Francia la que la explote. No, no debe explotarse la España ni comercial, ni política, ni militarmente; debe pertenecerse á sí misma, y tratar bajo un pié de igualdad estricta con todas las demás naciones. He oido á diputados á cortes decirme: Yo soy francés, y me he ruborizado por ellos: ¿Cómo es eso? V. es francés! no señor, V. no debe ser francés, sino español, y únicamente español! Y nosotros ¿qué política debemos observar con la España? Solo una: salirle al encuentro en su progreso con las manos llenas de civilizacion, de ideas y de beneficios, para esparcirlos sobre ella como el rocío de la mañana que humedece y fertiliza una tierra sedienta.

Hasta ahora, en dos invasiones aun mas estúpidas que bárbaras é injustas, no hemos llevado á España mas que nuestros cañones, nuestra metralla, nuestros saqueos y nuestra servidumbre; tiempo es de que la enseñemos que los pueblos se enriquecen con la industria y con la agricultura, se rigen con un buen orden en la administracion y en la hacienda, se ilustran con la educacion, y brillan con las artes hijas de la libertad: es preciso hacer que la España se aficione á nosotros persuadiéndose de que nuestra estimacion hácia ella no es egoísmo; yo por mi parte, extranjero desconocido, particular oscuro, mero individuo de la familia francesa, solo he viajado por ese país sin autoridad y sin mision, solo he trabajado en él dia y noche para hacerle y dejarle el bien que todo hombre debe procurar á una tierra amiga que le da hospitalidad en su paso.

¿Pero qué puedo hacer, qué puede hacer nadie sin la prensa; la prensa, ese labrador infatigable del género humano que, una vez trazado el surco por el arado, va delante de él sembrando en su campo de papel el buen grano del progreso y de la civilizacion? Desgraciadamente la prensa no ha esparcido aun en España mucho de ese grano. Gran cabeza es por cierto la prensa! enorme es su cabeza en Madrid, pero mezquinos y enjutos sus brazos y piernas en las provincias. Hay ciudades de 20,000 almas que no tienen periódicos; las hay de 30,

de 40, de 50, de 80,000 en que solo se publican diarios de anuncios con retazos de noticias y de debates políticos. ¿Es eso lo que se llama publicidad? La prensa española tiene que hacer descubrimientos mas importantes que el del nuevo mundo, tiene que recorrer horizontes mas bellos que los horizontes de Granada, tiene que roturar tierras mas fértiles que los campos de Burgos, tiene que emprender conquistas mas preciosas que las de las perlas que duermen en sus conchas de nácar en el fondo del mar Caspio, y de las diademas de rubí que brillaban en la frente imperial de Motezuma.

No he solicitado de los periódicos, grandes ó pequeños, mas que su cooperacion, prescindiendo de todo color político; me la han prometido, y cuento con ella. ¿Qué necesita la España? orden; y despues? orden tambien. ¿Qué mas necesita la España? administracion; y despues? administracion tambien. ¿Qué mas necesita la España? educacion; y despues? educacion tambien. He aquí las tres cosas que he propuesto: orden, administracion y educacion. La prensa española puede mucho si comprende su grande apostolado; la prensa lo puede todo: el gobierno hace un esfuerzo y cae abrumado cual otro Sisifo bajo el peñasco de su indolencia; pero la prensa de Madrid y la de las provincias vela sin cesar noche y dia, y no duerme porque la condicion de su existencia es no dormir. A ella dejo el cuidado de que no sean infructuosas mis proposiciones, á ella confio el poco grano bueno que he sembrado en la tierra de España, y que solo en sus manos puede germinar y fructificar. Si no hubiese yo contado con el auxilio de los periódicos, no hubiera pasado los dias visitando hospicios y escuelas, y las noches escribiendo las impresiones que me dejaban las escuelas y los hospicios; sino que con las manos en los bolsillos, y el lente en los ojos, me hubiera echado á pasear como los demás viajeros viendo correr el agua del Tajo, cocear las mulas, las gitanas arroparse en sus mantas, y las catedrales proyectar sus sombras grandiosas sobre el polvo de los claustros devastados. Pero de hacerlo así, ¿qué beneficio ó qué utilidad hubiera yo prestado en mi breve tránsito y en mi limitada esfera á la civilizacion, al bienestar intelectual y moral, al progreso y al porvenir de España?

Volviendo, pues, á mis proyectos, advertiré á VV., y no sin cierta complacencia de autor, de viajero ó de publicista, que nada he propuesto que pueda llamarse utopía, sino que por el contrario todo es de realizacion fácil é inmediata, como van VV. á juzgar por sí mismos.

Y cuenta, para concluir mi exordio, que las materias que he tratado en España, y que á ella misma he propuesto, son todas de la mayor importancia; caminos, escuelas primarias, salas de asilo, obradores, calentadores, academias populares de canto, estadística local, bibliotecas rurales, monumentos á personajes célebres, mejoras materiales en los hospicios y hospitales, instruccion secundaria, creacion de un instituto, organizacion de un consejo de estado, etc.

Todas estas proposiciones, con las observaciones teóricas y prácticas que las acompañan, y las cuales, aun que en compendio, he hecho á los alcaldes y jefes políticos pasando por sus ciudades, quedan expuestas, deducidas y minuciosamente dilucidadas en las cinco memorias que he comunicado al gobierno español con sus documentos y piezas justificativas correspondientes. Procuraré extractarlas aquí ligeramente para los lectores mas aficionados á las obras serias.

Empezaré resumiendo: no calculo en menos de 30.000,000 de reales la economía pecuniaria que he propuesto sobre el trazo de los caminos: en efecto, apenas hay mas caminos que los que partiendo de Bayona atraviesan Madrid para terminar en Sevilla, y los que conducen á la capital de Barcelona por Valencia y Zaragoza. ¿Qué caminos son el de Badajoz á Madrid, y los de Madrid á Salamanca, á Segovia y á Toledo? Unas veces estrechos, otras anchos, llenos de fango en invierno, llenos de polvo y de tropiezos en verano, sin límites, sin fosos y sin arboledas. Puede en rigor decirse que en España no hay sistema de caminos reales sino á medias, ni caminos provinciales, ni caminos vecinales. Pues bien: yo he propuesto y propongo arreglar el plan general de caminos, así reales como provinciales; sus puntos de partida, de paso y de conclusion, y determinar la direccion y latitud de cada camino segun su clasificacion, y comprendidas las zanjás. Este plan se someterá á las córtes,

y en su aprobacion legislativa iria implicita la expropiacion por causa de utilidad pública de los terrenos designados para la apertura de los caminos. Adviértase que la mayor parte de estos terrenos no tienen hoy dia valor, ó lo tienen muy escaso, y que por lo tanto la inmensa economía que propongo, y cuyo total no ascenderia á menos de 30.000,000 de reales, consiste en la diferencia comparativa de su valor de tasacion actual con el valor que tendrian una vez establecida por completo la red de caminos y rutas.

Por otra parte el Estado y la Hacienda deberian desde luego trazar la línea de las zanjas, aun cuando no fueran mas que de 3 piés de anchura y de 18 pulgadas de profundidad, y plantar en toda su longitud, segun los climas y la naturaleza del terreno, árboles de diversas especies que proporcionasen mas adelante sombra á los viajeros y dinero al Tesoro. Para hacer estas tres cosas bastan unos cuantos ingenieros comunes de puentes y calzadas, y algunos peones; estoy muy distante de ser inteligente en la materia, y sin embargo, déseme un año de tiempo, pónganse á mi disposicion los ingenieros y los trabajadores necesarios, aunque sean presidarios, y me comprometo á hacer todo eso.

Paso ahora á las escuelas primarias; he visitado las de niños y las de niñas, y puedo decir en verdad, cosa que no se creera en Francia ni en otra parte alguna, que están tan bien organizadas como en cualquier otro país; pero su número es escaso. Las escuelas normales de provincia apenas existen mas que en proyecto: los maestros están mal pagados: en ninguna parte excepto en Madrid hay salas de asilo: en ninguna parte hay obradores, ni calentadores: en ninguna parte hay bibliotecas comunales, ni estadísticas rurales, ni termómetros, ni bastidores, ni mecanismos de ventilacion; en ninguna parte hay academias populares de canto; he examinado los lugares; he oido á los preceptores; he analizado los estados de las escuelas; he indicado los medios de mejora.

Sin duda alguna hay ya mucho hecho, y tanto, que es de admirar si se piensa en las preocupaciones, en las apatías, en las antipatías, en la ignorancia, en las guerras civiles, en los

trastornos y retrasos que hasta ahora han llenado de tropiezos la via del progreso; pero aun queda mas por hacer.

Para continuar marchando por esta via progresiva, ya trazada por el ilustrado celo de los institutores, jefes políticos, alcaldes y juntas, he propuesto:

Establecer lo mas pronto posible escuelas normales completas en las provincias donde no las hay, y restablecer las que ya existen de una manera muy imperfecta.

Hacer el curso de dos años obligatorio para los alumnos maestros con dos grados de salida, el uno ordinario y el otro superior, prefiriendo este último para las ciudades.

Establecer cursos de gimnasia tanto para las escuelas como para los asilos: establecer mas adelante, bien sean conferencias periódicas entre los maestros, ó bien conferencias de repaso en la escuela normal; y por último, nombrar tres inspectores generales para todas las provincias del reino.

Nombrar inspectores provinciales, con un tanto para gastos de viaje, solamente á los inspectores de las escuelas normales de las capitales.

Fundar una escuela primaria gratuita para niños, y otra para niñas en las capitales de provincia, en los barrios mas poblados y mas pobres, y como base una escuela por cada 10,000 almas.

Fundar escuelas primarias de niños en los concejos rurales de mas de 600 almas que carecen de ellas.

Reducir todo lo posible por los medios regulares, legislativos ó administrativos, las escuelas particulares de educacion primaria de niños y niñas, que eluden, por mas que se haga, la vigilancia de la autoridad, y que por lo general no ofrecen garantías satisfactorias para las buenas costumbres, la disciplina de las clases, la higiene y la ventilacion de las salas, la capacidad de los maestros y maestras, la eleccion de los libros, la perfeccion de los métodos, etc.

Establecer salas de asilo para los niños de ambos sexos, desde la edad de dos años hasta seis, bajo la vigilancia del jefe político, del alcalde, y de una sociedad de señoras en las ciudades siguientes: Figueras, Gerona, Barcelona, Tarragona, Reus,

Tortosa, Falset, Mataró, Zaragoza, Valencia, Cartagena, Alicante, Málaga, Cádiz, Puerto de Santa María, Sevilla, Granada, Córdoba, Toledo, Salamanca, Burgos, Valladolid y Vitoria; asilos que solo en las ciudades y provincias que acabo de enumerar podrian subir á mas de cincuenta, y que bajo el aspecto disciplinal, religioso y moral, son en mi concepto de una utilidad mas incontestable que las escuelas primarias.

Abrir para los ancianos pobres de ambos sexos, en los dias frios y húmedos del invierno, calentadores comunes y económicos, segun el plan y procedimiento que he indicado en Madrid, Vitoria, Valladolid, Burgos y otros puntos.

Ensayar en las provincias, donde se cree que se prestarán con mejor voluntad á hacerlo, así las autoridades locales y jefes políticos como el vecindario mismo, el establecimiento de cien obradores de campo.

Colocar termómetros, bastidores y aparatos ventiladores en todas las escuelas primarias, salas de asilo y obradores numerosos.

Fundar en Gerona, Barcelona, Valencia, Reus, Málaga, Cádiz, Sevilla, Córdoba, Granada, Madrid, Toledo, Zaragoza, Valladolid, Burgos y Vitoria, una escuela de canto, popular y gratuita, por el estilo de las que hay en París para los obreros, segun el método de Wilhem.

Honrar á los hombres célebres de cada provincia y escribir sus biografías.

Prescribir, con arreglo á un *interrogatorio* metódico y detallado, la formacion de una estadística completa de cierto número de concejos rurales del reino, para que sirva de modelo normal y comparativo.

Establecer, aunque esto mas tarde, puesto que es indispensable que todo español empiece por saber leer, bibliotecas rurales en los distritos por un sistema de rotacion ingenioso y económico, segun se practica en Francia.

Llegamos al segundo proyecto relativo á la instruccion secundaria. Suprimiré los pormenores técnicos que he explicado en mi memoria, y me limitaré á indicar sus conclusiones, que son:

Crear un ministerio de instruccion pública, del cual podria depender todo lo relativo al culto: nombrar cinco inspectores generales de las facultades y estudios correspondientes á las cinco facultades: agregar por consiguiente á las facultades de teología, medicina y derecho, una facultad de ciencias y otra de letras: conservar las universidades, reduciéndolas á un número razonable y proporcionado á la importancia de las ciudades y poblaciones, y al número conjetural de los alumnos: no confiar mas que á uno solo, que seria el rector nombrado por el gobierno y encargado de comunicarse con él, la gestion y manejo de las propiedades y rentas de cada universidad, el cargo de la contabilidad, las propuestas y ascensos, y la colocacion de los profesores; en una palabra, toda la administracion, toda la accion de vigilancia y superioridad del gobierno sobre la universidad que debe pasar por sus manos, así como la subordinacion de los profesores, inspectores, directores de escuela normal, preceptores primarios, salas de asilo, y la ejecucion de los programas, las oposiciones, las distribuciones de premios, etc. Agregar á cada universidad, además de los estudios de las facultades especiales de derecho, medicina, teología, ciencias y letras, un instituto real, y solo de externos, donde los discípulos, ya procedan de sus casas, ya de los colegios, sigan los cursos de humanidades hasta la filosofía inclusive.

Hacer redactar por el ministerio para todas las universidades, facultades é institutos, el programa obligatorio y uniforme de la duracion de los estudios y de las obras de texto; en una palabra, del modo y materias de enseñanza.

Añadir á dichas materias la enseñanza de la lengua francesa, y á la facultad de derecho la enseñanza del derecho administrativo, de la economía política y de los elementos de hacienda; crear en las ciudades de mas de 10,000 almas que no sean capitales, institutos reales, institutos concejales, y escuelas primarias superiores sin admision de internos, y cuyo programa fuese igualmente redactado por el ministerio con calidad de obligatorio; introducir en la enseñanza secundaria un sistema de publicidad discreto y suficiente; exigir que los maes-

tros de colegio, en las ciudades donde haya institutos reales, sean bachilleres en ciencias y en letras, y que en las ciudades donde solo haya institutos concejales sean bachilleres en letras, además de presentar un certificado de moralidad dado por el alcalde para que se les autorice á abrir su colegio; obligar á los directores y maestros de colegio, así como á los seminarios, si desean salir de la enseñanza teológica y admitir alumnos seglares, á enviar sus discípulos á los estudios de los institutos reales y concejales y someterlos al reconocimiento, vigilancia ó inspeccion de los agentes del ministerio de instruccion pública, y además á la vigilancia de los obispos en lo concerniente á la instruccion religiosa; no admitir para ciertos empleos públicos á otros jóvenes que á los que presenten título de bachiller en letras, ó bien el de bachiller en letras y ciencias, despues de un exámen ante los profesores de las facultades; fundar como en Francia una escuela normal de donde salgan los profesores de los institutos reales y concejales, exigiendo grados mas ó menos adelantados, segun la clase de estos institutos y las materias de enseñanza.

Estoy persuadido de que la adopcion de este plan resolveria las graves cuestiones que están en la actualidad conmoviendo sordamente á la sociedad francesa, y cuya agitacion crece cada dia en vez de apaciguarse. Suplico encarecidamente al gobierno español que fije su atencion en mi memoria, y particularmente en la distincion capital y decisiva que establezco entre la educacion y la enseñanza.

Para que sirva en cierto modo de remate al proyectado edificio, he propuesto en una tercera memoria la creacion de un *instituto nacional* sobre bases nuevas y sencillas. Las academias de Madrid apenas dan señales de vida; mi plan es reconstituirlas todas en uno solo cuerpo como del instituto de Francia, pero en proporciones mas modestas y económicas; la realizacion de este proyecto, segun lo he concebido y explanado, es facilísima.

Mi cuarta memoria concierne á los hospitales, hospicios y casas de beneficencia; las observaciones y proposiciones que hago en ella versan sobre la concentracion de los hospicios, sobre el

servicio y los enfermos, sobre su administracion y contabilidad, sobre sus dotaciones fijas y eventuales, sobre la creacion de asilos internos, las imprentas de mujeres, el establecimiento de amas, los expósitos, los ciegos, la lactancia, los dementes y los incurables; sobre las condiciones de admision; sobre la necesidad de confiar el cuidado de los enfermos á las hermanas de la caridad; sobre los legados y donaciones hechos á los hospitales y hospicios; sobre la construccion de hornos económicos, aparatos de ventilacion, etc.

Finalmente, en una quinta memoria he propuesto organizar un consejo de estado que satisfaga las nuevas necesidades del gobierno español, con la centralizacion administrativa, poderosa, activa y templada, sin la cual no hay salvacion ni porvenir para la España, y con las circunscripciones de su territorio, y las formas de gestion, correspondencia y consejo, que se introducen imitando nuestras instituciones. Seria harto prolijo desarrollar aquí los fundamentos del plan que he trazado despues de largos estudios y meditaciones: me limitaré solamente á las conclusiones:

He propuesto, pues, en resúmen: Reconocer y establecer dos grandes y naturales divisiones del consejo del estado, la division administrativa y la division contenciosa: distinguir por lo que hace á la division administrativa la composicion del personal, que es lo que se llama organizacion, de lo que atañe solamente á las atribuciones; declarar por consiguiente que todo lo relativo á la formacion, sueldos, dignidades y número de individuos del consejo del estado, y á sus relaciones con el gobierno, á sus divisiones en secciones, á su presidencia, clase, traje, retribucion, etc., pertenece exclusivamente al reglamento; declarar en segundo lugar que todo lo relativo á las atribuciones del consejo en materias puramente administrativas, como los reglamentos de administracion pública, los proyectos de ley, las minas, las presas, las fábricas, las compañías de seguros, las presas marítimas, las reclamaciones sobre abusos, los conflictos negativos y positivos, etc., debe quedar determinado por la ley; llevar á cabo la instruccion de las causas, su vista y fallo ante la seccion de lo contencioso, sin perjuicio de la firma

real y de la refrendata ministerial; revestir la institucion de la jurisdiccion administrativa con las siguientes principales garantías: para las partes, la cuasi inamovilidad de los consejeros de estado, la incompatibilidad de este cargo con las demás funciones así judiciales y administrativas como políticas, la defensa oral, la publicidad de las vistas, la instruccion por escrito y con los necesarios informes, y aun con el permiso de imprimir, el recurso de revista por via extraordinaria en caso de falsificacion ú ocultacion de documentos y los recursos de nulidad, sobreseimiento, próroga, etc., la declaracion de la sentencia en público.

Dar igualmente al estado las siguientes garantías: una fiscalía completa en todo lo relativo á los intereses del estado; una informacion cumplida por medio de uno de los consejeros; la deliberacion prévia despues de la lectura y exámen de los documentos; la consulta con los ministros de los relatos, demandas y contestaciones; el cambio de los miembros de la seccion de lo contencioso en caso de empresa sistemática contra el interés del tesoro, en materia de deuda pública, suministros, etc.

Finalmente, crear un cuerpo numeroso de auditores jóvenes, elegidos en todas las clases, sin distincion de partidos, los cuales despues de adquirir el conocimiento y la práctica de los negocios en las oficinas ministeriales y en las asambleas generales del consejo de estado, despues de ejercitarse en el estudio y discusion de las teorías mas sanas de la economía política y de la ciencia de gobierno, llevarian á las provincias donde fueran á ejercer el cargo de subprefectos, jefes políticos, intendentes, inspectores, etc., todos los adelantos de la ciencia de la administracion y de los negocios, con todo el celo debido para el bien de su país, la obediencia á las leyes y la fidelidad á sus deberes. Esta sola institucion del cuerpo de auditores, tan vasta y tan sencilla, promete todo un horizonte de luces, de progreso y de grandeza.

Suplico á los españoles juiciosos y desinteresados que paren mientes en el conjunto é importancia de mis tareas, en la íntima relacion que entre ellas existe, á tal punto que no pueden separarse unas de otras; y por último en su ejecución,

que es tan fácil y hacedera que en menos de un año, y casi sin dispendios, me comprometeria gustoso á realizarlas. No es mi ánimo, ni debo hablar aquí de los demás extranjeros que viajan por España; pero sí me cumple decir algo sobre mis paisanos y sobre mí propio. Me atrevo á asegurar que ningún francés ha hecho jamás á España hasta el presente servicios iguales á los que me he propuesto hacerla yo. Quizás en mi vivo deseo de proporcionarla algun bien real y positivo, preocupada la imaginacion por la facilidad de realizarlo, no me habré hecho cargo suficientemente de la diversidad de caracteres, costumbres é instituciones; pero confío mucho en la verdad eterna de los principios que me han guiado para dudar de que los obstáculos que se le puedan oponer sean mas aparentes que invencibles. Soy apasionado de la España, creo á esta nación destinada, por su hermoso cielo y por su suelo privilegiado, por su aptitud para todo, á ser un día una de las primeras del mundo; solo de ella depende el moderar nuestra veleidad con su madurez y seso, nuestra irreligiosidad con su fé, nuestra corrupcion con su probidad, nuestras profusiones y prodigalidades con el ejemplo de su sobriedad y orden, de su espíritu económico y de sus ahorros; y despues de haber aprendido de nosotros, servirnos de maestros.

Pero al escribir estas últimas líneas vuelve á zumbiar en mis oídos la eterna contienda entre Lutecia y Albion: otra vez resuena á mi alrededor el clamoreo de la fastidiosa diplomacia; ¿quién me libertará de Marruecos, de Pritchard y de Tailí? Oh tú, imaginacion! único consuelo del publicista fatigado, vén, llévame en tus rápidas alas, traspórtame á las altas cumbres del Guadarrama, y dáme volver á la Puerta del Sol; no tendré necesidad de preguntar á las gitanas para volver á encontrar el frecuentado camino del Manzanares.... Aun me parece estar viendo sus orillas y hallarme allí paseando!

¡Cuántas veces, absorto en mis ideas y como envuelto en ellas, sin pensar en otra cosa mas que en la felicidad del pueblo español, pasaba por delante del palacio de las cortes sin verle, sin detenerme, sin dignarme oír á los que perdian dentro de él el tiempo haciendo alarde de una elocuencia ampulo-

sa y vacía! Para mí, pintor de los oradores, que tantas frases de tribuna he oído pronunciar en mi vida ¿qué interés podía tener semejante espectáculo?

¡Ah retóricos! Cuando acabaremos, VV. de hablar y yo de escucharles!... Pasaba yo de largo, é íbame á meditar en mis predilectas alamedas de plátanos y olmos. ¡Soledad, cara soledad mia! en vez de gozar tus encantos, ya no podré mas que pensar en tí! ¡Ya no volveré á ver á los inocentes niños á quienes amaba tanto, remover tu alfombra de hojarasca! ¡Ya no oiré mas la armónica guitarra que me cantaba las tradiciones del morisco!

¡Oh! cuánto hubiera dado, Manzanares, por ver en la primavera correr tus olas entre los zarzales, y las nieves del Guadarama derretirse al soplo de las tibias auras de abril! ¿No hay entonces en tus orillas, encantadora corriente, pintadas aves que gorgean y estremecen las copas de los sáuces? y árboles frondosos que hacen grata sombra á las tiernas doncellas y á los poetas, que discurren en pensativas parejas mezclando blandamente versos y suspiros? tú tambien tendrás, como los riachuelos de mi patria, tu estacion de lilas, de alondras, de rosas y amores!



en el punto de vista de la producción y del consumo de los productos de la agricultura en el territorio en estudio, en el período de 1950-1955.

El estudio se divide en dos partes: la primera, que trata de la producción y el consumo de los productos de la agricultura en el territorio en estudio, en el período de 1950-1955; y la segunda, que trata de la producción y el consumo de los productos de la agricultura en el territorio en estudio, en el período de 1950-1955.

En el presente estudio se han considerado los datos de la producción y del consumo de los productos de la agricultura en el territorio en estudio, en el período de 1950-1955. Los datos se han obtenido de los informes de la Oficina de Estadística y Censos, y de los informes de los organismos de la agricultura en el territorio en estudio.

Los datos se han clasificado de acuerdo con el tipo de producto y con el tipo de cultivo. Los datos se han clasificado de acuerdo con el tipo de producto y con el tipo de cultivo. Los datos se han clasificado de acuerdo con el tipo de producto y con el tipo de cultivo.

Los datos se han clasificado de acuerdo con el tipo de producto y con el tipo de cultivo. Los datos se han clasificado de acuerdo con el tipo de producto y con el tipo de cultivo. Los datos se han clasificado de acuerdo con el tipo de producto y con el tipo de cultivo.

APÉNDICE.

PERFILES DE ALGUNOS ORADORES (1).

Oigo que llaman á la puerta y veo que entran uno tras otro una multitud de diputados, llenando mi taller de pintura. ¡Lo que es un artista á la moda! Todos los buenos *Representantes de Francia* (apellido burlesco que se dan unos á otros) quisieran que les retratase de cuerpo entero como á los señores Guizot, Thiers, Lamartine, Dupin, Sauzet, Mauguin, O. Barrot, Fitz-James, Royer-Collard, Arago, Laffitte, Jaubert, Garnier-Pagés y Berryer, á quienes han tenido la bondad de hallar bastante parecidos; todos quisieran que les pintase con rasgos griegos en cuanto á la viveza de imaginacion y la elocuencia, y con figura á la romana respecto á la fuerza y grandeza de carácter. Además de que todos esos señores distan mucho de ser romanos, Alcibiades y Demóstenes, no ven que llega el verano, que el sol arroja sus ardientes rayos sobre los cristales

(1) A fin de no alterar la unidad del plan, el autor continúa estos *Perfiles* para completar su magnífica galería.—N. del T.

de mi taller, y que necesito ir al campo para dar descanso á mis ojos y á mis manos, que ya se cansan. Por otra parte, no siempre me han satisfecho mis retratos, ¡pues no se atrevió el señor Thiers, entre otros, á venir á quejarse, con un aire enfadado de coqueta, diciendo que le he pintado haciendo gestos! ¡Como si no hiciese algunos! Y si no hubiera amenazado á Su Excelencia con echarle á la calle, creo que en su mal humor habria llegado á revolverme todos los colores y á tirarme al suelo los pinceles. ¡Graciosa puerilidad!

Es eso tanto mas vituperable en él, cuanto que no habrá olvidado que le dediqué unas sesiones muy largas, y que le retraté únicamente por el honor de hacerlo; pues aseguro á VV. que no recibí de él un solo maravedí, y eso que no le hubiera costado gran cosa darme una librancita contra la caja reservada, ó fondos secretos, como tuvo la honradez de hacerlo con muchos de mis colegas embadurnadores (1).

Por lo demás, el señor Thiers me dió mas que dinero, pues me puso en boga. De todas partes me vienen á que les enseñe su retrato, y el del señor presidente Dupin, quien ha sido muy bueno para conmigo, y en tiempo de su presidencia me otorgó permiso para que pusiese en mi muestra: *Timon, pintor de la Cámara.*

A los señores diputados que llenan mi taller, ruégoles encarecidamente que tengan la bondad de perdonar si les hago esperar. Conozco que tienen vivos deseos de volver á sus departamentos, donde van á recibir bendiciones de los esquilonos de sus lugares, y sentiria infinito demorar los gloriosos

(1) Este pasaje pertenece á la edicion de 1837.

desahogos de su patriótica alegría; pero aunque los mismos Rubens, Rafael y David me hubiesen preparado los colores, y pintase con ambas manos, y con cuatro si las tuviera, no podría en este momento, señores míos, retratar á todos VV. en el gran lienzo. Véome pues obligado, á pesar mio, á reducir sus majestuosas fisonomías á las proporciones de un simple perfil, y á rogar á VV. que lo guarden en sus carteras de viaje.

Paciencia, señores, y ¡punto en boca! que están VV. moviendo tanto ruido como si se hallaran en la cámara. No traspasen VV. atropelladamente la entrada de mi taller, ni presenten todos las cabezas al mismo tiempo. Evitemos la confusión para que no tome yo la pierna de un puritano por el brazo de un legitimista, ó ponga una cabeza de doctrinario sobre los hombros de un dinástico. Ea! señores, paciencia, y ¡silencio! que ya vendrán todos á sentarse delante de mí.

¡Atencion! que voy á pasar lista!

CRÉMIEUX. Su palabra es sencilla, satírica su voz, abundante, viva é ingeniosa su dialéctica, feliz su réplica. Pero en vez de defender una opinion, parece mas bien que aboga por una causa. Siempre cree que está hablando con el bonete en la mano delante del tribunal. Las horas de la abogacía, los negocios de la abogacía, y la toga de abogado le siguen y persiguen desde el vestuario del tribunal hasta el pié del estrado parlamentario. Aun no ha perdido sus antiguas costumbres.

PEYRAMOND. Es otro abogado que pasó por entre los cilindros de la magistratura; orador de largas causas, sin método, aunque no sin color. Seria elocuente si tomara unas buenas

tijeras, bien amoladas, y que cortasen bien; y se recortase las tres cuartas partes de su discurso y la mitad del resto.

HEBERT. No tiene vehemencia, recursos, agudezas ni brillo; pero sí una dialéctica hábilmente encadenada y una manera agresiva que agrada por su limpieza y atractivo. Firme en los estribos, no se deja desmontar por las interrupciones, ni aturdir por el ruido. Estudia su causa, la limpia y la arma de punta en blanco. No hay ninguno mejor en los bancos situados detrás de los ministros. Hebert es un luchador muy interesante.

LA ROCHEJAQUELEIN. Su voz estentórea domina los bancos de delante y detrás de los centros, y su valor tiene igual fuerza que su voz. Cubierto con la armadura de los antiguos caballeros bretones, habria dado golpes terribles; hizo falta en el combate de los treinta. Le han acuñado, y á mí tambien, medallas de bronce cuyos héroes creíamos ser, no siendo mas que la ocasion de ellos. Se le han atribuido dichos que ya no recuerdo, y él aun menos que yo, y han querido hacerle pasar por político consumado. No es mas que un hombre amable, de modales caballerescos, de corazon elevado, y tiene suficiente talento para burlarse de los que le suponen mas del que tiene.

GILLON. ¡Qué figura tan buena y sencilla! es rubio y pacato como un aleman. ¿Si se habrá vuelto mudo? Sus discursos trascendian á hombre de bien. Habla con facilidad, escribe mal y piensa bien, quizá menos ahora que antes de ser nombrado consejero del tribunal de *Casacion*.

GOUIN. Es una de las mas honradas notabilidades rentísticas y mercantiles de la Cámara; relator juicioso, político circunspecto, algo tímido, pero desinteresado y laborioso.

CHARAMAULE. Jurisconsulto pertinaz, dialéctico sutil, pre-puntador importuno á veces.

CHARLEMAGNE. Orador exacto y agudo.

HARCOURT. Nombre ilustre, ojos vivos, estatura de enano, adelantado economista, tiene mucho talento, quizá demasiado.

GARNIER-PAGÉS. Hermano de mi mejor amigo, de quien heredó el cariño que me tenia. A este en vez de animarle hay que contenerle y tirarle de los faldones. La tribuna le devora.

Garnier Pagés *junior* sostiene dignamente el nombre que lleva, cosa en verdad no poco difícil. Sin duda no tiene tan aguda penetracion, ni dialéctica tan ejecutiva como su hermano, ni la delicadeza de su talento; pero tiene mas fuego y animacion. Se presenta en la tribuna con intrépido desembarazo, con el acento de la verdad y la persuasion de la justicia. En materias políticas no es tan hábil como en las económicas y rentísticas, en las cuales domina completamente la cuestion.

;Tiene V. demasiado ardor y sensibilidad, Garnier-Pagés! ama V. demasiado al pueblo en un lugar donde nadie ama sino á sí propio; es V. demasiado exacto y claro en ciertas materias; y la habilidad para tratar de ellas consiste en hacinar guarismos, es decir, enmarañarlas.

No obstante, he oido que algunos bolsistas y hombres de negocios le decian:

Es inútil que nos demuestre V. cuántas vigilijs y sudores cuestan las contribuciones á los que las pagan; mas vale que V. nos diga cuánto alimento y harina pueden producir para los que las cobran. V., que es tan entendido y hábil para excogitar arbitrios fiscales, ¿no podria hallar algun medio para exprimir los cardos y las ortigas en las calderas del Tesoro? ¿No cree V. que si excavasen bien las rocas de Fontainebleau, por ejemplo, podríanse encontrar entre el polvo de la piedra algunas pepitas de plata? ¿No seria fácil que tambien se encontrasen entre las arenas que arrastran el Sena, el Ródano y el Loira, ó entre las cenizas de lejía, los escombros y el estiércol? Encuéntrenos V. eso, y á pesar de su honradez, le nombraremos ministro de hacienda.

BETHMONT. Es un diminutivo de Martignac. Tiene casi la misma gracia que él, pero le falta aquella elegancia de negocios y de sociedad que nace de cierto trato frecuente y se pule aun mas con el cultivo de las letras. Tiene gracejo y finura en una cámara donde la finura y el gracejo son cualidades casi desconocidas; mas no tiene aquella voz encantadora de Martignac, que dejaba caer una á una en nuestros oidos, y como jugando, las perlas de su discurso. Expone hábilmente el asunto de que trata, pero ¡qué distancia hay todavía de sus exordios manoseados y corregidos á las exposiciones tan claras, lúcidas y oportunas de Martignac! Bethmont debe estudiar día y noche á ese gran maestro; y no crea que el gobierno de los estados se lleve con axiomas de curia, ni que las palabras dis-

pensen de tener ideas. Correr á pié con el vulgo por el camino real de los hechos consumados saludando al paso todas las teorías que andan y todas las banderas que se asoman á las ventanas; y hacer nuevos principios para cada causa, arrojándolos despues á un lado como si fueran un documento del expediente, es representar el papel de abogado y no el de político.

¡Nobles y virtuosos electores! Cuando nombrais á los diputados por la gracia de las contribuciones, ya sabeis adónde irá á sentarse un radical, un legitimista ó un conservador; ¿pero sabeis dónde se sentará un abogado? ¿Quién es capaz de definir el banco de un abogado? Se inflan como odres, llegan como la tempestad y no producen mas que ruido.

Bethmont, que quizá es la mas brillante esperanza del foro, se manifiesta en él lleno de resplandor, elasticidad, sensibilidad y armonía; pero la tribuna es un terreno muy diferente, en el que han resbalado los Target, los Bonnet, los Delamalle, los Tripien, los Bellart y los Hennequin.

Hay en la cámara pocos jurisconsultos, publicistas, moralistas, economistas, rentistas y negociantes; pero hay demasiados abogados que quieren hacer carrera y están en camino, y por eso nuestras leyes han tomado redundancias de artículos y vaguedades de distinciones sutilizadas. Si se continua buscando en todas partes á los habladores que la Francia posee, y si todos hablan, pronto sucederá con la legislacion lo mismo que ha sucedido ya con la libertad.

REMUSAT. Tiene un corazon honrado en tiempo de un régimen corrompido; su talento es claro, elegante y fino; le gustan

demasiado las ficciones constitucionales, tal vez á causa de su afición á las ficciones metafísicas; lo mismo le admiran é inquietan las exigencias de la libertad que las del poder; no tiene suficientes ilusiones ni voluntad para ser ambicioso; se deja arrastrar mucho, para ser estadista, por la amable pereza de las letras; se pone demasiado al lado de su partido en vez de ponerse en la corriente y dirigirlo con mano firme. Para ser buen ministro solo le ha faltado serlo por mas tiempo; para ser orador no le falta mas que querer serlo.

JANVIER. De este habria mucho que decir, si él pudiera decir algo; pero le han tapado la boca. Es un orador tapiado.

¡Lástima que hayan condenado al silencio y á la obediencia pasiva en las votaciones á un abogado tan brillante por sus formas y lenguaje, de tan generoso carácter, tan naturalmente libre en la filosofía de sus movimientos y que no deseaba mas que volar con seguras alas á las alturas de la libertad!

¡Bastante ha adelantado con ser consejero de estado! ¿No le hubiera sido mas ventajoso dejar gran fama de orador al fin de su carrera?

CHASSELOUP. Tambien consejero de estado, es menos orador, pero mas hombre de negocios. Tiene entendimiento claro, ciencia administrativa, lógica estricta, y está seguro de su palabra. Tiene á veces arrebatos de independencia, y rema sin gracia en los bancos de la galera ministerial,

Tascando tembloroso el freno del esclavo,

como un antiguo romano.

¿Es tan difícil romper ese freno?

Yo también he sido diputado y relator del consejo de estado, y á pesar de ello voté entonces contra el presupuesto con Casimiro Périer, Benjamin Constant, Laffitte y Dupont de l'Eure, pidiendo el restablecimiento del jurado para los delitos de imprenta, la supresion de los beneficios simples y de la acumulacion de empleos, la organizacion del consejo de estado, y la abolicion de las dotaciones y de la dignidad de par hereditaria.

¡La abolicion de la dignidad hereditaria de par, pedida por un relator del consejo de estado! ¡Y haber sido yo el primero que la pidió en Francia y en la tribuna! ¡Y pedirla en tiempo de Carlos X! Verdaderamente, aun estoy admirado de mi audacia.

O mas bien me duelo de la triste condicion á que desde la revolucion de Julio ha llegado de decadencia en decadencia el libre albedrío de nuestros diputados funcionarios. El ministerio no podria alquilar cuatro siquiera para mi justicia imparcial. Les busco por todas partes en los bancos del centro y no les encuentro. Los brillantes aguiluchos que volaban por los aires tienen ahora las alas cortadas, y los parleros papagayos que talareaban la *Marsellesa* han perdido la voz; ya no hacen mas que ostentar el oro y azul de sus plumas, arrastrando de escalon en escalon la cadena de laton con que los han atado por la pata.

Hemos vuelto casi á lo mismo que eran los mudos legisladores del imperio, bordados de oro por todas las costuras. Los oradores del gobierno, como acontece ahora con los ministros, eran los únicos que llevaban la palabra, y los diputados, como sucede hoy con la mayoría ministerial, votaban en silencio

cuanto se les proponia. La única diferencia que hay en ventaja del imperio es que entonces la opresion de los actos no iba acompañada de la hipocresía de las palabras, y que los legisladores de entonces no tenian la insolencia de llamarse *representantes del pueblo*.

DUFAURE. ¡Cuántas veces, al oír llamar á la puerta de mi taller, he creído que este orador venia á hacerse retratar de cuerpo entero! Soy con V. señor Dufaure. ¡Pero no era él! Sea por indolencia ó desinterés de ambicion, ó por otra cualquiera causa, el señor Dufaure no ha dado un paso de carácter ni de elocuencia desde hace diez años. Por lo demás, aunque no sabe tomar un partido, el señor Dufaure no es muy abogado. Sin duda no posee la prevision de los acontecimientos, ni la grandeza de las teorías, ni el don atrevido de la iniciativa; ni tiene los transportes de elocuencia que subyugan las voluntades y las almas; ni la oportunidad de los axiomas, los dardos, pensamientos enérgicos y claras imágenes que se apoderan de la multitud con una especie de imperio imprevisto y soberano; tampoco tiene la ciencia profunda que elabora, profundiza y revuelve un asunto, y se impone á pesar suyo, á los hombres mas desalentos é ignorantes; ni los vivos resplandores de talento, las réplicas repentinas que iluminan de repente el fondo de una situacion con la antítesis de una palabra, con la definicion de una ley ó el recuerdo pintoresco de un hecho, de un hombre; es decir que no tiene casi nada de lo que brilla, conmueve, apasiona y gobierna; en suma, no está muy animado del deseo de figurar y de mandar que forma á los grandes oradores y á los grandes capitanes, y de él no puede decirse:

Tu regere imperio populos....

El señor Dufaure, en las proporciones que le convienen, es el orador probo de que habla Ciceron: hábil en el arte de hablar bien.

Antes de retirarse á las tiendas de campaña del tercer partido, habia sido ayudante de campo de Odilon Barrot. En los dias de batalla iba á llevar las órdenes de su general y caracoleaba sobre los flancos de la oposicion dinástica; sostenia á las tropas cansadas y protegía su retirada. Era un coronel de caballería pesada.

Ignoro si el señor Dufaure sabe mucho, pero lo que sabe ¡lo dice tan bien! No dispone el drama y las peripecias de un debate; pero lo resume admirablemente. No toca mas que un punto; pero lo agota.

La argumentacion es su arma, y sobresale en manejarla. Domina las tesis de derecho, las coge por todas partes, las divide, separa y despliega en cierto modo y las limpia á fondo.

Cuando pide la palabra al fin de la sesion, es señal de que la discusion se extravía y es tiempo de concluir. La toma, la vuelve á encaminar, traza al rededor de sus desbordes las poderosas circunvalaciones de su razonamiento, hilvana y arroja sus pruebas al modo que una buena ama de gobierno hace dar vueltas al huso entre sus ágiles dedos, y así coloca sus hilos en todas direcciones, los reune, los cruza unos con otros y forma con ellos una malla tan elástica, espesa y fuerte, que su adversario, envuelto en ella, se ve luego obligado á poner una rodilla en tierra delante de toda la asamblea, y á darse por vencido.

BEAUMONT.—TOCQUEVILLE. Estoy seguro de que desagradaría á los señores de Beaumont y de Tocqueville, así como á los señores de Tocqueville y de Beaumont, si les separase, del mismo modo que las alabanzas que se dan á un hombre no son completas si no se alaba también á su hermano que combate á su lado, hiere con la misma espada y se cubre con el mismo escudo.

Yo amo la libertad á la manera de los centralizadores, y ellos la aman como los federalistas. Administrativamente, yo pertenecería antes por mis recuerdos y costumbres á la escuela de la república y del imperio, y ellos á la de Lafayette y de los Estados-Unidos. Yo tendría mas razón que ellos si la Francia electoral, universalizada en sus votaciones, necesitara el poderoso contrapeso del poder para equilibrar la libertad, y ellos tienen mas razón que yo bajo nuestro régimen de monopolio, en el cual son necesarias las resistencias localizadas para equilibrar las exageraciones de la autoridad central.

Son hombres de tan buenas costumbres, de tanta sencillez y virtud, y exhalan en torno tanto olor de honradez, que con gusto les entregaría uno los fondos públicos, y hasta los propios, sin recibo.

El uno tiene mas ardor y se inspira mas pronto.

El otro se contiene y medita mas.

El uno se levanta y se incomoda en su asiento sin tomarse tiempo siquiera para subir á la tribuna. Es menester que al momento se escape la verdad de su corazón y estalle en sus labios; pero si se equivoca, no titubea en reconocerlo, y lo confiesa en alta voz con un candor que encanta.

Menos accesible el otro á las impresiones del momento, me-

nos hombre de negocios, menos práctico, ve su asunto con mas alcance social y mas elevacion filosófica.

El uno tiene mas fuerza en la argumentacion, y el otro mas extension y elasticidad; el uno seria mas apto para la accion y el otro para el consejo; el uno se determina así que cree, y el otro todavía duda cuando cree.

Este es uno de esos hombres pequeños, delicados, nerviosos, finos y penetrantes que no permiten el placer de la conversacion; se lanzan tras de vuestro pensamiento así que disparais el flechazo, y le hacen andar mas camino de lo que quisierais.

¿Deberé desearles á los dos que lleguen algun dia al poder? Sé muy bien lo que ganaríamos, pero tambien podria decirles lo que perderian.

BILLAULT. Es el mas notable de todos los oradores principiantes, y á ser mas conciso, seria como otro Focion, el hacha de los discursos del señor Guizot, ese nuevo Demóstenes. A veces se agarra á su refutacion como la mano del que va al abordaje á los costados del navío; le atenacea, le retuerce y lo hace pedazos; pero las mas veces no hace mas que rodear con un gran número de brulotes el navío de tres puentes de su rival, que domina majestuosamente el mar y le aniquila con un solo cañonazo.

El abogado que quiere alcanzar la palma de la elocuencia política, debe dejar de ir al tribunal á correr tras la pared medianera y la cuestion de estado. Por otra parte, el señor Billault tiene tantos principios como cualquier abogado, y en todo caso muchos mas de los que se necesitan para un minis-

tro de estos tiempos. Es el teniente del señor Thiers, y le gusta divertirse como su general en las peregrinaciones de mar y tierra.

Agrádame ver á nuestros abogados ocupados en las ejecuciones alguacilesca y en el artículo del gran criminal, disertar durante tres horas sobre lo que va á confiarse con mucha reserva en el palacio de San Petersburgo por Su Majestad el emperador de todas las Rusias al excelentísimo señor ministro de negocios extranjeros. El profundo conocimiento que tienen nuestros abogados de lo que se dice y hace en el gabinete de los reyes me ha causado siempre una sorpresa respetuosa. Será que las cancillerías áulicas y los despachos de los abogados se están tocando con la mano; pero siempre estoy temiendo que nuestros abogados diplomáticos se equivoquen, y en el acto de leer ante los señores jueces sentados con sus togas en dicho tribunal un texto de Bartolo sobre alguna carga vecinal de vista ó de paso, se pongan á leer los artículos secretos y reservados de un tratado de alianza entre el emperador de Rusia, de Austria y el rey de Prusia, en el cual pudiera muy bien haber tomado parte la Inglaterra. ¿Lo ven VV.? Se me dirá que en efecto es bastante sorprendente que un abogado galicano, pero no griego, goce de tanto favor en las cortes de Rusia y Roma, que sepa lo que pasa aun antes que los mismos que en ellas se hallan. Acaso se añadirá que es un ardid propio de su oficio y que, como se dice vulgarmente, quiere meter mentira para sacar verdad. No sé lo que quiere saber; pero sé muy bien que nada hay mas á propósito para alterar cualquier cordial inteligencia que esas revelaciones indiscretas de tratados; cuando los señores abogados van á la audiencia, han de prevenir á sus

pasantillos que vean de no mezclar los grandes tratados de alianza ruso-prusiana con los demás expedientes del procurador. ¡Qué necesidad tienen de enredarnos con toda Europa!

Eso no obsta para que el señor Billault llegue á ser algun dia un ministro muy productivo de cualquier ramo de la renta pública. Sus antecedentes no le indisponen con la derecha ni con la izquierda, tiene entrada en palacio aunque no es copero ni panetero, y goza del favor de la oposicion sin que necesite acercar los dedos á las ascuas del radicalismo. Nada se le oculta: adelanta, retrocede, échase á un lado del camino y vuelve á la carga con igual presteza. Esa clase de elocuencia, calentada en una temperatura moderada, es la que mejor se conserva en nuestras estufas del monopolio.

Por lo demás, el señor Billault tiene fácil elocucion, buen carácter, se halla provisto de jurisprudencia, será muy útil en el futuro gabinete, y un excelente ministro de banco de cámara.

MALLEVILLE. Aunque no sea abogado, no tiene menos talento. Vaya V., le decia yo hace diez años, suba V. á la tribuna y hable; yo sé lo que digo. ¡V. es orador! Mucho ha tardado, demasiado tal vez, pero al fin subió y se halla muy cómodamente instalado en ella. Su palabra es segura, su acento decisivo é impertinente, no el tono, el acento; creo sin embargo que he dicho impertinente; vuelvo á empezar, digo algo impertinente y mi frase queda completa de este modo: tiene el acento algo impertinente de los del mediodía, el acento del señor Liadières, y ¿de quién mas? del señor Thiers por ejemplo, y de otros muchos; pero confieso que para mí, para mí solo si

VV. quieren, ese acento nada tiene desagradable. El señor de Malleville agrega á eso la accion.—¡Hola! ¿con que tambien acciona?—Sí, señor, y eso forma un conjunto de caballerosidad, talento y gracia. Como ha estado metido en los negocios, es terrible, porque sabe cómo se levanta el pestillo de los fondos secretos y cómo se abren las puertas de ciertos sitios en que nadie ve gota. A cada movimiento que hace, el ministro del interior y de policía tiembla de miedo, y le parece que el señor de Malleville se baja para coger su vela. Felizmente es hombre muy discreto, ¡como que es del mediodía!

Habiéndose los ministros reservado la exclusiva direccion de la discusion, y como ningun funcionario de la mayoría puede sonarse, escupir, estornudar, zumbar, fumar, hablar, ni votar sino á gusto de ellos, resulta que la tribuna es una dependencia, una añadidura de la mesa ministerial, una sucursal de su iglesia, un anejo, una capilla lateral, una silla del coro; y que cada ministro, cuando se trata de su departamento, se ha hecho el personaje mas importante de la cámara. Honremos pues á cada cual segun merece, y principiemos por los señores:

DUCHATTEL. Aunque sus caritativos y ejecutivos mensajes á la prefectura de mi prefecto (¡Dios le dé otra mejor!) acabasen por echarme de la cámara por indignidad, indignidad que merecí demasiado por haber defendido las dos mejores cosas del cielo y de la tierra, que son la religion y la libertad; haré al señor Duchatel mas justicia que muchas personas á quienes nunca ha ofendido, pues no guardo rencor y juzgo á los oradores segun sus defectos y méritos, no segun el bien ó el mal que han hecho.

En política general, así interior como exterior, el señor Duchatel gira en la órbita del señor Guizot.

Respecto á los negocios electorales, hase alabado en demasía su habilidad de manos: cumplimiento muy triste á la verdad, que cuando por desgracia se merece, debe recibirse con rubor. Para todos los hombres honrados, es una máxima muy fea de la escuela doctrinaria la de que la corrupcion puede tantearse en materia de elecciones con tal que se consiga el objeto, y que el fin justifica los medios. Hé ahí el único fruto, el fruto amargo que habrá producido para nuestros estadistas su cordial inteligencia con Inglaterra.

Esa isleña tan mañosa como hostil, que va introduciendo y vendiendo por todas partes los productos, mercancías y cultivos de su reducido territorio, habrá conseguido colonizar entre nosotros la corrupcion de su parlamento.

Para la direccion de su vasto ministerio el señor Duchatel es laborioso, expeditivo y celoso. En sus relaciones extra-parlamentarias tiene rasgos benévolos, y es liberal en los socorros que distribuye sin averiguacion ni preocupaciones.

Como economista y *financiero*, tiene conocimientos exactos, si no profundos, y mas aplicacion que novedad.

Como orador, le haré las mismas reconvenciones que voy á hacer á otro ministro. Habla demasiado aprisa, tan aprisa, [que á veces se enreda y tartamudea; pero como se ve obligado con frecuencia á detenerse ante la cólera é interrupciones de la izquierda, esos descansos le sostienen y cortan su discurso, felizmente para él. Esa ventaja de detenerse, que solo deberia nacer de él, á la oposicion la debe. Tambien debe la mayor parte de sus triunfos á los mal combinados ataques de sus ad-

versarios, quienes van á atacarle en sus trincheras, sin órden, sin preparacion, sin jefes ni disciplina, aislados y á la ventura. Él les espera con el texto de las instrucciones oficiales, las defensas de los agentes acriminados y las respuestas á las objeciones previstas; tambien tiene prontas excusas y documentos retorcidos. Defiende con señalada aceptacion la causa de los funcionarios ante una mayoría de funcionarios. Invoca las necesidades del órden público y las consideraciones de interés general, motivos siempre muy poderosos para hombres indiferentes ó poco atentos. Cuenta igualmente y no sin razon con el aturdimiento de los agresores, el arrebató de sus pasiones, la vulgaridad, error, puerilidad ó mofa de los detalles en que caen y se ahogan. La oposicion incurre casi siempre en la falta de querer combatir como tiradores y como bandoleros en un terreno resbaladizo, en el de los detalles, desertando del terreno firme, del de los principios. El señor Duchatel la estrecha y empuja con mano viva y segura. Lee, comenta, responde, ataca á su vez, niega, afirma, no se deja abatir, ni interrumpir, ni que le obliguen á retroceder. Apela y apela á los centros, y les interesa, los mezcla en la discusion hasta hacerles creer que han sido actores en él. Y en definitiva ¿quién tiene razon y quién no la tiene con respecto al hecho particular de que se trata? Cuando menos hay duda, y en la duda la cámara se abstiene.

DUMON. Es hombre para defender toda clase de causas, y hasta la suya propia, porque es abogado. Déjenle estudiar media hora algun expediente militar, y los nuevos diputados que nunca han visto al mariscal Soult, cuando vean al señor Du-

mon en la tribuna, dirán: ¡Ese sí que es un gran militar!

Pero no aseguro que tenga un plan complejo, un sistema conexo y algunos principios para nuestros caminos, puentes, calzadas, puertos y canales. Organizar un puente y una calzada no es el asunto principal de un ministro de obras públicas, sino organizar los grandes y pequeños caminos electorales.

Como buen ministro, el señor Dumon ha tenido que prometer imposibles, hasta ríos; ríos sin agua, si se quiere, pero ríos al fin; á lo menos ningun elector podrá quejarse de que le hayan negado un río, y un buen río. Tampoco se tiene la crueldad de negar líneas de ferro-carriles á algunas líneas de diputados. Mientras mas diputados hay en línea, mas seguros están de obtenerla. Por lo demás, con el objeto y la mira de dicha línea se coligan patrióticamente; se la hacen pasar y se la votan por supuesto en pro del estado, y gracias al ministro, tambien en pro del estado. Añádase á eso que el candidato electoral va mas aprisa en wagon, y luego que le nombran diputado ministerial vuelve del mismo modo.

La palabra del señor Dumon va todavía mas aprisa, ó mejor, va siempre al mismo paso. No hay salto ni detencion en el ferro-carril por donde corre.

Me gusta el agua flúida de su improvisacion, pero no seria bueno dejarla correr siempre, y el señor Dumon deberia algunas veces cerrar la compuerta.

Nada fatiga tanto á una asamblea como esos oradores fáciles. El discurso parlamentario requiere una diction grave y lenta, algunas pausas, algunos descansos, algunas entonaciones variadas. En la tribuna el señor Dumon carece de filoso-

fia, de ciencia, de vehemencia, de vigor, de dialéctica y de agudezas; y apenas iguala al señor Cunin-Gridaine.

Pero dirijan VV. el anteojo hácia alguna comision ó consejo de estado, y le verán en la primera fila. Allí brilla como hombre de negocios con la graciosa gravedad de una templada elocucion. Allí expone los hechos con toda la claridad de una memoria feliz. Si la discusion se extravía, la volverá á poner en su punto; no dejará sin respuesta objecion alguna; entresacará del derecho lo que se eleva á las regiones de la teoría, y solo tomará juiciosamente lo que es aplicable á la causa; resumirá las cuestiones con el mejor orden, y á veces les dará nuevas soluciones. Su talento es frio, metódico, elástico, extenso y abundante en el análisis: es un talento de comisario.

LACAVE-LAPLAGNE. Jurisconsulto y pensador: tiene conocimientos exactos en derecho, hacienda y economía política. Es buen relator, cabeza bastante grande y algo pesada.

El presupuesto, con el abono que ha recibido durante su ministerio, ha tomado un abdómen rollizo y voluminoso. Está tan grueso que el señor Laplagne lo mira con ojos de gloria y triunfo. ¡Qué salud tan robusta!

Si el señor Laplagne hubiese dejado la mitad del impuesto en el bolsillo de los contribuyentes, ¿no estaria mas rico el país, y no marcharia tan bien el servicio del estado? La ciencia rentística consiste menos en saber recoger que en saber distribuir, menos en consumir que en producir. Vamos llegando insensiblemente por una parte á la aristocracia de la fábrica y de los bancos, y por otro á la contribucion para los pobres. El dinero tiene sin duda mucho peso; pero cuando mi-

llones de miserables tiren del otro platillo de la balanza ¿no la harán inclinar hácia ellos? y qué será entonces del gobierno y tal vez de la sociedad?

Para resolver esas cuestiones seria necesario tener genio, se necesitaria menos y mas que eso, seria indispensable tener co-razon.

Excepto eso, nos complacemos en confesar que los pedidos y envíos de las monedas de cinco francos se hacen en todos los puntos del territorio con la prontitud y regularidad del telégrafo eléctrico, y que el señor Laplagne es un administrador íntegro, puntual, celoso, mesurado, juicioso, arreglado y empergaminado por las cuatro esquinas como un libro de partida doble.

MARTIN (DU NORD). Parece algo á los hijos del mediodía que llegan en el coche de Tolosa, colgados todavía al pecho de sus nodrizas. Por mas que se les lave en las aguas de la pronunciacion parisiense y que se les pase una pluma por la garganta para escamondar su acento, siempre sale y le pica á uno en el oido. El que nace gascon, gascon muere. Lo mismo sucede al señor Martin: nació abogado y morirá abogado; él preferiria morir guardasellos.

A nadie he visto menos sériamente convencido que él, y porque no está convencido es tan hábil. Tiene una especie de ardor ficticio, de animacion anhelante y precipitada bajo la cual anuda los hilos de su afilada argumentacion. No seria mal abogado en Douai cuando delante de aquellos señores defendia causas de siete horas. Por lo demás, es apacible, cortés, benévolo, sin gran ciencia de jurisconsulto y sin principios como

todos los abogados, pero no sin destreza, y no ha guiado peor que los demás durante su largo ministerio el gobierno de la juecería.

Sus elecciones de obispos, cosa que, convengamos en ello, es bastante difícil, no han sido demasiado apasionadas.

Eso no es decir que el departamento de los cultos deje de ponerle en ascuas cada vez que empieza una nueva sesión, porque necesita ir á defender en la cámara de diputados y con traje de paisano las congregaciones religiosas y casi á los jesuitas contra el señor Isambert; y á combatir en la cámara de pares con la toga de ceremonia y por la universidad contra el señor de Montalembert.

Montalembertista en el Palacio Borbon, é isambertista en el Luxemburgo; allí devoto, aquí filósofo. Todos los años representa el mismo papel doble, y les aseguro á VV. que no lo hace del todo mal.

CUNIN-GRIDAINE. No les presento á VV. el señor Cunin-Gridaine (1) como un rayo de elocuencia, ni apostaría una vara de paño de sedan á que sabe que Ciceron abogó *pro Milone*, ni que Demóstenes triunfó de Esquino, ni que las Gracias eran tres hermanas, y que Euterpe tocaba la flauta; prefiero que nos diga cuánto azúcar y melaza produce la remolacha raspada y cocida, lo que nuestras fábricas han enviado á todos los mercados del mundo en competencia con la Inglaterra, tanto en lino y algodón como en lana y seda; y cuántos hectólitros de trigo ha hecho venir á los depósitos del Mediterráneo y del Océano pa-

(1) Antiguo fabricante de paños.

ra alimentar á los pobres jornaleros de nuestras ciudades y aldeas. ¿Qué les parece á VV.? Yo creo que esta ciencia, en la época de escasez de víveres que estamos pasando, vale tanto como la del griego, y lo que aun en tiempos de abundancia, vale tanto como saber el griego, es tener, como el señor Cunin-Gridaine, un entendimiento exacto, una vista experta, buen sentido, experiencia en los negocios, y no dejarse arrastrar por locas teorías. Por otra parte, figúrense VV. que tocante al comercio y á la agricultura el gobierno nada tiene que hacer ni guiar: es uno como peon caminero á cuyo cuidado se halla la limpieza y conservacion del camino real, y debe tenerlo bien despejado y libre para que todos los carruajes públicos puedan recorrerlo en todos sentidos de dia y de noche, sin confusion ni obstáculos. El señor Cunin-Gridaine es un peon caminero bastante bueno de la agricultura y del comercio.

SALVANDY. Poco me importa, á la verdad, que el señor Thiers haya llamado al señor de Salvandy un ministro magnífico ó un magnífico ministro, no sé cuál de los dos. Pues qué! Dupont de l'Eure con su aire de hombre bueno y ladino ¿no parece un arrendador de Normandía? y porqué Salvandy, cuyo origen segun creo, es español, no tendria el mismo aire altivo que un hidalgo? ¿No es acaso necesario que en la córte como en la ciudad cada uno tenga su aire y su peluca?

Ya como escritor, ya como orador, el talento de Salvandy no produce siempre un sonido metálico y puro. En el acero de su elocuencia, como en su voz, hay siempre algunos pelitos. Esos sonidos, ásperos, fuertes, quebradizos, cascados y guturales de los Villéles, de los Salvandys y de los Thiers, no

aturden los oídos, y nosotros, atenienses de París, necesitamos tiempo para acostumbrarnos á ellos.

No intento ciertamente comparar al señor de Villéle con su inteligencia viva y su lógica concisa, ni al señor Thiers con su talento natural y divertido, con el señor de Salvandy, que no es conciso ni divertido; pero no carece de elevacion en los pensamientos, de amplitud en el método, ni de vigor pintoresco en la expresion.

Verdad es que está algo envanecido del poder, algo finchado de aristocracia, algo desarreglado de imaginacion, y algo enamorado de lo que él cree ser gloria y que pudiera muy bien no ser á veces mas que ruido.

Tambien es muy dado al elogio y la calificacion, y al ver sus genuflexiones, sus epítogas de seda y sus grados, nuestros catedráticos pudieran creerse trasladados al imperio chino de los mandarines; acaso no es siempre tampoco muy fácil, conengo en ello, guiar y satisfacer tantas intelectualidades pedantes y vanidosas que tan contentas se hallan de sí mismas, y la mas ínfima de las cuales considera su clase como un reino y su férula como un cetro.

Cuando el señor de Salvandy se apodera de la tribuna, se agarra mucho á ella y no es hombre que deje tan pronto el sitio. Sabe todas las razones que tiene que decir, pero las dice con demasiada extension. Sus frases se consumen, se ponen estoposas y se enredan. Verdad es que todos, los de la oposicion, los de los centros, los conservadores, los reformistas, los oradores de guarismos, los oradores de betunes, los ministros, y sobre todo los abogados, hablan tres veces mas de lo necesario. ¿Y qué resulta de todo eso? Viento, viento, y viento.

El señor de Salvandy posee una cualidad que en el día no es de las mas comunes: se atreve en un país de medrosos; menea las piernas, anda, cae, se levanta, vuelve á caer, pero al fin anda; ahora bien: el movimiento es ya un progreso.

¿Verá lo que hay que ver en la cuestion de la enseñanza, y hará lo que hay que hacer? ¿Tendrá el entendimiento tan exacto como pronto?

¿Qué añadiré? Es caballerosamente cortés, imparcial en sus juicios personales, se prenda de las bellas acciones y de las grandes cosas; tiene el calor, energía, arranque y decision de las naturalezas generosas. Hace el bien como ellas, mas por instinto que por reflexion, y si se equivoca, es de buena fé.

Del banco de los ministros llego por fin al banco de los oradores útiles. Estos no se dejan pegar las alas con la liga de las teorías, ni van á dar á vuelo perdido como águilas en los rayos del sol, ó por mejor decir, en lo que está mas bajo, en las nubes. Van rasando modestamente la tierra y llegan á su objeto.

Entre los diputados *utilitarios* brilla en primer lugar el señor *Arago*, cuando se trata de reducir la ciencia á ley; el señor *Gouin*, respecto á la cuestion de bancos y rentas; el señor *Garnier-Pagés*, sobre todas las tésis rentísticas; el señor *de Mesmay*, sobre la sal; el señor *Saint-Priest*, sobre correos; el señor *Real*, sobre pensiones; el señor *Vilet*, sobre patentes; los señores *Cordier*, *Bineau* y *Legrand*, sobre los puentes y calzadas; el señor *Duvergier de Hauranne*, sobre la política en general; el señor *Drouin de Lhuis*, sobre negocios extranjeros; el señor *Barrot* (*Fernando*), sobre la colonizacion de la Argelia; el señor *Desjobert*, sobre los abusos del régimen militar; el señor *Lanjuinais*, sobre las cuentas de marina; el señor

Saint-Marc Girardin, sobre la Universidad; los señores *LunEAU* y *Deslongrais*, sobre el presupuesto; los señores *Isambert* y *Jollivet*, sobre la esclavitud; el señor *de Tracy*, sobre agricultura y enseñanza; el señor *Allard*, sobre fortificaciones é ingenieros; el señor *Subervic*, sobre remontas; el señor *de Lasteyrie*, sobre la reforma electoral; el señor *Delessert*, sobre las salas de asilo y cajas de ahorros; el señor *Larabit*, sobre ferrocarriles; el señor *Roger*, sobre la libertad individual; el señor *Lherbette*, sobre la lista civil ó presupuesto de la casa real; el señor *Gauthier de Rumilly*, sobre aduanas; el señor *Darblay*, sobre el comercio, y los señores *Vivien* y *Chasseloup*, sobre todas las cuestiones administrativas.

He concluido, y mi cansada mano acaba de dar la postrer pincelada á mi último boceto. Ahora, señores, ya pueden VV. levantar la cabeza, mirarse y admirarse en sus respectivos retratos. ¡Pues bien! ¡apuesto á que no están VV. satisfechos de mí y que cada uno de VV. encontrará que he adornado á su vecino con ropajes demasiado magníficos, mientras á él le he pintado desnudo y casi descarnado, bajo de cara y corto de busto; que no tiene bastante fresco el colorido, ni las pestañas bastante negras, ni las mejillas bastante cargadas de bermellon; que para retratar mejor á un legislador habria debido pintarle con un porte noble y una hermosa toga de senador romano, atada y sujeta al hombro con una roseta de oro. Bien sé, señores míos, que eso hubiera gustado mas á mis señoras las esposas de VV. y maravillado mas tambien, cuando les vean á VV. volver á casa, á los electores de sus pueblos, que con tanta razon se envanecen de haberles nombrado á VV.; pero yo escrupulizo eso de falsificar y enmascarar la natura-

[leza, y les he retratado á VV. tales como les he visto y, según creo, tales como son, ni mas feos, ni mas hermosos, y cuando he notado que tenían VV. una lupia en la frente ó un garbanzo en la nariz, he pintado el garbanzo ó la lupia.

Primero pensé regalar á VV. sus bosquejos dándoles gracias por su bondad en haberse prestado á que les retratase; pero lo he pensado mejor, y VV. me permitirán que los guarde hasta que se abra la próxima sesion, para que el público, que es mi amo y el de VV., entre en la galería y juzgue de la semejanza.

VARIANTES.

RETRATO DEL SEÑOR DE LAMARTINE.

PRIMERA VARIANTE.

Cuando una cámara no está trabajada mas que por dos principios como el de la nacionalidad y el del privilegio, los matices de opiniones se borran, las individualidades desaparecen, y no hay en presencia uno de otro, mas que dos pendones, dos campamentos, dos cuerpos de batalla. Eso fué lo que sucedió en tiempo de la Restauracion.

Benjamin Constant, Casimiro Périer, Estanislao Girardin, Chauvelin, Bignon, Dupont de l'Eure, Foy, Manuel, Laffitte, iban á la cabeza de la nacionalidad, contra el privilegio defendido por Corbière, Villèle, Labourdonnaye, Sallaberry y Marcellus.

La Cámara, que no es mas que un grande espejó, reflejaba entonces, como reflejará siempre, la opinion de afuera. Los oradores de la derecha representaban la nobleza, el clero, la magistratura, la guardia real, los empleados y la corte. Los ora-

dores de la izquierda representaban la juventud, los soldados, la clase media, el foro, los artistas y el pueblo.

Pero cuando el privilegio no se atreve ya á presentarse con la frente erguida por no pasar por retrógrado, y cuando la nacionalidad no se atreve tampoco á desplegarse, por no pasar por revolucionaria, los partidos pierden entonces su fuerza de cohesión; ya no hay vínculos comunes, no hay doctrinas fijas, no hay estado mayor, no hay espaciosa tienda donde puedan reunirse los jefes para trabajar con uniformidad en su plan de campaña: se cuentan en los partidos casi tantos generales como soldados. Cada cual se arma, se equipa, se atavía con mil colores distintos á su antojo. Uno lleva un chacó, otro una cimera blanca, este un gorro colorado, aquel vá sin escarapela. Cada cual hace la guerra para sí, se aposta en el llano ó en la montaña, tirotea á derecha ó izquierda, y desperdicia su pólvora y su plomo.

Esta mescolanza parlamentaria reproduce exactamente la confusión de la sociedad actual. La juventud sueña con las formas republicanas; los hombres maduros echan de menos el órden glorioso del Imperio; el clero y la nobleza, en parte, invocan á Enrique V; los artesanos y los labradores quieren trabajo; el cuerpo electoral quiere el monopolio; la clase media quiere el sosiego, no importa cómo ni bajo el gobierno de quién; el partido militar quiere el despotismo; el partido doctrinario quiere poder y dinero; el partido nacional quiere la libertad y la igualdad, y el partido social no sabe lo que quiere.

¿Qué es pues el partido social? El partido social es una mezcla de sansimonismo, de romanticismo y de un liberalismo bastardo, gárrulo de palabras y vacío de ideas.

Cada partido busca en las Cámaras un representante de su opinion, porque las mas hermosas teorías se quedan fuera de las Cámaras, en el estado de teorías; pero en las Cámaras las teorías, cuando triunfan, toman el nombre y la autoridad de las leyes y se convierten en aplicaciones. Ahora bien, todas las opiniones, por efecto de la invencible tendencia de las cosas humanas, paran en una aplicacion; no hay utopía que no aspire á realizarse; no hay desinterés que no quiera acabar subiendo al poder.

El partido social ha hecho lo que todos los demás partidos, y habia creído hallar su representante en Lamartine.

Hay en Lamartine dos personajes: el poeta y el político; pero como el político no es con harta frecuencia en él mas que el reflejo del poeta, preciso será que empecemos por definir al poeta.

En estos términos he oido á los críticos mas acreditados de mi tiempo definir y juzgar á Lamartine.

No hago aquí mas que resumir su opinion:

«La Francia, decian, ha tenido sus revoluciones en literatura como en política.

«En tiempo de Montaigne y Amyot, nuestra lengua no era mas que el griego y el latin escritos en francés. Parece como que sus labios estaban todavía suspendidos de los pezones de la antigüedad, llenos de una leche tan abundante y pura.

«El estilo del siglo de Luis XIV alcanza la perfeccion del hombre formado; tiene madurez, nervio y colorido, majestad y gracia, pero no tiene mas fuerza que la que se necesita para no ser tirante, ni mas originalidad que la necesaria para no ser extravagante, ni mas sencillez que la que basta para no ser

vulgar, ni mas pompa que la necesaria para no ser enfático. Créese ver todavía correr por sus venas la sangre de los griegos, hinchándolas y azuleando bajo su cútis.

«Andando el tiempo, la invasion de los términos filosóficos é industriales, igualmente que los derivados de los idiomas esclavos y bretones, adulteraron su lengua enriqueciéndola, como un rio acrecido con la mezcla de muchos arroyos pierde la limpidez de su fuente.

«Voltaire, casi solo, conservó el fuego sagrado de la antiqüedad, y es, por la universalidad de sus conocimientos, la exquisita pureza de su gusto, y la lucidez de su ingenio, muy superior á todos nuestros literatos actuales que, lo sabemos muy bien, están muy distantes de reconocerlo.

«Mas suma de verdadera filosofía hay en una página de Voltaire que en todas las páginas reunidas de los señores Cousin, Jouffroy y compañía, que tienen demasiadas pretensiones á la sublimidad y á la profundidad. Voltaire es uno de los últimos maestros del sano juicio. ¿Saben VV. de lo que acusan á Voltaire, á ese geniecillo, los Lycofrontes (1) de nuestros dias, que socavan su estilo bajo tierra? de ser demasiado claro. El sol tambien es demasiado claro para los topos.

«Lo mismo que nuestra prosa literaria, nuestra poesia no se parece ya á la poesia antigua.

«Ya no es una de las gracias que el brillante ingenio de Atenas coronaba de flores; es un espectro ahullador que sacude sus osamentas entre las grietas de las sepulturas.

«Parece que Lamartine derramó toda su alma de poeta en

(1) Poeta célebre por la oscuridad de sus conceptos, que floreció en la corte de Tolomeo Filadelfo.—N. del T.

sus primeras meditaciones; cantaba, y Nápoles, la voluptuosa Nápoles, nos aparecía en sus versos. Aquellas hermosas playas de Italia, aquellas islas encantadas, aquellas perfumadas brisas, aquellas blandas quejas del amor, aquellas notas veladas que caían de su lira, nos sumergían en una especie de vaga y melancólica tristeza; no era aquello puro como lo antiguo, severo como el cristianismo, ni positivo como el siglo; pero era una poesía tierna y meditabunda que tenía encantos como una sombra que pasa, como una ola que murmura, como una vírgen que suspira, como un arpa que gime.

«Si hubiese habido en aquellos tiempos un poco de crítica literaria, se le hubiera enseñado á Lamartine, que sabía escribir, á pensar. Este poeta canta con sobrada negligencia; rompe la correlacion gramatical de las palabras y la correlacion racional de las ideas: siempre afecta el mismo sonido, un sonido monótono: siempre emplea un mismo color, el color azul,—el azul de los ojos, el azul del firmamento, el azul del mar, el azul del cadáver, el azul y siempre el azul! Elige una losa de un sepulcro, y la vuelve y revuelve, la mide con la escuadra, y la cubica; dibuja é ilumina las mas menudas yerbas que vegetan á su rededor; pinta una á una las hojas de ciprés que la hacen sombra; luego desgasta la piedra con sus vestidos, sus lágrimas y sus gemidos. Pero ¿es este por ventura un dolor de poeta, verdadero, profundo, natural, sentido? ¡Oh! cuánto mas nos conmueve oír á Malesherbes exclamar:

A este mundo fatal pertenecía,
donde es para las cosas
ay! cuanto mas hermosas,
la suerte mas tirana:

rosa era y vivió, como las rosas,
tan solo una mañana.

«Describir, analizar, como Dubartas y Ronsard, las mas secretas bellezas de una mujer, las pestañas y el iris de sus ojos, las pecas de su cutis, el esmalte de su dentadura, las venas de su pecho, las delicadezas de su talle, aunque sea con acompañamiento de lánguida metafísica, es volver á la infancia del arte.

«Praxíteles no recargaba á Vénus de galanos ornatos, de rosas, de plumas azules y de plumas de avestruz; no le ponía afeites en las mejillas ni rubies en cada dedo: la hacia desnuda, pero púdica, bella y en la sencillez de la naturaleza. Todos los grandes genios han gustado de la sencillez, todos, Homero, Virgilio, Racine, Shakspeare, Rafael.

«Los verdaderos poetas han sido tan admirables lógicos como los filósofos. ¿Quién ha conocido el corazon humano mejor que Molière, pintado la grandeza de la virtud mejor que el viejo Corneille, suspirado las flaquezas del amor mejor que Racine? ¿Quién tuvo jamás un gusto mas sano, una inteligencia mas exacta que Voltaire? Y en nuestros dias, ¿hay un hombre de gobierno, de toga ó de tribuna, cuyo juicio sea mas recto que el de nuestro Beranger? Y esto consiste en que la poesía, la verdadera poesía, no es mas que la razon adornada por la imaginacion y por el ritmo.

«Desgraciadamente no puede decirse otro tanto de las poesías de Lamartine. Lamartine exhala gritos sublimes, gritos del alma; despide acentos inesperados, que arrebatan el oido, pero tambien ¡qué desorden de imaginacion! ¡qué de notas desentonadas y duras en su melodía! ¡qué prodigalidad de ambi-

ciosos epítetos! ¡qué abuso del género descriptivo, de la inversión, de la metáfora y del colorido! Ni plan ni orden en él; progresion dramática, ninguna. Lamartine parece haber olvidado mas de lo que debiera que las palabras no son ideas, ni el choque de los sonidos armonia, ni la confusion saber, ni la fisiología dolor.

«Si la lengua francesa llega á morir, Lamartine será algunas veces, no decimos siempre, por la incoherencia de sus pensamientos y de su estilo, uno de los autores mas difíciles de explicar, y causará la desesperacion de los estudiantes y de los comentadores.»

Así he oido á los críticos juzgar á Lamartine como á poeta; pero todavía le he visto juzgar mas severamente como á diputado y orador por los puritanos de la izquierda, y hé aquí lo que decian de él:

«Lamartine, como orador político, vive con su reputacion de poeta. No tiene nada apasionado, nada inspirador en la mirada, en el ademan, ni en la voz; es seco, acompasado, sentencioso, impasible; brilla y no calienta; es religioso y no tiene fe; no siente bastante removerse sus entrañas, temblar sus labios y animarse y vivir su palabra.

«No es esto decir que Lamartine se distinga en sus poesías por las dotes de los siglos de Augusto y de Luis XIV, es decir, por el sabio arreglo del plan, la observacion de los caractéres, la gradacion del arte, la sensatez de los detalles, la pureza del contorno, la ilacion y exactitud de los pensamientos; pero á lo menos la traba del metro y de la rima obliga á sus ideas á cierto orden que no sigue en sus arengas. Su estilo oratorio, mas abrigado que brillante, mas monótono que armo-

nioso, mas hinchado que lleno, no tiene el porte libre, suelto, firme y natural de la bella prosa: abandona la idea por correr en pos de los sonidos dulces al oído y de los efectos de prosodia: se complace y se mece en las desinencias eufónicas. Aho-ga su pensamiento en un diluvio de tropos y de metáforas, y sus proposiciones parlamentarias rematan á veces en final de estrofas.

«El parlamento no es un teatro adonde deben ir los actores á recitar amplificaciones flautadas y períodos redondeados para entretenimiento de los espectadores. Decís que representais al pueblo! Pues hablad como hablaría el pueblo que hablase bien.

«Por lo demás, no hay auditorio mas heterogéneo que el de la cámara, y los diputados de provincia se dejan embelesar por el espléndido reflejo de los colores que ofende á los hombres de gusto delicado. El género deliberativo tiene sus reglas y sus bellezas, que no son las reglas y las bellezas del género lírico. El estilo del orador debe ser lleno, pero claro; sus pensamientos deben ser grandes, pero sencillos; deben caminar y encadenarse con exacto y riguroso orden. Ahora bien, Lamartine es difuso y redundante; no tiene profundidad de ideas ni vigor de argumentacion. Personas hay sin embargo que toman aquellos ditirambos de tribuna por verdadera elocuencia; con razon se dice, que estamos en plena anarquía, porque no solo no hay ya en Francia virtud política, mas ni siquiera hay lo que en todos tiempos ha habido, que es buen gusto.

«Insistimos en lo dicho: la frase oratoria de Lamartine tiene mas color en el tejido que firmeza en la carne, mas brillo que profundidad, mas relieve que nervio, mas sonoridad que

sustancia, mas abundancia que precision, mas desleimiento que lógica.

«Léjos de nosotros, añadirán los puritanos, la idea de no hacer plena justicia á los sentimientos morales y religiosos de Lamartine, á la elevacion de su carácter, á sus hermosas prendas, á su noble corazón. Sabe hallar palabras generosas contra la arbitrariedad y las venganzas del poder, y le damos gracias por sus inspiraciones de hombre honrado; pero como ignora la lengua de los negocios, como no ataca los abusos por el lado positivo, ni desciende á las aplicaciones, los ministros se dejan ir gustosos y perderse en lo vago de sus oraciones. ¡Mucho caso hacen de los hermosos sentimientos!

«Aun cuando Lamartine les predicase todo el día á modo de Biblia moralidades parlamentarias, ¿qué puede influir eso sobre los *aurívoros* del ministerio? Nunca se les ha pasado por la imaginacion ganar el cielo con sus buenas obras. Con tal que los dejen en paz acá en la tierra con sus carteras, sus fondos secretos, sus telégrafos, adehalas (*pots-de-vin*) y sus tratados de América, de Oriente y de Africa, no piden mas. Si Manguin lee en la tribuna un billetito muy curioso y bien escrito de Polignac, sobre los documentos venidos de allende el mar, y forjados con falsos materiales (1); si Berryer imprime las quemaduras de su palabra en la frente de los firmantes del famoso tratado, los ministros clamarán contra la alianza carlo-republicana, que tiene la malignidad de llamar las cosas por su nombre (2); pero si un diputado de la oposicion echa la presa de su voto á los agiotistas de ambos mundos, Fulchiron sal-

(1) Discusion sobre los veinticinco millones pagados á los Estados-Unidos.

(2) Histórico.

tará de banco en banco, derribando al paso plumas, tinteros y sombreros, para ir á estrechar á aquel diputado en sus abrazos vengadores (1). Si Lamartine propone á su vez hacer pagar veinticinco millones por los jornaleros franceses á los banqueros americanos, los ministros se reirán mucho de esa sensibilidad lógica que consiste en aliviar la miseria de la gente sacándola su dinero (2).

«Que un poeta cante en la misma lira los padecimientos de la cruz y los misterios de Isis; que celebre en el mismo tono la pureza de las vírgenes cristianas y las gracias de la rubia y voluptuosa Neeris; que tenga casi al mismo tiempo odas de entusiasmo para Napoleón y cantos graves para la libertad, sea en buen hora! Pasiones del corazón, diversidad de caracteres, caídas de estados, héroes, guerras, funciones, escenas de la naturaleza, flores de los campos, erupción de llamas, tempestades de las montañas, dulce soplo de los vientos, truenos, mares, cielos, astros de la inmensidad, todo el universo es suyo!

«Pero cuando el poeta se hace diputado, cuando se digna sentarse con el vulgo de sus compañeros en los bancos del parlamento, se le pregunta, y hay derecho para preguntarle: ¿De dónde viene V., á donde va V., qué quiere V.? Ya aquí no se trata de cantar, de tener clavados los ojos en el firmamento azul, y de encaramarse sobre las nubes. ¿Es V. hombre ó pájaro, ángel ó diablo? ¿Habita V. el cielo ó la tierra? ¿Quiere V. ser legitimista, republicano ó embajador? Ea, espíquese V., sepámoslo, que le nombren á V., y eche V. á correr!

«Nos dice V. que hay dos banderas, la blanca y la tricolor.

(1) Histórico.

(2) Histórico.

Ya lo sabíamos; pero lo que no sabemos es cuál de ellas es la de V. Iguales alabanzas saca V. de su tiorba para nuestros soldados y para los vendeanos; pero ¿en qué lado planta V. su tienda de campaña? Derrama V. lágrimas evangélicas sobre la dureza de los ministros, y luego, cuando llega el momento del escrutinio, se le forma á V. una especie de revolucion pagana en las puntas de los dedos, y se le escapa de ellos la bola blanca! Apoya V. malas leyes para hacerse grato á los ministros, y dice V. que esas malas leyes no valen nada, para ponerse bien con la oposicion! Se lastima V. de la indignancia de los proletarios franceses, y les hace V. pagar al precio de veinticinco millones la filantropía americana de su voto! Ensalza V. al ministerio por haber conservado lo que V. llama órden público, y le acusa V. de formar causa á los que se indignaron contra esa especie de órden! Le parecia á V. admirable el gran Périer, lo mismo que el pequeño Thiers y su compañía, y luego, cuando el pequeño Thiers le pedia á V. fondos secretos para continuar el tema de esas admiraciones, desechaba V. los fondos secretos! Maldice V. la esclavitud, y en el mismo momento sostiene que la ley de la sociedad puede encadenar al ciudadano! Profesa V. la emancipacion de los negros, y vota al gobierno oro y gendarmes para impedir la emancipacion! Aboga V. elocuentemente por la causa de los niños expósitos, llora sobre la miseria del pueblo, y se opone á la conversion de las rentas pagadas con el dinero del pueblo. ¡Procure V., por Dios, procure V. acomodar un poco mejor, aunque sea desagradando al ministerio, su peroracion á su exordio, y sus conclusiones á sus premisas!

«Pero cuando Lamartine se mostró de todo punto inferior á

sí mismo fué cuando quiso, por efecto de un raro é inesplicable capricho, defender la ley de Disyuncion (1). En otro cualquier país, y con otra cualquiera cámara, un ministerio que hubiese osado hacer evadirse al culpable, y formar causa á los cómplices, hubiera sido encausado por violacion de la ley. Si el jurado de Estrasburgo no hubiese, por un solo voto, absuelto á los compañeros de Luis Bonaparte, hubiera infringido la ley divina, que es la ley de conciencia, y la ley humana, que es la ley de razon.

«Todo el discurso de Lamartine en aquel malhadado debate no fué mas que una larga aberracion y un hacinamiento de contradicciones é inconsecuencias de toda clase.

«En él dice que ama sobre todas las cosas la libertad y la igualdad, y pronuncia el discurso mas aristocrático de toda la legislatura. Anatematiza la ley de Disyuncion con el nombre de golpe de estado legislativo, y vota por este golpe de estado: respeta la inmutabilidad de la carta, y desea una segunda asamblea constituyente; quiere preservar á la patria, y disculpa el ataque de la patria á mano armada; acata de tener noli-cia, por primera vez de su vida, de que existe una distincion entre la conexidad y la indivisibilidad, y diserta como Bártulo sobre esta distincion de jurisprudencia pura. Pide que se obedezcan las leyes, y zapa la inviolabilidad del jurado; reprueba las revoluciones militares, pero no llevaria muy á mal las revoluciones populares, con tal solamente de que no se repitie-

(1) *Loi de Disjonction*. Ley propuesta por el ministerio Thiers para hacer juzgar á los cómplices en la intentona del príncipe Luis Bonaparte en Estrasburgo.—

sen muy á menudo: y todo el resto del discurso es igualmente racional!

«Por lo demás, Lamartine no estaba allí en su terreno, y no debemos admirarnos de que delirase un poco. ¿Cómo habia de hablar el lenguaje de los negocios? no conoce esta jerigonza, afortunadamente para su musa; pero brilla en las cuestiones literarias que han sido el estudio y la gloria de su vida, y en las cuestiones de sentimiento, poesía de los corazones nobles.

»Escuchamos con voz atenta, cuando Lamartine, piadoso bardo, canta un himno á la religion: nos reimos cuando Thiers, burlon escéptico y *volteriano*, se recomienda en nombre de la divina Providencia; y es porque el uno cree en algo y el otro no cree en nada.

«Pero si Lamartine, en vez de cantar raiocina, veamos si no ha quebrantado en su argumentacion las reglas de la lógica, y tampoco aprobaremos sus cuentas sin comprobar la suma.

«Lamartine se acerca á veces mas á la verdad que los demás oradores, por la razon de que, sin saberlo él mismo, le arrastran las inevitables consecuencias de los principios que establece, y se le permite acabar frases radicales que no se les hubiera dejado empezar á Miguel de Bourges ó á Garnier Pagnés. Esto consiste en que el auditorio parlamentario no da grande importancia á la opinion de los poetas: sabe que así en política al través de los sucesos, como en poesía al través de las llanuras, van siguiendo los caprichos, ya sombríos, ya risueños, de su imaginacion, semejantes á aquellas arpas de Eolia que suspendidas en los bosques sagrados gemian blandamente al pasc de los céfiros, ó vibraban con briosa cuerda al soplo de la tempestad.

«No se haga ilusiones Lamartine; si la cámara le presta una atención universal y benévola cuando habla de literatura y de moral, es porque á consecuencia de un secreto y complaciente exámen de sí propio, no hay un solo diputado, ministerial ó puritano, que no se precie de ser hombre sensible é ingenio delicado, y que, por medio de su atención á lo menos, no quiera darlo á entender.

«Cuando Lamartine defiende las letras humanas, casi siempre compone su discurso de hexámetros desparejados, de sonos para el oído, de frases no acabadas. *Ægri somnia*.

«Viajero nebuloso, se complace en cierta metafísica aérea y sutilísima, que él toma por la ciencia social, y que no es mas que cierto deísmo fantástico aplicado á las cosas de la tierra. Construye, en sus sueños, definiciones cuyo sentido no puede analizarse.

«Veamos, por ejemplo, su teoría parlamentaria sobre la literatura:

«Lo bello es la virtud de la inteligencia: reduciendo el culto, temamos alterar mas adelante la virtud del corazón.

«Esto lleva demasiados visos de logogrifo; y ¿qué diremos de todos aquellos benditos diputados que lo aplaudian?

«¡Extraño, pero harto comun extravío de las mas nobles inteligencias! Lamartine no se estima mucho á sí mismo mas que como publicista, y acaso como hacendista; como poeta, se desdeña. Y en efecto, ¿qué es para Lamartine un poeta? Un poeta! vaya, vaya!

«Solo á modo de pasatiempo es como se hace traer su lira, y si le avisan que la compañía de las nueve Musas está reunida en su salon de arriba, y aguardan que les dé noticias su-

yas, Lamartine cogerá indolentemente su pluma, y se dignará escribirles en verso, como S. E. el señor duque de Broglie se digna alguna vez tambien escribirnos en prosa.

«No negamos que el talento de Lamartine se haya hecho algun tanto mas flexible de lo que era; en efecto, improvisa, mas diremos, redarguye con brillante facilidad, á veces con un tino particular de giro y de expresion, siempre con aquella conviccion tanto mas viva y peligrosa para el vulgo de las asambleas y aun para el orador mismo, cuanto que de nada duda porque no descubre, en la precipitada y por consiguiente incompleta vision de su fantasía, mas que la mitad del objeto, mientras se le escapa la otra mitad. En poesia, Lamartine tira sus cuartillas al impresor, y en prosa sus palabras al auditorio, como se le ocurren al correr de la pluma, y sin curarse de lo que precede ni de lo que sigue; para decirlo todo de una vez, Lamartine no trabaja bastante, y sin las largas, tenaces y profundas meditaciones del estudio, no hay lógica posible. Ahora bien, fuerza es repelírsele á los escritores y á los oradores parlamentarios, solo se vive con la lógica.

«Nuestro gobierno representativo está arreglado de suerte que los hombres de imaginacion son poco aptos para él: nuestra legislacion tiene una lengua técnica que es preciso haber aprendido, y que está erizada de términos de derecho, á veces bárbaros, y toda sembrada de sutilezas escolásticas: por eso abundan en las cámaras los abogados sutiles y tortuosos, como que allí están en su puesto natural, porque hacer las leyes es discutir, y ellos son hombres de discusion. No diremos, sin embargo, con Platon: coged por la mano á los poetas, y despues de haberlos coronado de flores acompañadlos cortesmente

hasta las fronteras del reino. No diremos con Pablo Luis (1) que los literatos, en general, en los empleos, pierden su ingenio y no aprenden los negocios; ni con Laffitte, que Lamartine podrá ser muy poético, pero que no es muy lógico.

«Sin embargo, fuerza nos es convenir en que los poetas estarían muy mal colocados en el tribunal de policía correccional, en el consejo de estado, en la escuela de puentes y calzadas, en las oficinas del sello (*timbre*) y del registro (*enregistrement*), y aun en las embajadas. Mucho escandalizaríamos á muchísimos de esos señores si fuéramos á decirles y á sostener que ciertos alcaldes (*maires*) de aldea, dotados de seso y experiencia, regirían tal vez mas cuerdamente que ellos los asuntos del estado.

«Si Lamartine nos conceptúa un poco severos á nosotros los puritanos, es porque no hubiera debido salir de su situación natural, y porque habiéndose hecho hombre de estado debemos decir lo que pensamos del carácter inconsistente y de las inconsecuencias del hombre de estado.

«Cuando se desea la mejora social, debe desearse la mejora política: cuando se tiene lógica no se habla *en pro* para concluir *en contra*; el que es diputado debe saber lo que quiere, debe hacer de modo que todos sepan lo que es, que sepan donde toma asiento, que sepan adonde vá. Cuando se ama sinceramente la gloria no se entretajan mas que para frentes gloriosas los lauros de la poesía; cuando se ama sinceramente al pueblo no se pide para él pan, sino trabajo, honor é igualdad.

(1) Pablo Luis Courier, célebre autor de folletos políticos. Ya al principio de su obra le retrató Timon.—*N. del T.*

Cuando se ama sinceramente la libertad no se vota con sus enemigos!»

Tales eran los cargos, clásicos por una parte, políticos por otra, que dirigian los críticos y los puritanos, aun no hace mucho tiempo, á Lamartine como poeta, como orador, y como hombre de estado.

Permítaseme á mi vez considerarle en estos tres conceptos.

Sin duda Lamartine no es poeta de un gusto clásico; no está vaciado en el molde del antiguo Apolo, pero es el mayor improvisador en verso de la lengua francesa. Es original, y á su modo, como todos los hombres de verdadero genio.

Es á veces descuidado, pero por lo mismo cabalmente es sencillo; juega con la rima, y la melopea se transforma bajo su pluma, se modula y se pliega á todas sus inspiraciones y caprichos. No giran las esferas celestes en la inmensidad con mas armonía que sus versos; no se desata el arroyo por el prado con mas delicioso murmullo; no canta con mas elegancia y ligereza el pajarillo en la primavera; ni los lagos de Sicilia, entumecidos por la fresca brisa, lucen al caer la tarde velados con mas frescas y suaves vislumbres. Y no es solamente su voz la que canta, sino su alma la que suspira y habla á mi alma, que vibra en ella, que hace estremecer todo mi ser y que me inunda con su ternura y con su llanto; es su meditacion la que me arrebató en sus encendidas alas á las regiones de la eternidad, de la muerte, del tiempo, del espacio, del pensamiento, donde jamás habia yo penetrado, y la que me descubre y enseña luminosas verdades metafísicas con su lenguaje pintoresco, sensible é inaudito.

No sé, en verdad, si hasta cierto punto no aparece algunas veces quebrada la cesura de sus versos, si su medida no es á veces incompleta, si sus ideas no se pierden en la vaguedad ó no se ofuscan en la contradiccion; si las cuerdas de su lira no exhalan siempre sonidos iguales, si bien delicados; pero tampoco quiero saberlo: ¿por ventura no hieren siempre con rumor igual las ondas los dos remos de una navecilla? me quejo yo por ventura de que la silvia esté repitiendo sin cesar sus dulces cantos? acaso no me halagan siempre lo mismo el ruiseñor con su melodía, la belleza con su mirada y la violeta con su perfume? aparto yo acaso el oido del rumor lejano de la cascada, ó mis ojos de la luz fija de las estrellas? Pues qué! el alma que sufre no exhala eternamente el mismo quejido? Y no se ceba la madre que acaba de perder un hijo en las inconsolables repeticiones de su dolor? Pues del mismo modo, tampoco exijo yo de Lamartine que me pruebe con cadenciosos silogismos la verdad de lo que me canta; solo le pido que me cuente sus sueños con la lira para que yo sueñe, que suspire para que yo suspire, que ame para que yo ame, que goce para que yo goce!

¿Quién podria negar sin injusticia que Lamartine y Victor Hugo han enriquecido con sus perlas y sus diamantes nuestra corona poética ya tan esplendorosa? Ambos son irregulares en su marcha y rebeldes al freno de la gramática; mas atentos á la idea que á la palabra, mas á la inversion que al sentido directo, mas á la novedad que al método, mas á lo inesperado que á lo gradual, y á veces mas á la rima que á la verdad (1);

(1) El autor emplea aquí con mucha oportunidad un juego de palabras que no podria traducirse sino con gran temeridad, jugando tambien con nuestra frase

y son ambos un tanto adormecedores con su monotonía, y un cuanto atronadores en sus apóstrofes; pero ambos genios poderosos, genios originales, nacidos para rejuvenecer una literatura extenuada. El uno despide llamas y chispas como un carbunco oriental; el otro suspira como la lira de Fingal en los zarzales desolados; el uno se deja arrebatar por su fuego lírico, prodiga sin tasa su fuerza y sus tesoros, es desordenado, fantástico y á veces sublime; el otro es mas religioso, mas meditabundo, mas inclinado á los misterios y á los símbolos, se comunica mas con el cielo y se oculta como para hacer oracion. El uno pone en tortura su ritmo y desflora á la musa que acaricia y respeta el otro; el uno, con el brazo tendido, parece sacar de su plectro trabajosamente sonidos henchidos y triunfantes, el otro se deja llevar como una linfa clara por su genio fácil y expedito; el uno es mas exacto pero mas pesado en sus moralidades filosóficas, el otro mas inspirado pero mas nebuloso; el uno tiene mas arte dramático para ajustar al hombre interior las escenas de la naturaleza, el otro es mas tierno, mas insinuante, mas persuasivo, mas elocuente en la pintura de los sentimientos íntimos y de los misteriosos laberintos del pensamiento; el uno es mas deslumbrador y mas atronador que el rayo que repercute de roca en roca y se deshace en lampos en las profundas gargantas del Hémus; el otro mas pensativo, mas reflexivo que las vírgenes de Israel á la orilla del rio solitario que las separaba de la tierra de su cuna. El uno se dirige al entendimiento y el otro al corazon; el uno al

(1) *habra el á sup siri el á cam sary á y laburg el á sup*
 proverbial *sin ton ni son* que es la equivalente á la francesa *sans rime ni raison*.
 En tal caso el *plus soucieux de la rime que de la raison*, del texto se vertiria diciendo: *mas atento al ton que al son*, ó vice-versa. — N. del T.

sexo que obra y razona, el otro al sexo que siente y ama.

Quizás es un fenómeno sin ejemplo el que presenta Lamartine de haber empezado sin preparacion ninguna el arte de hablar despues de los cuarenta y cinco años cumplidos; pero tiene explicacion, porque Lamartine es el primero y el único improvisador entre nuestros poetas. Los versos fluyen de su vena como el agua en el manantial. Lamartine no se ha encaramado nunca al Trípodé, no se ha visto poseido jamás por el númen de la Pitonisa, jamás ha entregado la melena desgreñada al viento, no le han hecho palidecer jamás los estremecimientos de la inspiracion, ni ha ahondado jamás sudando la gota gorda el surco del pensamiento. Como orador, habla cuando canta; como poeta, canta cuando habla. Su poesía es límpida, fácil, ilada como un discurso, y sus discursos son numerosos, exornados, amenos, sonoros y melodiosos como su poesía.

Bien puede V. consolarse, oh Lamartine, de no ser tan gran político ni tan gran lógico como pretenden sus aduladores y como V. cree ser, y como siente V. mucho que nosotros no creamos que sea; consuélase V., porque es preciso consolar siempre á los poetas. Si no tuviera V. sus defectos, tampoco tendria las cualidades que tiene; si no fuese V. voltario, no seria V. impresionable; si no fuera V. impresionable, tampoco seria poeta; si no produjera V. sonidos armoniosos, tampoco seria V. una verdadera lira; si tuviera V. la precision de la prosa, no tendria V. la cadencia del verso; si tuviera V. la lógica del raciocinio, no tendria la exquisita vaguedad de la sensibilidad; si tuviera V pureza de dibujo, no tendria riqueza de colorido; si supiera V. hablar el lenguaje de los negocios, no sabria V. hablar la lengua de los dioses!

Sí, Lamartine, consuélase V. de no ser, como pretenden algunos, y como casi creeria yo, el primero de nuestros políticos, lo cual en verdad valdria muy poco; su destino de V. es harto ventajoso, y yo por mi parte preferiria cuatro ó cinco de sus estrofas á todos los discursos parlamentarios, incluso los que V. mismo ha pronunciado. Sí, ilustre poeta, tú vivirás cuando hayan dejado de existir los actuales dueños de la palabra, cuando hayan desaparecido ellos y sus obras, y solo se salven dos ó tres nombres del vasto naufragio de nuestros efimeros gobiernos. Tú sobrevivirás á la gran ruina, y nuestros nietos se complacerán algun dia á la mística hora de morir el sol en occidente en repetir estas estanzas que se deslizan con tanta gracia y nobleza (1):

Suave reflejo de un globo de llamas,
Rayo encantador ¿qué quieres de mí?
Vienes á mi abatido seno
Para iluminar mi alma?

¿Desciendes para revelarme
El divino misterio de los mundos;
Los secretos escondidos en la esfera
A donde te llama el dia?

¿Acaso te envia á los desgraciados
Una secreta inteligencia?
Vienes de noche á lucir sobre ellos,
como un rayo de esperanza?

¿Vienes á descubrir el porvenir
Al corazon fatigado que te implora?
ayo divino, eres tú la aurora
del dia que nunca ha de acabar?

(1) Nada disculparia nuestra temeridad si quisiéramos traducir aquí las siguientes estanzas en verso despues de la calificación que hago de ellas Timon.—
N. del T.

Mi corazón se inflama á tu claridad,
 Y siento desconocidos transportes;
 Pienso en los que dejaron de existir:
 ¡Oh suave luz, ¿eres tú su alma?

Tú vivirás, y mientras se hable de Napoleon en el mundo
 ¿quién no repetirá estos magníficos versos?

Envuelve una nube tu sepulcro y tu cuna;
 Pero semejante al relámpago saliste de una tempestad;
 Vibraste rayos contra el mundo antes de tener un nombre.
 Así el Nilo, cuyas fecundas aguas bebe Menfis,
 Antes de tomar nombre hace borbotar sus ondas
 En las soledades de Memnon.

Y ahora viene al caso decir que Lamartine es de estatura aventajada, que tiene ojos azules, frente angosta y prominente, labios delgados, facciones regulares y arrogantes, porte elegante, maneras nobles, y cierta desenvoltura de gran señor un tanto estirado. Las mujeres, entusiasmadas con sus vagas melodías, tan adecuadas á su alma, no buscan á ningun otro mas que á él en la multitud de diputados, y se preguntan dónde está?

¡Dónde está! Afortunadamente no en la nebulosa region del partido social. Ha sabido bajar de ella; ha plegado sus alas de ángel; se ha posado en la tierra, y no se ha desdeñado de confundirse con el resto de los mortales.

Como orador, porque tambien tengo que considerarle en estotro concepto, Lamartine ha ido ganando de año en año, y hoy se encuentra en plena posesion de la gloria parlamentaria. Su imaginacion es vívida y feliz; su memoria extensa, flexible y fresca, que retiene y reproduce todo lo que deposita en ella, y sigue sin extraviarse el estilo incierto de mil vueltas y re-

vueltas; tiene además calma en medio de las tormentas de la tribuna, aunque en verdad poco violentas para él; una singular y maravillosa facultad de apropiarse las ideas ajenas, que quizá no tiene igual en la asamblea; una percepcion segura y clara de las dificultades de cada asunto; una riqueza de tintas donde entran todos los colores, y se funden, y se mezclan, y forman variedades, y se multiplican y se dilatan en flores, ondas y matices en todos sus discursos; una soberbia ostencion de frases enlazadas, una improvisacion abundante y expedita, una réplica animada, una cadencia, un númen, una armonía, una abundancia de imágenes, de sonidos y movimientos que llenan el oido sin fatigarle, y que se asemejan tanto á la grandilocuencia, que pudieran confundirse con ella.

Yo por mi parte, que prefiero en el parlamento los argumentadores á los oradores, los lógicos á los imaginativos, y el lenguaje de los negocios á la lengua de las musas, me sentiría mas movido por un discurso varonil y nervudo que con ese estilo melodioso, sonrosado y florido; pero debo tambien convenir en que semejante pompa de lenguaje, que en otro cualquiera seria pura afectacion y amaneramiento, y retórica vana y palabarrera, es dote natural en Lamartine. Improvisa este lo mismo que canta: lírico legítimo y de buena raza, sin mezcla ni trabajo.

Sí, á mí me halaga su elocucion rítmica y acompasada, aunque sea mas propia para repetir los oráculos de Apolo que para expresar las pasiones del *Forum*; me halaga porque la veo deslizarse por entre las algas del rio con una especie de gemido lángido y dulce como los miembros dispersos de Orfeo; me halaga porque, si bien es cierto que no encuentro en ella la

verdadera prosa del discurso, esa prosa majestuosa y grandilocuente que no oigo en boca de ninguno, encuentro por lo menos la prosa de la poesía. Solo le falta la consonancia, y digo en verdad que es tanto lo que me cansa y fastidia ya la jerga chavacana de nuestros señores parlamentarios, que no me pesaría que el poeta legislador nos dirigiese de vez en cuando la palabra en verso. Toma la lira, oh Lamartine, y hazla resonar por Dios, que ya tengo desgarrado el oído con los chinarrros de semejante prosa!

Menos orador que poeta, y menos hombre de estado que orador, tócame ahora examinarle en este tercer concepto.

Lamartine se deja dominar demasiado por su imaginación, que le hace vagar de una parte á otra por entre los caminos rectos ó tortuosos de mil sistemas. Poco mas ó menos sabemos todo lo que él no quiere; así es que no quiere la legitimidad, ni quiere el imperio, ni la república, ni la aristocracia, ni la camarilla; pero es harto mas difícil saber lo que quiere. Hé aquí por lo demás su principio, y entiéndalo quien pueda: «Constitucion orgánica y progresiva de la democracia completa, principio expansivo de la caridad mútua y de la fraternidad social, organizado y aplicado á la satisfaccion de los intereses de las masas.»

Con esto afortunadamente no tiene que temer Lamartine incurrir, á causa de las audaces temeridades de su nueva carta, en la aplicacion de las leyes de setiembre, ni verse citado por el señor fiscal ante el señor juez de instruccion residente en su despacho del palacio de Justicia.

Pero si para poner en planta esas grandes y nebulosas teorías envidiase Lamartine, como en efecto creo que los envidia, los

allos puestos y mandos del poder ejecutivo, yo que le conozco aun mas de lo que se conoce él mismo, no le doy tres meses de embajada ó de ministerio sin que experimente cansancio y hartura, y verdadera náusea, y disgusto sin fin, echando de menos su vagarosa y cara independencia. El hombre-poeta nació así!

Por su gloria, por su reposo, por su bien y por el de sus afectuosos amigos, debemos desear que Lamartine no llegue á ser nunca ministro ni embajador. No conoce bastante á los señores y lacayos, á los truanes grandes y pequeños, con los cuales tendria que confundirse y vivir; no sabe hasta dónde puede llegar su jactancia, ni hasta dónde puede subir su terror, ni cuántas reputaciones puras é inocentes ha man-cillado su contacto. No ha nacido para verse burlado, y me-nos aun para ser burlador.

Pero ni las interesadas caricias del poder, ni los delirios de una imaginacion poética, ni las instigaciones de los partidos, ni esas confusiones de doctrina, ni esas aberraciones de lógica pervertirán el excelente corazon de Lamartine. Ese corazon es de suyo generoso, benéfico, amante del pueblo, sediento de teorías y de acciones filantrópicas, dispuesto á señalar y á emprender todas las cosas útiles, grandes y nacionales; independiente y animoso en sus opiniones, á veces casi radical, y mas radical que yo mismo; finalmente, no hay en sus labios hiel alguna, antes bien un candor de poeta y una rectitud de corazon en cierto modo virginales.

No, Lamartine; cualesquiera que hayan sido los errores de tu política, de tus votos y de tus discursos, no puedes odiar la libertad, porque tienes un alma bella! No, tú no eres bastante

desgraciado para creer que los gobiernos pueden ser impunemente injustos, violentos y corrompidos; que la necesidad introduzca con razon su cuña de hierro en las cosas humanas para desconyuntarlas y dividir las ciegamente; que la sancion de un principio solo reside en su triunfo, y que las revoluciones compradas con la sangre de los ciudadanos no deben producir mas enseñanza ni mas resultado que la brutal opresion del pueblo.

Baldon eterno para semejantes doctrinas! Y no puedo menos de creer, oh Lamartine, y de creerlo en lo íntimo del corazon, que tú no participas de ellas, que las aborreces, que las abominas, y que estás dispuesto á vituperarlas conmigo; sí, conmigo que, como has visto, jamás he pasado de un campoal otro con los caprichos de la victoria. Mi bandera permanece clavada en el suelo de la patria; quiero la libertad, no en las frases, sino en las cosas, no en las mentiras de una carta, sino en la realidad de la vida política; no en los privilegios de algunos, sino en la igualdad de todos. No creo que la verdad esté condenada á transigir con el error, que las eternas leyes de la moral y de la justicia cesen de gobernar al mundo, que los principios tengan que implorar merced de la necesidad, que la insolencia del hecho deba supeditar al derecho, y que la soberanía del pueblo pueda dejar de existir.

SEGUNDA VARIANTE.

Difícil es seguir al señor de Lamartine en sus conversiones, porque era casi legitimista y ahora es casi radical.

Lo que presentan otros en forma de proposiciones, Lamartine lo expone en forma de sentimientos. Esa es su manera de

cifrar ó numerar sus cuentas políticas. Por lo demás, ciertos hombres medianos pueden redactar bastante bien algunas proposiciones, algunos artículos de ley, un sistema deducido y que no claudique; pero ¿habrá algun orador mediano que pueda hablar ese hermoso lenguaje, tan abundante en la variedad, tan original en la expresion pintoresca de sus giros? ¿Qué retórico es capaz de conmover nuestro ánimo con los grandes sentimientos que desbordan ó se derraman del alma de Lamartine y viene á inundarnos? Cuando nos ha secado el viento de la corrupcion, ¿no nos sentimos renacer dilatándonos el ánimo al soplo de esas brisas refrigerantes? No, ante las protestas del corazon y del genio, ante esa palabra generosa ningun ministerio se atreve á poner en la tribuna sus manos ensangrentadas, ni á mancharse con un perjurio, ni á coronarse impunemente de arbitrariedad! Entonces el señor de Lamartine no estaria ya en la tribuna, se hallaria como en el altar, le perseguiria con sus conjuros y con sus brazos suplicantes, y no seria en la asamblea un simple orador, sino un sacerdote, un apóstol sagrado de la justicia y de la humanidad. R. Collard, Camilo Jordan y Od. Barrot han tenido á veces esa clase de elocuencia, esa clase de imperio.

Al oírle, se conoce que se trata con un poeta, con un gran poeta, y no se le perdonaria si hablase como todo el mundo. Las imágenes y los sentimientos son su dialéctica, y no se le pide otra. No se le exige que argumente, sino que conmueva; ni que convenza, sino que persuada; ni que vaya al objeto por el camino recto, sino que nos lleve á él por los caminos extraviados, tortuosos y floridos de su imaginacion. No nos equivoquemos: el orden lógico del sentimiento no es el orden lógico

del silogismo. Cuando siento correr mis lágrimas, henchirse mi pecho y deleitarse mi oído, no trato de saber en mi emoción si lloro, tiemblo, palpito ó gozo según las reglas. ¿Acaso vuelvo yo á leer á Lamartine orador, á sangre fría y lejos de la tribuna? ¿Es acaso más legible que los demás? ¿Habla acaso para ser leído? ¡Habla para ser oído, para admirarnos y arrebatarnos!

Profesa en la tribuna lo sublime y lo magnífico, como otros profesan los cálculos y la tecnología. Es tan natural en su grandeza, como Thiers en su sencillez.

Casi todos los oradores desvarían cuando hablan de negocios extranjeros y recortan gravemente la Europa como una aleluya, dando, cuál la España á este, cuál el Rhin ó el Brabante á aquél; y por modestia no se reservan nada para sí. ¿Cuántas cosas no hemos oído ya sobre el Oriente, los Maronitas, los Drusos y Mehemet-Alí, sobre la Plata y las zonas del derecho de visita, y cuántas más no oiremos? Los abogados que vienen de pronunciar las defensas de sus clientes en el tribunal de policía correccional, llegan muy sofocados; y vienen á decir quedito al oído de la Cámara los secretos de la Inglaterra y del Indostan, ¡y con qué estilo! Pero Lamartine, sin que nadie tenga que cuidarse del fondo del negocio, del que nadie comprende una sola palabra, nos hablará á lo menos del Oriente como poeta de Oriente. ¡Hermoso lenguaje! Jamás lo he oído hasta ahora en mi lugar, porque ni mi subprefecto, ni mi fiscal, ni mi administrador de rentas hablan así! ¡Qué flores! ¡que pinturas! ¡qué suavidad! ¡qué aroma! ¡qué gracia! ¡qué brillo! Ya sé que á pesar de esas brillantes evoluciones y de ese majestuoso ruido, no se hará el menor cambio en la carta de la geografía política; pero á lo menos habré pasado una hora de emoción y de placer, y regresaré más alegre á Brives-la-Gaillarde.

NOTAS.

Nota de la página 183. (Tomo II).

Thiers es antes revolucionario que liberal, lo cual es muy diferente; por eso no entiende lo que los pueblos creen que es su *derecho*, ni lo que los monarcas llaman su *legitimidad*. No. Thiers no comprendió al leer ni al escribir la historia de los emperadores y de los ministros *impromptu*, que el eterno error de los ministros y los emperadores de esa clase, consiste en creer que la duración de la usurpación borra el vicio que hay en ella y que por el contrario la realza á los ojos de los monarcas hereditarios de varón en varón y por orden de primogenitura; que el resplandor del trono la absorbe con sus rayos, cuando la hace brillar mas bajo su vislumbre; que se legitima á la segunda, á la tercera y á la cuarta generación, y entonces se presenta cada vez mas contagiosa y fatal; y que se consolida con la alianza de los reyes absolutos, cuando lo que consideran como paz los ministros y emperadores de la referida clase, los reyes de abolengo y de linaje no lo consideran mas que como una tregua.

Repita Thiers cuanto guste que los grandes gabinetes no tienen preocupaciones; así será; pero tienen necesidad es de vivir, que son sus principios. Buenos ó malos, un gobierno no puede existir sin principios, ó á lo menos sin apariencias de ellos. El de que tratamos no los tiene en realidad, ni aun en sombra, y eso es precisamente lo que hace mas difícil cultosa su existencia.

Nota de la página 183. (Tomo II).

¿Cómo en su gran penetración (tal vez es mayor su vanidad) no conoció que en su destino de los negocios extranjeros habian de ocultarle de altos lugares, sino del todo, en gran parte á lo menos, y que en el conciliábulo de los embajadores, no lleva bastante altos su espada y nacimiento para ser admitido en su intimidad y compañía? ¿Como no conoció que el *usurpador* Mehemet, sin mas bastardías que esa, debía reunir contra sí á los emperadores y reyes legítimos de Rusia, Austria y Prusia; qué no era posible que esas tres potencias sostuviesen á un bajá sublevado contra su soberano, y que naturalmente habian de confundir su legitimidad con la del Gran Turco? Solo una guerra revolucionaria habria tenido probabilidades de éxito, y eso contando con la neutralidad de Inglaterra, neutralidad quimérica, imposible, que pronto se hubiera convertido contra nosotros en una agresión aun mas viva que las demás agresiones imperiales. En todo caso, va-

yan VV. á invocar el apoyo de los pueblos despues de haberles hecho traicion! Vayan VV. á luchar con los reyes despues de echarse á sus piés! Gran locura hubiera sido, y negándose á ello Luis-Felipe bajo su punto de situacion y de vista, ha tenido él solo mas tino y buen sentido que todo su gabinete.

Nota de la página 185. (Tomo II).

Jamás lo repetiremos bastante: á Thiers le faltan dos sentidos, uno interior, que es el de la soberanía del pueblo, y otro exterior, que es el de la legitimidad de los reyes. ¡Así fuera él solo quien careciese de ese doble sentido!

Sin embargo, en los seis años que lleva de no ser ministro, convengamos en que nadie ha sido mas franco y constantemente de la oposicion que él, sin exceptuar á ningun miembro de la izquierda.

Su grande, y verdadera máxima: *El rey reina y no gobierna*, dará la vuelta á Europa; por desgracia aun no la ha dado á Francia.

Quisiera una asamblea que dominase al trono y al mismo tiempo se sometiese al ministerio; pero ese modo de obrar y existir solo seria posible con el sufragio universal. Eso es lo que Thiers no acierta á comprender.

A la verdad, Thiers es en el dia el hombre mas inteligente de la oposicion, el publicista mas ingenioso y el orador mas brillante, así como ha sido y seria aun para su país el ministro mas revolucionario, gastador y aventurero; y para la corona el servidor mas peligroso.

Nota de la página 196. (Tomo II).

Quando en otra ocasion se presentó el señor Guizot con un volúmen de sus historias en la mano á discutir, analizar é interpretar algunos pasajes y fragmentos filosóficos ante una reunion de personas, iliteratas las mas, cuya competencia hubiera él debido recusar sencillamente, rebajó su carácter de escritor y, permítaseme que lo diga, hizo una tontería.

Los diputados mas estúpidos acabarían por pedirnos cuenta de la leche y opiniones que mamábamos cuando se nos criaba, y reconvenirnos por nuestro modo de jugar al hoyuelo con los galopines.

Nota de la página 205. (Tomo II).

He sido justo con el carácter privado, moralidad y talento del señor Guizot; pero su escuela y doctrinas han extinguido de las atmas toda fé política y religiosa.

El pueblo, y eso es aun mas notable, piensa de nuestros ministros absolutamente

lo mismo que yo. He aquí lo que me escribía con gran llaneza un oficial de carpintero.

«Tome V., á la ventura, cuatro de los hombres mas entendidos en los negocios públicos, y diríjales V. esta pregunta: ¿Green VV. en Dios? tres de ellos á lo menos, responderán sin titubear: No. Si es necesario añadirán que el alma no es mas que la respiracion, el soplo de la vida que anima al hombre como á los demás animales.»

Sean VV. ministros durante diez y siete años para llegar á merecer semejante elogio!

ERRATA.

Al aclarar el señor de Remusat en su panegírico del señor Royer Collard, una parte bastante oscura de su vida, dice que se abstuyó de corresponderse con Hart Wel desde que tomó parte en la vida pública en tiempo del Imperio. Admitimos la rectificacion de esa interpretacion caritativa, añadiendo que no creemos que recibiese, como otros dos personajes, pensiones secretas, ó bien algun nombramiento provisional de relator ó consejero de estado.

Hecha esta rectificacion, y admitiendo el hecho tal como lo anuncia el señor de Remusat, ¿cómo pudo cooperar el señor R. Collard á sostener como á *emperador*, cuando se habia hecho mas déspota al hombre á quien queria, ó á lo menos deseaba echar abajo como á *primer cónsul*, cuando era mas liberal? Por otra parte, cuando *correspondía* en pleno y glorioso consulado, y en medio de la mas completa paz interior, ¿no violaba el señor R. Collard las leyes actuales de su pais, y no se arriesgaba á atraer sobre la Francia la doble plaga de la guerra civil y de la invasion extranjera? No lo digo ciertamente con ánimo de ofender una memoria que respeto y he alabado, sino para manifestar las inconsecuencias y extravíos á que pueden dejarse llevar las inteligencias mas privilegiadas y los corazones mas sinceros.

FIN DEL LIBRO DE LOS ORADORES.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO SEGUNDO.

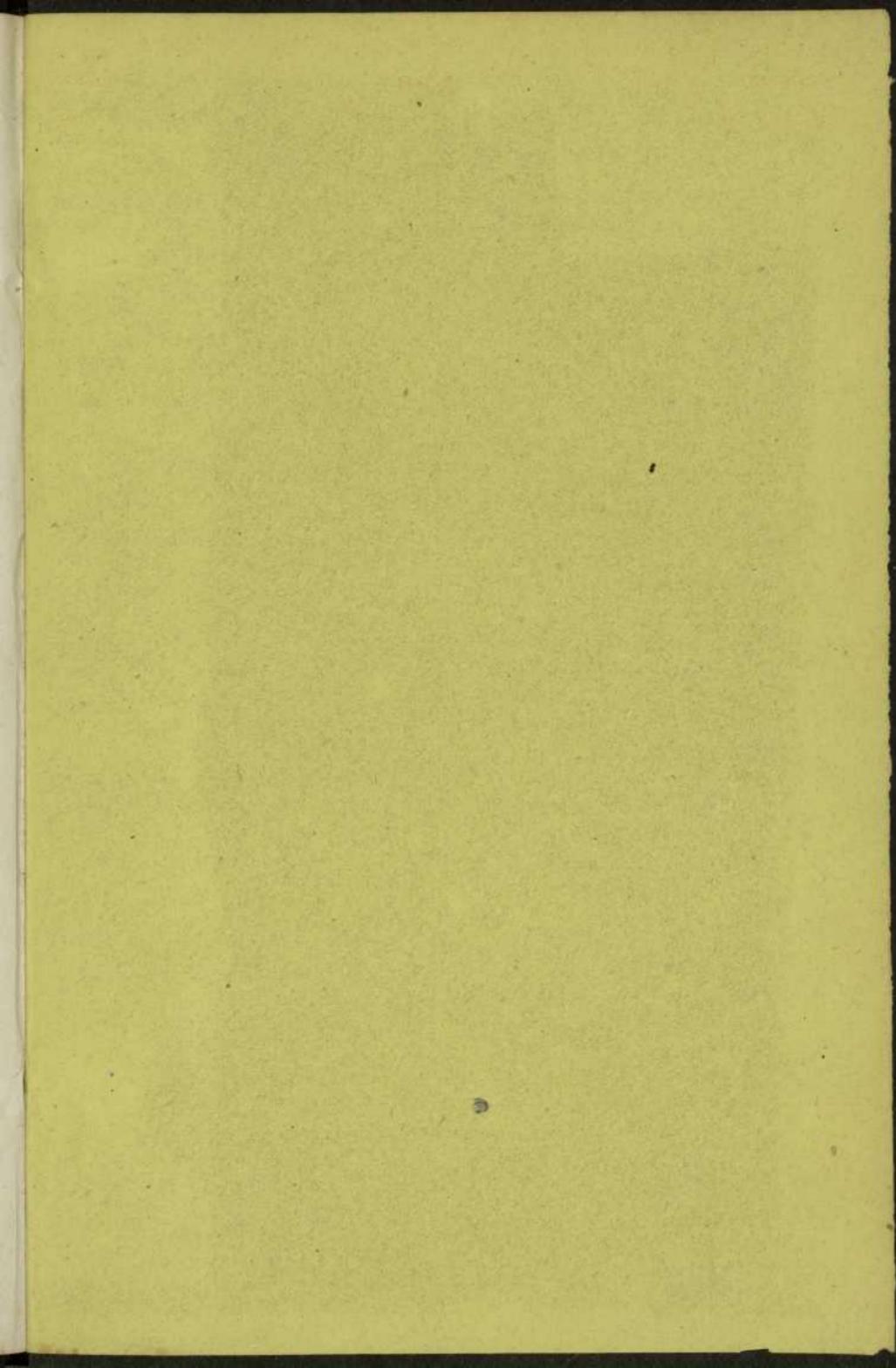
	Pág.
Royer-Collard..	5
REVOLUCION DE 1830..	22
Garnier-Pagés..	27
Casimiro Périer..	41
El duque de Fitz-James..	48
Sauzet..	54
El general Lafayette..	67
Mauguin..	75
Laffitte..	89
Odilon Barrot..	93
Arago..	113
Jaubert..	119
Dupin..	124
Berryer..	141
Lamartine..	153
Thiers..	161
Guizot..	189
O'Connell..	211
LAS ORILLAS DEL MANZANARES..	224
APÉNDICE —Perfiles de algunos oradores..	277
VARIANTES.—Retrato del señor de Lamartine.—Primera variante..	304
Segunda variante..	329
Notas..	332

FIN DEL ÍNDICE.

INDICE

INDICE

1	1
2	2
3	3
4	4
5	5
6	6
7	7
8	8
9	9
10	10
11	11
12	12
13	13
14	14
15	15
16	16
17	17
18	18
19	19
20	20
21	21
22	22
23	23
24	24
25	25
26	26
27	27
28	28
29	29
30	30
31	31
32	32
33	33
34	34
35	35
36	36
37	37
38	38
39	39
40	40
41	41
42	42
43	43
44	44
45	45
46	46
47	47
48	48
49	49
50	50
51	51
52	52
53	53
54	54
55	55
56	56
57	57
58	58
59	59
60	60
61	61
62	62
63	63
64	64
65	65
66	66
67	67
68	68
69	69
70	70
71	71
72	72
73	73
74	74
75	75
76	76
77	77
78	78
79	79
80	80
81	81
82	82
83	83
84	84
85	85
86	86
87	87
88	88
89	89
90	90
91	91
92	92
93	93
94	94
95	95
96	96
97	97
98	98
99	99
100	100

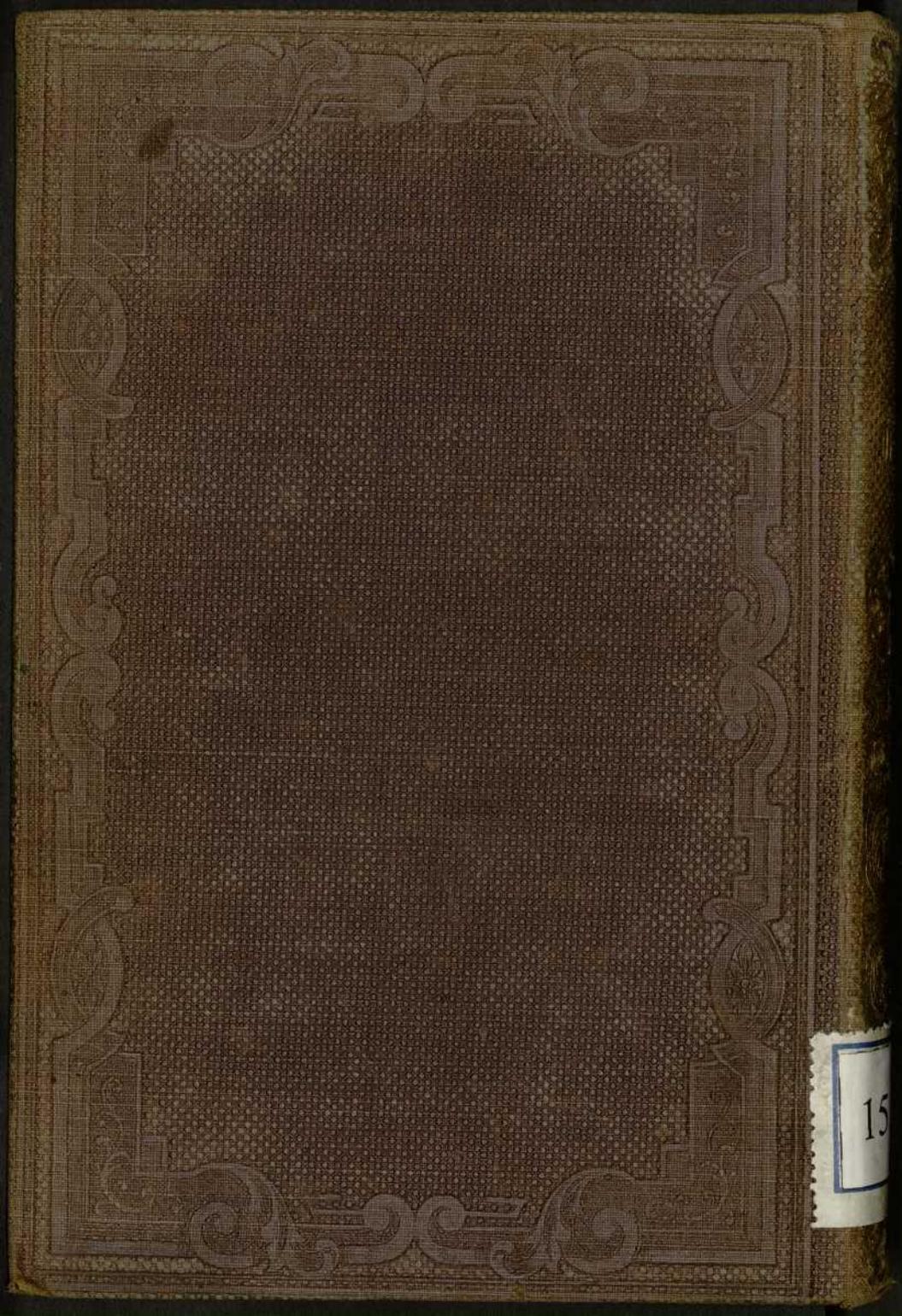


22

ESTANTE 12

Tabla 5.^a

N.º 26



15

LIBRO
DE LAS
MADRIDES
2

15.183